con nombre del Triunfo de la Santa Cruz. El Rey, por ser enemigo del ocio y con el deseo que tenia de seguir la victoria y ejecutalla, al principio del año siguiente de nuevo se metió por tierras de moros. Ganó el lugar de Dueñas de los moros, que dió á la órden de Calatrava, á la de Santiago el castillo de Eznavejor. Alcaraz, pequeña ciudad, y que está metida dentro de los montes Marianos y asentada en un collado áspero y empinado, con cerco de dos meses se ganó por el Rey y se entró por fuerza á 22 de mayo, dia miércoles, vigilia y víspera de la Ascension; demás desto, algunos otros lugares de menos cuenta se tomaron por aquella comarca, entre los demás Lezuza, que se tiene por la antigua Libisosa. Concluidas estas cosas, el rey don Alonso, ganada mayor fama que ninguno de los príncipes de Europa, dió vuelta á Toledo, donde las reinas doña Leonor, su mujer, doña Berenguela, su hija, y su hijo don Enrique, que le sucedió en sus estados y á la sazon era de diez años, aguardaban su venida. Toda la ciudad llena de juegos y de regocijos y fiestas, dado que el año fué muy falto de mantenimientos á causa de la sequedad, en especial en el reino de Toledo, dicen que en nueve meses continuos nunca llovió, tanto, que los labradores cuyo era el daño principal, eran forzados á desamparar las tierras, dejallas yermas y irse á otras partes para sustentarse; gravísima miseria y trabajo memorable.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo los albigenses alteraron á Francia.

Ganada aquella noble victoria de los moros, las cosas de España procedian bien y prósperamente á causa que los almohades, trabajados con una pérdida tan grande, no se rebullian, y los nuestros se hallaban con grande ánimo de sujetar todo lo que de aquella nacion restaba en España, cuando por el mismo tiempo los reinos de Francia y de Aragon se alteraron grandemente y recibieron graves daños. Estas alteraciones tuvieron principio en la ciudad de Tolosa, muy principal entre las de Francia y que cae no léjos de la raya de España. La ocasion fueron ciertas opiniones nuevas que en materia de religion se levantaron en aquellas partes, con que los de Aragon y los de Francia se revolvieron entre sí y se ensangrentaron. En los tiempos pasados todas las naciones del cristianismo se conformaban en un mismo parecer en las cosas de la fe, todos seguian y profesaban una misma doctrina. No se diferenciaban el aleman del español, no el francés del italiano, ni el inglés del siciliano en lo que debian creer de Dios y de la inmortalidad y de los demás misterios; en todos se via un mismo corazon y un mismo lenguaje. Los waldenses, gente perversa y abominable, comenzaron los años pasados á inquietar la paz de la Iglesia con opiniones nuevas y extravagantes que enseñaron; y al presente los albigenses ó albienses, secta no menos aborrecible, apellido y nombre odioso acerca de los antiguos, siguieron las mismas pisadas y camino, con que grandemente alteraron el pueblo cristiano. Enseñaban que los sacerdotes, ministros de Dios y de la Iglesia, no tenian poder para perdonar los pecados. Que el verdadero cuerpo de Jesucristo no está en el santo Sacramento del altar. Que el agua del bautismo no tiene fuerza para lavar el alma de los pecados. Que las oraciones que se acostumbran á hacer por los muertos no les prestaban; todas opiniones nuevas y malas y acerca de los antiguos nunca oidas. Decian otrosí contra la Vírgen, madre de Dios, blasfemias y denuestos, que no se refieren por no ofender al piadoso lector; dejólas escritas Guillermo Nangiaco, francés de nacion, y que vivió poco adelante. Llegaba su desatino á poner lengua en la familiaridad de Cristo con la Madalena. Así lo refiere Pedro, monje del Cistel, en una historia que escribió de los albigenses, intitulada *Al papa Inocencio III*, en que depone como testigo de vista de las cosas en que él mismo se halló. Seria muy largo cuento declarar por menudo todos los desvaríos destos herejes y secta; y es así, que la mentira es de muchas maneras, la verdad una y sencilla. La verdad es que en aquella parte de Francia donde está asentada la ciudad de Cahors, muy nombrada, se ve otra ciudad llamada Albis, que en otro tiempo tuvo nombre de Alba Augusta; y aun se entiende que César en los *Comentarios* de la guerra de Francia llamó helvios los moradores de aquella comarca. Riega sus campos el rio Taranis, que son de los mas fértiles de Francia, de grandes cosechas y esquilmos, de trigo, vino, pastel y azafran; por donde el obispo de aquella ciudad tiene mas gruesas rentas que alguno otro obispo en toda la Francia. La iglesia catedral, grande y hermosa, está pegada con el muro de la ciudad, su advocacion de Santa Cecilia. Los moradores de la ciudad y de la tierra son gente llana, de condicion apacible y mansa, virtudes que pueden acarrear perjuicio si no hay el recato conveniente para no dar lugar á gente mala que las pervierta y estrague. Los mas se sustentan de sus labranzas y de los frutos de la tierra; el comercio y trato de mercaderes es pequeño por estar en medio de Francia y caer léjos el mar. Desta ciudad, en que tuvo su primer principio esta nueva locura y secta, tomó el nombre de albigense, y desde allí se derramó por toda la Francia y aun por parte de España, puesto que el fuego emprendió en Tolosa mas que en otra parte alguna; y aun de aquí procedió que algunos atribuyeron la primera origen deste error y secta á aquella ciudad. Otros dicen que nació primeramente en la Proenza, parte de la Gallia Narbonense. Don Lúcas de Tuy, que por su devocion y por hacerse mas erudito pasó á Roma, y de allí á Constantinopla y á Jerusalem, vuelto á su patria, entre otras cosas que escribió no menos docta que piamente, publicó una larga disputa contra todos estos errores, en que, como testigo de vista, relata lo que pasó en Leon,

ciudad muy conocida en España y cabeza de aquel reino; cuyas palabras será bien poner aquí para mayor claridad y para que mejor se entienda la condicion de los herejes, sus invenciones y trazas. «Despues de la muerte del reverendo don Diego, obispo de Leon, no se conformaron los votos del clero en la eleccion del sucesor; ocasion que tomaron los herejes, enemigos de la verdad y que gustan de semejantes discordias, para entrar en aquella ciudad, que se hallaba sin pastor, y acometer las ovejas de Cristo. Para salir con esto se armaron, como suelen, de invenciones. Publicaron que en cierto lugar muy sucio y que servia de muladar se hacian milagros y señales. Estaban allí sepultados dos hombres facinerosos, uno hereje, otro que por la muerte que dió alevosamente á un su tio le mandaron enterrar vivo. Manaba tambien en aquel lugar una fuente, que los herejes ensuciaron con sangre á propósito que las gentes tuviesen aquella conversion por milagro. Cundió la fama, como suele, por ligeras ocasiones; acudian gentes de muchas partes, tenian algunos sobornados de secreto con dinero que les daban para que se fingiesen ciegos, cojos, endemoniados y trabajados de diversas enfermedades, y que bebida aquel agua, publicasen que quedaban sanos. Destos principios pasó el embuste á que desenterraron los huesos de aquel hereje, que se llamaba Arnaldo, y habia diez y seis años que le enterraron en aquel lugar; decian y publicaban que eran de un santísimo mártir. Muchos de los clérigos simples con color de devocion ayudaban en esto á la gente seglar. Llegó la invencion á levantar sobre la fuente una muy fuerte casa y querer colocar los huesos del traidor homiciano en lugar alto para que el pueblo los acatase, con voz que fué un abad en su tiempo muy santo. No es menester mas sino que los herejes despues que pusieron las cosas en estos términos, entre los suyos declaraban la invencion y por ella burlaban de la Iglesia, como si los demás milagros que en ella se hacen por virtud de los cuerpos santos fuesen semejantes invenciones; y aun no faltaba quien en esto diese crédito á sus palabras y se apartase de la verdadera creencia. Finalmente, el embuste vino á noticia de los frailes de la santa predicacion, que son los dominicos, y en sus sermones procuraban desengañar el pueblo. Acudieron á lo mismo los frailes menores, y los clérigos que no se dejaron engañar ni enredar en aquella sucia adoracion. Pero los ánimos del pueblo tanto mas se encendian para llevar adelante aquel culto del demonio, hasta llamar herejes á los frailes predicadores y menores porque los contradecian y les iban á la mano. Gozábanse los enemigos de la verdad y triunfaban, decian públicamente que los milagros que en aquel lodo se hacian eran mas ciertos que todos los que en lo restante de la Iglesia hacen los cuerpos santos que veneran los cristianos. Los obispos comarcanos publicaban cartas de descomunion contra los que acudian á aquella veneracion maldita; no aprovechaba su diligencia, por estar apoderado el demonio de los corazones de muchos, y tener aprisionados los hijos de inobediencia. Un diácono, que aborrecia mucho la herejía, en Roma, do estaba, supo lo que pasaba en Leon, de que tuvo gran sentimiento, y se resolvió con presteza de dar la vuelta á su tierra para hacer rostro á aquella maldad tan grave. Llegado á Leon, se informó mas enteramente del caso, y como fuera de sí comenzó en público y en secreto á afear negocio tan malo; reprehendia á sus ciudadanos, cargábalos de ser fautores de herejes. No se podia ir á la mano, dado que sus amigos le avisaban se templase, por parecelle que aquella ciudad se apartaba de la ley de Dios. Entró en el ayuntamiento, díjoles que aquel caso tenia afrentada á toda España; que de donde salian en otro tiempo leyes justas, por ser cabeza del reino, allí se forjaban herejías y maldades nunca oídas. Avisóles que no les daria Dios agua ni les acudiria con los frutos de la tierra hasta tanto que echasen por el suelo aquella iglesia, y aquellos huesos que honraban los arrojasen. Era así, que desde el tiempo que se dió principio á aquel embuste y veneracion, por espacio de diez meses nunca llovió y todos los campos estaban secos. Preguntó el juez al dicho diácono en presencia de todos: Derribada la iglesia, ¿aseguraisnos que lloverá y nos dará Dios agua? El diácono lleno de fe: Dadme, dijo, licencia para abatir por tierra aquella casa, que yo prometo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, so pena de la vida y perdimiento de bienes, que dentro de ocho dias acudirá nuestro Señor con el agua necesaria y abundante. Dieron los presentes crédito á sus palabras; acudió con gente que le dieron y ayuda de muchos ciudadanos, allanó prestamente la iglesia y echó por los muladares aquellos huesos. Acaeció con grande maravilla de todos que al tiempo que derribaban la iglesia entre la madera se oyó un sonido como de trompeta para muestra de que el demonio desamparaba aquel lugar. El dia siguiente se quemó una gran parte de la ciudad á causa que el fuego por el gran viento que hacia no se pudo atajar que no se extendiese mucho. Alteróse el pueblo, acudieron á buscar el diácono para matalle; decian que en lugar del agua fué causa de aquel fuego tan grande. Acudian los herejes, que se burlaban de los clérigos, y decian que el diácono merecia la muerte y que no se cumpliria lo que prometió; mas el Señor todopoderoso se apiadó de su pueblo, ca á los ocho dias señalados envió agua muy abundante, de tal suerte, que los frutos se remediaron y la cosecha de aquel año fué aventajada. Animado con esto el diácono, pasó adelante en perseguir á los herejes, hasta tanto que los hizo desembarazar la ciudad.» Hasta aquí son palabras deste autor, por las cuales se entiende que la pestilencia desta herejía cundió por España, si bien la mayor fuerza deste mal cargó sobre la ciudad de Tolosa, de que le resultaron graves daños, y al rey de Aragon, que la quiso ayudar, la desastrada muerte, como luego se dirá.

CAPITULO II.

Cómo murió el rey de Aragon.

La secta de los albigenses se hacia temer y cobraba mayores fuerzas de cada dia, no solo por las que el pueblo le daba, que mucho se le arrimaba, sino mas principalmente por los príncipes y grandes personajes que con su favor le acudian, sin hacer caso ni de la autoridad del Papa, ni de lo que por el mundo dellos se diria. Estos eran los condes el de Tolosa, el de Fox, el de Besiers y el de Cominges. Acudiales asimismo el rey de Aragon, á causa que estas ciudades estaban á su

devocion y aun eran feudos suyos, como en otro lugar queda apuntado; además que tenia deudo en particular con el conde de Tolosa, que casó tercera vez con doña Leonor, hermana del rey de Aragon; y aun el mismo hijo y heredero del Conde, que se llamaba don Ramon como su padre, tenia por mujer otra hermana del mismo rey, por nombre doña Sancha. Esta fué la verdadera causa de declararse por los albigenses y tomar las armas en su favor; que por lo demás fué príncipe muy católico, como se puede fácilmente entender en que entregó su hijo don Jaime á Simon, conde de Monforte, para que le criase y amaestrase, el que por este tiempo acaudillaba los católicos y era duro martillo contra los herejes. El negocio era de tal condicion, que tenia puestos en cuidado los católicos de Francia, y mas en particular al Papa, que se recelaba no se arraigase de cada dia mas aquel mal y con tantas ayudas cobrasen mayores fuerzas, especial que el vulgo, como amigo de novedades, engañado con los embustes de aquellos herejes, fácilmente se apartaba de la creencia de sus mayores y abrazaba aquellas opiniones extravagantes. Buscaban algun medio para atajar aquel daño. Pareció intentar el camino de la paz y blandura, si con diligencia y buenos ministros que predicasen la verdad se podrian reducir los descaminados. Don Diego, obispo de Osma, camino de Roma, donde iba enviado por el rey de Castilla, pasó por aquella parte de Francia; y visto lo que pasaba y el riesgo que corrian aquellos si no se acudia en breve con remedio, hizo al Papa relacion de todo aquel daño y del peligro que se mostraba mayor. Llevaba en su compañía al glorioso padre santo Domingo, entonces canónigo reglar de San Agustin, y adelante destos principios fundador de la órden de los predicadores; era natural de Caleruega, tierra de Osma, nacido de noble linaje. Avisado el Papa de lo que pasaba, acordó acudir al remedio de aquellos daños. Despachó al Obispo y á su compañero con poderes bastantes para que apagasen aquel fuego. Nombró tambien un legado de entre los cardenales con toda la autoridad necesaria. Llegados á Francia, juntaron consigo doce abades de la órden de San Bernardo, naturales de la tierra, para que con sus predicaciones y ejemplo redujesen á los descaminados; pero cuanto provecho se hacia con esto por convertirse muchos de su error, especialmente con la predicacion de santo Domingo y milagros que en muchas partes obró, tanto por otra parte crecian en número los pervertidos de los herejes. Porque ¿quién pondrá en razon un vulgo incitado á mal? Quién bastará á hacer que tengan seso los hombres perdidos y obstinados en su error? Débese cortar con hierro lo que con medicinas no se puede curar, y no hay medio mas saludable que usar de rigor con tiempo en semejantes males. Mudado pues el parecer y la paz en guerra, acordaron de usar de rigor y miedo; juntóse gran multitud de soldados de Italia, Alemaña, Francia, con la esperanza de la indulgencia de la Sede Apostólica concedida por Inocencio III á los que tomasen la insignia y divisa de la cruz, como era de costumbre en casos semejantes y acudiesen á la guerra. Estos soldados tomaron primeramente á Besiers, ciudad antigua de los volcas cabe el rio Obris. Pasaron en ella siete mil hombres de los alborotados á cuchillo. Algunos decian era castigo del cielo por la muerte que cuarenta y dos años antes ellos dieron á Trencavelo, señor de aquella ciudad, y con él hirieron al mismo obispo. Con el miedo deste rigor la ciudad de Carcasona, que era de herejes, se entregó á los católicos, y los culpados fueron muertos. Estos principios daban alguna esperanza que se podrian reparar aquellos daños. No tenian los católicos capitan que los acaudillase y á quien todos obedeciesen. Acordaron de elegir para este cargo á Simon, conde de Monforte, pueblo conocido en el distrito de la ciudad de Chartres, por ser aventajado en las cosas de la guerra y señalarse mucho en la piedad y amor de la religion católica. Aceptó aquel oficio por servir á Dios y á la Iglesia. Juntó las gentes que pudo, con que ganó de los herejes el castillo de Minerva, la ciudad de Albis y otro pueblo, llamado Vauro, cerca de Tolosa, demás de otros muchos lugares. Pasaron adelante, pusieron cerco sobre Tolosa, no la pudieron tomar á causa que los condes el de Tolosa y el de Fox y el de Cominges se hallaban dentro y se la defendieron con mucho valor. Desde allí revolvieron sobre el condado de Fox y hicieron la guerra por aquella comarca. El rey de Aragon cuidaba del peligro que estos príncipes corrian, sus amigos y confederados. Recelábase otrosí de Simon de Monforte, que so color de piedad, que es un engaño muy perjudicial, no pretendiese para sí y para los suyos adquirir nuevos estados. Movido destas razones, luego que se ganó aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, en que se halló presente, volvió su pensamiento á las cosas de la Francia, tanto, que se halla que por el mes de enero, principio del año de 1213, estaba en Tolosa, ciudad de Francia, para tomar acuerdo, es á saber, de lo que debia hacer, y el mes siguiente de mayo hacia gente en Lérida y otras partes para volver á aquella guerra. Luego que allá llegó, le acudieron aquellos príncipes parciales. Con sus gentes y con su venida se formó un ejército tan grande, que llegaba á cien mil hombres de pelea; gran número y que apenas se puede creer. Simon de Monforte, por el contrario, se apercebia para resistir contra fuerzas tan grandes. Acordó ribera de la Garona fortificar el castillo de Murello, plaza muy importante, para reprimir el orgullo de los enemigos. Acudieron aquellos príncipes confederados con sus gentes con intento de apoderarse de aquella fuerza. Acudió asimismo á la defensa Simon de Monforte con poca gente, pero escogida y arriscada. Iban en su compañía siete obispos, el padre santo Domingo y tres abades. Estos varones intentaron al principio medios de paz, porque no se llegase á rompimiento, de que se temian graves daños. En especial avisaron al Rey y le requirieron de parte de Dios no se juntase con los herejes, gente maldita y descomulgada por el Padre Santo; que temiese el castigo de Dios á quien ofendia, por lo menos excusase la infamia con que acerca de todo el mundo quedaria su buen nombre amancillado y el odio que contra su persona resultaria. El Rey se hizo sordo á consejos tan saludables y buenos. Diéronse vista los dos campos y los dos caudillos adelantaron sus haces con resolucion de venir á las manos. En el ejército de los católicos no pasaban de ochocientos caballos y mil infantes; pequeño número para la muchedumbre de los contrarios. Sin embargo, fiados en la buena querella que seguian, se determinaron de probar ventura. Embistieron de am-

bas partes y cerraron, trabóse la pelea, que fué muy brava y sangrienta. Los católicos se dieron tal maña y mostraron tal esfuerzo, que los herejes no pudieron sufrir su ímpetu, y en un punto se desbarataron y pusieron en huida. Los condes se salvaron por los piés. El Rey quedó tendido en el campo con otros muchos de los suyos, caballeros de cuenta, en particular Aznar Pardo y su hijo Pedro Pardo, don Gomez de Luna, don Miguel de Luesia, gente toda de la principal de Aragon. El número de los otros muertos no fué grande para victoria tan señalada. Todos comunmente juzgaban al Rey por merecedor de aquel desastre, así por el favor que dió á los herejes, si bien de corazon era y de apellido católico, ca entre los reyes de Aragon se llamó don Pedro el Católico, como por la soltura que tuvo en materia de honestidad, con que amancilló las demás virtudes y partes, en que fué muy aventajado. Pasó en esto tan adelante, que repudió á la Reina, su mujer, hembra de mucha bondad. El color que tomó fué que era deuda suya y que estuvo antes casada con el conde de Cominges, matrimonio que no fué válido, antes contra derecho, segun que por su sentencia lo pronunciaron los jueces nombrados sobre esta diferencia por el papa Inocencio III. Verdad es que de aquel matrimonio nacieron dos hijas, Matilde y Petrona, como parece por el testamento de la misma Reina. Hallábase esta señora en Roma, do era ida á seguir este pleito, y sustanciado el proceso, se esperaba en breve sentencia, cuando llegó la nueva de aquella jornada y de la muerte del Rey, que fué viérnes, á los 13 de setiembre deste año. Su cuerpo entregaron á los caballeros de San Juan, que le hicieron enterrar en el monasterio de Jijena, en que su madre la reina doña Sancha estaba asimismo sepultada.

CAPITULO III.

Que el rey don Alonso de Castilla falleció.

Dejó el rey de Aragon un solo hijo habido en su mujer, que se llamó don Jaime, en edad de solos cuatro años. Quedaron otrosí dos tios del niño, don Fernando, hermano del muerto y abad del Montaragón, y por el mismo caso monje profeso, y don Sancho, conde de Ruisellon, persona de mucha edad, ca era tio del muerto, hermano de su padre. Estos dos señores, sin embargo, el uno de su edad, y el otro de su profesion, entraron en pensamiento de apoderarse del reino. Para salir con esto, cada cual por su parte procuraban ganar las voluntades del pueblo, y conquistar por todas las vias posibles á la gente principal. Alegaban para esto que don Jaime era hijo bastardo, y que excluido el niño como tal, entraban ellos en el derecho de la corona como deudos mas cercanos, por razones que cada cual proponia en su favor y para excluir al otro competidor. Los prelados, los señores y ricos hombres del reino llevaban mal la ambicion destos dos personajes y sus prácticas. En especial Pero Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, sentia mucho que se tratase de excluir aquel niño de la sucesion y privarle del reino de su padre, y mucho mas que en tal coyuntura estuviese como cautivo en poder de Simon de Monforte. Comunicóse con los demás; acordaron despachar una embajada al papa Inocencio, en que le suplicaban interpusiese su autoridad y mandase á Simon de Monforte les restituyese el niño para ponelle en lugar de su padre y alzalle por su rey, que tal era la voluntad de los de aquel reino, grandes y menores. Oyó el Pontífice benignamente esta embajada; parecióle la demanda muy justificada; despachó sus breves enderezados á su legado el cardenal Pedro Beneventano, que en su nombre asistia á la guerra contra los herejes. Encargábale diese todo contento á los de Aragon, si juzgase todavía que pedian razon. Entre tanto que se trataba desto, Simon de Monforte se apoderó de la ciudad de Tolosa, nido y guarida principal de los alborotados y rebeldes. Juntó el legado un concilio en Mompeller para resolver lo que se debia hacer. Acordaron los padres entre otras cosas de nombrar por príncipe y señor de todo lo conquistado al mismo conde de Monforte en premio de sus trabajos. Para que el Papa confirmase este su decreto le enviaron por embajador al obispo ebredunense ó de Ambrun. En este término se hallaban las cosas de Francia. En España se padecia grande hambre por causa de la sequedad. Tras la hambre, como es ordinario, se siguió gran mortandad, ocasionada de los malos manjares de que la gente se sustentaba. Por la una y por la otra causa muchos pueblos y aldeas se yermaron, y mas en en el reino de Toledo, como mas sujeto á esta calamidad, por ser lo mas alto de España. Acudió al remedio don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo; repartió gruesas limosnas de su hacienda, y con sus sermones animó al pueblo para que todos ayudasen, cada cual conforme á su posibilidad. Esta diligencia y el fruto que della se siguió, que fué notable, agradó tanto al rey don Alonso, que en lo postrero de su edad estando en Búrgos, hizo donacion á la iglesia de Toledo de muchos pueblos hasta en número de veinte aldeas, por parecerle se empleaban muy bien las riquezas y mando en quien usaba bien dellas, y que era ponellas como en un depósito comun para acorrer á las necesidades. En particular concedió al arzobispo de Toledo que por tiempo fuese el oficio y preeminencia de chanciller mayor de Castilla, que en las cosas del gobierno era la mayor dignidad y autoridad despues de la del rey; privilegio que siete años antes se dió al arzobispo don Martin, pero por tiempo limitado; al presente para siempre á don Rodrigo y sus sucesores. Este oficio ejercian los arzobispos en lo de adelante cuando andaban en la corte; si se ausentaban, nombraban con el beneplácito del rey un teniente que supliese sus veces y despachase los negocios. Esto se continuó hasta el tiempo del arzobispo don Gil de Albornoz, cuando por su ausencia y por la revuelta de los tiempos se comenzó á dar aquel oficio á diferentes personas sin consentimiento de los arzobispos, que, sin embargo, todavía se intitulan chancilleres mayores de Castilla; por lo demás, ninguna otra preeminencia de aquel oficio les queda, ni tienen en su poder los sellos reales, ni acuden á ellos los negociantes. Hallábase el Rey en Búrgos, deseaba reconciliarse con su primo el rey de Leon, de quien se mostraba muy sentido despues que repudió á su hija doña Berenguela, y todavía duraba la enemiga. Concertaron vistas para Valladolid, y allí asentaron sus haciendas; en particular se acordó echasen por tierra y despoblasen al Carpio y Monterey, sobre que tenian diferencias, y los de Castilla los tomaran á los de Leon. Tomado este asiento, se partió el rey de Leon para su tierra, y con

licencia del rey de Castilla llevó en su compañía á don Diego Lopez de Haro para ocuparle en la guerra que por aquellas partes hacia contra moros. Era don Diego famoso capitan en aquel tiempo, amado de los príncipes, agradable á los soldados; así, demás de su hijo don Lope, le siguió un buen golpe de los soldados castellanos, por el deseo que todos tenian de ejercitarse en aquella guerra debajo de la conducta de caudillo tan principal. El rey de Castilla, aunque viejo y muy cansado, no tenia menos deseo de proseguir por su parte la guerra contra moros, que quedaron amedrentados por la pérdida pasada y á pique de perderse, por estar divididos entre sí y alborotados con bandos y parcialidades. Adelantóse el rey de Leon; rompió por aquella parte de la antigua Lusitania que confinaba con su reino y hoy se llama Extremadura. Talóles los campos, quemóles y saqueóles los pueblos y las aldeas, hizo grandes presas de hombres y de ganados. En particular á la ribera del rio Tajo ganó de los moros una villa antigua y fuerte, que se llama Alcántara. Para que la defendiesen, hizo della gracia á los caballeros de la órden de Calatrava, que pusieron allí buena guarnicion de soldados, que de ordinario salian á correr la tierra de los moros y á hacer sus cabalgadas. Este fué el principio que tuvo la caballería de Alcántara, pequeño y flaco, como suele ser en las cosas grandes que se levantan de pequeños principios. De aquí vino que esta nueva caballería al principio fué sujeta á la de Calatrava; al presente se tiene por exempta, en especial despues que estos caballeros ganaron una bula en este propósito del papa Julio II en ninguna cosa quieren reconocer esta mayoría. El hábito de Calatrava antiguamente fué un escapuiario con una capilla que dél salia sobre el vestido á manera de los frailes; mas por concesion del Papa, que en tiempo del scisma se llamó Benedicto XIII, el año de 1397 dejaron la capilla y tomaron la cruz roja florlisada de la forma que hoy la usan, que se remata en cuatro flores de lis. Los de Alcántara en sus principios usaron por hábito de un capirote y una chia roja, ancha cuatro dedos, y larga una tercia; pero el mismo Papa les concedió por su bula trocasen aquellas insignias en la cruz verde florlisada de que usan en manto blanco de la misma forma y remates que la de Calatrava, que fué el año adelante de 1411. Los unos y los otros militan debajo de la regla de San Bernardo y son sujetos á la órden del Cistel. Este fin tuvo y este efecto hizo la guerra que el rey de Leon movió contra los moros por este tiempo, algo mas próspero que la que se hizo de parte de Castilla. Fué así, que el rey don Alonso de Castilla dió vuelta al reino de Toledo. Seguíale mucha gente, que hizo levantar en todas partes, con que llegó hasta Consuegra y hasta Calatrava, que eran las fronteras por aquella parte de su reino. Pasó adelante, rompió por las tierras de los moros hasta llegar á Baeza, que era vuelta á poder de moros. Hizo grandes talas por aquella comarca, robos y sacomanos, finalmente se puso sobre aquella ciudad con intento de rendirla. Acudió á servirle en este cerco, entre otros, Diego Lopez de Haro, despues que se dió fin á la guerra de Extremadura. Hicieron todo el esfuerzo posible, mas no pudieron salir con su intento á causa que el año era muy falto de mantenimiento y no se podian proveer de vituallas. Hicieron treguas con los moros, y con tanto dieron la vuelta para proveerse de lo necesario y poderse sustentar. Por lo demás, se presentaba buena ocasion de sujetar los moros, por estar divididos y tener entre sí guerras civiles. La cosa pasó desta manera. El rey Mahomad, por sobrenombre el Verde, despues que perdió aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, acordó para rehacerse de fuerzas pasar en Africa. Entre los moros, mas que entre otras gentes, ningun respeto se guardan de lealtad y parentesco. Zeyt Abenzeyt, su hermano, tomó ocasion de aquella ausencia para apoderarse de la ciudad de Valencia y de Monviedro con toda aquella comarca. Lo mismo hizo un su primo, por nombre Mahomad Zeyt, en las ciudades de Córdoba y de Baeza, que se alzó con ellas con color que era nieto de Abdelmon de parte de un hijo suyo llamado Abdalla, y por esta causa le pertenecian los reinos de Africa y de España, que fueron de su abuelo. Demás desto, otro moro, por nombre Albullali, muy principal en riquezas y vasallos, movido por el ejemplo de los moros ya dichos y convidado de la ocasion que se le presentaba, sin otro mejor derecho se apoderó de Sevilla, de Ecija y de Jerez. Desta manera las fuerzas de los moros, que de suyo no eran muy grandes, se dividieron en muchas partes y por el mismo caso se enflaquecieron. Buena ocasion era esta; mas el rey don Alonso, que era el mas poderoso príncipe de España, no pudo acudir á esta guerra, no solo por falta de vituallas, sino por dar socorro á los ingleses, con quien tenia deudo y amistad, y cuyo partido en las partes de Francia andaba muy de caida, á causa que los franceses, contra lo que tenian asentado, de repente les movieron una guerra muy cruel y sangrienta. Por el mismo tiempo el rey de Portugal, don Alonso el Segundo, por sobrenombre el Gordo, andaba ocupado en recobrar por las armas los estados que en aquel reino su padre dejó en su testamento á sus hermanas; causas que alegar para lo que quieren nunca á los príncipes faltan. Acudieron aquellas señoras al amparo del rey de Leon, que era su deudo, y les caia mas cerca para valerse de sus fuerzas. No fué él mismo en persona; pero envió á su hijo don Fernando, el cual con las armas ganó de los portugueses algunos pueblos, que adelante se volvieron por mandado del papa Inocencio, que interpuso su autoridad para sosegar estos bullicios y componer todas aquellas diferencias. El rey de Castilla á la misma sazon deseaba verse con el rey de Portugal, su yerno, para comunicar con él cosas muy graves. Convidóles por sus embajadores que se llegase á Plasencia; y porque entendió que la venida del Portugués se dilataria algun tiempo, pasó á Búrgos con intento de acudir á lo de Francia y enviar en favor de los ingleses gente de socorro. La muerte atajó todas estas trazas. Daba la vuelta desde Búrgos por el deseo que tenia de verse con el rey de Portugal, cuando en Garcimuñoz, pueblo conocido, le sobrevino una dolencia mortal, que se le aumentó con cierto aviso que le llegó de que aquel Rey se excusaba de llegar hasta Plasencia, y solo venia en que si aquellas vistas importaban tanto, se hiciesen á la raya de los dos reinos. Esta es la condicion de muchos príncipes, que por no reconocer ni dar ventaja á nadie, sea deudo, sea superior, sea mas anciano, dejan pasar muchas ocasiones de concluir negocios muy importantes. Puédese tambien sospechar que aquel Príncipe no se

fió mucho del de Castilla, si bien era su suegro, por ser astuto y mañoso y muy atento á sus particulares. Agravóse la dolencia tanto, que los médicos le desafiuciaron. Asistióle en aquel último trance el arzobispo de Toledo, que desde Calatrava, donde residió algun tiempo para remediar el hambre, como queda dicho, concluido aquel negocio, acudió á Búrgos y hacia compañía al Rey. El mismo le confesó y hizo que recibiese los demás sacramentos como suelen los cristianos, ordenase y otorgase su testamento. Esto hecho, rindió el alma, lúnes, á 6 de otubre, dia de santa Fides, vírgen, del año que se contaba de 1214. Conforme á esto se ha de corregir la letra del arzobispo don Rodrigo, que muchas veces por culpa de los impresores y de los escribientes está muy estragada. Este fin tuvo el rey don Alonso, el mas esclarecido príncipe en guerra y en paz de cuantos en aquel siglo florecieron. El solo acabó muchas cosas y salió con grandes empresas; los otros reyes de España sin él y sin su ayuda apenas hicieron cosa alguna que fuese de mucha consideracion. Falleció en edad de cincuenta y siete años y mas veinte y dos dias; dellos reinó por espacio de los cincuenta y cinco. Sepultaron su cuerpo en las Huelgas de Búrgos, acompañáronle la reina doña Leonor, su hija doña Berenguela, el arzobispo don Rodrigo con otros principales del reino. Fallecieron asimismo este año la reina de Castilla, viuda, doña Leonor, y don Fernando, el hijo mayor del rey de Leon, habido en su primera mujer; y demás destos don Diego Lopez de Haro, don Pedro de Castro, hijo de Fernando de Castro, todos personajes muy principales. La muerte de la Reina fué en Búrgos, viérnes, último de octubre. El dolor que recibió por ver muerto su marido, que le queria mucho, le aceleró su fin; como fueron muy conformes en la vida, así sepultaron su cuerpo junto al de su marido. Don Fernando, hijo del rey de Leon y de su mujer doña Teresa, era mozo de aventajadas partes y que daba muy buenas muestras, si la muerte antes de tiempo no le atajara los pasos y cortara las esperanzas que tales virtudes y la apostura de su cuerpo prometian; enterráronle en el templo de Santiago de Galicia. Quedó otro hermano suyo de su mismo nombre, pero nacido de otra madre, que fué doña Berenguela, y que adelante sucedió en el reino de Castilla y tambien á su padre, como se verá en sus lugares. Don Pedro de Castro ayudó y sirvió muy bien al rey de Leon en las guerras que hizo contra moros. Su muerte fué en Marruecos, ciudad de Berbería. La causa por qué pasó en Africa no se sabe; por ventura algun desgusto ó la amistad que tenia trabada con los moros desde el tiempo de su padre. Falleció á 18 de agosto deste mismo año en que vamos.

CAPITULO IV.

Cómo en Castilla y Aragon hobo revueltas y guerras.

Despues de la muerte de don Pedro, rey de Aragon, y de don Alonso, rey de Castilla, resultaron en el un reino y en el otro bullicios y alteraciones muy graves, á causa de la poca edad de los nuevos reyes don Enrique y don Jaime, que sucedieron á sus padres. Los señores, á cuyo cargo estaba mirar por el bien y pro comun, todos tenian mas atencion á sus particulares. Muchos en Castilla pretendian apoderarse del gobierno, y en nombre de otro, que era el Rey, mandallo ellos todo, quitar y poner á su voluntad. Algunos en Aragon pasaban mas adelante, ca pretendian coronarse y gobernar en su nombre todo aquel reino. ¡Cuán desapoderado y perjudicial es el apetito de reinar y la ambicion! Todo lo revuelve y lo trueca sin tener cuenta con la infamia ni lo que la modestia y templanza piden. Entre estas tempestades el gobierno y la gente andaba como nave sin gobernalle azotada de los vientos y de las olas del mar, especialmente en Aragon se veian estos daños por la ambicion perjudicial de don Sancho y de don Fernando, tios de aquel Rey, que, segun queda dicho, pretendia cada cual para sí aquella corona. No les faltaba brio para salir con su intento, ni maña para granjear las voluntades del pueblo. Alegaban que el rey don Jaime no podia heredar á su padre por no ser de legítimo matrimonio. Demás desto, don Sancho contra su competidor se valía de que era monje profeso y por el mismo caso incapaz de la corona; don Fernando, del ejemplo del rey don Ramiro, que sin embargo que era monje y de mucha edad, sucedió en aquel reino á su hermano; y que quitado este impedimento, él era de los trasversales el pariente mas cercano. Con esto el reino se dividió en tres parcialidades; pocos, pero los mejores y mas poderosos, seguian el partido del verdadero Rey. El pueblo, sin cuidar mucho de lo que era justo, se arrimaba á los que de presente con dádivas y con promesas los granjeaban. Enviáronse sobre el caso embajadores al papa Inocencio, como arriba queda dicho, para pedir á su Rey, el cual en compañía del obispo ebredunense con muy buenas palabras los remitió á Francia enderezados al cardenal Beneventano, su legado, con órden que al conde de Monforte entregase lo que tenian ganado en Francia contra los herejes, á tal que él mismo pusiese en libertad al niño rey de Aragon y le entregase á sus vasallos. Sabida la voluntad del Papa, el legado y el conde de Monforte obedecieron sin dificultad. Hallábanse en Carcasona, desde donde acompañaron al Rey, que tenia solos seis años y cuatro meses, hasta la ciudad de Narbona; en su compañía don Ramon, conde de la Proenza, su primo hermano y de la misma edad del Rey, para que se criase en Aragon entre tanto que las guerras de Francia se apaciguaban. Acudieron á aquella ciudad por estar á la raya de los dos reinos muchos señores de la corona de Aragon para recebir, servir y acompañar á su Rey, todos con gran muestra de alegría y grandes regocijos y recebimientos; que todos los pueblos por do pasaba le hacian procesiones y rogativas por su salud y larga vida. Tenia el niño para aquella edad buena presencia, y la estatura del cuerpo mayor que pedian aquellos años; muestra de lo que fué adelante, de su valor y grandeza. El conde de Monforte se quedó para proseguir la guerra. El Legado, que en todo tenia mano, hizo convocar Cortes para la ciudad de Lérida con atencion á dar asiento en todas las cosas. Juntáronse á su llamado los señores, ricos hombres, los prelados y procuradores para el dia que les señalaron. Los infantes don Sancho y don Fernando no quisieron acudir por ver el pleito mal parado. En aquellas Cortes todos los que presentes se hallaron de los tres brazos del reino juraron al nuevo Rey; cosa nueva en Aragon, pero que deste principio quedó asentado para adelante, y así se acostumbra de

jurar aquellos reyes. Nombraron por ayo del niño para que le amaestrase á don Guillen Monredon, maestre y superior de los templarios en aquel reino y el principal de los embajadores que se enviaron al Papa. Señalaron otrosí la fortaleza de Monzon para que allí se criase el nuevo Rey, hasta tanto que las parcialidades se compusiesen, y que él tuviese edad para encargarse del gobierno. Entre los ciudadanos de Zaragoza y la gente de Navarra se abrió la contratacion que, segun parece, tenian impedida por causa de las alteraciones de Aragon ó por otras diferencias, que siempre resultan entre los reinos comarcanos, mayormente que el rey don Sancho de Navarra por su edad y poca salud poco podia acudir al gobierno y al amparo de sus vasallos, antes vivia retirado en el castillo de Tudela sin atender ni á las cosas de la guerra ni á las del gobierno. Esto pasaba al fin deste año, en que cerca de la ciudad de Tornay, principal en los estados de Flándes, y puesta á la ribera del rio Escalda, el emperador Oton y Felipe, rey de Francia, tuvieron una sangrienta batalla. Estaba de parte del Emperador don Fernando, infante de Portugal, casado con la condesa propietaria de Flándes, que vencidos y desbaratados los de su parte y los imperiales, quedó preso por largo tiempo en poder de los franceses. Esta fué la famosa batalla de Bovinas, así dicha de un puente junto al cual se dió. En Aragon todavía continuaban en procurar algun medio de paz; parecióles seria conveniente para contentar á don Sancho, conde de Ruisellon, encargarle el gobierno del reino de Aragon, como se hizo el año siguiente de 1215. Lo que pensaban seria ocasion de sosiego sucedió muy al revés; que como persona deseosa de mandar, con la mano que le dieron, se encendió en mayor deseo de coronarse por rey; de que resultaron mayores revueltas y bullicios, como se verá adelante. Las cosas de Castilla no estaban en mejor estado. Era el nuevo rey don Enrique de once años, cuando por muerte de su padre y por haber faltado sus hermanos mayores sucedió en aquella corona. Encargóse su madre del gobierno, como era razon, que duró poco, por la muerte que muy en breve le sobrevino. En su testamento nombró para el gobierno en su lugar y para la tutela del Rey á doña Berenguela, su hija, reina de Leon, aunque apartada de su marido. Esta señora por ser de ánimo varonil y muy poderosa en vasallos, ca tenia por suyas las villas de Valladolid, Muñon, Curiel y Santistéban de Gormaz por merced y donacion que dellas le hizo el Rey, su padre, cuando volvió á Castilla, sustentaba el peso de todo y aun ayudaba con su hacienda á los gastos que forzosamente en el gobierno se hacian. ¿Quién podrá bastantemente encarecer las virtudes desta señora, su prudencia en los negocios, su piedad y devocion para con Dios, el favor que daba á los virtuosos y letrados, el celo de la justicia con que enfrenaba á los malos, el cuidado en sosegar algunos señores que gustaban de bullicios, y que el Rey, su hermano, se criase en las costumbres que pertenecen á estado tan alto? Solo la aquejaba la muchedumbre de los negocios y el deseo que tenia de su recogimiento y quietud. Olieron esto algunos que tienen por costumbre de calar las aficiones y desvíos de los príncipes para por aquel medio encaminar sus particulares, en especial los de la casa de Lara, como acostumbrados á mandar, procuraron aprovecharse de aquella ocasion para apoderarse ellos del gobierno. Eran tres hermanos, Alvaro, Fernando y Gonzalo, hijos de don Nuño, conde de Lara, poderosos en riquezas y en aliados. Éstos hacian poco caso del Rey, por ser niño, y de su hermana, por ser mujer. Pretendian salir con su intento, quier fuese con buenos medios, quier con malos. Ofreciéronse dos ocasiones muy á su propósito: la una, que un hombre particular, llamado Garci Lorenzo, natural de Palencia, tenia mucha cabida con doña Berenguela. De la industria deste hombre y de su maña, que era muy grande, se pretendieron valer, y para esto le prometieron, si terciaba bien y les acudia conforme á su deseo, de dalle en premio la villa de Tablada, que él mucho deseaba. Esta fué la primera ocasion. La segunda y de menos importancia fué la ausencia que á la sazon hizo don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que solo por su mucha autoridad y prudencia pudiera descubrir y desbaratar estas trazas. Partióse para Roma para hallarse con los demás prelados en el Concilio laterano, que por sus edictos tenia convocado el papa Inocencio. Juntáronse á su llamado cuatrocientos y doce prelados, y entre ellos los setenta y uno eran arzobispos, el patriarca de Jerusalem y el de Constantinopla. El Alejandrino y el Antioqueno no acudieron, pero enviaron sus tenientes que supliesen sus veces. Los demás sacerdotes que acudieron apenas se podian contar. Los negocios que en este Concilio se trataron fueron muchos y muy graves. Sobre todo pretendian renovar la guerra de la Tierra-Santa y apaciguar las alteraciones de Francia, que los herejes traian revuelta. Abrióse el Concilio por el mes de noviembre en la iglesia de San Juan de Letran. Entre los demás padres se señaló mucho el arzobispo don Rodrigo; hizo una oracion á los del Concilio en lengua latina, pero mezcladas sentencias y como flores de las otras lenguas italiana, alemana, inglesa, francesa, como el que bien las sabia, que puso admiracion á los padres hasta decir que desde el tiempo de los apóstoles nunca se vió cosa semejante. En particular se trató de la primacía de Toledo, á causa que los arzobispos de Tarragona, Braga, Santiago y Narbona no le querian reconocer ventaja por razones que cada cual en su defensa alegaba. Presentáronse por la iglesia de Toledo las bulas de los pontífices romanos mas antiguos, sus sentencias y determinaciones, los decretos de los concilios, argumentos y probanzas tomadas de la antigüedad, que en los hombres es venerable y en las ciudades se tiene por cosa sagrada. Salieron á la causa el arzobispo de Braga y el de Santiago, que presentes se hallaron, y el obispo de Vique, como lugarteniente del de Tarragona. Pretendian alegar, y alegaron de su derecho, y responder á los argumentos y razones que por el de Toledo militaban. No se procedió á sentencia á causa que algunos de los interesados se hallaban ausentes y era necesario oirlos. Solo concedió el Papa al arzobispo don Rodrigo que por espacio de diez años tuviese autoridad de legado en toda España, y que si la ciudad de Sevilla viniese á poder de cristianos, como esperaban que seria en breve por la flaqueza de los almohades, que en tal caso quedase sujeta al arzobispo de Toledo como á primado, sin que pudiese contradecir ni apelar deste decreto. Concedióle demás desto facultad de dispensar y

de legitimar trecientos hijos bastardos, y que en todas las iglesias de España, en las ciudades que se ganasen de moros pudiese nombrar y poner los obispos y sacerdotes que en ellas faltasen. Grande fué el crédito que el dicho Arzobispo ganó en aquel Concilio, no solo por las muchas lenguas que sabia, sino por sus muchas letras y erudicion, que para aquel tiempo fué grande. Dejó dos libros escritos, uno de la historia de España, el otro de las cosas de los moros, fuera de otro tratado que anda suyo en defensa de la primacía de su iglesia de Toledo. Tocante á la guerra de la Tierra-Santa se acordó y decretó en el mismo Concilio que todos los eclesiásticos ayudasen para los gastos y para llevalla adelante con cierta parte de sus rentas. Con este subsidio enviaron gente de socorro, y por su general á Pelagio, cardenal y obispo albanense, de nacion español, segun que lo testifica don Lúcas de Tuy; y que con este socorro se ganó la muy famosa ciudad de Damiata, puesta en lo postrero de Egipto. Cuanto á las revueltas de Francia, los dos Raimundos ó Ramones, padre y hijo, condes de Tolosa, acudieron al Concilio para pleitear contra Simon de Monforte, que los tenia despojados de su estado. La resolucion fué que los condenaron como á herejes, y adjudicaron á Simon de Monforte la ciudad de Tolosa con todo aquel condado, y los demás pueblos y ciudades que habia ganado á los herejes con su valor y buena maña. En virtud de lo cual fué á verse con el rey de Francia para hacerle sus homenajes, como feudatario suyo, por aquellos estados, como lo hizo, y juntamente asentó con aquel Rey confederacion y perpetua amistad. Pero como quier que no se fiase de los vasallos, que todavía se inclinaban á sus señores antiguos, hizo desmantelar las ciudades de Tolosa, Carcasona y Narbona, por donde y por los tributos muy graves que derramó sobre aquellos estados incurrió en grave odio de los vasallos, de tal manera, que muchos pueblos á la ribera del rio Ródano se le rebelaron y se entregaron á Raimundo el mas Mozo, hijo del despojado, y aun poco adelante se perdió la misma ciudad de Tolosa. Para todo ayudó mucho que diversos señores de Francia y de Cataluña, sin embargo de lo decretado por el Papa y por el Concilio, acudieron con sus fuerzas á aquellos príncipes despojados y pobres. El de Monforte pretendia con sus gentes recobrar aquella ciudad de Tolosa, y se puso con este intento sobre ella, y aun saliera con la empresa si no le mataran con una piedra que dispararon los cercados de un trabuco; hombre dignísimo de mas larga vida y de mejor fin por sus muchas virtudes y valor, y que á la destreza en las armas igualaba su piedad y amor de la religion católica. Dejó dos hijos en edad muy florida: el uno se llamó Aimerico, el otro Simon. El Aimerico, luego que mataron á su padre, alzó el cerco, y perdida grande parte de aquellos estados, desistió de la guerra. No se igualaba á su padre en grandeza de ánimo, en hazañas y valor; así, desconfiado de poder sosegar aquellos vasallos y contrastar con tantos príncipes como le hacian resistencia, se resolvió de renunciar aquellos pueblos y entregallos al rey de Francia, que en recompensa le nombró por su condestable; trueco muy desigual. Esto pasó tres años adelante; volvamos á la órden de los tiempos que poco arriba dejamos.

CAPITULO V.

Cómo los de la casa de Lara se apoderaron del gobierno de Castilla.

Los de la casa de Lara todavía continuaban en su pretension y solicitaban á Garci Lorenzo para que les ayudase. El, engolosinado con las promesas que le hacian, y porque no se le pasase aquella ocasion de adelantarse, se ofreció de hacer todo lo que le pedian. Solo esperaba alguna buena coyuntura, y hallada, dijo un dia á la Reina gobernadora, que muy descuidada estaba de aquellas tramas, que la carga de aquel gobierno era muy pesada y sobre las fuerzas mayormente de mujer; encareció mucho las dificultades, los peligros, la diversidad de aficiones y parcialidades que entre los señores y entre los del pueblo andaban. La Reina, que mucho deseaba su quietud, fácilmente se dejó persuadir y llevar de aquellas engañosas palabras. «¿Quién, dijo, me podrá descargar deste cuidado? Quién os parece á propósito para encargalle el gobierno y la crianza del Rey?» Respondió: «Ninguno en el reino en poder y en riquezas se iguala á los de la casa de Lara, que podrán acudir á todo y reprimir los intentos de los mal intencionados.» Parecióle bien este consejo á la Reina y esta traza. Acordó juntar los obispos, los ricos hombres y los señores para consultar el negocio. Los mas, preguntado su parecer, se allegaron al de Garci Lorenzo y se conformaron con la voluntad de la Reina, unos por no entender el engaño, otros por estar negociados, otros por aborrecer el gobierno presente como de mujer y ser cosa natural de nuestra naturaleza perversa creer de ordinario que lo venidero será mejor que lo presente. Salió por resolucion que la Reina dejase el gobierno del reino y le renunciase en los tres hermanos y señores de Lara. Volvió en esta sazon de Roma el arzobispo don Rodrigo con poder y autoridad de legado del Papa, no le plugo nada que la Reina renunciase; pero el negocio le tenian tan adelante, que no se atrevió á contradecir. Solo hizo que aquellos señores de Lara en sus manos hiciesen juramento que mirarian por el bien comun y por el pro de todo el reino, en particular que no darian ni quitarian tenencias y gobiernos de pueblos y castillos sin consulta de la Reina y sin su voluntad; que no harian guerra á los comarcanos ni derramarian nuevos pechos sobre los vasallos; finalmente, que á la reina doña Berenguela tendrian el respeto que se debia y era razon tenerle á la que era hermana, hija y mujer de reyes. Con este homenaje les parecia se cautelaban y aseguraban que todo procederia bien y á contento, como si pudiese cosa alguna enfrenar á los ambiciosos, y si el poder adquirido por los malos medios tuviese de ordinario mejores los remates. Fué así, que luego que don Alvaro, el mayor de los hermanos, se apoderó del gobierno, partió de Búrgos, do se hizo la renunciacion y todos estos conciertos. Lo primero desterró del reino á ciertos señores por causas ya verdaderas, ya falsas. Apoderóse de los bienes públicos y particulares, sin perdonar á las mismas rentas de las iglesias. A los patrones legos, que tenian derecho y costumbre de presentar para los beneficios de las iglesias, quitó aquella libertad con color que no eran de órden sacro y de reparar el culto divino, que en muchas maneras andaba menoscabado. En todo procedia por via

de fuerza, sin cuidar de las leyes ni de la revuelta que los tiempos amenazaban. Pasó tan adelante en esta rotura, que puso en necesidad á don Rodrigo, dean de Toledo y vicario del Arzobispo, de pronunciar sentencia de descomunion contra el dicho don Alvaro, gobernador. Enfrenóse algun tanto por este castigo y hizo alguna restitucion y satisfaccion de los daños pasados; pero no se mudó del todo su condicion y mal ánimo. Juntó Cortes en Valladolid. Acudieron á su llamado y á su persuasion por la mayor parte los de su parcialidad y de su valía, que socolor del bien público y con voz de todo el reino, ayudaron sus intentos de arraigarse en el gobierno y pertrecharse con todo cuidado para todo lo que pudiese resultar. Este fué el principal efecto de aquellas Cortes. A gran parte de la nobleza pesaba mucho que don Alvaro con aquellas trazas se apoderase de todo sin que nadie le pudiese ir á la mano, y que uno solo tuviese mas fuerza y autoridad que todos los demás. En especial don Lope de Haro, hijo de don Diego de Haro, y don Gonzalo Ruiz Giron, mayordomo de la casa real, y sus hermanos, que todos eran de los mas principales, sentian mucho el desórden. Comunicaron entre sí el negocio; acordaron hacer recurso á doña Berenguela y querellarse de la renunciacion que hizo del gobierno. Pusiéronle delante el peligro que todo corria si prestamente no se acudia con remedio. Que bien estaban satisfechos del buen ánimo é intencion que tuvo en renunciar el gobierno; mas pues las cosas sucedian al revés de lo que se pensó, era forzoso mudar propósito y volver al oficio y cuidado que dejó para que aquellos hombres locos y sin término no acabasen de hundillo todo. «¿Por ventura será razon que antepongais vuestro descanso y quietud al bien comun y pro de todo el reino, permitir que todos nos despeñemos y nos perdamos? ¿Por qué no quitaréis el oficio y cargo que sin darnos parte renunciastes á un hombre sin juicio y desatinado? Librad pues á nos y al reino de las tempestades que á todos amenazan; que si en este trance no nos acudís, será forzoso remediar los daños con las armas. Mirad, Señora, no se diga que por el deseo de vuestro particular descanso fuistes causa que el reino se revolviese y alterase, como será necesario.» Movian estas razones á la Reina. Conocia el yerro que hizo; todavía como era mujer y flaca no se atrevia á contrastar con los que tenian en su poder las fuerzas y las armas del reino. Temia que si intentaba de despojallos del gobierno resultarian mayores males; tomó por expediente avisar á los de Lara de la jura que hicieron de gobernar el reino con todo cuidado sin hacer agravios ni demasías, en que parecia haberse desmandado. Sirvió este aviso muy poco; antes irritado don Alvaro, se apoderó del estado y pueblos de la misma Reina, y no contento con esto, la mandó salir de todo el reino; grande atrevimiento y afrenta notable, bien fuera de lo que sus obras merecian y de lo que la nobleza y agradecimiento pedia. La Reina, por excusar mayores inconvenientes, en compañía de su hermana la infanta doña Leonor se retiró al castillo de Otella, cerca de Palencia, por ser una plaza muy fuerte; muchos de los grandes tomaron su voz, en que perseveraron hasta la muerte del Rey, su hermano. Todo era principio de algun gran rompimiento, mayormente que á don Gonzalo Giron removieron del oficio de mayordomo mayor, y se dió á don Fernando de Lara, hermano de don Alvaro. Al Rey, aunque de poca edad, no contentaban estas tramas; deseaba hallar ocasion para librarse de los que en su poder le tenian y irse para su hermana. Era por demás tratar desto, porque don Alvaro le tenia puestas guardas y tomados los pasos. Demás desto, por asegurarse mas y ganalle la voluntad con deleites fuera de tiempo, trató de casarle. Despachó embajadores para pedir por mujer del Rey á doña Malfada, hermana del rey de Portugal don Alonso. Concertáse el casamiento y trajeron la novia á Palencia, do se celebraron las bodas. Recibió desto mucha pesadumbre doña Berenguela por los daños que podian resultar á causa de la edad del Rey, que era muy poca. Escribió sobre el caso al papa Inocencio, avisóle del deudo que tenian entre sí los desposados. El Papa, informado de todo, por un breve suyo remitió el negocio á los obispos don Tello, de Palencia y don Mauricio, de Búrgos, para que examinasen lo que la Reina decia, y si se averiguase el impedimento, apartasen aquel casamiento, so graves penas y censuras si no obedeciesen á sus mandatos. Los obispos, luego que recibieron el breve, procedieron en el caso como les era mandado, y averiguado el parentesco que se alegaba, dieron sentencia de divorcio; con que la desposada, á lo que se cree, doncella y sin perjuicio de su virginidad, dió la vuelta á Portugal. Allí fundó el monasterio de Rucha, y en él pasó lo que le restó de la vida santa y religiosamente, aunque muy sentida no solo de aquella mengua, sino en especial contra don Alvaro, que no contento de haberle sido causa de aquel daño, trató de casarse con ella; que fuera un trueco muy desigual y de reina sujetarse á su mismo vasallo. Todo esto pasaba en Castilla el año que se contó de Cristo 1216, en que á 16 de julio falleció en Roma el papa Inocencio III, persona de aventajadas prendas y virtudes, y que pocos en el número de los pontífices se le igualaron, en particular fué muy elocuente y muy sabio en letras divinas y humanas. Sucedió en su lugar Honorio III, natural de Roma, en cuyo tiempo y pontificado falleció en aquella ciudad la reina de Aragon doña María, madre del rey don Jaime; sepultaron su cuerpo en el Vaticano, cerca del sepulcro de santa Petronilla. Allí reposaron sus huesos de los muchos trabajos que padeció por toda su vida, desterrada de su reino y de su patria, pobre y apartada de su marido. En su testamento dejó encomendado su hijo y el reino de Aragon al Pontífice, para que como padre universal los recibiese debajo de su proteccion y amparo. La edad del Rey tenia necesidad de semejante favor, y por estar los del reino divididos en parcialidades, de que se temian revueltas y guerras, era menester que la prudencia del Pontífice los enfrenase, lo que él hizo con todo cuidado por cuanto le duró la vida. En esta sazon don Ramon, conde de la Proenza, por cartas que sus vasallos le enviaban, se determinó de huirse secretamente de Monzon, do le tenian como preso en compañía del rey de Aragon, su primo. Embarcóse en una galera que en el puerto de Salu, cerca de Tarragona, le tenian aprestada. Con su llegada á su estado se apaciguaron graves diferencias que andaban entre los principales de aquella tierra, como los que estaban sin cabeza, y cada cual pretendia poner mano en el gobierno. Tomás, conde de Mauriena, cepa de los duques de Saboya, tenia una hija, por nombre

Beatriz, que casó con este don Ramon, conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron cuatro hijas, que casaron las tres con otros tantos reyes, y la cuarta con el Emperador; rara felicidad y notable. La huida de don Ramon fué ocasion de poner en libertad al rey de Aragon. Don Guillen Monredon, maestre del Temple, comenzó á recelarse por este ejemplo no le sacasen con semejante maña de su poder al Rey, que seria ganar otros las gracias de ponelle en libertad y quedar él cargado de habelle tenido tanto tiempo como preso. Con este cuidado y para dar corte en lo que se debia hacer, se comunicó con don Pedro de Azagra, señor de Albarracin, y con don Pedro Ahones, ambos personajes de mucho poder y nobleza. Acordaron de llamar á Monzon á don Aspargo, que de obispo de Pamplona lo era á la sazon de Tarragona, y á don Guillen, obispo de Tarazona. Juntos que fueron, de comun acuerdo se resolvieron de poner al Rey en libertad y entregalle el gobierno del reino, si bien no pasaba de nueve años. Tomaron este acuerdo por el mes de setiembre, y se juramentaron entre sí de llevar adelante esta resolucion. No hay cosa secreta en las casas reales, mayormente en tiempo que reinan pasiones y parcialidades. Don Sancho, tio del Rey, que tenia el gobierno del reino, sabido lo que pasaba, con intento de conservarse en el mando, llevaba muy mal aquel acuerdo. Desmandábase en palabras y fieros en tanto grado, que llegó á amenazar cubriria de grana el camino por do el Rey pasase, que era tanto como decir le regaria con sangre de los que le acompañasen. Su soberbia era tan grande, que nunca pensó se atrevieran á lo que hicieron, y todavía se fue con buen golpe de gente á Selga, que es un pueblo puesto en el mismo camino por do habian de pasar. El Rey, cuando esto supo, tuvo miedo, tanto, que sin embargo de su poca edad, se puso una cota de malla con intento de pelear, si fuese necesario. Valió que don Sancho, aunque tenia en las manos la victoria por ser muy pocos los que acompañaban al Rey, bien que de los mas ilustres y principales, no se determinó á acometellos; la causa no se sabe, parece que le cegó Dios para que no viese la caida que deste principio muy en breve le esperaba. El Rey, libre deste peligro, pasó á Huesca, de allí á Zaragoza. Allí y por todo el camino se hicieron grandes fiestas y alegrías y recibimientos por velle puesto en libertad, ca todos esperaban y tenian por cierto que para adelante el gobierno procederia mejor que hasta allí y los daños del reino se remediarian. Convenia dar asiento en negocios muy graves que tenian represados, sosegar las voluntades y parcialidades, alentar á los buenos y cortar los pasos á los no tales. Para todo tenian necesidad de recoger dineros, de que se padecia gran falta, á causa de los gastos que los años pasados se hicieran y de los bandos y pasiones que continuaban y todo lo tenian consumido. Los catalanes acudieron á esta necesidad con mucha voluntad; otorgaron que se cobrase el tributo que vulgarmente llaman bovático, por repartirse por las yuntas de bueyes y las demás cabezas de ganados. Este tributo se concede pocas veces y solo en tiempo de graves necesidades; y sin embargo de que le otorgaron al rey don Pedro los años pasados por tres veces, al presente se le concedieron al rey don Jaime, su hijo, que fué el año 1217. Fué esta concesion de grande momento; de que se recogió tanto dinero cuanto era menester para el sustento de la casa real y para apercebirse de gente que enfrenase las demasías de cualquiera que se desmandase.

CAPITULO VI.

De lo restante hasta la muerte del rey don Enrique de Castilla.

La division y enemiga entre don Alvaro de Lara y la reina doña Berenguela traia alborotado el reino, pequeños y grandes; unos acudian á una parte, otros á la contraria, de que resultaban muertes y robos y otros géneros de maldades. Sucedió un nuevo embuste de don Alvaro con que echó el sello á los demás desórdenes y trazas. Pasó el Rey al reino de Toledo, y entreteníase en Maqueda, villa poco distante de aquella ciudad. Doña Berenguela, su hermana, cuidadosa de su salud le despachó un hombre para que de secreto le visitase de su parte y le llevase nuevas de todo lo que pasaba. Tuvo don Alvaro desto aviso; prendió al hombre con achaque que traia cartas que él mismo contrahizo con el sello de la Reina, en que persuadia á los de palacio diesen yerbas al Rey, su señor. Para dar mayor color á esta invencion y para hacer sospechosa á la Reina y que el Rey se recatase de la que era su amparo, hizo dar garrote al mensajero, que sin culpa alguna estaba. Con este hecho tan atroz se enconaron mas las voluntades; los mismos vecinos de Maqueda, sabido el embuste, con mano armada pretendieron dar la muerte á hombre tan malo; y salieran con ello, si con tiempo no se retirara y en compañía del Rey se partiera camino de Huete. A aquella ciudad envió de nuevo la reina doña Berenguela, á instancia del mismo Rey, otro hombre, que se llamaba Rodrigo Gonzalez de Valverde, para comunicar con él la manera que tendria para retirarse donde la Reina estaba. A este tambien prendieron y enviaron á Alarcon para que allí le guardasen; no se atrevieron á darle la muerte por no indignar mas la gente. La tempestad empero que con estas nubes se armaba revolvió sobre los señores que seguian el partido de la Reina. Tuvo el Rey la Cuaresma en Valladolid; desde allí envió don Alvaro buen golpe de gente para cercar á Montalegre, en que se tenia don Suero Tellez Giron, caballero de muy antiguo y noble linaje, y bien apercebido de soldados para defender aquella plaza; demás que tenia dos hermanos, el uno don Fernando Ruiz, y el otro don Alonso Tellez, que le pudieran acudir, y no lo hicieron por respeto del Rey; antes don Suero, luego que en nombre del Rey le requirieron entregase aquella fuerza, lo hizo, si bien se pudiera entretener largamente. Mas los nobles antiguamente en España sobre todo se esmeraban en guardar á sus príncipes el respeto y la debida lealtad. Despues desto corrieron los campos comarcanos, y el Rey mismo con su gente se puso sobre Carrion. Desde á poco pasó sobre Villalva, dentro de la cual fuerza se hallaba Alonso de Meneses, no menos ilustre que los Girones, pero no tan comedido como ellos. La venida del Rey fué de sobresalto, y don Alonso á la sazon se hallaba fuera del pueblo; para entrar dentro le fué forzoso hacerse camino con la espada, en que estuvo á punto de perderse y quedó herido, y muertos muchos de sus criados y algunos caballos que le tomaron en la refriega. Sin embargo, defendió aquella plaza obstinadamente hasta tanto que el Rey,

perdida la esperanza de salir con la empresa, dió la vuelta para la ciudad de Palencia, en sazon que por otra parte se hacia la guerra contra don Rodrigo y don Alvaro de los Cameros, en cuyo poder estaba la ciudad de Calahorra. Acudió el Rey á esta empresa, con que fácilmente se apoderó de aquella ciudad por entrega que Garci Zapata le hizo del castillo, cuyo alcaide era, sea por acomodarse al tiempo, ó por juzgar le seria mal contado si hacia resistencia á su Rey, que se hallaba presente. Tomada aquella ciudad, marcharon contra don Lope de Haro, señor de Vizcaya. La tierra es áspera y la gente muy aficionada á sus señores, que fué causa que la guerra se alargase y el Rey diese la vuelta. Esto dió ánimo á don Lope para con la gente que tenia junta para su defensa hacer entrada por las tierras del Rey y correr los campos sin reparar hasta la villa de Miranda de Ebro. Salióle al encuentro don Gonzalo, hermano del gobernador don Alvaro. Asentaron sus reales los unos á la vista de los otros con intento de pelear. Excusóse la batalla por la diligencia de varones graves y religiosos que se pusieron de por medio y les persuadieron desistiesen de aquel intento, de que resultarian graves daños por cualquiera de las partes que quedase la victoria. Con esto don Gonzalo se partió para do el Rey estaba, y don Lope se fué á Otella para verse con la reina doña Berenguela y asistilla, ca se temia no la cercasen dentro de aquel castillo, y aun refieren que el Rey con su gente, mas por engaño de don Alvaro que por su voluntad, lo intentó; sin hacer empero efecto dió la vuelta á Palencia. Añaden que se trató de casar de nuevo el Rey con doña Sancha, hija del rey don Alonso de Leon y de su primera mujer, y que estuvieron muy adelante los conciertos con tal que la Infanta heredase el reino de su padre, sin embargo que tenia en doña Berenguela á su hijo don Fernando; la verdad ¿quién la podrá averiguar? Que la historia deste tiempo no menos revueltas y perplejidades tiene que las mismas cosas del reino. Concuerdan en que como el Rey estuviese aposentado en las casas del Obispo y jugase con otros sus iguales en el patio, fué muerto por un caso repentino y desgracia extraordinaria; una teja que cayó le descalabró la cabeza, de que desde á once dias murió, mártes á 6 de junio, año de 1217. Gran burla de las cosas del mundo, grande la miseria; pues muere un rey jóven en la flor de su edad en la entrada del reino, que apenas habia probado qué cosa es vivir y reinar. Hay fama, aunque sin autores bastantes, que un mancebo del linaje de los Mendozas tiró una piedra desde una torre que estaba cerca, y con ella quebró la teja que cayó sobre la cabeza del Rey y le mató. El cuerpo el tiempo adelante enterraron junto á la sepultura de su hermano don Fernando en las Huelgas de Búrgos, en que cada año el dia de su muerte le hacen aniversario en aquel mismo tiempo. Vivió menos de catorce años; dellos reinó los dos y mas nueve meses. Este mismo año en Portugal se ganó de los moros un pueblo principal, que se llama Alcázar de Sal, y antiguamente se llamó Salacia, y era colonia de romanos. El autor y movedor principal desta empresa fué Mateo, obispo de Lisboa. El juntó para ello mucha gente de Portugal y persuadió á los caballeros templarios que ayudasen; y lo que mas hizo al caso, una armada de mas de cien velas, en que gran número de ingleses, flamencos y franceses, tomada la señal de la cruz por lo que se trató en el Concilio lateranense, pretendian, rodeado el mar Océano y Mediterráneo, pasar á las partes de levante y á la Suria en defensa de la Tierra-Santa, y para dar calor á aquella guerra sagrada, aportó á Lisboa y echó anclas en aquel puerto. Estos, á persuasion de aquel Prelado, se juntaron con los demás para combatir aquel pueblo. Acudió á la defensa y á dar socorro á los cercados gran morisma de Sevilla, Córdoba y otras partes. Vinieron á batalla, en que murieron mas de sesenta mil moros; gran matanza. Dióse la batalla á los 25 de setiembre, y á los 18 de octubre se ganó la plaza.

CAPITULO VII.

Cómo alzaron por rey de Castilla á don Fernando, llamado el Santo.

El rey don Enrique tenia dos hermanas mayores que él; doña Blanca y doña Berenguela. Doña Blanca casó con Luis, hijo mayor de Filipe Augusto, rey de Francia. Doña Berenguela á su marido don Alonso, rey de Leon, durante el matrimonio le parió cuatro hijos, que fueron don Fernando, don Alonso, doña Constanza y doña Berenguela. Doña Blanca se aventajaba en la edad, ca era mayor que su hermana, y parecia justo sucediese en el reino de su hermano difunto, si el derecho de reinar se gobernara por las leyes y por los libros de juristas, y no mas aina por la voluntad del pueblo, por las fuerzas, diligencia y felicidad de los pretensores, como sucedió en este caso. Juntáronse muchos donde la Reina estaba con toda brevedad para consultar este punto. Salió por resolucion de comun acuerdo, sin hacer mencion de doña Blanca, que el reino y la corona se diesen á su hermana doña Berenguela. Aborrecian, como es ordinario, el gobierno de extranjeros, y recelábanse que si Castilla se juntaba con Francia, podrian dello resultar alteraciones y daños. Antes que esta resolucion se tomase, la reina doña Berenguela, para evitar inconvenientes, despachó á don Lope de Haro y á Gonzalo Ruiz Giron para que alcanzasen del rey de Leon le enviase á su hijo don Fernando, para que la asistiese contra las fuerzas y embustes de don Alvaro Nuñez de Lara, el gobernador, que á la sazon la tenia cercada dentro de Otella, como queda dicho. Desistió por entonces de pretender contra los de Lara, porque alzaron el cerco; al presente, sabida la desgracia del Rey, su hermano, volvió á su primera demanda. Era menester usar de presteza antes que la muerte del Rey llegase á noticia del rey de Leon, del cual se recelaban no intentase de apoderarse del reino de Castilla como dote de su mujer, si bien el matrimonio estaba apartado. El recelo, por lo que se vió adelante, no era sin propósito. Los embajadores se dieron tal priesa y usaron de tal diligencia, que antes que el rey de Leon supiese nada de lo que pasaba, alcanzaron dél lo que pretendian. Fué cosa fácil encubrir la muerte del Rey, por causa que el conde don Alvaro ponia en esto gran cuidado; el cual, aunque de repente se vió apeado del gran poder que tenia, no se olvidó de sus mañas, antes llevó el cuerpo del difunto á Tariego. Dende echaba fama que vivia, y despachaba en su nombre muchos recados y negocios, dando diversas causas por qué no salia en público ni comunicaba con nadie. Bien vía él que semejante invencion no podia ir á la larga; mas procu-

raba en este medio pertrecharse y asegurarse lo mas que podia. Llegó pues el infante don Fernando á Otella, donde estaba su madre, bien ignorante de lo que pasaba y ella pretendia; que fué renuncialle luego, como lo hizo, el reino y la corona. La ceremonia que se acostumbra á hacer cuando alzan á alguno por rey se hizo en la ciudad de Najara debajo de un gran olmo; tal era la llaneza de aquellos tiempos. Alzaron los estandartes por el nuevo Rey y hiciéronse las demás solemnidades. De Najara volvieron á Palencia con intento de visitar el reino. Recibiéronlos los ciudadanos con muestra de mucha voluntad y alegría á persuasion de su obispo don Tello, que con su autoridad y diligencia los allanó y quitó todas las dificultades. Pasaron adelante, llegaron á la villa de Dueñas, que les cerró las puertas; pero como quier que el pueblo no es grande ni muy fuerte, fácilmente le entraron por fuerza. Allí comenzaron algunos de los grandes y ricos hombres á mover tratos de paz con los de la casa de Lara y los demás de su valía. El conde don Alvaro de buena gana daba oidos á los que desto trataban. Todavía como el que estaba acostumbrado á mandar pretendia llevallo adelante, y para esto queria le encargasen la tutela del nuevo Rey; gran soberbia y temeridad. Tenia don Fernando á la sazon diez y ocho años, si bien otros dicen que no eran mas de diez y seis; edad no muy fuera de propósito para encargarse del gobierno. Las cosas amenazaban rompimiento y guerra. Los reyes pasaron á Valladolid, pueblo grande y abundante en Castilla. Juntáronse en aquella villa Cortes generales del reino, en que por voto de todos los que en ellas se hallaron se decretó que la reina doña Berenguela era la legítima heredera de los reinos de su hermano, segun que por dos veces lo tenian determinado en vida del Rey, su padre. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo; añade luego que era la mayor de sus hermanas, que lo tengo por mas verisímil, si bien algunos otros autores son de otro parecer. Lo cierto es que la Reina, por el deseo que siempre tuvo de su quietud, tornó segunda vez con la aprobacion de las Cortes á renunciar el reino á su hijo; y en esta conformidad le alzaron de nuevo por rey en una plaza grande que está en el arrabal de aquella villa. Desde allí con gran acompañamiento le llevaron á la iglesia mayor para que él jurase los privilegios del reino y los demás le hiciesen sus homenajes acostumbrados en semejantes solemnidades. Por otra parte, el rey de Leon, su padre, luego que supo lo que pasaba y cómo la Reina le engañó, se dolia grandemente de verse burlado. No le pareció que podria por bien alcanzar lo que deseaba, que era entregarse del nuevo reino de Castilla; acordó acudir á la fuerza, envió delante á su hermano don Sancho para que rompiese por las fronteras, y él mismo con otro grueso ejército entró por tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que pudo. La Reina, aquejada del temor que le causaba aquella nueva tempestad, envió dos obispos, Mauricio, de Búrgos, y Domingo, de Avila, para que con su prudencia y buenas razones amansasen al Rey y le persuadiesen alzase mano de aquella su pretension tan fuera de camino y de sazon. Esta diligencia no fué de provecho alguno, antes el pecho del Rey se encendió en mayor saña, mayormente que el conde don Alvaro y sus parciales le daban grandes esperanzas que saldria con su intento; y á la verdad, la guerra para ellos era de provecho, y la paz les acarreara mal y daño. Despedidos los obispos, prosiguió el Rey con su gente en las talas que hacia, en las presas y quemas muy grandes. Intentó apoderarse de Búrgos, ciudad real y cabeza de Castilla; mas don Lope de Haro y otros caballeros le salieron al encuentro y le forzaron á dar la vuelta mas de priesa que viniera. Las ciudades de Segovia y Avila, que por estar prevenidas del conde don Alvaro no vinieron en la eleccion del nuevo Rey, al presente, mudado parecer, enviaron embajadores á la Reina para desculparse de lo pasado y para adelante ofrecerse á su servicio, que cumplieron muy enteramente, y nadie les hizo ventaja en obedecer al nuevo Rey y en hacer resistencia á los alborotados. Por otra parte, el conde don Alvaro, visto lo poco que le prestaban sus mañas, vino en que el cuerpo difunto del rey don Enrique, que todavía le tenia en Tariego sin dalle sepultura, le llevasen á enterrar. Acudieron á esto dos obispos, el de Búrgos y el de Palencia, que acompañaron el cuerpo hasta la ciudad de Palencia. La reina doña Berenguela que los esperaba, desde allí junto con los obispos acompañó el cuerpo y le hizo enterrar en las Huelgas de Búrgos, como arriba se tocó. No acudió el rey don Fernando por tener cercado á Muñon, pueblo fuerte y que no queria obedecer; pero en fin le ganó por fuerza y prendió dentro dél los soldados que tenia de guarnicion, en sazon que la Reina, su madre, concluidas las honras y enterramiento, dió la vuelta para verse con su hijo. De allí fueron á Búrgos para asistir en las Cortes que tenian aplazadas para aquella ciudad. Tras esto se apoderaron de las villas de Lerma y de Lara, y se las quitaron á don Alvaro. Vueltos á Búrgos, hicieron su entrada con representacion de majestad á manera de triunfo. Pasaron á la Rioja, do sujetaron á Villorado, Najara y á Navarrete; todo se le allanaba al nuevo Rey, porque demás que tenia de su parte la justicia, y por el mismo caso el favor del cielo, con su noble condicion y con la apostura de su cuerpo granjeaba las voluntades y todo el mundo se le aficionaba. Solos los señores de Lara y sus aliados no acababan de sosegar, ni los daños y males rendian sus corazones obstinados, en que pasaron tan adelante, que con golpe de gente que juntaron de todas partes, se pusieron en un lugar llamado Herreruela, puesto en el mismo camino por do el Rey habia de pasar á Palencia. La mayor parte de los soldados alojaban dentro del pueblo, don Alvaro en un cortijo allí cerca acompañado de poca gente. Este descuido ó sea menosprecio de sus contrarios fué causa de su perdicion, porque avisados los del Rey, dieron sobre él de repente, y aunque pretendió defenderse, y apeado del caballo, y aun despues caido en tierra, se cubria con el escudo de los golpes que sobre él cargaban, al fin le rindieron y quedó preso; con que se pudiera poner fin á los males y revueltas del reino si no se aseguraran demasiadamente. Fué así, que don Alvaro, como se vió preso, rindió al Rey luego todos los pueblos y castillos que de la corona le quedaban en su poder; estos fueron Alarcon, Amaya, Tariego, Villafranca, Villorado, Najara, Pancorvo. Esto hecho, no solo le dieron libertad, sino que el Rey le recibió en su gracia y amistad. La misma facilidad usó con don Fernando, hermano de don Alvaro, que tenia en su poder á Castrojeriz y Orejon; y como no los quisiese rendir,

confiado en los muchos soldados y provision que dentro dellos tenia, por excusar la guerra finalmente se concertaron que los dichos pueblos quedasen en su poder, pero que los tuviese en nombre y como teniente del Rey, y para esto hiciese los homenajes acostumbrados. La revuelta de los tiempos forzaba á venir en semejantes conciertos, puesto que parecia menoscabo de la majestad real, y no faltaba quien murmurase de tanta facilidad. A la verdad, la paz no fué duradera, ni los que estaban acostumbrados á gobernar y mandar se podian contentar de vida particular y retirada, antes en breve se declararon en desservicio del Rey, y con gente que juntaron, corrieron la tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que podian. Armóse el Rey contra ellos y apretóles de manera, que fueron forzados á desembarazar la tierra. Recogiéronse á lo del rey de Leon, que se mostraba sentido por el reino y corona que no le daban, á él debida segun su parecer; y se aprestaba para de nuevo con mayor fuerza que antes hacer guerra en las tierras de Castilla, á que le incitaban con mayor calor los de la casa de Lara luego que se retiraron á su reino. Algunos caballeros de Castilla quisieron ganar por la mano, y con golpe de gente se metieron por las tierras del reino de Leon. No eran tan fuertes que pudiesen contrastar á las fuerzas de los contrarios, ni su entrada fué muy considerada. Sobrevino el rey de Leon de rebato, dió sobre ellos y cercólos en un pueblo en que se hicieron fuertes, llamado Castellon, puesto entre Medina del Campo y Salamanca. Acudieron gentes de ambas partes, unos á socorrer los cercados, otros para apretallos. Tratóse de medios de paz, y finalmente se asentaron treguas entre los dos reyes padre y hijo. Hallábase presente el conde don Alvar Nuñez de Lara, á la sazon enfermo de una dolencia que se le agravó mucho con la pena que tomó por ver los reyes concertados; que á los revoltosos la paz y el sosiego suele ser odioso y contrario á sus intentos. Hízose llevar en hombros á la ciudad de Toro, con el camino se le agravó mas la enfermedad, de suerte que en breve pasó desta vida; cuya muerte fué muy saludable para todo el reino, así bien que su vida fué inquieta y perjudicial. Al tiempo de la muerte tomó el hábito de la caballería de Santiago; que así se acostumbraba en aquel tiempo para con aquella ceremonia y las indulgencias concedidas á los que tomaban la cruz aplacar á Dios en aquel trance y alcanzar perdon de sus pecados. El cuerpo enterraron en Uclés, convento el mas principal de aquella órden. Su hermano don Fernando, que de su voluntad se habia desterrado en Africa, con licencia de Miramamolin hacia su residencia en Elbora, poblacion de cristianos, cerca de la ciudad de Marruecos. Allí enfermó de una dolencia mortal, y á ejemplo de su hermano, poco antes de espirar, se hizo vestir el hábito de San Juan. Su mujer doña Mayor y sus hijos don Fernando y don Alvaro procuraron que su cuerpo se trajese á Castilla, y le hicieron enterrar en la Puente de Fitero, convento y casa de aquella órden, en tierra de Palencia. Comenzó con esto á mostrarse una nueva luz en Castilla, muertos los que la alborotaban, y una grande esperanza que las treguas puestas con Leon se trocarian en una paz perpetua, como todos lo deseaban. En particular pretendian volver las fuerzas contra los moros; concedió el Papa sus indulgencias para los que armados de la señal de la cruz se hallasen en aquella guerra. Juntóse gran gentío, mas por deseo de robar que por alcanzar perdon de sus pecados. Dieron sobre Extremadura, talaron los campos, quemaron los pueblos, hicieron presas de hombres y de ganados, finalmente, se pusieron sobre la villa de Cáceres con intento de forzalla ó rendilla. Engañóles su esperanza á causa de las muchas aguas que sobrevinieron y el tiempo contrario que les forzó, sin pasar adelante, dar la vuelta para sus casas al fin del año, que se contaba de nuestra salvacion de 1218.

CAPITULO VIII.

En España se fundaron monasterios de diversas religiones.

En este estado se hallaban las cosas de España, los reinos comarcanos eso mismo tenian guerras civiles. De las guerras siempre suelen venir otros males y pérdidas grandes, muchos vicios y maldades. La licencia y costumbre de pecar casi habia apagado la luz de la razon; los vicios eran tenidos por virtudes, y las virtudes por vicios: gravísimo mal y daño. En tantas tinieblas y tan espesas de ignorancia despertó Dios hombres, como siempre ha hecho, señalados en santidad y admirables, los cuales no dejaban de encaminar los hombres á la vida eterna y mostralles el sendero que Cristo enseñó y abrió, que habian cegado en gran parte los vicios. Allegáronse á estos santos varones otros muchos que, con deseo de imitar su virtud, renunciaban las cosas del mundo; con que por este tiempo muchas familias y congregaciones santas se levantaron. Entre todos tuvo muy principal lugar el padre santo Domingo. Nació en tierra de Osma en un lugar llamado Caleruela, entre Osma y Aranda. Siendo mozo, fué canónigo reglar de San Agustin. Llegado á mayor edad, trabajó mucho en desarraigar la herejía de los albigenses en Francia, como de suso se dijo. Ocupado en esto, como viese cuán pocos predicadores se hallaban de la palabra de Dios, que con buen celo y ejemplo de vida y buena doctrina enseñasen á los hombres engañados la verdad y santidad, pensó y trazó en su pensamiento y comunicó con otros un modo de vida, cuyos seguidores se ocupasen en predicar el santo Evangelio por todo el mundo. Ofreció este modo de vivir y regla al papa Honorio, y su Santidad la aprobó el año primero de su pontificado. De allí á dos años se vino á España y publicó la bula que traia de su aprobacion á los reyes y príncipes; con cuya licencia y beneplácito fundó algunos monasterios en ciudades principales. El primero fué en Segovia, otro en Madrid, el tercero en Zaragoza. Hecho esto en España, y vuelto á Italia, fiuó en Boloña, ciudad de la Lombardía; ilustre varon en virtud y santidad de vida, fundador de su órden muy principal, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido y salen muchos varones admirables en toda virtud y letras. El mismo año que santo Domingo vino á España se ordenó otra religion en Barcelona, llamada de nuestra Señora de la Merced. La ocasion fué que muchos cristianos por mar y por tierra venian en poder de infieles hechos esclavos, y para librarse de la mala vida que les daban sus amos renegaban y se apartaban de Jesucristo y de su fe, con grande afrenta de la religion cristiana. Para procurar el remedio y rescate destos cautivos se ordenó esta re-

ligion, cuyos frailes con limosnas allegadas de todas partes rescatasen los cautivos antes que apostatasen de la fe. Don Jaime, rey de Aragon, fué el primer inventor desta órden y manera de vivir por voto, como algunos escriben, que hizo á nuestra Señora de instituir esta órden cuando estuvo en Monzon encerrado á modo de cautivo y probó en sí cuánto mal es carecer de libertad. El primero despues del Rey que se ofreció á ser guia de los que le quisieron imitar fué un Pedro Nolasco, francés de nacion. Este hizo muy buenas reglas y constituciones para que los religiosos se gobernasen por ellas. Tienen por insignia sobre el hábito blanco y capilla las armas del rey de Aragon con una cruz encima en campo colorado. El mismo Nolasco, de mano de san Raimundo de Peñafuerte, que fué despues general de la órden de Santo Domingo, tomó con mucha solemnidad el hábito en la iglesia de Santa Cruz, en presencia del Rey y de muchos caballeros del reino. Siguióse tras estos dos san Francisco, ciudadano de Asis en la Umbria ó condado de Espoleto, parte de Italia; varon de singular inocencia, virtud y santidad. Aprobó su instituto y modo de vivir el papa Honorio. El mismo, despues de aprobado su instituto y regla, vino á España, donde llegó hasta Portugal y Compostella. En poco tiempo se fundaron en estos reinos muchos monasterios de su órden, como en Barcelona, Zaragoza y otras ciudades y villas de España. Movian estos religiosos á devocion y al menosprecio del mundo con la aspereza de su vida y con el vestido pobre y humilde de que usaban. En Portugal se juntó con san Francisco san Antonio de Padua, excelente predicador adelante y muy santo. Para tomar el hábito de los menores dejó el de los canónigos reglares de San Agustin, cuyo instituto abrazara desde niño, y entró en aquel órden en la ciudad de Lisboa, de donde era natural, en el convento de San Vicente, que es de canónigos reglares. Allí pasó algunos años; despues en el convento de la misma órden de Santa Cruz de Coimbra, en que vivia cuando se pasó á la religion de San Francisco. Junto con la mudanza de vida trocó el nombre de Fernando, que recibió en el bautismo, en el de Antonio, del apellido y nombre del monasterio en que tomó aquel nuevo hábito. Muchas ciudades de Italia, por sus predicaciones santas y fervorosas, se reformaron; gran número de gente por su medio dejaron la mala vida y se trocaron en nuevos hombres. Finalmente, despues que padeció muchos trabajos por Dios, falleció en Padua lleno de virtudes y de milagros. Su santo cuerpo es allí acatado en propria iglesia, que por mucha devocion del pueblo fundaron en su nombre; que tal honra se debe á la virtud y al autor y fuente de toda santidad, Dios, que es el que hace los santos. A san Francisco y á santo Domingo, algunos años despues de su muerte, canonizó el papa Gregorio IX, y puso sus nombres en el número de los santos. En Castilla, á instancia del arzobispo don Rodrigo, prelado ferviente y enemigo de estar ocioso, se hizo nueva jornada contra los moros. Juntáronse con la divisa de la cruz docientos mil hombres, los mas número, con los cuales se hizo la guerra por el mes de agosto del año 1219, en la Mancha y en tierra de Murcia. Ganáronse algunos pueblos de poca cuenta. Pusieron sitio sobre Requena; mas no la pudieron forzar ni rendir, como quiera que hicieron todo el esfuerzo posible. El cerco se puso á 29 de octubre, y se alzó á los 11 de noviembre. Finalmente, el suceso desta empresa no fué como se esperaba y conforme al grande aparato que se hizo; solamente se ganaron muchos despojos de moros, con que los soldados dieron vuelta á sus casas.

CAPITULO IX.

Cómo se casaron los dos reyes don Fernando de Castilla y don Jaime de Aragon.

Por el mismo tiempo trataba el rey de Aragon don Jaime de quitar el gobierno á don Sancho, su tio, y porque se emendaba y prometia proceder de otra manera le tornó á recebir en su gracia y perdonalle. Esto era el año de 1219, cuando en España se padeció una muy grande hambre y mortandad. El Rey, aunque niño, que apenas tenia once años, comenzaba á dar claras muestras de valor y ensayarse en los ejercicios de las armas y de la guerra. Sucedió que don Rodrigo de Lizana, hombre poderoso, tenia diferencias con un deudo suyo, que se llamaba don Lope Albero, y de grandes amigos que eran, habia resultado entre ellos grande enemistad. Esperó buena ocasion, y á tiempo que el contrario estaba descuidado, le prendió y llevó al castillo de Lizana. Avisóle el Rey no pasase adelante en aquella via de fuerza y que se contentase con el mal hecho á su contrario. No quiso apaciguarse ni obedecer á este mandato. Como el Rey era de poca edad no le estimaban, antes cada cual con tanto se queria salir cuanto era su poder y fuerzas. Desdeñóse por esta causa; tomó las armas con deseo de defender al preso y ponelle en libertad y para conservar por el mismo camino su autoridad y hacerse respetar. Juntó en Huesca buen número de gente, y con ella se encaminó la vuelta de Albero, pueblo de que se habia apoderado el Rodrigo Lizana, y dentro de dos dias hizo que los de dentro se le rindiesen. Revolvió sobre el castillo de Lizana, patrimonio de aquel caballero alzado; y porque los soldados y moradores no querian hacer virtud, dió órden que de Huesca le trajesen una máquina ó trabuco, en aquel tiempo muy famoso por tirar entre dia y noche mil y quinientas piedras, con que aportilló los muros y hacia grande estrago en los soldados que los defendian; llamaban esta máquina fundíbulo. Rindiéronse los cercados, y Lope Albero fué restituido en su libertad; su contrario, perdido el castillo, por entender que en ninguna parte de Aragon estaria seguro, se fué á guarecer á Albarracin, por tener con don Pedro Fernandez de Azagra, señor de aquella ciudad, amistad de años atrás. Desde allí, segun la costumbre de aquellos tiempos, renunció por escrito la naturaleza de Aragon y la obediencia que debia al Rey como su vasallo; con que comenzó á hacer cabalgadas en las tierras comarcanas de aquel reino. No quiso disimular el Rey estas insolencias, antes animado con el buen principio que tuvo en esta guerra, revolvió sobre Albarracin, ciudad puesta en aquella parte por do antiguamente partian mojones los contestanos y los celtíberos, de poca vecindad, pero por su sitio muy fuerte, que está por todas partes cercada de peñas y riscos muy altos, y al derredor casi por todas partes la rodea el rio Turia, que vulgarmente se llama Guadalaviar. Púsose el Rey sobre ella, levantó sus má-

quinas y ingenios, que como no podian llegar al muro por ser el sitio tan áspero, no hacian efecto alguno ni los soldados se podian arrimar á la muralla por las saetas y dardos que por las troneras y travesías y desde las almenas les tiraban. Lo que hizo mas al caso, que como suele acontecer en guerras civiles, de todos los intentos del Rey tenian aviso los cercados y tiempo para apercebirse. Dos meses se gastaron en el cerco, en lo mas recio del estío, hasta tanto que el Rey perdió la esperanza de salir con la empresa, á causa que cierta noche los de dentro dieron al improviso sobre las máquinas y quemaron el mejor trabuco. Hallábase otrosí poco guarnecido de gente, y restaban en el cerco pocos soldados, en tanto grado, que los de á caballo no llegaban á ciento y cincuenta; el número de los peones no señalan, pero no debia ser grande. Alzaron pues el cerco, y sin embargo, en breve don Pedro Fernandez de Azagra volvió en gracia del Rey. Los caballeros del reino, con quien tenia grande amistad, hicieron mucha instancia sobre ello, y sus servicios de tiempo atrás eran muy notables, por donde tenia oficio de mayordomo de la casa real, además que el Rey entendia muy bien cuánto le importaba tener por amigo y en su servicio un personaje tan valeroso y principal. Esto pasaba en Aragon el año que se contaba de 1220. En el mismo en Castilla se celebraron las bodas, dia de San Andrés, apóstol, del rey don Fernando con doña Beatriz, hija de Felipe, emperador que fué de Alemaña. La edad del Rey era bastante, y la madre se recelaba no se estragase con deleites dañosos y malos. Acordó despachar á Mauricio, obispo de Búrgos, y á fray Pedro, abad de San Pedro de Arlanza, para que concertasen el casamiento con el emperador Federico II, primo de la doncella; tardóse mas tiempo de lo que pensaron; en fin, con sufrimiento de cuatro meses que residieron en aquella corte acabaron todo lo que deseaban. Encamináronse por la via de Francia; en Paris el rey Felipe de Francia festejó la novia y la trató con mucha liberalidad. Salió otrosí para recebilla doña Berenguela hasta la raya de Vizcaya, y á cabo de un año que gastaron en ida y vuelta, llegaron á Búrgos, ciudad que tenian señalada para las bodas. Veló á los Reyes el obispo Mauricio de aquella ciudad en la iglesia mayor con las solemnidades y ceremonias acostumbradas, y el dia antes el mismo celebró misa de pontifical en el monasterio de las Huelgas, en que el Rey se armó á sí caballero, por no hallarse otro mas digno que hiciese aquella ceremonia, conforme á lo que en aquellos tiempos se usaba. Este casamiento fué en generacion abundante; dél nacieron siete hijos por el órden que aquí se ponen: don Alonso, don Fadrique, don Felipe, don Sancho, don Manuel, doña Leonor, que murió niña, y doña Berenguela, que en las Huelgas de Búrgos tomó el hábito. A los aragoneses por el mismo tiempo aquejaba el deseo de tener sucesion de su rey don Jaime. Parecíales que por este medio se aplacarian los bandos, que todavía continuaban entre los dos tios del Rey, don Sancho y don Fernando, por la esperanza que cada cual tenia de la corona, si el que la tenia faltase. De todo resultaban males y daños. La edad del Rey era poca, en que mucho reparaban para casarle; mas prevaleció el deseo grande que de hacello tenian. Tomado este acuerdo y pospuesto todo lo al, despacharon embajadores á la reina doña Berenguela para pedir á su hermana la infanta doña Leonor. No se podia ofrecer mejor casamiento para aquella doncella; así, hechas las capitulaciones, señalaron la villa de Agreda, que es de Castilla, á la raya de Aragon, para que allí se hiciesen los desposorios. Acudió primero doña Berenguela en compañía de su hermana; despues vino el rey don Jaime con lucido acompañamiento de suyos. Los desposorios se hicieron allí á 6 de febrero del año de Cristo de 1221, las bodas poco despues en Tarazona, en la iglesia de Santa María de la Vega, si bien por la poca edad del Rey la desposada se estuvo doncella por espacio de año y medio, segun él mismo lo relata en la historia que dejó escrita de sus cosas y de su vida. En la ciudad de Toledo el arzobispo don Rodrigo consagró la iglesia de San Roman, puesta á guisa de atalaya en lo mas alto de la ciudad, dia domingo, á 20 de junio. Por el mes de noviembre, á los 23, mártes, dia de San Clemente, nació allí mismo el hijo mayor del rey don Fernando, por nombre don Alonso. Luego por principio de diciembre un gran temblor de tierra maltrató gran parte de los edificios, y con las muchas aguas y vientos que se siguieron, en gran parte cayeron por tierra los adarves y casas particulares. El miedo por esta causa foé tanto mayor cuanto mas segura está aquella ciudad de accidentes semejantes por su sitio, que es muy empinado y sobre peñas; y lo que hace mucho al caso para no padecer temblores de tierra, que le cae muy léjos el mar.

CAPITULO X.

El rey don Fernando apaciguó otras nuevas alteraciones.

Quietos estaban y pacíficos por una parte los navarros, y por otra los portugueses y los leoneses. Los moros se abrasaban entre sí en guerras civiles. En Castilla y en Aragon continuaban las alteraciones, bien que no eran de mucha consideracion. Don Rodrigo, señor de los Cameros, de antiguo linaje y que tenia mucha autoridad entre los principales de Castilla por su estado y sus tendencias de diversas villas y castillos del patrimonio real, confiado en sus fuerzas y poder y mas en la revuelta de los tiempos, se atrevió á hacer mal y daño en las tierras comarcanas. Citóle el Rey para que en presencia se descargase de lo que le acusaban. Respondió que habia tomado la cruz para ir á la guerra de la Tierra-Santa; excusa de que muchos se valian para declinar jurisdiccion y no poder ser convenidos delante los jueces ordinarios, por los muchos privilegios y exempciones que el Papa concedia á los tales. En particular les otorgaba no los pudiesen citar delante jueces seglares, sino que sus causas solamente se ventilasen en los tribunales eclesiásticos. No le valió este recurso; hiciéronle comparecer en Valladolid, do la corte de Búrgos se habia pasado, hiciéronle cargos graves y feos, acordó de ausentarse y huir, condenáronle en rebeldía en privacion de todo su estado. El, que era hombre determinado, se hizo fuerte dentro de los pueblos y castillos que tenia mas fortalecidos con resolucion de hacer resistencia. Mas porque de aquellos principios no resultasen guerras mas graves, acordaron tomar asiento con él, y demás del perdon dalle catorce mil ducados por que alzase mano de los pueblos y castillos, cuya tenencia por el Rey tenia

á su cargo. Sosegada esta alteracion, resultó otra nueva. Don Gonzalo Nuñez de Lara, que era el que solo quedaba de los tres hermanos, conforme á la costumbre que tenia este linaje de gustar de alborotos, persuadió á don Gonzalo Perez, señor de Molina, que hiciese mal y daño á las tierras comarcanas. Nunca á semejantes personajes faltan quejas y causas para tomar las armas. En particular don Gonzalo de Lara por medio destas revueltas pretendia y esperaba restituirse en su patria, ca despues de la muerte de su hermano don Fernando se quedó en Berbería, donde era ido juntamente con él. Vinieron á las manos y á rompimiento, la guerra no fué de mucha consideracion á causa que el señor de Molina, conocido el engaño y el riesgo que sus cosas corrian, pidió perdon y le alcanzó por medio de la reina doña Berenguela. Con esto, don Gonzalo de Lara, desconfiado de poder salir con sus intentos, se pasó á los moros del Andalucía, y en Baeza dió fin á lo restante de su vida, ni muy santa ni muy honradamente. Tal fin tuvieron estos tres hermanos bien conforme á sus obras, de quien desciende el linaje de los Manriques, bien conocido en España. Corria en esta sazon el año de Cristo de 1222, en que el rey de Leon juntó un grueso ejército, parte de los que levantó á su sueldo, y en especial de los que, tomada la señal de la cruz, á su costa se querian hallar en aquella empresa. Con estas gentes corrió las tierras de Extremadura y se puso sobre la villa de Cáceres. Los moros por librarse del cerco concertaron de dar cierta cantidad de dineros que esperaban de Africa. Alzado el cerco, no cumplieron lo asentado, ni los nuestros pudieron por entonces revolver sobre ellos. Por este mismo tiempo Mauricio, obispo de Búrgos, inglés que era de nacion, abrió los cimientos de la iglesia mayor que hoy se ve en aquella ciudad, y no solo la comenzó á edificar, sino la acabó; antes deste tiempo la iglesia de San Lorenzo era la catedral, y juntó á ella las casas del obispo y su habitacion. No solo en Búrgos, sino en otras muchas partes del reino se levantaban fábricas suntuosas y templos; que parece los prelados á porfía pretendian señalarse en aumentar el culto divino. En particular once años antes deste en que vamos se dió principio á la iglesia mayor de Talavera, villa bien conocida en el reino de Toledo. Su fundador, don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, puso en ella doce canónigos y cuatro dignidades, que mandó fuesen sujetos á los de Toledo, y en señal deste reconocimiento cada un año, el dia de la Asumpcion de Nuestra Señora, les acudiesen con cinco maravedís de tributo. Don Juan, chanciller del Rey, edificó á su costa dos iglesias, primero la mayor de Valladolid, y despues, siendo obispo de Osma, levantó la que hoy se ve en aquella ciudad. Don Nuño, obispo de Astorga, sus casas obispales y el claustro de aquella su iglesia. Don Lorenzo, jurista que fué muy nombrado, en Orense, donde era obispo, edificó la puente sobre el rio Miño, que por allí pasa, la iglesia mayor y las casas obispales. Finalmente, don Estéban, obispo de Tuy, y don Martin, obispo de Zamora, se esmeraban y gastaban sus rentas en semejantes edificios. La piedad del Rey y de su madre, y la liberalidad grande con que acudian á estas obras y á proveer de ornamentos y todo lo necesario por cuanto la estrechura de los tiempos daba lugar, despertaba á todos los prelados para que los imitasen en gastar bien sus haciendas. Volvamos al órden de la historia. Por el mes de julio falleció Rogerio, conde de Fox; el que le sucedió en el estado fué su hijo Rogerio Bernardo, y luego por el mes de agosto falleció Ramon, conde de Tolosa; el uno y el otro por el favor que dieron á los albigenses incurrieron en mal caso y en las censuras que el Papa fulminó contra ellos; por esto el hijo y sucesor del conde de Tolosa, que se llamó tambien Ramon, nunca pudo alcanzar licencia para enterrar en sagrado el cuerpo de su padre; tal era la fuerza de los eclesiásticos en aquellos tiempos y la constancia y severidad de que usaban contra los malos. En Aragon el Rey, á 21 de diciembre, otorgó perdon y recibió en su gracia á Gerardo, vizconde de Cabrera, hombre poderoso en rentas y vasallos; teníale ofendido por causa que en tiempo de la vacante del reino con mano armada se apoderó del condado de Urgel y despojó á Aurembiase del estado que su padre, el conde Armengol, le dejara. Púsole por condicion estuviese á juicio con aquella señora y pasase por lo que los jueces determinasen. En esta sazon vivia todavía don Sancho, conde de Ruisellon y tio del Rey. Gobernaba aquel estado don Nuño, su hijo, contra el cual don Guillen de Moncada, señor de Bearne, como quier que antes fuesen muy amigos, por ligera ocasion se indignó en tanto grado, que con su gente entró por las tierras de Ruisellon haciendo todo mal y daño. Don Nuño se hallaba con pocas fuerzas para resistir á las de su contrario, que demás de lo de Bearne tenia en Cataluña un grande estado. Acordó valerse de las fuerzas del Rey y de su sombra; ofrecia de estar á derecho y satisfacer cualquier cargo que contra él resultase. Amonestó el Rey al Moncada que siguiese su derecho y dejase las armas, y porque no quiso obedecer, antes pasaba adelante en los daños que hacia, revolvió contra él con tal furia, que le despojó á él y á sus aliados de ciento y treinta, parte torres, parte castillos, de que se apoderó de unos por fuerza, y de otros que se rindieron de su voluntad, en particular el pueblo de Cervellon cerca de Barcelona; con que se entendió cuán peligrosa cosa es enojar á los que pueden mas y á los reyes. No pudo hacer lo mismo del castillo de Moncada á causa de estar muy fortalecido y dentro con buena guarnicion el mismo Guillen de Moncada. Ponerle cerco fuera cosa larga, mayormente que muchos de los que seguian al Rey favorecian y daban aviso, y aun proveian á los que guardaban aquella plaza. Esto pasaba el año que se contó de Cristo de 1223, en que á los 15 de julio, en Medun falleció de cuartanas Felipe, rey de Francia. Sucedióle en el reino su hijo Ludovico, octavo deste nombre, marido de doña Blanca, y padre de Ludovico, al que por sus muchas virtudes y piedad llamaron el Santo. En Coimbra asimismo el año adelante pasó desta vida el rey de Portugal don Alonso el Segundo, por sobrenombre el Gordo. Sepultáronle en el monasterio de Alcobaza junto á su mujer la reina doña Urraca en una sepultura llana y grosera, cuales en aquel tiempo se usaban. Dejó tres hijos, los infantes don Sancho, que le sucedió en el reino, llamado vulgarmente Capelo; don Alonso, que casó con Matilde, condesa de Boloña en los Morinos, pueblos de la Picardía, cerca del mar de Bretaña en Francia; don Fernando, señor de Serpa, que casó con doña Sancha, hija de don Fernando de Lara;

finalmente, dejó una hija, por nombre doña Leonor, que casó con el rey de Dacia, segun que lo refieren las historias de Portugal, si con verdad ó de otra manera, aquí no lo averiguamos.

CAPITULO XI.

De la guerra que se hizo á los moros.

Reprimidas las parcialidades de Castilla y las alteraciones, el rey don Fernando para que la paz fuese durable dió perdon general á los que le habian deservido, y mandó que los demás hiciesen lo mismo y pusiesen en olvido los desabrimientos que entre sí tenian y los agravios. Para el gobierno de las ciudades nombraba á los que en virtud y prudencia se adelantaban á los demás y los que entendia serian mas agradables á los vasallos. De los herejes era tan enemigo, que no contento con hacerlos castigar á sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego. Ya se dijo que por estos tiempos la secta de los albigenses andaba valida y que vinieron y entraron en España. Con estas virtudes tenia tan ganados á los naturales cuanto ningun otro príncipe. Mas por aprovecharse desta buena voluntad y porque no se estragasen los soldados con la ociosidad y con los vicios que della resultan, acordó renovar la guerra contra moros. Mandó arbolar banderas y tocar atambores por todas partes para juntar un grueso campo. Los de Cuenca, Huete, Moya y Alarcon con los demás de aquella comarca, entendida la voluntad del Rey, se apellidaron unos á otros; y junto buen golpe de gente, rompieron por el reino de Valencia, talaron los campos, quemaron y saquearon los pueblos, y con una grande cabalgada, volvieron ricos y contentos á sus casas. Por otra parte, el Rey, alegre con tan buen principio, que era como pronóstico de lo restante de aquella guerra, con un grueso ejército que juntó se enderezó contra los moros de Andalucía. Hacíanle compañía entre los mas principales el arzobispo don Rodrigo, persona de gran valor y brio y que no podia estar ocioso, los maestres de las órdenes, don Lope de Haro, don Rodrigo Giron, don Alonso de Meneses, sin otros ricos hombres y caballeros de menor cuenta. Luego que pasaron la Sierramorena, vinieron embajadores de parte de Mahomad, rey de Baeza, para ofrecer la obediencia, que estaba presto de rendir la ciudad y ayudar con dineros y vituallas. El miedo hacia cobardes á los moros, los deleites los tenian estragados, y por las discordias que entre sí tenian á punto de perderse. Hiciéronse los asientos y capitulaciones en Guadalimar; desde allí pasaron nuestras gentes sobre Quesada, villa principal en lo que hoy es adelantamiento de Cazorla. Los moradores, fiados en la fortaleza de sus murallas y en que eran muchos, al principio se pusieron en defensa; pero al fin el lugar se entró por fuerza. Pasaron á cuchillo todos los que podian tomar armas, los demás tomaron por esclavos en número de siete mil. Con el castigo y destrozo deste pueblo se dió aviso á los demás para que no se atreviesen á hacer resistencia. Seria largo cuento relatar por menudo todo lo que sucedió en esta jornada. La suma de todo es que muchos pueblos por aquella comarca quedaron yermos de gente, huidos los moradores, otros se rindieron por no desamparar sus casas; algunos quedaron destruidos del todo, y en otros pusieron guarniciones de soldados con intento de conservallos. Don Lope de Haro y los maestres de las órdenes militares con parte de la gente acometieron un pueblo llamado Víboras, de que se apoderaron sin embargo que tenian dentro mil y quinientos árabes, de los cuales unos mataron y otros se huyeron. En estas empresas pasaron los meses del estío y parte del otoño; y porque cargaba el tiempo, por el mes de noviembre del año 1224 dieron la vuelta á Toledo, donde las reinas, madre y nuera, esperaban la venida del Rey. Gastáronse algunos dias en fiestas y regocijos que se hicieron en aquella ciudad para alegrar la gente, procesiones y rogativas para dar gracias á Dios por mercedes tan grandes. Hecho esto, luego que el tiempo dió lugar y las fiestas, mandó el Rey á la gente se enderezase la vuelta de Cuenca con intento de acometer por aquella parte á los moros del reino de Valencia; mas aquel rey, por nombre Zeit, acordó ganar por la mano. Los daños que le hicieron la vez pasada y el miedo de mayores males le aquejaban de suerte, que vino á la ciudad de Cuenca á ponerse en las manos del rey don Fernando y concertarse con él como fuese su voluntad y merced. Los aragoneses se quejaron de aquellos tratos, por pretender que el reino de Valencia era de su conquista, y que los castellanos no tenian en él parte ni derecho alguno. Despacharon embajadores para querellarse de aquel agravio, y juntamente para mostrar sus fuerzas y valor hicieron entrada en las tierras de Castilla por la parte de Soria. No pudieron llevar adelante esta demanda por entonces, á causa de nuevas alteraciones que en Aragon resultaron. Fué así, que don Guillen de Moncada y don Pedro Ahones se juntaron con el infante don Fernando, tio del Rey. La junta fué en Tahuste, cuya tenencia estaba á cargo del dicho don Pedro. Tomaron su acuerdo, y quedó resuelto que se apoderasen de la persona del Rey. La voz era ser así necesario y cumplidero para el bien del reino, que decian se estragaba á causa de los malos consejeros que tenia al lado y á las orejas el Rey; mas á la verdad cada cual de los tres tenia sus pretensiones particulares. El Moncada estaba sentido del estado que le quitaron, don Fernando, aunque monje y abad del monasterio de Montaragon, no tenia perdida la esperanza ni el deseo de la corona; que la dolencia de ambicion es mala de sanar. A don Pedro Ahones daba pesadumbre verse descaido de la privanza que solia tener, con que todo lo gobernaba á su voluntad, y pretendia convertir la gracia en fuerza y por aquel camino conservarse. Para mas fortificar su partido acordaron por medio de Lope Jimenez de Luesia ganar á don Nuño, hijo del infante don Sancho, conde de Ruisellon, para que, olvidadas las enemistades que ya tocamos, les asistiese en aquella demanda. Tomado este acuerdo, se enderezaron la vuelta de Alagon, en que á la sazon se hallaba el Rey descuidado de aquellos tratos. Entraron de tropel, y con buenas palabras le persuadieron se fuese á Zaragoza para tomar en aquella ciudad acuerdo sobre algunos puntos de importancia que pertenecian á su servicio y al bien del reino. El Rey, si bien los semblantes eran buenos, como quier que la mentira sea mas artificiosa que la verdad, todavía echó de ver que procedian con engaño y que su pretension era mala.

No hay arma mas fuerte que la necesidad; otorgó con lo que le pedian, demás que para todo lo que resultase le venia mejor estar en aquella ciudad que en algun otro pueblo pequeño; acompañaron al Rey hasta Zaragoza, aposentáronle en su casa real, que llaman Suda. Pusiéronle guardas para que no se pudiese comunicar con nadie ni de palabra ni por escrito. Los capitanes destas guardas eran Guillen Boy y Pero Sanchez Martel, que para mayor recato de noche dormian muy junto al lecho del Rey; gran infamia y mengua de la gente aragonesa y de su acostumbrada lealtad. Por espacio de veinte dias tuvieron al Rey encerrado, sin dalle libertad alguna hasta tanto que condescendió con muchas demandas que le hicieron; en particular á don Guillen de Moncada hizo restituir los lugares y castillos que le quitó en Cataluña, demás de veinte mil ducados que por los daños prometió de dalle. Tomado este asiento, todavía el infante don Fernando continuaba en el gobierno del reino, de que por fuerza con aquella ocasion se apoderara. Excusábase con la poca edad del Rey y otras diversas causas que para ello alegaba. Para vencer tan graves dificultades no bastaba prudencia humana; solo ponia el Rey su fiucia en Dios, que con paciencia y disimulacion le libraria de aquella apretura y trabajo, y que las cosas se trocarian de manera que alcanzase su libertad. Las cosas de Castilla por el contrario, conforme á los buenos principios iban en prosperidad y en aumento. El rey don Fernando, porque los moros no se rehiciesen de fuerzas si los dejaba descansar, entrado el verano del año 1225, salió con sus gentes en campaña, y con nuevas compañías que levantó de soldados reforzó su ejército, y con él se encaminó la vuelta del Andalucía. Llevó en su compañía á don Rodrigo, arzobispo de Toledo, sin el cual veo que ninguna cosa de importancia acometian. Acudióles el rey moro de Baeza, ayudóles con bastimentos y recibiólos dentro de su ciudad; lealtad poco acostumbrada entre aquella gente. Desta vez ganaron á Andújar y á Mártos, pueblos principales. Mártos quedó por los caballeros de Calatrava, para que desde allí hiciesen frontera á los moros y correrías en sus tierras. Sin estos ganaron la villa de Jodar y otros muchos pueblos de menor cuenta, demás de las talas que dieron á los campos y de las grandes presas que hicieron de hombres y ganados; con que los soldados ricos y alegres volvieron á sus tierras pasado el verano. Esto mismo se continuó los años adelante, por el deseo y esperanza que todos tenian de acabar por aquel camino con lo restante de la morisma de España. Las cosas de Aragon asimismo comenzaron á mejorarse, y los parciales y alborotados aflojaron algun tanto; con que el Rey partió de Zaragoza la via de Tortosa, ciudad puesta á la marina por la parte que el rio Ebro desagua en el mar, y no léjos de los pueblos llamados antiguamente ilergaones, que se extendian largamente por las riberas de aquel rio. Iban en su compañía aquellos caballeros conjurados con muestra de querelle servir, como quier que á la verdad pretendiesen continuar en lo comenzado. Para este intento se les juntaron otros muchos de los ricos hombres y principales, en particular don Sancho, obispo de Zaragoza, por respeto de su hermano don Pedro Ahones y para asistille, y con él don Eril, obispo de Lérida; que todos, así eclesiásticos como seglares, se mezclaban en esta trama. Deseaba el Rey librarse desta opresion á sí y á su reino y satisfacerse del agravio que le hacian y de aquel tan notable desacato; mas hacia poca confianza de los que tenia á su lado, de sus cortesanos y criados, por ser muchos dellos parciales. Acordó partirse sin dalles parte y recogerse en Huerta, pueblo de los caballeros templarios. Desde allí despachó sus cartas en que mandaba á los señores y á la demás gente que con sus armas acudiesen á la ciudad de Teruel para hacer guerra en el reino de Valencia, empresa que los de Aragon mucho deseaban. Con que de un camino pensaba ganar las voluntades de la gente y acreditarse, si, como confiaba, saliese con aquella demanda. Los señores y gente principal hacian burla deste acometimiento. Parecíales era juego de niños, si bien al llamado del Rey para el dia que señaló en sus cartas se juntaron en aquella ciudad algunos pocos aragoneses y algo mayor número de los catalanes. Con esta gente, aunque era poca, rompió por aquella parte donde se tendian los ilergaones, y hecho mucho daño en aquella comarca, se puso sobre Peñíscola, plaza fuerte, y que tomó aquel nombre por estar asentada sobre un peñol empinado á modo de pirámide, cercado del mar casi por todas partes, y que tiene por frente la isla de Mallorca. En lo bajo del peñasco hay muchas cavernas y calas, con una fuente de agua dulce que luego entra en el mar; el circuito es de una milla, la subida agria en demasía y muy áspera, sino es por la parte que están edificadas las casas. El rey Zeit, con la nueva que le vino desta entrada, cobró grande miedo, y los de Valencia se turbaron de suerte, que ya les parecia tener á los enemigos á las puertas de aquella ciudad. Despacharon sus embajadores para requerir de paz al rey de Aragon; él se la otorgó de buena voluntad, á tal que cada un año le pagasen la quinta parte de las rentas reales que se recogian de los reinos de Valencia y de Murcia. Tomado este asiento, sin pasar adelante dieron los aragoneses la vuelta para Teruel, y desde allí se fueron á Zaragoza. En el camino encontraron junto á una aldea llamada Calamocha á don Pedro Ahones, que á su costa y del Obispo, su hermano, llevaba golpe de gente para hacer entrada en el reino de Valencia. Quisiera el Rey estorballe aquella entrada, por guardar la palabra que dió y concierto que hizo con aquella gente. Como él se excusase con la mucha costa que hiciera en las pagas y sustento de su gente, y porque le querian echar mano se huyese, los soldados que en compañía del mismo Rey le seguian, sin poder irles á la mano, le mataron; indigno de tal suerte por su mucho valor y maña, si los servicios que tenia hechos y su privanza, que alcanzó otro tiempo muy grande, no la trocara en deslealtad y en conjurarse con los demás; sin embargo, todo el reino sintió su muerte de suerte que, excepto Calatayud que se conservó por el Rey, todas las otras ciudades tomaron la voz de su tio don Fernando; cosa que al Rey puso en mucho cuidado, que por una parte deseaba apaciguar la gente por bien, y por otra le parecia que si no era por fuerza y con las armas en puño, no podria sujetar á sus contrarios. Vinieron pues á las manos, y la guerra se continuaba con varios sucesos y trances el año que se contó de Cristo de 1226; en el cual año el rey Luis VIII de Francia hacia la guerra contra los albigenses, y en el discurso della tomó por

fuerza la ciudad de Aviñon, y le abatió las murallas porque los herejes no se tornasen á afirmar en ella. Cortó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Mompeller á los 13 de noviembre. Dejó, entre otros, su hijo mayor de su mismo nombre, que le sucedió en la corona, y por su gran piedad y sus obras muy santas alcanzó adelante renombre de Santo. Su hermano Alonso, conde de Potiers, casó con la hija y heredera de Ramon, el postrero conde de Tolosa, que fué escalon para que aquel estado los años adelante recayese por los conciertos que hicieron y capitulaciones nupciales en la corona de Francia. Tuvo otrosí otros dos hermanos; el uno se llamó Roberto y fué conde de Arras y de Picardía, estados que confinan con Flándes y son partes de la Gallia Bélgica; el otro se llamó Cárlos, que fué duque de Anjou y conde de la Proenza, despues rey de Sicilia y de Nápoles, como se dirá en su lugar.

CAPITULO XII.

Que el rey don Fernando volvió á la guerra del Andalucía.

El señorío de los moros y su poder iba muy de caida en España, lo cual sabia muy bien el rey don Fernando. El arzobispo de Toledo, que tenia la mayor autoridad entre todos, como él lo merecia, persuadió al Rey hiciese de nuevo jornada contra moros, aunque no le pudo acompañar como solia en las guerras, porque cayó enfermo de una dolencia que le puso en aprieto en Guadalajara, donde se quedó. Envió en su lugar á don Domingo, obispo de Palencia. Tomaron los nuestros desta vez algunos pueblos de poca suerte; pusieron cerco á la ciudad de Jaen, que tenia buena guarnicion de soldados y buenos pertrechos, por donde no se pudo tomar, y porque allende de su fortaleza don Alvar Perez de Castro, que algunos dias antes, renunciada su patria, se pasara á los moros y estaba dentro, con otros ciento y setenta que le siguieron animaron á los cercados para que no se diesen. Este don Alvaro era hijo de don Fernando de Castro, de quien dijimos murió en la ciudad de Marruecos. A la verdad muchos de los Castros por estos tiempos con facilidad se pasaban á la parte de los moros. No les faltaban ocasiones y excusas con que colorear su poca lealtad, si alguna causa fuese bastante para excusar tal inconstancia. Revolvió el Rey sobre Priego, pueblo tan fuerte, que los moros tenian en él recogidas sus haciendas para mayor seguridad. Todavía le entraron por fuerza con muerte de muchos de los que dentro hallaron y prision de los demás, fuera de los que se retiraron al castillo, que se rindieron á partido y condicion que los dejasen ir libres. Desde allí pasaron á la ciudad de Loja, que tomaron al tanto por fuerza, si bien los ciudadanos se recogieron al castillo y se hicieron fuertes en él; y porque parecia que con buenas palabras y esperanza de rendirse se pretendian entretener, los combatieron de suerte, que á escala vista entraron el castillo, y pasados á cuchillo los que en él hallaron, le abatieron las murallas; aviso para los demás, que no experimentasen la saña de los vencedores, ni se pusiesen en defensa. Así los de Alhambra, pueblo fuerte y asentado sobre peñas no muy léjos de Granada, por miedo le desampararon, y aun, dejando buena parte de sus bastimentos y menaje, se fueron á la ciudad de Granada. En ella para su habitacion les señalaron lo alto de aquella ciudad, que por esta causa, segun se entiende, se llamó y se llama el Alhambra; si bien algunos son de parecer que aquel nombre se tomó de la tierra roja que hay en aquella parte, y la significa en arábigo aquella palabra *alhambra*. Siguieron los nuestros á los que huian sin parar hasta dar vista á la misma ciudad, en cuya vega, que es muy deleitosa, quemaron y asolaron los jardines y campos. Los ciudadanos cobraron tanto miedo, que acordaron requerir al Rey de paz. Entre los embajadores que para esto despacharon fué uno el ya nombrado don Alvar Perez de Castro. Tenia el Rey deseo de ganalle y reducille á su servicio por la fama que tenia de valor y prudencia, demás que le ofrecian de dar libertad á mil y trecientos cautivos cristianos. Por esto, tomado asiento con los de Granada y reducido don Alvaro á su servicio, revolvió sobre Montejo, y dél se apoderó y le echó por tierra por estar tan adentro, que no se pudiera conservar. Demás desto, se halla que por este tiempo en las partes de Extremadura se ganó Capilla, pueblo que antiguamente se llamó Mirobriga, como se averigua por los letreros de mármoles que en él se han hallado; verdad es que en breve volvió á poder de moros, ó sea que le entregaron al rey de Baeza. En estas cosas se pasaron los calores del estío, y el tiempo comenzaba á cargar; el Rey por este respeto acordó que el maestre de Calatrava quedase en guarda de Andújar y de Mártos, y en su compañía don Alvar Perez de Castro, por la mucha noticia que tenia de aquella tierra y de las cosas de los moros; que de su lealtad y constancia no dudaban, antes confiaban que pretenderia con su esfuerzo y valor recompensar la falta pasada. Con tanto dió la vuelta para Toledo, do la Reina le esperaba, sin descuidarse en apercebirse de todo lo necesario para llevar adelante la guerra comenzada. Asimismo los soldados que quedaron de guarnicion en el Andalucía, por no estar ociosos, acordaron de correr la campiña de Sevilla, ciudad de las mas principales de España. Indignados los ciudadanos por ver delante sus ojos abrasarse sus cortijos y olivares, salieron con su rey Abulali contra los cristianos. El número era grande, la destreza y valentía de los moros no tanto. Vinieron á las manos, en que murieron de los moros en la pelea y en el alcance hasta en número de veinte mil, que fué un destrozo muy grande. Sin embargo, por otra parte los moros se pusieron sobre el castillo de Garces, y le apretaron con tal rabia, que ni por el mucho daño que los de dentro les hicieron, ni por entender que el rey don Fernando, pasado el invierno, volvia con gente á continuar la guerra, desistieron de su intento hasta tanto que forzaron aquella plaza, que fué alguna mengua para los nuestros; la pérdida no fué muy grande, mayormente que se recompensó bastantemente aquel daño con lo que de nuevo se hizo en el Andalucía. Luego que llegó el rey don Fernando le salió á recebir el rey moro de Baeza, y en su compañía tres mil de á caballo y gran gente de á pié con intento, no solo de hacer alarde de sus fuerzas, sino de serville en la guerra, si fuese necesario. Dió este ofrecimiento mucho contento; rogáronle llevase adelante su buena voluntad, y en particular concertaron viniese en que en Salvatierra y en Capilla y en Burgalhimar, tres plazas importantes, residiesen soldados de guarnicion

para seguridad; demás que como en rehenes, para cumplimiento de lo concertado, entregó la fortaleza de la misma ciudad de Baeza para que el maestre de Calatrava la tuviese en fieldad. Los moros de Capilla, por ser aquella plaza muy fuerte, su sitio áspero y empinado, no quisieron pasar por este concierto ni recebir los soldados que les enviaban de guarnicion; de que resultó que el castillo de Baeza quedó en propriedad por los cristianos, y sin embargo, el Rey con todo su campo se fué á poner sobre Capilla con intento de rendilla ó forzalla. Era esta buena ocasion para adelantarse los nuestros y mejorar su partido; pero era necesario, porque la gente era poca, afirmalla con nuevas compañías. Por esta causa acordó el Rey dejar su gente en el cerco y volver él atrás, muy dudoso en lo que debia hacer, si continuar la guerra del Andalucía, si acudir á Francia al socorro de su tia, la reina doña Blanca, que por sus cartas y embajadas le hacia instancia la ayudase para apaciguar las alteraciones de aquel reino y sujetar á los señores, que por ser el Rey de pocos años, que no pasaba de doce, y ella mujer y extranjera, se les atrevian y los desestimaban. Parecióle al Rey cosa fea desamparar aquellos reyes, sus deudos, mayormente en aquel aprieto y trance; pero sucedieron dos cosas que le impidieron aquella empresa: la una, que los soldados que quedaron sobre Capilla, sin embargo de su ausencia, tomaron aquella plaza, á que era necesario acudir para que no se tornase á perder; la segunda, que camino de Almodóvar su misma gente dió la muerte al rey de Baeza, que se huia por miedo de los suyos, que tenia muy irritados por la amistad y asiento que puso con los cristianos; con que la guarnicion del castillo de Baeza quedaba á mucho riesgo, si con presteza no le acorrian. Por estas dos causas el Rey se determinó de sobreseer en lo de Francia y proseguir la empresa del Andalucía, pues era no menos justo y honroso vengar la muerte de aquel Rey, su amigo y confederado, que ayudar á sosegar las pasiones de Francia; en especial que con aquella ocasion pretendia, si pudiese, lanzar toda la morisma de toda España. A la verdad la reina doña Blanca con la ayuda de Dios y su buena maña y prudencia, sin socorro de su sobrino sosegó los alborotos de su reino, de que se temian graves daños. Todo esto pasaba el año de nuestra salvacion de 1227; en él se abrieron los cimientos de la iglesia mayor de Toledo, tan célebre edificio y de tanta majestad como hoy se ve, en el mismo sitio en que estaba la antigua, aunque mudada la traza. El Rey y el Arzobispo se hallaron á poner la primera piedra, debajo de la cual echaron medallas de oro y plata, conforme á la costumbre antigua de los romanos. Otros templos se podrán aventajar á este en la hermosura y primor de la traza, en la grandeza y capacidad; mas en la muchedumbre y riqueza de sus preseas y de su ornato, en la grandeza de las rentas, en el número de los ministros, en la majestad de ceremonias y culto divino, ninguno en toda la cristiandad se le iguala; muestra muy ilustre de la cristiandad y piedad de España, en especial de la dicha ciudad. Falleció á los 18 de julio el papa Honorio III; sucedióle en el pontificado Gregorio IX, natural de la ciudad de Anagni. Floreció otrosí en España don Lúcas, primero diácono de Leon, y despues obispo de Tuy. Deseoso de adelantarse en virtud y letras y por visitar los lugares santos, cuando era mas mozo pasó á Italia y á Roma y dende á las partes de Levante. Fué contemporáneo de don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y ejercitóse en los mismos estudios, porque compuso una historia de las cosas de España, en cuyo principio engirió el *Cronicon de San Isidoro;* que dió ocasion á algunos de tener y citar la primera parte de aquella historia por del mismo santo. Escribió demás de la historia la vida del dicho san Isidoro y otro libro grande de sus milagros; obra en que de la mitad adelante confuta la secta de los albigenses y sus errores, que son los mismos de los luteranos. De la confutacion consta que estos herejes entraron en España, segun que arriba se mostró por un pedazo que deste libro tomamos. Escribió estas obras, como él mismo lo testifica, por mandado de la reina doña Berenguela, señora muy devota y favorecedora de los hombres virtuosos y letrados.

CAPITULO XIII.

Que se volvió de nuevo á la guerra de los moros.

Los moros de Baeza tenian apretado el castillo de aquella ciudad, que, como se dijo, quedó en poder de cristianos; que si bien eran en pequeño número, por estar proveidos de vituallas, se defendieron y entretuvieron hasta tanto que el rey don Fernando sobrevino con un grueso ejército. Con su venida los moros, visto que no tenian fuerzas bastantes para resistir, no solo desistieron del cerco, sino desamparada la ciudad, se retiraron á lo mas dentro del Andalucía. Quedó por gobernador de aquella ciudad nuevamente ganada don Lope de Haro; merced debida á sus servicios, pues en todas las empresas de importancia se hallaba. El cuidado de Mártos se encargó á Alvar Perez de Castro y á Tello de Meneses. No se hizo alguna otra cosa que sea digna de memoria en esta jornada, salvo que despues que el Rey dió la vuelta á Toledo, don Tello con sus soldados entró á correr los campos de Vaena y de Lucena, sin parar hasta dar vista á la campiña de Sevilla y hacer por todas partes grandes talas y presas. Por el contrario, el rey de Sevilla, para divertille con su gente, llegó á la ciudad de Baeza y le corrió sus campos. Los moros que se ausentaron de aquella ciudad, por ser restituidos en su patria, le incitaron á emprender esta jornada; pero visto que no tenia fuerzas bastantes para salir con la empresa, trató de hacer paces con los cristianos y se concertó de pagar cada un año de tributo trecientos mil maravedís, en especial que de su misma gente se le armaba otra mayor tempestad; y fué que los moros de Murcia por este tiempo alzaron por rey un moro, por nombre Abenhut, que venia del linaje de los reyes de Zaragoza, y era grande enemigo de los almohades. Decia públicamente que la causa de los males y calamidades pasadas y de hallarse su nacion en aquel término y tan sin fuerzas eran las novedades que aquella secta introdujo en España. No hay cosa mas poderosa para mover al pueblo que la capa de religion, debajo de la cual se suelen encubrir grandes engaños. Arrimósele pues gran morisma por esta causa, gran muchedumbre de gentes, en especial en la comarca de Granada y en lo restante de Andalucía, con esperanza en que todos entraban, que por medio deste mo-

ro se mejoraria y adelantaria su partido, que iba muy de caida. Los demás de aquella nacion, y aun los príncipes cristianos, estaban con cuidado no resultase de aquella centella y de aquel principio algun fuego con que todo se abrasase. Esto pasaba en España el año que se contó de Cristo 1228. En Francia, el mismo año, Ramon, postrer conde de Tolosa, apretado con la guerra que el rey Luis le hacia por causa de su herejía, se redujo y se reconcilió con la Iglesia. Las condiciones y cargas que el mismo Rey y romano cardenal de San Angel, como legado del Papa, le impusieron, fueron las siguientes: que el Conde con todo cuidado procurase desterrar de su tierra la secta de los albigenses; que su hija y heredera, por nombre Juana, casase con uno de los hermanos de aquel Rey, el que mas le agradase; si deste matrimonio no quedase sucesion, el condado de Tolosa se juntase con la corona de Francia. La ignorancia suele acarrear grandes daños; para la enseñanza del pueblo mandaron que en la ciudad de Tolosa asalariase á su costa cuatro lectores de teología, dos juristas, seis maestros de las artes liberales y dos gramáticos. Para seguridad que cumpliria todo esto puso en poder del Rey y le entregó cinco castillos y su misma hija. Tomóse este asiento en la ciudad de Paris; y hechas las capitulaciones, por el mes de abril compareció el Conde en la iglesia mayor de aquella ciudad desnudo, fuera de la camisa; allí le absolvió el Legado de las censuras incurridas por los excesos pasados; juntamente le dió la divisa de la cruz, como se acostumbraba, para que dentro de cierto tiempo pasase á la guerra de la Tierra-Santa y en ella residiese por espacio y término de cinco años, que era una de las condiciones que se capitularon; tan grande autoridad tenian por estos tiempos los papas, tanta fuerza la Iglesia, ayudada del favor y asistencia de los reyes, para castigar los rebeldes y malos y escarmentar á los demás. Fallecieron otrosí en España algunos grandes personajes, y entre ellos don Ramiro, obispo de Pamplona, de la nobilísima alcuña de los reyes de Navarra. Sucedióle en el obispado don Pedro Ramirez, en cuyo tiempo el papa Gregorio IV tomó debajo de su proteccion aquella iglesia y sus prelados; que era eximilla de la jurisdiccion de los metropolitanos de España. En Aragon el Rey con su buena maña conquistaba aquellos caballeros parciales para que se le rindiesen. Recibió en su gracia á su tio el infante don Fernando, sin embargo de las revueltas pasadas, y púsole por condicion diese órden como los conjurados se alzasen entre sí unos á otros los homenajes y la palabra que se tenian dada. Don Sancho, obispo de Zaragoza, pretendia le restituyesen los pueblos que eran de su hermano don Pedro Ahones, de que el Rey se apoderó luego que le mataron. Otorgóle que estuviese á derecho y que pasasen por lo que los jueces determinasen. Hízose así, y oidas las partes, pronunciaron que los pueblos que tenian en tenencia quedasen por el Rey; los demás heredados de sus padres, se restituyesen al Obispo, pues no era justo que por la falta de uno padeciese todo el linaje. Parecia con esto quedar el reino sosegado. Los de la casa de Cabrera no acababan de apaciguarse. Aurembiase, hija de Armengol, conde de Urgel, segun que se concertara, pretendia en juicio que le restituyesen el estado de su padre, de que los Cabreras se apoderaron por fuerza. Ellos, no solo no hacian caso de aquella demanda, mas aun mostraban burlarse de la autoridad real, y no querian dejar el estado que poseian de años atrás. Vinieron á rompimiento y á las manos; el Rey, que hacia las partes de aquella señora, quitó á los Cabreras muchos de aquellos pueblos, unos por fuerza, otros que se rindieron de su voluntad, en especial la ciudad de Balaguer, cabeza de aquel estado de Urgel. Hecho esto, acordó casar aquella doncella Aurembiase, para que nadie se le atreviese, con don Pedro, infante de Portugal, tio suyo, primo hermano de su padre, que á la sazon andaba huido en la corte de Aragon. Gerardo Cabrera el desposeido tomó el hábito de los templarios, quién sabe si por devocion, si por otro respeto; lo cierto es que los años adelante don Ponce, su hijo, por el derecho que su padre pretendia, alcanzó el condado de Urgel á causa que Aurembiase no dejó sucesion alguna de su marido el infante don Pedro, como se dirá en otro lugar; con tanto tuvieron fin aquellos debates. El deudo del Rey y del Infante era desta manera. El infante don Pedro fué hijo de don Sancho, rey de Portugal, habido en la reina doña Aldonza, hermana que fué de don Alonso, rey de Aragon, abuelo del rey don Jaime; de suerte que el Infante era tio del Rey, primo hermano de su padre el rey don Pedro, que mataron en Francia.

CAPITULO XIV.

Que el rey de Aragon ganó la isla de Mallorca.

En un mismo tiempo en Castilla y en Aragon se hacia guerra contra los moros. Los aragoneses adelantaron mucho sus cosas, los de Castilla no hicieron de presente grande progreso. El nuevo rey Abenhut tenia puesto en cuidado al rey don Fernando por verle de nuevo apoderado de Granada, ciudad populosa y principal. Juntó sus huestes y llegó con ellas hasta dar vista á aquella ciudad y pasó adelante hasta Almería; mas no hizo otro efecto de importancia, á causa que el enemigo, escarmentado en cabeza ajena, se excusó de venir á las manos. Con esto se pasó lo restante deste año y del luego siguiente 1229, en el cual tiempo se tuvo aviso de Alemaña que los caballeros teutónicos, que por espacio de muchos años mostraron mucho valor en las guerras de la Tierra-Santa, con la cruz negra que traian por divisa sobre manto blanco, luego que se perdió la ciudad de Ptolemaide, se volvieron á su patria, que eran naturales de Alemaña, y con licencia del emperador Federico II, hicieron su asiento en la Prusia, provincia áspera é inculta, puesta entre Sajonia y Polonia, cuyos moradores aun no eran cristianos. Aumentáronse poco adelante estos caballeros en poder y fuerzas con apoderarse y conquistar la provincia de Livonia, que se cuenta entre los sármatas y cae sobre el reino de Polonia. Mantuviéronse por muchos años y hicieron buenos efectos hasta tanto que Alberto, último maestre de aquella caballería, se inficionó con la herejía luterana, y con la libertad de aquella secta dejó el hábito y renunció, por casarse, aquellas provincias y las entregó al rey de Polonia. Volvamos al rey don Jaime de Aragon. Luego que vió apaciguado su reino, comenzó á tratar de qué manera podria emplear sus fuer-

zas contra los enemigos de Cristo. Acaeció que cierto dia un hombre principal de Tarragona, por nombre Pedro Martello, le convidó á comer en su casa; las ventanas de la sala en que era el convite caian sobre la mar, y por frente la isla de Mallorca. Con esta ocasion, de una plática en otra vinieron á tratar de la fertilidad, frescura y riqueza de aquella isla y de las demás que caen en aquel paraje. Tomó la mano Pedro Martello, como el que tenia larga experiencia de todo lo que pasaba en este caso. Encareció con muchas palabras las excelencias de Mallorca, su fertilidad y abundancia, los grandes daños que desde allí se hacian en las costas de Cataluña y las otras comarcanas de España. Sucedió muy á propósito que pocos dias antes aquellos moros tomaron ciertas naves catalanas; y al embajador que enviaron para requerir que las restituyesen, como hiciese su demanda en nombre del rey don Jaime de Aragon, respondió el rey moro, que se llamaba Retabohihes, con grande arrogancia: ¿Qué rey me nombrais aquí? El embajador: Al hijo, dijo, del rey de Aragon, que en las Navas de Tolosa desbarató y destrozó un grande ejército de vuestra nacion. Indignóse el Moro de suerte con esta respuesta tan resoluta, que poco faltó no pusiesen la mano en el embajador; mas en fin prevaleció el derecho de las gentes; solo le hicieron luego salir de la isla. Alteróse el rey de Aragon oidas estas cosas, y resolvióse de emprender aquella guerra, en que tantas comodidades se representaban. Para apercebirse de todo lo necesario juntó Cortes en Barcelona, dió cuenta de la empresa que pensaba tomar; de que los presentes recibieron tanto gusto, que con grande voluntad para este efecto le otorgaron segunda vez el bovático, tributo que se solia dar á los reyes una vez solamente. Con esto despachó sus cartas, en que mandó que para mediado el mes de mayo los soldados y las compañías se juntasen en el puerto de Salu, cerca de Tarragona, do se aprestaba la armada y se hacia toda la masa de la gente para pasar á Mallorca. En este medio vino de Roma á Aragon por legado del Papa, Juan, monje de Cluñi y cardenal sabinense, sobre negocios muy graves. Acudió el Rey á Calatayud para verse con el Legado. Vino asimismo á aquella ciudad Zeit, rey de Valencia, despojado de aquel reino y de aquella ciudad por otro moro llamado Zaen. El amistad que tenia con los cristianos le acarreó este daño y este revés tan grande, demás que se rugia queria hacerse cristiano. Por esto el rey don Jaime se resolvió de recebille debajo de su proteccion, no solo á él, sino tambien á su hijo Abahomat, y para restituillos en su estado hacer guerra á aquel tirano, como lo cumplió adelante. El negocio principal sobre que vino el Legado era el casamiento del Rey, que pretendia apartarse de la Reina, y para ello alegaba el impedimento de consanguinidad, si bien tenia ya un hijo, por nombre don Alonso, para suceder en la corona y estados de su padre. Para averiguar este pleito el Rey y el Legado pasaron á Tarazona. Acudieron allí don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y Aspargo, arzobispo de Tarragona, con otros muchos obispos de Castilla y de Aragon para hallarse á la determinacion de aquel negocio tan grave y que á todos tocaba. Alegaron las partes de su justicia, formóse el proceso, y por conclusion se pronunció que el casamiento era ninguno y que el Rey y la Reina quedaban libres para disponer de sí; y sin embargo, determinaron que el hijo, como legítimo, heredase el reino de su padre. Dada la sentencia, la reina doña Leonor, ya ni viuda ni casada, se partió de buena gana para hacer compañía á su hermana doña Berenguela y consolarse con ella en aquella su soledad. Dejáronle los pueblos que tenia en Aragon como en arras y parte de dote, llevó otrosí muchas presas de paños ricos, oro, plata y pedrería. Despedida la junta, el Rey acudió á Tarragona para hallarse al tiempo señalado. Lo restante del estío gastó en aprestar la flota y en juntar los soldados, que de cada dia le venian en gran número con gran voluntad de tener parte en aquella empresa. Luego que todo estuvo á punto se embarcó la gente, y por el mes de setiembre, con buen tiempo, se hicieron á la vela y se alargaron á la mar. El número de la gente quince mil infantes y mil y quinientos caballos. Ciento y treinta y cinco velas entre naves de alto borde, que eran veinte y cinco, doce galeras, y los demás bergantines y vasos pequeños; iban otrosí algunos bajeles, que servian para llevar los caballos. La navegacion es corta; así en breve llegaron á vista de Mallorca. Allí de súbito les sobrevino tal tempestad y les cargó el tiempo de suerte, que la armada se derrotó en gran parte y estuvieron á riesgo de no pasar adelante. Fué Dios servido que á puesta de sol el viento leste y levante, que traia desasosegado el mar y sopla de ordinario por aquellas partes, calmó y se trocó en cierzo, muy á propósito para proseguir su navegacion y acaballa. En todo este peligro mostró el Rey grande constancia y ánimo; con que todos se animaron y se remediaron los daños. La figura de Mallorca es cuadrada, con cuatro cabos y remates, que miran á las cuatro partes del mundo. A la parte de poniente tiene el puerto de Palumbaria, y por frente la isla llamada Dragonera, el cabo ó promontorio de las Salinas cae á mediodía, y en medio del puerto y deste cabo, casi á igual distancia, está asentada la principal ciudad, que tiene el mismo nombre de la isla, ca se llama Mallorca; los cabos de la Piedra y de San Vicente miran á las partes de levante y de setentrion. Cerca del cabo de la Piedra está situado un pequeño lugar, pero que tiene buen puerto y abrigo para las naves; llámase Polencia, y antiguamente fué colonia de romanos. Quisiera el Rey tomar este puerto; pero el viento contrario le forzó á surgir en el de Palumbaria, distante de la ciudad treinta millas. La galera capitana, en que el Rey iba, fué la primera á entrar en el puerto y tras ella lo restante de la armada, sin que faltase bajel alguno de toda ella. Acudió gran morisma para impedir que no saltasen en tierra; por esto les fué forzoso pasarse al puerto de Santa Poncia, que está mas adelante entre poniente y mediodía. Allí echaron anclas, y á pesar de los moros, saltaron en tierra. Hobo algunas escaramuzas al desembarcar, en que siempre los cristianos llevaron lo mejor. El intento era enderezarse la vuelta de la ciudad de Mallorca; porque ella tomada, lo demás de la isla se rendiria con mucha facilidad. No ignoraba esto el rey Moro, antes para su defensa tenia hechas sus estancias en el monte Portopi, que está á vista de la ciudad. La gente que tenia era mas en número que en fuerzas señalada. Acordó valerse de maña y parar una celada en el camino entre unas quebradas y bosques para tomar á los enemigos descuidados y de sobresalto. Sucedióle

como lo pensaba, que los cristianos se descuidaron como si caminaran por tierra segura. Visto el desórden, los moros cargaron con tal denuedo, que los pusieron en grande aprieto. Murieron en la refriega, entre otros muchos, don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, y don Ramon de Moncada, personajes de gran cuenta y que iban en la avanguardia, y fueron los primeros á hacer rostro en aquel trance, que fué una pérdida muy grande y notable desgracia. Bajaban del monte, que cerca está, los moros en gran número para ayudar á los suyos, de suerte que de una parte y de otra se trabó una reñida batalla, y los fieles se vieron en gran peligro y cercados de todas partes. El esfuerzo y valor del Rey y su buena dicha venció estas dificultades; ca sin saber el daño que los suyos recibieron al principio, peleó valientemente y forzó á los moros, primero á retirarse poco á poco, despues á huir y recogerse en sus reales. La pelea fué con poca órden á fuer de Africa, de tropel, y que ya acometen, ya vuelven las espaldas, aquí se retiran, allí cargan. Los cristianos siguieron el alcance, subieron al monte al son de sus cajas y entraron los reales de los moros, con que la victoria y el campo quedó de todo punto por ellos. No pasaron adelante ni se curaron de ejecutar la victoria y de seguir á los vencidos, porque tenian la guarida cerca y mas noticia de toda aquella tierra. Contentáronse con lo hecho y con asentar sus reales á vista de la ciudad para combatilla, por entender que los de dentro estaban muy proveidos y de su voluntad no se rendirian. Los dias adelante pusieron diligencia en levantar todo género de máquinas, trabucos, torres y mantas para batir y arrimarse á las murallas. Cegaron el foso de la ciudad, que era ancho y hondo, con hornija y otros materiales. Salian los moros de rebato para desbaratar é impedir estos ingenios, pero las mas veces volvian con las manos en la cabeza. Finalmente, los soldados se arrimaron al muro, y con picos arrancaron las piedras de los cimientos de cuatro torres, que apuntalaron con vigas, y despues les pegaron fuego; con que las dichas cuatro torres dieron en tierra, y en el muro quedó abierta una grande entrada. Los moros, visto el peligro que corrian si la ciudad se entraba por fuerza de ser muertos y saqueadas sus casas, vinieron en pedir concierto. Pretendian les dejasen las vidas y las haciendas y que con su Rey se pudiesen pasar en Africa. A muchos parecia bueno este partido y que se debia venir en lo que pedian. Deste parecer era don Nuño, conde de Ruisellon, que era el medianero en estos tratos; los amigos y deudos del príncipe de Bearne, con deseo de vengarse, pretendian que era afrenta é infamia acabar la guerra antes de tomar venganza de tantos y tan buenos caballeros como aquellos bárbaros mataron. Los cercados, perdida la esperanza de concierto, tornaron con furia rabiosa á la pelea y con mayor ímpetu que antes á defender la ciudad. La desesperacion es una muy fuerte arma; hicieron mucho daño en los nuestros, tanto, que ya se arrepentian los que estorbaron el concierto y holgaran se admitiera de nuevo. Finalmente, derribada gran parte del muro, era forzoso á los nuestros que por las piedras y ruinas procurasen hacer camino. Algunos decian convenia acometer la ciudad de noche cuando las centinelas están cansadas; el Rey, por excusar la libertad y desórdenes que trae consigo la noche, mandó que se guardasen las puertas y portillos con todo cuidado porque no huyesen los enemigos. Al alba concertó y puso en órden los suyos para dar el asalto, y de parte que pudo ser oido les habló en esta manera: «Bien conozco, amigos, que para premiar vuestros trabajos y vuestro valor no tengo fuerzas bastantes; el reconocimiento y estima será perpetua por cuanto la vida durare. La ocasion que de presente se ofrece de hacer un nuevo servicio á Dios, á vuestra patria y á mi corona, y para vos ganar prez y honra inmortal es, cual veis, la mejor que se pudiera pensar. Con la toma desta ciudad y con sus despojos quedaréis ricos y bien parados; con su sangre vengaréis la de vuestros deudos y hermanos, y yo por vuestro trabajo conquistaré un nuevo reino y estado. Los de dentro son pocos en número, sin aliento por la hambre que padecen, enfermedades, trabajos. ¿Quién será tan de tan poco ánimo que no arremeta y cierre con los enemigos y por aquellos muros aportillados no se haga camino con la espada para entrar en la ciudad? A Dios teneis favorable, por cuyo nombre peleais; este será el remate de vuestros largos trabajos y fatigas, principio de alegría y de descanso. Los flacos y temerosos, si alguno hubiese, correrán mas peligro; en el ánimo y osadía consiste la seguridad de los que valientemente pelearen.» Dichas estas razones, mandó dar señal de acometer y cerrar por una, dos y tres veces. Los soldados se detenian; no se qué miedo y espanto los tenia casi pasmados. El Rey, «¿qué esperais, dice, soldados? Qué haceis? Acometed y embestid con vuestro ánimo acostumbrado; los enemigos son los mismos que hasta aquí; ¿qué dudais?» Despertados con estas palabras como de un sueño, arremeten de golpe y de tropel con gran grita y alarido; los moros acuden á todas partes con gran coraje para defender la entrada; hacen el último esfuerzo. Encendióse la batalla y la refriega en diversos lugares. Por conclusion, muertos y heridos muchos de los enemigos, se entró la ciudad, que saquearon los soldados á toda su voluntad, en que los unos y los otros se ensangrentaron. El rey Moro, perdida toda esperanza, se escondió en cierto lugar secreto. De allí le sacaron; el rey don Jaime, como lo tenia jurado, para mayor afrenta le tomó por la barba, si bien con palabras corteses le animó y prometió que todo se haria bien. Tomada la ciudad, sin dilacion se entregó la fortaleza, en que hallaron un hijo de aquel Rey, en edad de trece años, que adelante bautizaron y se llamó don Jaime. Heredóle el Rey en tierra de Valencia, y dióle por juro de heredad la villa de Gotor, de que toman su apellido sus descendientes, caballeros principales de aquel reino; así bien como de otro caballero por nombre Carrocio, natural de Alemaña, noble, y que sirvió muy bien en esta guerra, y en recompensa de sus trabajos le dieron el lugar de Rebolledo, decienden los Carrocios, gente noble y principal, y que dura hasta nuestros tiempos, en el mismo reino de Valencia. Ganóse la ciudad de Mallorca, postrero dia de diciembre, entrante el año de Cristo de 1230. Acordó el Rey hacella catedral y poner en ella obispo, si bien los canónigos de Barcelona pretendian pertenecerles aquel obispado por escrituras que alegaban, del todo olvidadas y desusadas; así no salieron con su pretension. Los demás castillos y pueblos de toda la isla con facilidad vinieron á poder de cristianos; mas ¿cómo pudieran

sustentarse perdida la ciudad principal? Apaciguada la tierra y dado asiento en las cosas del nuevo reino, los mas soldados dieron vuelta para sus casas y el Rey pasó á Cataluña. En este mismo año la religion de nuestra Señora de la Merced, que se instituyó pocos años antes, segun que de suso queda apuntado, su modo de vivir y la regla que profesan, fué aprobada por el papa Gregorio IX, como parece por su bula, dada en Perosa, ciudad de Toscana, á 17 de enero deste mismo año, segun que rezan las constituciones desta órden al principio.

CAPITULO XV.

Que el reino de Leon se unió con el de Castilla.

En el mismo tiempo que los de Aragon emprendieron la conquista de Mallorca y la ganaron, el rey don Alonso de Leon con sus huestes y las de su hijo hizo una nueva entrada en tierra de moros. Púsose con sus gentes sobre Cáceres, villa principal de Extremadura y que otras veces habia intentado de tomalla y no pudo salir con ello. Era príncipe brioso y denodado, las fuerzas que llevaba eran mayores que antes, y así pudo salir con la empresa, y aun pasó adelante animado con este principio á poner sitio sobre la ciudad de Mérida, que en otro tiempo fué la mas principal de aquellas partes y de presente era populosa y grande. El rey moro Abenhut, sabido lo que pasaba, por ganar reputacion entre su gente acordó de ir con su hueste en socorro de los cercados. Su venida y determinacion puso en cuidado al rey don Alonso; por una parte se recelaba de ponerse al trance de una batalla por la poca gente que tenia, por otra el miedo de la infamia, si se retiraba, le aquejaba mucho mas; que á tales personajes la afrenta suele ser mas pesada que la misma muerte. Para resolverse juntó á consejo los capitanes, los pareceres fueron diferentes, como es ordinario. Los mas en número y de mayor prudencia querian se excusase la batalla con aquel enemigo que venia poderoso y bravo; mas el Rey todavía se arrimó al parecer contrario de los que se mostraban mas animosos y honrados. Tomada esta resolucion, ordenó sus haces en guisa de pelear; lo mismo hicieron los moros, que ya tenian allí cerca sus estancias. Dióse la señal de acometer; resonaban las trompetas, las cajas, los atabales por todas partes. Cerraron con grande ánimo los unos y los otros. La batalla por algun espacio fué muy herida y sangrienta, pero en fin, el valor de los cristianos sobrepujó la muchedumbre de los paganos. La victoria fué tan señalada y el destrozo de los enemigos de Cristo tan grande, que de miedo muchos pueblos de aquella comarca quedaron yermos por huirse sus moradores por diversas partes. Díjose por cosa cierta que el apóstol Santiago y en su compañía otros santos con ropas blancas en lo mas recio de la batalla esforzaron á los nuestros y amedrentaron á los contrarios; y aun en Zamora no faltaron personas que publicaron haber visto á san Isidoro, que con otros santos se apresuraba para hallarse en aquella batalla en favor de los cristianos. La verdad ¿quién la podrá averiguar? La alegría de victorias semejantes suele dar ocasion á que se tengan por ciertos cualquier suerte de milagros. Despues desta rota los de Mérida, por no tener esperanza les vendria otro socorro, abrieron las puertas á los vencedores, que fué el fruto principal de la victoria. Demás que desta vez se ganó y vino á poder de cristianos la ciudad de Badajoz, puesta en aquella parte por do parten términos Extremadura, Andalucía y Portugal. El rey don Alonso, que en el cuento de los reyes de Castilla y de Leon se pone por noveno de aquel nombre, acabadas cosas tan grandes y porque el tiempo cargaba, despidió su gente para que se fuese á invernar, resuelto de revolver con mayores fuerzas sobre los moros luego que el tiempo diese lugar. Atajó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Villanueva de Sarria, de una dolencia aguda que allí le acabó al fin deste año, yendo á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, para en él cumplir sus votos y dar gracias á Dios por mercedes tan señaladas; su cuerpo sepultaron en aquella iglesia de Santiago. De doña Teresa, su primera mujer, dejó dos hijas, doña Sancha y doña Dulce; de la reina doña Berenguela quedaron don Fernando, que ya era rey de Castilla, y don Alonso, que fué señor de Molina, y doña Berenguela, que casó con Juan de Brena, rey de Jerusalem. Tuvo otro hijo fuera de matrimonio, que se llamó don Rodrigo de Leon. Reinó por espacio de cuarenta y dos años, fué valeroso y esforzado en la guerra, tan amigo de justicia, que á los jueces, porque no recibiesen de las partes ni se dejasen negociar, señaló salarios públicos, y los castigaba con todo rigor si en esto excedian. Verdad es que escureció y amancilló las demás virtudes de que fué dotado con dar orejas á chismes y reportes de los que andaban á su lado; falta muy perjudicial en los grandes príncipes. El odio que tuvo á su hijo don Fernando, de cuya virtud y santidad se debiera honrar mas que de otra cosa, fué grande, y le duró por toda la vida, tanto que en su testamento nombró por sus herederas á las dos infantas, sus hijas mayores. Por esta causa, para prevenir inconvenientes y pasiones, era forzoso que el rey don Fernando, pospuesto todo lo al, se apresurase para tomar posesion de aquel reino, si bien á la sazon se hallaba ocupado en la guerra que hacia en Andalucía; príncipe esforzado y valeroso y que no sabia reposar ni miraba por su salud á trueque de adelantar el partido de los cristianos. Puso cerco sobre Jaen, pero aunque la apretó con todo su poder, teníanla tan pertrechada de gente y de todo lo demás, que no pudo ganalla. Pasó con su campo sobre Daralherza. En este cerco estaba ocupado cuando le vinieron nuevas de la muerte de su padre. Aconsejábanle los que con él estaban, y entre ellos don Rodrigo, arzobispo de Toledo, diese la vuelta. Solicitábale sobre todos su madre, y cada dia cargaban mensajes de todas partes en esta misma razon. Bien entendia él que le aconsejaban lo que era bueno y que la dilacion le podria empecer mas que todo; pero aquejábale en contrario el deseo de llevar adelante la empresa del Andalucía. Su madre, con el cuidado que el amor de hijo le daba y por los miedos que él mismo le ocasionaba, acordó partirse para hablalle. En Orgaz, que está cinco leguas de Toledo, camino del Andalucía, se encontraron madre y hijo. Allí tomaron su acuerdo, que fué sin mas dilacion apresurar el camino para el reino de Leon, sin detenerse ni en Toledo ni en otra parte alguna. Hízose así, y el Rey luego que llegó al reino de Leon, le halló mas llano de lo que se pensaba. Los pueblos le abrian las puertas y

le festejaban. Llamábanle rey pio y bienaventurado, con otros muchos títulos y renombres que le daban. Coronóse en Toro, honra debida á aquella ciudad por ser la primera que le ofreció la obediencia por sus cartas. Los ricos hombres no estaban del todo llanos, antes algunos seguian la voz de las infantas, con algunos pueblos que se les arrimaban. Pudiera resultar desta division algun grande inconveniente, si los prelados de aquel reino no ganaran por la mano, cuyo oficio es no solo predicar al pueblo y administralle las cosas sagradas, sino mirar por el bien y pro comun; y así, visto por quien estaba la justicia, enfrenaron sus particulares aficiones con la razon y dieron de su mano el reino á quien venia de derecho. Los principales en este número fueron Juan, obispo de Oviedo; Nuño, de Astorga; Rodrigo, de Leon; Miguel, de Lugo; Martin, de Mondoñedo; Miguel, de Ciudad-Rodrigo; Sancho, de Coria. Doña Teresa, madre de las infantas, acudió de Portugal para dalles como á hijas el ayuda y consejo necesario. Parecióle seria mas acertado concertarse con su antenado, y para esto se vió con doña Berenguela, madre del Rey, en Valencia la de Galicia; en esta vista y habla se acordaron que las infantas cediesen á su hermano el derecho que pretendian tener al reino, y que él les acudiese cada un año con treinta mil ducados para sus alimentos. Tomado este asiento, el rey de Leon, do estaba, partió para Valencia, las infantas fueron á Benavente para visitalle y verse con él. Al arzobispo don Rodrigo, en premio del trabajo que tomó en todos estos tratos y caminos tan largos y tan continuos que hacia sin cansarse jamás, dió el Rey en aquella tierra la villa de Cascata. Por esta manera el reino de Leon tornó á juntarse con el de Castilla á cabo de setenta y tres años que andaba dividido, no sin perjuicio y daño de todos. La union y atadura que en el rey don Fernando y sus descendientes se hizo y se ha continuado hasta nuestros tiempos fué principio y como pronóstico de la grandeza que hoy tienen los reyes de España.

CAPITULO XVI.

De algunas vistas que diversos reyes tuvieron entre sí.

Don Sancho, rey de Navarra, por sobrenombre llamado el Fuerte, título que en su mocedad le dieron sus hazañas, mudado el modo de vivir y la traza en esta sazon á causa de su mucha grosura y de la poca salud que tenia, se estaba retirado en el castillo de Tudela sin cuidar mucho del gobierno. Deste retiramiento los vasallos tomaron ocasion de atreverse y de alterarse, en especial en Pamplona, que diversas veces se alborotó por este tiempo. La falta del castigo hace á los hombres osados, y la dolencia de la cabeza redunda en los demás miembros. Asimismo don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, con golpe de gente por la parte de la Rioja hizo entrada en las tierras de Navarra, y en ella se apoderó de algunos pueblos y castillos. Sospechóse que el rey don Fernando tenia en esto parte, y que por su consejo y con sus fuerzas se encaminaban estas tramas. Lo que hacia mas al caso que Teobaldo, conde de Campaña en Francia, sobrino de aquel Rey por ser hijo de su hermana doña Blanca, infanta de Navarra, y que si tuviera paciencia habia de heredar aquella corona por no tener el Rey hijos, con demasiada priesa traia sus inteligencias con los señores de aquel reino para desposeer á su tio; grande crueldad y que le puso en condicion de perder lo que tenia en la mano. Porque el rey don Sancho, avisado de lo que pasaba y punzado del dolor que estos desórdenes le acarreaban, visto que por sí no tenia fuerzas bastantes para contrastar con los suyos y con los extraños, acordó buscar socorros de fuera y de camino vengarse de aquellos ultrajes y deslealtad. El rey don Jaime, acabada la empresa de Mallorca, ganara renombre de esforzado y valeroso en tanto grado, que los demás príncipes á porfía pretendian su amistad y buena gracia. Acordó envialle sus embajadores para rogalle se fuese á ver con él en Tudela para comunicalle algunos negocios muy graves y que no se podian tratar en ausencia por terceros. Hallábase el rey don Jaime en Zaragoza, donde por la via de Poblete y de Lérida era venido despues de la conquista de Mallorca. No le pareció dejar pasar aquella ocasion, que, segun él imaginaba, se le presentaba de acrecentar su estado; así, sin pedir otra seguridad, se vino para el rey don Sancho. Mostráronse mucho amor de la una parte y de la otra. Acabados los comedimientos y cortesías, entraron en materia y trataron de lo que importaba. Querellóse don Sancho de su sobrino el conde Teobaldo, que sin respeto al deudo ni tener paciencia para esperar su muerte, con sus malas mañas le alteraba los vasallos. Del rey don Fernando dijo que, sin embargo que tenia tantas provincias, era su ambicion tan grande, que con los nuevos ditados le crecia el apetito de mandar, mal desasosegado y incurable. Que tenia pensado valerse de sus fuerzas, de su dicha y de su maña, recobrar lo de Vizcaya, que le tenian contra derecho usurpado, y reprimir los insultos y intentos de Francia, y juntamente sosegar los naturales para que no se atreviesen. En recompensa de su trabajo le queria dejar aquel reino para despues de sus dias, y para mas aseguralle desde luego nombralle por su sucesor y adoptalle por hijo, como lo hizo por estas palabras: Yo os nombro por mi heredero por via de adopcion para que hayais y poseais esta corona. Prospere Dios, nuestro Señor, y ayude esta nuestra voluntad; que bien entiendo despues de mis dias miraréis por mis vasallos, y mientras viviere haréis lo que de un buen hijo puede su padre esperar. Aceptó el rey don Jaime esta adopcion y la buena suerte que se le presentaba. Para dar mejor color á todo concertaron que la adopcion fuese recíproca, de suerte que cualquiera de los dos que faltase, el otro le sucediese en el reino. Era cosa ridícula y juego que un mozo y que se hallaba en lo mejor de su edad, además que tenia hijo y heredero, prohijase un viejo doliente y que estaba en lo postrero de su vida. Puédese sospechar que el Navarro por su edad y dolencia no estuviese muy entero. A los 4 de abril se otorgaron las escrituras deste concierto, que confirmaron los señores que de Aragon y Navarra se hallaron presentes. Demás desto, el Navarro dió al de Aragon prestados para los gastos de la guerra cien mil sueldos, y en prendas recibió para seguridad de la deuda ciertos pueblos de Aragon. En esto vino nueva que el rey de Túnez aprestaba una gruesa armada para recobrar la isla de Mallorca, que hizo despedir las vistas y abreviar, y forzó al rey don Jaime á dar la vuelta á Zaragoza para acudir á la defensa, si necesario fuese.

En este tiempo falleció Aurembiase, dejó en su testamento el condado de Urgel, y Valladolid en Castilla al infante don Pedro, su marido, por no tener hijos; de que resultaron nuevos inconvenientes á causa que don Ponce de Cabrera acudió á los derechos y pretensiones antiguas de su casa, resuelto, si no le hacian razon, de valerse de las armas y de la fuerza. Atajó el Rey con su prudencia la tempestad que se armaba. Concertó que al nuevo pretensor se diese aquel condado, fuera de la ciudad de Balaguer, que retuvo para sí, y al Infante mientras que viviese entregó la isla de Mallorca para que la gobernase en su lugar y como teniente suyo. Tomado este acuerdo, el Rey del puerto de Salu se hizo á la vela y aportó á Mallorca. Supo que el rey de Túnez por aquel año no venia; por esto sin hacer otra cosa dió la vuelta para su casa. El rey don Fernando se ocupaba en visitar el nuevo reino de Leon á propósito de granjear las voluntades de la gente con todo género de buenas obras y mercedes que les hacia. En el entre tanto encargó el cuidado de la guerra contra moros al arzobispo don Rodrigo, y en recompensa le hizo merced de la villa de Quesada, á tal que echase della los moros, á cuyo poder era vuelta. Venido pues el verano, el Arzobispo con gente rompió por aquella parte, corrió los campos, hizo presas, quemó las mieses que ya estaban sazonadas, y no solo ganó de los moros á Quesada y Cazorla, villas puestas en los pueblos que antiguamente se llamaron bastetanos, sino tambien les tomó á Cuenca, Chelis, Niebla, que llamaron los romanos Elepla, con otros pueblos comarcanos de menor cuenta. Este fué el principio del adelantamiento de Cazorla, que por largos tiempos por merced y gracia de los reyes poseyeron los arzobispos de Toledo, que nombraban como lugarteniente suyo al Adelantado, hasta tanto que en nuestros dias don Juan Tavera, cardenal y arzobispo de Toledo, le dió por juro de heredad para sus descendientes á don Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon, al cual de secretario suyo levantó á grande estado y dignidad el favor y privanza que alcanzó con el emperador Cárlos V, rey de España. Verdad es que don Juan Siliceo, sucesor del dicho Cardenal, pretendió por pleito revocar aquella donacion, como hecha en notable perjuicio de su iglesia; pero ni él ni sus sucesores salieron con su pretension hasta que don Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal de Toledo, concertó la diferencia y restituyó á su iglesia aquella dignidad. Quesada, porque volvió á poder de moros y adelante la recobró con sus armas el rey don Fernando, se quedó por los reyes de Castilla. Por estos tiempos Juan de Brena, rey de Jerusalem, perdido casi todo aquel reino, pasó por mar en Italia. Era francés de nacion, solicitó á los príncipes de Europa que le ayudasen con sus gentes para recobrar su reino. De camino casó á Violante, única hija suya, con el emperador Federico II, que por este casamiento tomó título de rey de Jerusalem, y dél se quedó en los reyes de Sicilia, sus sucesores en aquel reino, hasta pasar con él y continuarse en los reyes de Aragon y de España sucesivamente. Solemnizadas estas bodas, el rey Juan de Brena pasó en España y aportó por mar á Barcelona, año de 1232. Hospedóle el rey de Aragon con mucho amor y regalo y le tuvo consigo algun tiempo. Fuése desde allí á Santiago de Galicia por voto que tenia hecho de visitar aquel santuario. Honróle mucho el rey don Fernando, y para mayor muestra de amor, si bien era extranjero y su estado en balanzas, le dió por mujer á su hermana la infanta doña Berenguela á la vuelta de su romería. Concluidas las bodas, dió aquel Príncipe vuelta á Italia para, con los socorros que juntó, pasar á la guerra de la Tierra-Santa. El suceso no fué conforme á sus esperanzas ni trabajos que por fuerza sufrió en viaje tan largo. Los *Anales de Toledo*, á quien damos mucho crédito, señalan la venida deste Rey á España ocho años antes desto, y que el rey don Fernando le recibió solemnemente en Toledo, dia viérnes, á 12 de abril. La verdad es que vuelto á Italia, perdida la esperanza de recobrar su reino, por órden del Papa se encargó del imperio de Constantinopla, por ser de poca edad el emperador Balduino y estar aquel imperio que tenian los franceses á punto de perderse. Casó el mozo Emperador con María, hija de aquel Rey y de su mujer doña Berenguela. Este quiso fuese el premio de los trabajos que pasó en aquel gobierno y tutela. En Castilla los soldados de las órdenes militares se juntaron con el obispo de Plasencia, y de consuno ganaron de los moros á Trujillo, pueblo principal de la Extremadura. La toma fué á los 25 de enero. El rey don Jaime pasó tercera vez á Mallorca, y se apoderó de la isla de Menorca, que la de Ibiza, una de las Pitiusas y la mayor en el mar Ibérico, se conquistó el año adelante de 1234. Guillen Mongrio, prelado de Tarragona, sucesor de Aspargo, ya difunto, envió sus gentes para este efecto, y por esta causa quedó aquella isla sujeta á su diócesi y obispado, como era razon. Este año, á los 7 de abril falleció en Tudela el rey don Sancho de Navarra. Su cuerpo enterraron en Nuestra Señora de Roncesvalles, convento de canónigos reglares, que él mismo edificó á su costa y le dotó de buenas rentas. Traen en el pecho una cruz azul en forma de cayado ó de báculo, por lo demás el hábito es de clérigos ordinarios. Los navarros, luego que murió su Rey, llamaron á Teobaldo, conde de Campaña, como á pariente mas cercano. Coronóse por el mes de mayo en Pamplona. Un autor dice que el rey de Aragon, si bien tuvo aviso de todo, disimuló y no quiso irles á la mano ni seguir su derecho; que por ventura la conciencia le remordia para no pretender lo que no era suyo. Las guerras que emprendió adelante dan á entender que si disimuló fué por un poco de tiempo hasta desembarazarse y aprestarse para seguir su derecho de adopcion, que le tenia por bien fundado; mas la esperanza de salir con su intento era poca por la aversion que mostraban los naturales. Teníale otrosí puesto en cuidado un nuevo casamiento que trataba para sí con doña Violante, hija del rey de Hungría, que procuraba estorbar con todas sus fuerzas el rey don Fernando, porque todavía deseaba reconciliarle con su tia doña Leonor, que repudió los años pasados. Andaban embajadas sobre el caso; y porque por via de terceros no se concluia nada, acordaron los dos reyes de verse en el monasterio de Huerta, puesto á la raya de los dos reinos. Allí se hablaron á los 17 de setiembre. No se hizo efecto alguno en el negocio principal por razones que el Aragonés alegó en su defensa; solo demás de los pueblos que antes tenia dió á la reina doña Leonor la villa de Hariza, en que pasase su soledad; y para mayor entretenimiento vino en que su hijo quedase en su compañía hasta tanto que fuese de mas edad. Empleaba esta señora su tiempo y sus rentas en obras de piedad; en

particular á su costa, cerca de Almazan, fundó un monasterio de Premostre, órden cuyo fundador no muchos años antes deste tiempo fué Humberto, natural de Lorena en Francia. El nombre de premostratenses tomaron estos religiosos del primer monasterio que edificaron en el bosque de Premostre.

CAPITULO XVII.

El principio que tuvieron las conquistas de Córdoba y Valencia.

Acabada la habla y las vistas, los dos reyes de Aragon y Castilla volvieron á proseguir la guerra santa contra los moros. Los aragoneses, feroces con la victoria de Mallorca y con odio que tenian al rey Zaen, que estaba por fuerza apoderado del reino de Valencia y habia entrado por las tierras de Aragon robando y quemando aldeas y villas hasta llegar á Amposta y Tortosa, determinaban intentar la guerra de Valencia. Los castellanos proseguian la guerra comenzada en el Andalucía. La division que á esta sazon tenian entre sí los moros daba esperanza de buen suceso á los fieles, porque entre ellos andaban todos estos bandos: almohades, almoravides, benamarines, benadalodes. Era de tal manera la division y desconcierto, que aunque nadie les diera empellon, el mismo reino se cayera de suyo y se fuera á tierra. Concedieron los de Cataluña al Rey el tributo que llaman bovático para la guerra de Valencia, que no suelen conceder sino en el último aprieto y extrema necesidad. Muchos de los cristianos comenzaron á hacer entradas en las tierras de los moros; talaban y robaban lo que podian, especialmente don Blasco de Alagon, que tomó de los moros á Morella, pueblo fuerte. Este buen agüero y pronóstico para la guerra siguiente, que una persona particular hiciese tan buen efecto, al Rey dió pesadumbre; sentia que ninguno se le adelantase en dar principio á esta guerra. El castigo fué que tomó aquella villa para sí y dió á don Blasco en recompensa la villa de Sástago, que fué el principio de la guerra de Valencia y de los condes de Sástago, principal casa de aquel reino. Despues de tomado Morella, otro pueblo llamado Burriana, pasados dos meses de cerco, se entregó al Rey con condicion que á los moradores les concediese la vida y libertad. Salieron deste pueblo siete mil personas entre hombres y mujeres. Grave daño fué para los moros la pérdida destos dos pueblos, que con la fertilidad de sus campos sustentaban en aquella comarca otras muchas villas y castillos, á los cuales fué asimismo forzoso rendirse. De los primeros fué Peñíscola, á quien llama Ptolemeo Quersoneso, y con ella Castellon y Buñol. Don Jimeno de Urrea tomó á Alcalaten; por esto se hizo merced de aquel lugar y señorío á la nobilísima familia de los Urreas continuado hasta este tiempo. Mas adentro, en medio del reino de los moros, á la ribera del rio Júcar, conquistaron la villa de Almazora; entráronla los nuestros de noche, y así los moros huyeron sin ponerse en defensa. En este tiempo el rey don Fernando, apaciguadas las cosas de Leon, dejó allí la Reina para ganar mas con esto las voluntades de aquella gente. Hecho esto, en Castilla se guarneció de un grande ejército con determinacion de proseguir la guerra del Andalucía, que por algun tiempo forzosamente se habia dejado. Puso cerco sobre Ubeda y combatióla con todo género de máquinas, y aunque por ser de suyo ciudad principal y estar cerca de Baeza no mas de una legua, la tenian fortalecida de muchos valientes soldados de guarnicion, baluartes y vitualias para entretenerse mucho tiempo; pero la fortaleza y constancia del Rey venció todas las dificultades y se entregaron los moradores, salvas solamente las vidas. Por otra parte las órdenes tomaron á Medellin, Alfanges y Santa Cruz. La alegría destas victorias se mezcló y turbó con nueva pérdida, como es muy usado en esta vida mortal y llena de mudanzas. La Reina, mientras el Rey andaba ocupado y contento con el buen suceso que Dios le daba en la guerra, falleció en la ciudad de Toro. Llevaron su cuerpo al monasterio de las Huelgas de Búrgos; las exequias se le hicieron muy solemnes y el entierro. De allí fué trasladado su cuerpo á la ciudad de Sevilla despues de algunos años, donde junto con su marido la sepultaron y yace, con quien vivió muy unida en amor y voluntad. Tomada Ubeda, el Rey se volvió á Toledo, determinado de visitar otra vez las ciudades y villas del reino de Leon; con estos halagos pretendia ganar las voluntades de los nuevos vasallos. Los soldados que quedaron en el presidio de Ubeda hicieron una entrada en tierra de Córdoba, quemaron y talaron aquella campiña. Algunos de los moros, llamados vulgarmente almogárabes, fueron presos en esta cabalgada. Almogárabes se llamaban los soldados viejos y que estaban puestos en los castillos de guarnicion. Estos cautivos dieron aviso que se ofrecia buena coyuntura para tomar á Córdoba, sea que pretendiesen ganar la gracia de sus señores ó que estuviesen mal con los de aquella ciudad. El arrabal de Córdoba, que llaman Ajarquía, está pegado con las murallas, y le tenian á su cargo este género de soldados, que dieron lugar á los cristianos para que de noche por aquella parte escalasen la ciudad y la entrasen; que fué el año de nuestra salvacion de 1235, á los 23 de diciembre. El número de los soldados que entraron era pequeño para salir con empresa tan grave. Tomaron solamente algunas torres y apoderáronse de la puerta de Mártos con intento y esperanza que les acudirian socorros de todas partes; así, despacharon á toda priesa mensajeros que avisasen de lo hecho y del aprieto en que quedaban, si no les acorrian con toda presteza. A la verdad, los moros luego que amaneció, sabido lo que pasaba y que la ciudad era entrada, se pusieron á punto para combatir aquellas torres y lanzar por fuerza á los que en ellas estaban. Don Alvar Perez de Castro, cuya lealtad y valor fué muy conocido despues que se redujo, desde Mártos, do se hallaba, fué el primero que acudió á lo de Córdoba. Lo mismo hizo el Rey; luego que llegó el aviso, partió de la ciudad de Leon, y aunque la distancia era grande y el tiempo del año muy contrario, acudió con buen golpe de soldados allegados de presto; dejó otrosí mandado á los caballeros y ayuntamientos de las ciudades que fuesen en su seguimiento. Está en el camino un castillo, que se dice Bienquerencia, parecióles probar si le podrian rendir. El alcaide del castillo sirvió al Rey con vitualias; pero en lo que tocaba á entregarse, dijo no lo podia hacer hasta ver lo que se hacia de Córdoba, cuya autoridad seguia; que rendida la ciudad, prometia hacer lo mismo. Dejada pues esta fuerza pasaron con presteza adelante. Halló el Rey que de muchas partes habian acudido al

socorro muchos soldados, si bien todos ellos no llegaban á hacer bastante ejército. El rey Abenhut se hallaba en esta sazon en la ciudad de Ecija, aprestado para cualquiera ocasion que se le presentase con un poderoso campo. Don Lorenzo Suarez por andar desterrado seguia el partido y reales deste Rey. El Moro no estaba determinado si acudiria á los moros de Valencia, si á los de Córdoba, por estar la una ciudad y la otra en un mismo peligro y hacelle instancia de ambas partes por socorro. La conquista de Valencia se encaminó desta suerte. El rey de Aragon probó á conquistar á Cullera, mas cesó de la conquista por la falta de piedras que halló en aquel campo, para tirar con los trabucos; cosas pequeñas en las guerras tienen grande vez y son de mucha importancia; verdad es que en la llanura de Valencia fué tomado el castillo de Moncada por los aragoneses, y luego le echaron por tierra porque los demás moros escarmentasen con aquel ejemplo y castigo. Todo esto supo en un mismo tiempo el rey Abenhut. Estaba confuso, que no sabia en qué determinarse ni qué consejo tomase. Envió á don Lorenzo Suarez para que espiase lo que pasaba; él, deseando con algun señalado servicio volver á la gracia del rey don Fernando, comunicóle en secreto el intento de los moros y el estado de sus cosas. Avisado de lo que debia hacer, volvió al rey Moro, engrandecióle nuestras fuerzas mucho mas de lo que eran; díjole que el aparato y ejército era muy grande, mostraba en el rostro tristeza y miedo, mentiroso, es á saber, y fingido. Esta maña y artificio fué causa que el rey Moro no tratase de socorrer á Córdoba en gran pro de los cristianos; que si el Moro viniera, no fueran bastantes para resistir y hacer contraste á los de la ciudad y á los de fuera. La alegría que los nuestros recibieron por esta causa aumentó una nueva cierta que vino que el rey Moro pocos dias despues que pasó esto en la ciudad de Almería, en que estaba á punto para ir al socorro de Valencia, fué muerto por los suyos. Avino esta muerte muy á buen tiempo, porque el Moro era diligente y valeroso príncipe, elocuente en hablar, diestro en persuadir lo que queria, sosegar y amotinar la gente segun que le venia mas á cuento, robaba lo ajeno y daba de lo suyo francamente. En fin, en aquel tiempo, ni en paz ni en guerra, ninguno le hacia ventaja, y fuera gran parte si viviera para que las cosas de los moros se restauraran en España.

CAPITULO XVIII.

Cómo la ciudad de Córdoba se ganó de los moros.

En el medio casi de la Andalucía, en la parte que antiguamente se tendian los pueblos llamados túrdulos, está edificada la ciudad de Córdoba. Su asiento en un llano á las faldas de Sierramorena, que se levanta á la parte de septentrion ó norte, forma algunos recuestos y collados. A la mano izquierda la baña el rio famoso Guadalquivir, que por entrar en él muchos rios es tan grande que se puede navegar. La figura y forma de la ciudad es cuadrada; extiéndese por la ribera del rio, y así es mas larga que ancha. El tiempo que los moros la tuvieron en su poder asentaron en ella los reyes su casa y silla real y le quitaron mucho de su hermosura y gentileza, como gente que ni sabe de arquitectura ni de edificios ni se precia de algun primor. Antiguamente tenia cinco puertas, ahora tiene siete; los arrabales de fuera son tan grandes como una entera ciudad, especialmente el que dijimos se llama de Ajarquia, á la ribera del rio, á la parte de levante, que está todo cercado de muro y pegado con la ciudad. El alcázar del Rey y su casa está á la parte del poniente cercada con su muro particular; una puente muy hermosa puesta sobre el rio, cuya cepa comienza desde la iglesia mayor. Antiguamente se llamó Colonia Patricia, porque en sus principios la habitaban los príncipes y escogidos de los romanos y de la tierra, como lo dice Estrabon; fué siempre madre de grandes ingenios, excelentes en las artes de la guerra y de la paz; los campos de la ciudad son hermosos y fértiles; danse toda manera de frutos y esquilmos, alegres por su mucha frescura y arboleda. No solo tienen esto en la llanura, sino los mismos montes con las copiosas fuentes crian viñas y olivares y toda manera de árboles. En estos montes, una legua de la ciudad, está edificado un monasterio de frailes de San Jerónimo, en que parecen rastros de Córdoba la Vieja, que edificó Marco Marcello desde sus principios, ó sea que la aumentó y adornó en el tiempo, es á saber, que fué pretor en España. Este sitio se entiende que por ser malsano le trocaron en el lugar en que al presente está. La toma desta ciudad fué desta suerte: los cristianos se apoderaron de una parte de los muros, el rey don Fernando luego que llegó puso cerco sobre lo demás. Corria el año 1236. Defendiéronse los moros con grande esfuerzo como los que se hallaban en el último aprieto, que suele hacer á los hombres esforzados. El gran número de gente que dentro tenian y los socorros que de fuera esperaban, los hacia asimismo confiados. Muchas veces por las plazas y por las calles peleaban valientemente los unos por salir con la empresa, los otros por la patria y por la libertad. Gastóse algun tiempo en esto, hasta tanto que por la fama y por dicho de algunos cautivos que prendieron los de dentro supieron lo que pasaba acerca de la muerte de Abenhut, rey de Granada, y juntamente que don Lorenzo Suarez se era pasado á la parte de los cristianos y se hallaba con los demás en aquel cerco. Con esto, perdida la esperanza de poderse defender con sus fuerzas y de ser socorridos de fuera, acordaron de rendirse. Tuvieron plática sobre ello personas señaladas de ambas partes; los del Rey encarecian sus fuerzas para sujetar los rebeldes, su clemencia para con los que se rendian; los moros, si bien entendian el aprieto en que estaban, no venian en lo que era razon. Pasábase el tiempo en demandas y respuestas, en proponer condiciones y en reformallas. Los cristianos, vista su porfía y que de cada dia los cercados se hallaban en mayor aprieto, se aprovechaban de la dilacion para agravar las capitulaciones, y á los moros era forzoso pasar por lo que antes desechaban, como suele acontecer á los duros y porfiados. Finalmente, de grado en grado se redujeron á término de entregar la ciudad, con solo que les concedieron las vidas y libertad para irse cada cual donde mejor le estuviese. Hízose la entrega en 29 de junio, dia de San Pedro y San Pablo; en señal de la victoria en lo mas alto de la iglesia mayor levantaron una cruz y con ella el estandarte real, que se podia ver de todas partes. La iglesia, con las ceremonias acostumbradas, de mezquita que era, la mas famosa de España, la consagraron diversos obispos que seguian

la guerra y se hallaron en la toma. Señalaron por primer obispo de aquella ciudad á fray Lope, monje de Fitero, convento situado cerca del rio de Pisuerga. Conformóse en todo esto con la voluntad del Rey, y puso en todo la mano don Juan, obispo de Osma, que suplia las veces por su comision del primado don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que á la sazon estaba ausente y era ido á Roma. Juntamente le dejó los sellos reales para ejercitar en su lugar el oficio de chanciller mayor, dado por los reyes los años pasados á los arzobispos de Toledo en la persona del mismo don Rodrigo. No se contentó el Rey con lo hecho, antes por acordarse y saber que docientos y sesenta años antes deste en que vamos los moros hicieron traer las campanas de Santiago de Galicia en hombros de cristianos, mandó que de la misma manera las llevasen los moros hasta ponellas en su lugar; recompensa bastante y emienda de aquella befa y afrenta. Idos los moros, quedaba la ciudad sola y yerma; prometió el Rey por sus cartas muchos privilegios á los que viniesen á poblar, con que acudieron muchos, y entre ellos repartieron las casas y heredades. Quedó por gobernador de aquella ciudad don Alonso de Meneses, y don Alvaro de Castro por general de aquellas fronteras, el uno y el otro con todo el poder y autoridad necesaria. A los títulos reales se añadió el de rey de Córdoba y de Baeza, segun que consta por los privilegios y cartas reales que de aquel tiempo y del de adelante se hallan. La silla obispal de Calahorra por este tiempo se trasladó á Santo Domingo de la Calzada, á instancia de don Juan Perez, obispo de aquella ciudad. Pleitearon adelante las dos ciudades sobre este punto y preeminencia por algun tiempo, concertóse finalmente el debate, en que las hicieron iguales, de tal suerte, que ambas iglesias fuesen, como lo son hoy, catedrales.

CAPITULO XIX.

Cómo se ganó la ciudad de Valencia.

El rey de Aragon no cesaba de acosar los moros del reino de Valencia por todas partes y con toda manera de guerra. El rey Zeit andaba fuera de Valencia desterrado. Estaba de antes aficionado á mudar religion, y con la comunicacion de los cristianos finalmente se bautizó. Así lo habian profetizado en Valencia algunos años antes dos frailes de San Francisco, fray Juan y fray Pedro, los cuales él mismo por esta causa mandó matar. Instruido pues en la fe, le bautizaron y llamaron don Vicente. Esto se hizo secretamente, porque sabido por los moros, no cobrasen mas odio y indignacion contra él, que no tenia perdida la esperanza de recobrar su reino. Don Sancho Ahones, arzobispo de Zaragoza, procuró se casase conforme al uso de la Iglesia católica, porque con la mala costumbre y soltura que tenia antigua y con la mucha torpeza de su vida y deshonestidad, parecia que hacia burla de la religion cristiana que profesaba. La mujer que casó con él se llamó Dominga Lopez, natural de Zaragoza. Della nació una hija, llamada Alda Hernandez, mujer que fué despues de don Blasco Jimenez, señor de Arenos, que sucedió en otros muchos lugares que eran del Rey, su suegro, y los heredaron despues los de Arenos. El rey de Aragon para continuar la empresa comenzada, destruyó los campos de Ejerica, quemó las mieses que ya se vian sazonadas. Don Bernardo Guillen, tio del Rey de parte de madre, que tenia gran fama de valiente y habia hecho hazañas en las guerras señaladas, fué nombrado por general de la frontera de los moros de Valencia para que resistiese y enfrenase sus acometimientos y entradas. El mes de octubre siguiente hobo Cortes en la villa de Monzon, en que se trató de continuar y llevar adelante la guerra de Valencia y de ponella cerco. Acordaron otrosí por parecer de todos no se vedase por entonces cierta manera de moneda, llamada jaquesa, que tenia mucha mezcla de cobre, y los que se hallaban con ella temian que si la prohibian recebirian daño notable. Por esta causa se le concedió al Rey que cada casa de siete á siete años pagase al Fisco Real un maravedí. El castillo que se llamaba el Poyo de Santa María, con las guerras de los moros destruido, los cristianos le repararon, y don Bernardo Guillen le tenia con fuerte guarnicion. Zaen, rey de Valencia, emprendió con la gente que tenia, que se contaban seiscientos de á caballo y cuarenta mil peones, de combatir este castillo; los nuestros con increible ánimo y esfuerzo determinaron de salir de la fortaleza á pelear con los que en número de soldados les hacian ventaja; la cosa llegó al último aprieto, pero en fin la multitud y gran número de moros se rindió al esfuerzo y valentía, de suerte que los enemigos fueron maltratados, vencidos y ahuyentados. Publicóse por cierto que san Jorge ayudó á los cristianos y que se halló en la pelea. Acostumbran los hombres cuando las cosas suceden sobre todas las fuerzas y esperanza, atribuirlo á Dios y á sus santos, autores de todo bien. Acrecentó la fe del milagro una imágen de nuestra Señora que se halló debajo de la campana que tenian en el castillo. Los moradores de la comarca hicieron luego una iglesia para acatalla, muy devota, y en que se hacen muchos milagros, como lo dicen los de aquella tierra. La batalla se dió el mes de agosto, año de 1237. Murió en ella don Rodrigo Luesia, caballero principal. El rey don Jaime, sabida la victoria y el peligro que los suyos corrian, partió luego para allá, especialmente que le vinieron nuevas, aunque falsas, que los moros volvian con nuevos soldados de refresco á la empresa. Con mayor ánimo y esfuerzo que prudencia, con solos ciento treinta de á caballo, llegó hasta mas adelante del Poyo y de Monviedro. Allí se encontró con un valiente escuadron de moros, que llegó hasta aquellos lugares á hacer rostro á los nuestros. Traia por capitan á don Artal de Alagon, que andaba desterrado entre los moros y era hijo de don Blasco. El peligro era grande; la constancia y fortaleza del Rey y su buena dicha remediaron el daño que se pudiera temer; sobre todo Dios, que proveyó se fuesen los moros por otra parte sin dar la batalla ni encontrarse con los fieles. El castillo del Poyo, por estar cerca de Valencia y léjos de Aragon, no se podia conservar sin mucha costa y peligro, especialmente que aquellos dias falleciera don Bernardo Guillen, tio del Rey, á cuyo cargo quedó la guarda de aquella plaza; que fué la causa que el Rey saliese de Zaragoza, en que tuvo el invierno, y se pusiese al riesgo ya dicho. Hizo merced á don Guillen Entenza, hijo del difunto, de todo lo que él poseia, oficios y tenencias, merced debida á los méritos y servicios de su padre. La tenencia del castillo se encomendó á don Berenguel Entenza, si bien los caballeros del reino eran

de parecer se debia desamparar. Perseveró el Rey en sustentar aquel castillo por ser de mucha comodidad para la conquista de Valencia. Y porque los soldados trataban de huir y dejallo secretamente, los juntó en la capilla del castillo, y juró en el ara consagrada solemnemente de no volver á su casa sin tomar á Valencia. Con esta resolucion los ánimos de los soldados que allí tenian se esforzaron y quedaron allí de buena gana; los de los contrarios de tal manera desmayaron, que Zaen envió á requerille de paz, y ofreció que daria muchos castillos y fortalezas y cierta cantidad de oro de tributo cada un año. El Rey, con la esperanza que tenia de ganar la ciudad, aunque contra el parecer de los suyos, todo lo desechó; mayormente que Almenara, Betera, Bulla y otros castillos muy importantes se le entregaron de su voluntad. Con esto se aumentaron los ánimos y la esperanza de los soldados. No tenia el Rey á esta sazon mas que mil peones y trecientos y sesenta hombres de á caballo. ¿Qué era esta gente para una empresa tan grande? Qué osadía y temeridad aventurarse con fuerzas tan pequeñas? Mas los consejos atrevidos por tales se tienen comunmente cuales son los remates; tal es el juicio de los hombres. Con tan poca gente, pasado el rio Guadalaviar, se atrevió á poner sitio á una ciudad tan grande y tan populosa. Asentaron los reales y los barrearon entre el Grao, que así se llama aquella parte del mar por ser á manera de escalones, y entre la ciudad, á iguales distancias, una milla de cada una destas dos partes. Valencia está situada en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los edetanos. Su asiento en una gran llanura, fértil y abastada de todo lo necesario á la vida y al regalo, aunque el trigo le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercadurías de toda suerte; de tan alegre suelo y cielo, que ni padece frio de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Sus edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados, de suerte que vulgarmente se dice hace á los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines muchos y muy frescos, viciosos en demasía; los árboles por su órden concertados, en especial todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretejen de manera, que ya representan diversas figuras de aves y de animales y diversos instrumentos, ya los enlazan á manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazon de los ramos, la vista la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan á manera de una graciosa enramada que siempre está verde y fresca. Tales eran los campos Elisios, paraíso y morada de los bienaventurados, segun que los fingieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura desta ciudad, dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las mas principales de Europa. A mano izquierda la baña el rio Guadalaviar, que pasa entre el muro y el palacio del rey, que llaman el Real, y está por la parte de levante pegado con la ciudad con una puente por do se pasa de la una parte á la otra. Sangran el rio con diversas acequias para regar la huerta y para beber los ciudadanos. Junto al mar cae la Albufera, distante por espacio de tres millas, de aire no muy sano, pero que recompensa este daño con la abundancia de toda suerte de peces que cria y da. Los muros de la ciudad eran entonces de figura redonda, mil pasos en contorno, cuatro puertas por donde se entraba. La primera, Boatelana, entre levante y mediodía; la segunda, Baldina, á setentrion; la tercera, Templaria, que tomó este nombre de una iglesia que allí edificaron los templarios, á la parte de levante; la cuarta, Jareana, entre la cual y la Boatelana fortificó el Rey sus estancias, por ser el lugar mas cómodo para la batería y para los asaltos, á causa de cierto ángulo ó esconce que el muro hacia por aquella parte. Dábanse los cristianos toda diligencia en levantar y plantar sus máquinas y trabucos, de que entonces se usaba, para combatir las murallas. El rey Zaen, el primer dia que los cristianos llegaron, antes de fortificarse, sacó sus gentes al campo con muestra de querer pelear. Excusaron los cristianos la batalla por ser en pequeño número y porque de cada dia les acudian nuevas compañías. Halláronse presentes muchos prelados, ricos hombres y caballeros, un escuadron de franceses escogidos debajo la conducta de Aimillio, obispo de Narbona, socorros y gente de Ingalaterra que vinieron á la fama. Trabáronse los dias siguientes algunas escaramuzas, en que los contrarios llevaron siempre lo peor; que los enfrenó para no hacer en adelante tan de ordinario salidas. Arrimáronse al muro los del Rey; sacaron algunas piedras con picos y palancas, con que por tres partes aportillaron la muralla de suerte, que podia pasar un soldado por cada parte. Acudian los cercados á este daño y peligro con todo cuidado, segun el tiempo les daba. En el entre tanto Pedro Rodriguez de Azagra y Jimeno de Urrea con golpe de gente de la otra parte de Valencia rindieron la villa de Cilla. Descubrióse asimismo en la mar la armada del rey de Túnez, que venia en favor de los cercados, en número de diez y ocho galeras y naves. Surgió á vista de la ciudad, con que los moros cobraron ánimo y entraron en esperanza de poderse defender. Mas fué el ruido y el cuidado que el efecto, porque avisados los africanos que en Tortosa se aprestaba otra armada contra la suya, desancoraron, y sin poder dar socorro á la ciudad ni forzar á Peñíscola, que está en aquellas riberas de Valencia, y asimismo lo intentaron, dieron la vuelta. Comenzaron con esto á enflaquecer los de la ciudad, y por la gran falta de bastimentos y almacen, que cada dia se aumentaba, como suele, no solo por la estrechura presente, sino por el miedo de mayor falta. En nuestros reales, por el contrario, gran alegría, mucha abundancia de todo, si bien la gente era ya tanta, que llegaban á sesenta mil infantes y mil de á caballo. En todo se mostraba la prudencia del Rey, no menor que el esfuerzo y destreza en el pelear, tanto, que no se contentaba con hacer oficio de caudillo y mandar, sino que metia en todo las manos, tanto, que un dia por adelantarse mucho le hirieron con una saeta en la frente; la herida ni fué muy grave ni tampoco muy ligera; solos cinco dias estuvo retirado, que no salió en público. Vinieron á esta sazon embajadores del papa Gregorio y de las ciudades de Lombardía para pedir les enviase socorros contra el emperador Federido II, que gravemente los apretaba. Ofrecian, si los libraba de aquella tiranía gravísima, que los de aquellas ciudades se le darian por vasallos. Oyó esta embajada á 13 de junio de 1238 años, y en los mismos reales puso su

amistad con aquella gente, según que lo demandaban y la reina doña Violante aconsejaba, que tenia gran parte en los negocios y podia mucho con su marido á causa de sus aventajadas partes, y que tenia en ella una hija del mismo nombre de su madre. Verdad es que el socorro no tuvo efecto por estar el Rey ocupado en las cosas de España, mayormente que el Emperador, aunque fingidamente, se reconcilió con el Papa; además que no era justo cuidar de los males ajenos el que tenia entre las manos guerras tan importantes. Los de Valencia, rodeados de los males que acarrea un largo cerco y perdida la esperanza de ser socorridos ni de Africa ni de España, acordaron de rendirse. Para tratar de conciertos salió un moro, por nombre Halialbata, persona de cuenta y muy privado de aquel Rey; despues enviaron otro, que era sobrino del mismo Rey y se llamaba Abulhamalet; movieron diversos partidos. Todos deseaban concluir y toda tardanza les era pesada, los unos por el deseo que tenian de poseer aquella noble ciudad, los otros aquejados de la necesidad y peligro que corrian. Finalmente, se tomó asiento debajo de las condiciones siguientes: El rey Moro entregue la ciudad de Valencia con los demás castillos y villas aquende el rio Júcar; los moros puedan ir libres á Cullera y á Denia con seguridad y debajo la fe y palabra real; los mismos, sin que nadie los cate, puedan llevar consigo todo su oro y plata y las demás prescas que quisieren y pudieren; haya treguas entre los dos reyes por término de ocho años que se guarden enteramente. Para el cumplimiento destas capitulaciones pusieron término de cinco dias; pero antes que se llegase el plazo y se cerrase, los moros acordaron dejar la ciudad en número cincuenta mil entre hombres, mujeres y niños. Pasaron por medio de los soldados cristianos que para su seguridad pusieron de la una y de la otra parte, pues era justo cumplir lo que les prometieron y usar de clemencia con los que se rendian y les dejaban sus casas. Víspera de San Miguel, por el fin de setiembre, hicieron los vencedores su entrada en Valencia y se apoderaron de aquel reino. Limpiaron la ciudad, reconciliaron y consagraron en templos de Dios las mezquitas. Quedó por primer obispo Ferrer de San Martin, preboste de la iglesia de Tarragona, quién dice era de la órden de los predicadores. Vinieron á poblar nuevos moradores, los mas catalanes de Girona, Tarragona, Tortosa. Los campos de la ciudad y las huertas se repartieron por iguales partes entre los obispos y los caballeros y los ayuntamientos de las ciudades que ayudaron en la conquista. Cupo eso mismo su parte á los caballeros templarios y á los de San Juan. Entre los conquistadores señalaron trecientos y ochenta de á caballo, que mejoraron en el repartimiento, á tal que se encargasen de guardar las fronteras de aquel reino, repartido el trabajo de manera que cada cuatro meses por turno guardaban los ciento dellos. El sitio de la ciudad no es muy fuerte, y sus murallas eran flacas, mayormente que quedaban maltratadas y aportilladas por causa de la guerra. Acordó el Rey fortificalla de nuevos muros, mudada la primera forma y traza de suerte, que quedasen mas anchos y la figura cuadrada, con doce puertas que de tres en tres miran á las cuatro partes del cielo. Ordenáronse nuevas leyes, constituciones y fueros para el gobierno y sentenciar los pleitos. Por esta manera el rey moro Zaen perdió en breve el reino que malamente usurpó; que el poder adquirido contra justicia prestamente desfallece. Verdad es que él se preciaba de venir de linaje de reyes, porque era hijo de Modef, nieto de Lope, rey de Murcia, como arriba queda declarado. Las alegrías que en toda España se hicieron por la toma de Valencia fueron extraordinarias, mayormente que en esta conquista no se mezcló, como en otras, ningun revés ni desastre. El ejército quedó entero, que apenas faltó caballero de cuenta; solo don Artal de Alagon, que por estar las cosas de los moros tan caidas se habia reducido al servicio de su Rey, y en compañía del vizconde de Cardona don Ramon Folch fué sobre Villena, y tomada aquella ciudad, en una refriega que tuvieron con los moros junto á Saix, pueblo de aquella comarca, le mataron de una pedrada. No faltó quien dijese se le empleaba bien aquel desastre al que ayudó á los moros y estuvo de su parte en el tiempo de su prosperidad. Este fué el remate de la guerra y de la conquista muy afamada de Valencia. Mientras los aragoneses estuvieron ocupados en esta guerra, los navarros no se desmandaron en cosa alguna. Reinaba en aquella parte Teobaldo, conde de Campaña, como queda dicho; el obispo de Pamplona se llamaba Pero Jimenez de Gazolaz, sucesor poco antes de Pedro Ramirez de Piedrola. Este Rey, con deseo de gloria y alabanza y por servicio de Dios, con la paz de que gozaba su reino, emprendió guerras extrañas y fuera de España. Fué así, que el rey Teobaldo y los condes Enrique de Bari, Pedro de Bretaña y Aimerico de Monforte se concertaron de pasar con sus huestes á la guerra de la Tierra-Santa. Aparejado el ejército y puestas las demás cosas á punto para un tan largo viaje, los ginoveses no les acudieron con la armada necesaria para su pasaje. Encamináronse forzosamente por tierra; pasaron por Alemaña y Hungría y Constantinopla y el estrecho de mar que se llama Bósforo Tracio. En Cilicia junto á las hoces y estrechuras del monte Tauro corrieron gran peligro, y perecieron muchos de los suyos á causa del gran número de turcos que sobre ellos cargaron, en tanto grado, que apenas la tercera parte de la gente que sacaron, y esos enfermos, mal parados, llegaron á la ciudad de Antioquía en aquellas partes de la Suria. El remate y efecto fué conforme y semejable á los principios y medios. Siempre en tierra de Palestina les fué mal. Dieron la vuelta para sus casas muy pocos. Tal fué la voluntad de Dios, tal el castigo que merecian los pecados. Los historiadores franceses ponen esta jornada del rey Teobaldo diez años adelante, cuando el rey san Luis de Francia pasó á aquella empresa, y en su compañía el rey ya dicho de Navarra. Contra esto hace que el arzobispo don Rodrigo al fin de su historia refiere esta jornada de Teobaldo, y no pudo alcanzar la de san Luis; que era ya muerto, y puso fin á su escritura cinco años, y no mas, despues deste año en que los de Aragon conquistaron á Valencia.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo muchos pueblos fueron ganados por los nuestros.

Los dos reyes de España don Jaime y don Fernando, como quier que antes fuesen esclarecidos y excelentes entre los demás por sus grandes virtudes y valor, comenzaron á ser mas nobles y afamados despues que ganaron á Córdoba y á Valencia. Los pueblos y las ciudades daban gracias inmortales á los santos por las cosas que dichosamente se habian acabado, trocaban en pública alegría el cuidado y congoja que tenian del suceso y remate de las guerras pasadas. Los capitanes y soldados con tanto mayor vigilancia ejecutaban la victoria y de todas maneras apretaban á los vencidos; recatábanse otrosí no les sucediese alguna cosa contraria y algun revés, ca no ignoraban que muchas veces despues de la victoria el suceso de las guerras se trueca y se muda todo en contrario. Los príncipes extranjeros, do era llegada la fama de tan grandes hazañas, con embajadas que enviaron daban el parabien de la buenandanza á los reyes y exhortaban á los nuestros que por el camino comenzado no dejasen de apretar á los moros que se iban á despeñar y acabar. Todavía por un poco de tiempo se dejaron las armas y se aflojó en la guerra á causa que el rey de Aragon concedió por un tiempo treguas á los moros, y poco despues paso á Mompeller. Asimismo el rey don Fernando en Búrgos se ocupaba en celebrar un su nuevo casamiento. Doña Berenguela con el cuidado que tenia, como madre, no estragase el Rey con deleites deshonestos el vigor de su edad en que estaba, dado que al juicio de todos no habia persona ni mas santa ni mas honesta que él, procuró se hiciese el dicho matrimonio. Doña Juana, hija de Simon, conde de Potiers, y de Adeloide, su mujer, nieta de Luis, rey de Francia, y de doña Isabel, hija de don Alonso el Emperador, vino traida de Francia para casalla con el rey don Fernando. Deste matrimonio nació don Fernando, por sobrenombre de Potiers, y sus hermanos doña Leonor y don Luis. El Rey, concluidas las fiestas y con deseo de visitar el reino, trujo á la nueva casada por las principales ciudades de Leon y de Castilla; visitaba con esto sus estados. Tenia costumbre de sentenciar los pleitos y oirlos y defender los mas flacos del poder y agravió de los mas poderosos. Era muy fácil á dar entrada á quien le queria hablar, y de muy grande suavidad de costumbres. Sus orejas abiertas á las querellas de todos. Ninguno por pobre, ó por solo que fuese, dejaba de tener cabida y lugar, no solo en el tribunal público y en la audiencia ordinaria, sino aun en el retrete del Rey le dejaban entrar. Entendia, es á saber, que el oficio de los reyes es mirar por el bien de sus súbditos, defender la inocencia, dar salud, conservar y con toda suerte de bienes enriquecer el reino, como sea, no solo del que manda á los hombres, sino tambien del que tiene cuidado de los ganados, procurar el provecho y utilidad de aquellos cuyo gobierno tiene encomendado. Con este estilo y manera de proceder no cesaba de granjear la gracia y voluntades, así de los de Leon como de los castellanos. Llegó á Toledo, de donde envió suma de dinero á Córdoba, por tener aviso que los nuevos moradores de aquella ciudad por falta de la labranza de los campos y por la dificultad de los tiempos padecian mengua de mantenimientos y por esta causa corrian peligro. Costaba una hanega de trigo doce maravedís, la hanega de cebada cuatro; lo cual en aquel tiempo se tenia por grandísima carestía. Fueron estos tiempos extraordinarios, pues sin duda se halla en las historias que el año siguiente de 1239 hobo dos eclipses del sol. El uno á 3 de junio, que fué viérnes, se escureció el sol á medio dia como si fuera de noche; eclipse que fué muy señalado. El segundo á 25 del mes de junio, como lo dice y lo afirma Bernardo Guidon, historiador de Aragon. Mas parece hobo engaño en este segundo eclipse, y no va conforme á los movimientos de las estrellas, pues no pudo caer la conjuncion de la luna y del sol en aquellos dias, sin la cual nunca sucede el eclipse del sol; ni aun la luna despues que se aparta del medio del zodiaco y de la línea eclíptica por do el sol discurre y en que es necesario estén las luminarias cuando hay eclipse (de que tomó el nombre de eclíptica) no torna á la misma antes de pasados seis meses, poco mas ó menos. Plinio señala en particular que el eclipse de la luna no vuelve antes del quinto mes, ni el del sol antes del seteno. Demás desto, fué aquel año desgraciado para Castilla por la muerte de dos varones muy esclarecidos. Estos son don Lope de Haro, á quien sucedió su hijo don Diego, y don Alvaro de Castro, por cuyo esfuerzo se mantuvieron los nuestros en el Andalucía. Este caballero, visto el aprieto en que se hallaban las cosas, se partió para Toledo á verse con el Rey, que con otros cuidados parecia descuidarse de lo que tocaba á la guerra. Concluido esto, ya que se volvia, en el mismo camino murió en Orgaz. A la sazon que don Alvaro se ausentó, cincuenta soldados, que quedaron de guarnicion en el castillo de Mártos, salieron dél á robar, y por su capitan Alonso de Meneses, pariente de don Alvaro. Alhamar, que en lugar de Abenhut nombraron por rey de Arjona, como entendiese lo que pasaba y la buena ocasion que se le ofrecia, puso cerco á aquel castillo. La mujer de don Alvaro, que dentro se hallaba, en aquel peligro tan de repente hizo armar á sus mujeres y criadas y que tirasen de los adarves piedras contra los moros y diesen muestra de que eran soldados. Con este ardid se entretuvieron hasta tanto que Alonso de Meneses y sus compañeros, avisados del peligro, acudieron luego. Era dificultosa la entrada en el castillo por tenelle los enemigos rodeado. Animó-

les Diego Perez de Vargas, ciudadano de Toledo, y por su órden apretado su escuadron y cerrado, pasaron por medio de sus enemigos con pérdida de pocos. Entrados en el castillo, fueron causa que se salvase, porque los que estaban cercados se animaron con su ayuda y con esperanza de mayor socorro que entendian les acudiria. El rey Moro, por salille vana su esperanza y forzado de no menos falta de vituallas, alzó el cerco. Pusieron estos negocios en gran cuidado al Rey, que consideraba cuántas fuerzas le faltaban por la muerte de dos capitanes tan señalados, cuánto atrevimiento habian cobrado los moros. Por esta causa desde Búrgos, donde era ido con intento de llegar dinero para la guerra, á grandes jornadas se partió para Córdoba. Llevó consigo á sus hijos don Alonso y don Fernando, mozos de excelentes naturales y de edad á propósito para tomar las armas. El padre, como sagaz, pretendia que los primeros principios y ensayes de su milicia fuesen en la guerra contra los infieles, enemigos de los cristianos. Pretendia otrosí con el uso de las armas despertar su esfuerzo y hacellos hábiles para todo. En el mismo tiempo el rey don Jaime fué á Mompeller para ver si podia juntar algun dinero de aquellos ciudadanos para la guerra; de que tenia no menos falta que la que en Castilla se padecia. Deseaba asimismo sosegar los moradores de aquella ciudad, que andaban divididos en bandos, castigando á los culpados: lo uno y lo otro se hizo. El rey moro Alhamar juntó á los demás estados que tenia el señorío de Granada con voluntad de aquellos ciudadanos; ciudad poderosa en armas y en varones y que por la fertilidad de sus campos no tiene mengua de cosa alguna. Este fué el principio del reino de Granada, que duró desde entonces hasta el tiempo y memoria de nuestros abuelos. En Murcia, por odio que tenian á Alhamar, los ciudadanos alzaron por su rey á uno llamado Hudiel; ocasion de que se comenzaron las enemistades graves y para aquella gente perjudiciales, que largo tiempo se continuaron entre aquellas dos ciudades. Los moros de Andalucía cansaban á los nuestros con rebates, valíanse de engaños y celadas sin querer venir á batalla. Al contrario, diversas compañías de soldados enviados por el rey don Fernando en tierra de los enemigos se apoderaban de castillos, pueblos y ciudades, cuando por fuerza, cuando por rendirse de su voluntad; en particular sujetaron al señorío de cristianos á Ecija, Estepa, Lucena, Porcuna, Marchena (los antiguos la llamaron Martia), Cabra, Osuna, Vaena. Los pueblos menores que se ganaron no se pueden contar, ni aun entonces se pudiera hacer cuando la memoria estaba fresca; parte dellos se dió á las órdenes de Santiago y de Calatrava y á los obispos que acompañaban al Rey para ellos y sus sucesores, parte tambien se entregaron en particular á los grandes y caballeros. Los moros por estas pérdidas cobraron tanto miedo cuanto nunca tuvieran antes. Un cierto moro, del linaje de los almohades, avisado en Africa del peligro que su gente corria, con esperanza de fundar un nuevo estado y deseoso de acaudillar las reliquias y fuerzas de los moros de España, pasó ultra mar. La voz era vengar por las armas la afrenta de su nacion y las injurias que se hacian á la religion de sus padres. Pudiera este acometimiento ser de consideracion, sino atajaran sus intentos la inteligencia de los nuestros y la buena dicha del Rey, que le prendió y hobo á las manos; con qué industria ó en qué lugar no se escribe, ni aun refieren el nombre que el moro tenia, ni lo que dél se hizo; en el caso no se duda. A Alhamar, rey de Granada, otorgó treguas por un año el rey don Fernando; con que gastados no menos de trece meses en aquella empresa y jornada, dió la vuelta á Toledo, do su madre y mujer le esperaban alegres con las victorias presentes. De allí pasó á Búrgos y trasladó la universidad de Palencia, que fundó el rey don Alonso, su abuelo, á la ciudad de Salamanca. Convidóle á hacer este trueco la comodidad del lugar, por ser aquella ciudad muy á propósito para el ejercicio de las letras. El rio Tórmes que por ella pasa la hace abundante; su cielo saludable y apacible; finalmente, proprio albergo de las letras y erudicion. Pretendia otrosí con este beneficio ganar las voluntades del reino de Leon, en que está Salamanca; y aun don Alonso, su padre, rey de Leon, los años pasados para que sus vasallos no tuviesen necesidad de ir á Castilla á estudiar, enderezó en aquella ciudad cierto principio de Universidad, pequeña á la sazon y pobre, al presente por el cuidado y liberalidad de don Fernando, su hijo, y mas adelante por la franqueza de don Alonso, su nieto, como de príncipe muy aficionado á los estudios y á las letras, se aumentó de tal suerte, que en ninguna parte del mundo hay mayores premios para la virtud ni mas crecidos salarios para los profesores de las ciencias y artes. Don Diego de Haro, señor de Vizcaya, primera y segunda vez, no se sabe la causa, pero anduvo por este tiempo alborotado; la blandura del rey don Fernando y su buena manera y el cuidado que en ello puso don Alonso, su hijo, le hicieron sosegase con dalle mayores honras y hacelles mas crecidas mercedes que antes, en que se tuvo consideracion á los servicios de sus antepasados; además que era mala sazon para ocuparse en alteraciones domésticas por la buena ocasion que se ofrecia de desarraigar el nombre y nacion de los moros de España. Sucedieron estas cosas el año de 1240; el cual año, no solo para Castilla fué dichoso, sino tambien señalado y de mucha devocion para los aragoneses, por el milagro que sucedió en el castillo de Chio. Por la ausencia del Rey, los soldados que quedaron de guarnicion en Valencia, salieron en compañía de Guillen Aguilon y de otros caballeros á correr y robar las tierras de moros. Cargaron sobre el territorio de Játiva y tomaron á Rebolledo de sobresalto. En aquellos montes estaba el castillo de Chio, como llave de un valle muy fresco y abundante. Pusiéronse sobre él; los cercados con ahumadas apellidaron en su ayuda los moros de la comarca, que se juntaron en número de veinte mil, y asentaron sus reales á vista del castillo. Los cristianos eran pocos, mas valientes y animosos. Determinados de pelear con aquella morisma, con el sol se pusieron á oir misa, á que querian comulgar seis de los capitanes. En esto oyeron tal alarido en los reales por causa de los moros, que de repente los acometieron, que les fué forzoso, dejada la misa, acudir á las armas. El preste envolvió y escondió las seis formas consagradas en los corporales, que, vencidos los moros, hallaron bañados en la sangre que de las formas salió. Ganada la victoria, forzaron luego y abatieron aquel castillo. Los corporales se guardan en Daroca con mucha devocion. La hijuela en un convento

de dominicos de Carboneras, puesta allí por su fundador don Andrés de Cabrera, marqués de Moya, ca la hobo por el mucho favor que alcanzó con los Reyes Católicos. Vuelto el rey don Jaime, los moros se le querellaron de aquella entrada fuera de sazon, y él les hizo emienda de los daños. Verdad es que luego que espiraron las treguas, con mejor órden rompió por sus tierras, en que tomó el castillo de Bairén, puesto en un valle en que se da muy bien el azúcar y arroz, como en toda aquella campaña de Gandía; ganóse tambien Villena. Cercaron á Játiva, mas no se pudo tomar, si bien rindieron á Castellon, que está una legua solamente de aquella ciudad. Hallábase el rey don Jaime ocupado en esta guerra, con que pretendia desarraigar la morisma de aquella comarca toda, cuando otros mayores cuidados le hicieron alzar la mano para acudir á las cosas de Francia que le llamaban.

CAPITULO II.

Cómo el reino de Murcia se entregó.

Compuestas pues y ordenadas las cosas conforme al tiempo y al lugar en la una provincia y en la otra, es á saber, en Castilla y en Aragon, en un mismo tiempo el rey don Jaime trataba de la jornada de Francia, y el rey don Fernando de volver á la empresa de Andalucía. Sin embargo, una grande enfermedad, de que el rey don Fernando cayó en la cama, fué causa que no pudiese salir de Búrgos. Así don Alonso, su hijo mayor, fué forzosamente enviado delante á aquella guerra, á causa que el tiempo de las treguas concertadas con el rey de Granada espiraba, y era menester acudir á los nuestros y que no les faltase el socorro necesario. Llegado don Alonso á Toledo, se le ofreció ocasion de otra cosa mas importante, y fué que los embajadores de Hudiel, rey de Murcia, venian á ofrecer en su nombre aquel reino con estas condiciones: que el rey Hudiel, recebido en la proteccion de los reyes de Castilla, fuese defendido por las armas de los nuestros de toda fuerza y agravio, así doméstico como de fuera, y en particular le ayudasen contra las fuerzas del rey Alhamar, al cual conocia no poder resistir bastantemente; que en tanto que él viviese, para sustentar su vida quedasen por él la mitad de las rentas reales. Estas condiciones parecieron al infante don Alonso muy aventajadas, y la fortuna, cierto Dios, ofrecia una buena ocasion de una grande empresa y prosperidad. Era menester apresurarse, porque si se detenia, todos ó la mayor parte no mudasen de parecer; tan grande es la inconstancia y mutabilidad que tiene la gente de los moros. Por esta causa sin esperar á dar parte á su padre, como á cosa cierta, se partió luego tras los embajadores que envió delante. Llegado, sin dificultad se apoderó de todo y puso guarniciones en el reino, que de su voluntad se le entregaba, en especial en el mismo castillo de la ciudad de Murcia. Los señores moros, conforme á la autoridad de cada uno, fueron premiados con señalalles ciertas rentas cada un año. La ciudad de Lorca, que de los antiguos fué llamada Eliocrota, la de Cartagena y Mula no quisieron sujetarse al señorio de los cristianos ni seguir el comun acuerdo de los demás. Era cosa larga usar de fuerza, y don Alonso no venia bien apercebido para hacer guerra como el que vino de paz; por esto, contento con lo demás de que se apoderó, volvió por la posta á su padre, que ya convalecido, era llegado á Toledo, y alegre con tan buen suceso y deseoso de confirmar los ánimos de los moros en aquel buen propósito, determinó de pasar adelante y visitar en persona aquel nuevo reino. Hállase un privilegio suyo dado en Murcia al templo de Santa María de Valpuesta en aquella sazon. Desde allí fué necesario que el rey don Fernando y don Alonso, su hijo, volviesen á Búrgos por cosas que se ofrecian de grande importancia. En el mismo tiempo doña Berenguela, hija del Rey, se metió monja y consagró á Dios su virginidad en el monasterio de las Huelgas. Don Juan, obispo de Osma, le puso el velo sagrado sobre la cabeza, como era de costumbre. Don Jaime, rey de Aragon, se entretenia en Mompeller, donde despues de asentadas las cosas de Aragon, y dejando para el gobierno en su lugar á don Jimeno, obispo de Tarazona, era ido. Viniéronle á visitar los condes de la Proenza y de Tolosa; la voz y color era que estos príncipes querian hacer reverencia al Rey y visitalle; pero de secreto se trató que el conde de Tolosa hiciese divorcio con doña Sancha, tia del rey don Jaime. Es cosa ordinaria que ningun respeto ni parentesco es bastante para enfrenar á los príncipes cuando se trata del derecho de reinar. Doña Juana, como nacida de aquel matrimonio, por no tener hermanos varones, habia de llevar como en dote á don Alonso, su marido, conde de Potiers y hermano de Luis, rey de Francia, la sucesion del principado de su padre. Esto llevaba mal el rey don Jaime que á los franceses se les allegase un estado tan principal; buscaban algun color para que repudiada la primera mujer, el Conde se casase con otra, y por este órden tuviese esperanza de tener hijos varones. Era esto contravenir á lo concertado en Paris, como se dijo arriba. Acordóse que para este efecto y para prevenirse contra el poder de Francia los tres príncipes hiciesen liga entre sí; efectuóse y tomóse este asiento á 5 del mes de junio, año de 1241. En el mismo año, á 22 de agosto, murió Gregorio IX, pontífice romano. Sucedió Celestino IV, por cuya muerte, que fué dentro de diez y siete dias despues de su eleccion, Inocencio, cuarto deste nombre, natural de Génova, despues de una vacante de veinte meses se encargó del gobierno de la Iglesia romana. En tiempo destos pontífices, Hugon, fraile dominico y cardenal, natural de Barcelona, famoso por su mucha erudicion y letras, escribia largamente comentarios sobre los libros casi todos de la Escritura sagrada. Este famoso varon fué el primero que acometió, con ánimo sin duda muy grande, de hacer las concordancias de la *Biblia*, obra casi infinita; la cual traza puso en ejecucion y salió con ella ayudado de quinientos monjes. La diligencia de Hugon imitaron despues los hebreos y tambien los griegos; con que no poco todos ayudaron los intentos de las personas dadas á los estudios y letras.

CAPITULO III.

Cómo el rey don Fernando partió para el Andalucía.

Entre tanto que en Francia pasaba lo que se ha dicho, en el Andalucía, concluido el tiempo de las treguas que se concertó, se hacia la guerra, ni con grande esfuerzo y pujanza por estar el rey don Fernando embarazado

en otros cuidados, ni con suceso alguno digno de memoria por la una ni por la otra parte. Bien que don Rodrigo Alfonso, por sobrenombre de Leon, hermano bastardo del rey Fernando, en una entrada que hizo en las tierras de Granada con intento de robar, quedó vencido en una pelea por los moros, que en mayor número se juntaron. Murieron en la pelea don Isidro, comendador de Mártos, que ya era aquella villa de los caballeros de Calatrava, y Martin Ruiz Argote con otras personas nobles y de cuenta y soldados en gran número; que fué una gran pérdida para los nuestros, así de gente como mengua de reputacion; por lo cual, mas que por la verdad y realidad de las cosas, se suelen gobernar los sucesos de la guerra. El rey Moro, ensoberbecido con esta victoria, talaba nuestras tierras sin que ninguno le fuese á la mano, mudada la fortuna de la guerra y trocado en atrevimiento el temor y miedo que los moros tenian antes. El rey don Fernando, avisado del peligro y del daño, mandó en Búrgos á su hijo don Alonso se apresurase para asegurar con su presencia el nuevo reino de Murcia, por estar él determinado de partirse para el Andalucía. Luego pues que llegó á Andújar, dió el gasto á los campos de Arjona y de Jaen, ciudades que se tenian en poder de los moros. Arjona no mucho despues se ganó de los moros con otros pequeños lugares que se tomaron por aquella comarca. Desde allí envió el Rey á otro su hermano, don Alonso, señor de Molina, á lo mismo con un grueso ejército que le seguia, con que hizo entrada en los campos y tierra de Granada sin parar hasta ponerse sobre aquella ciudad. El rey don Fernando, por sospechar lo que podria suceder, á causa que de todas partes acudirian los moros á dar socorro á los cercados y con deseo de apretar el cerco, sobrevino él mismo con mayor golpe de gente. Con su venida y ayuda el ejército que acudió de los moros, aunque era muy grande, fué vencido en la pelea y desbaratado; pero no pudieron los nuestros ganar la ciudad por estar muy fortalecida, así por el sitio y baluartes como por la muchedumbre que tenia de los ciudadanos, especial que en el mismo tiempo vino aviso que los moros gazules, nombre de parcialidad entre aquella gente, tenian apretado á Mártos con cerco que le pusieron. Movido el Rey por esta nueva, envió adelante á don Alonso, su hermano, y al maestre de Calatrava para socorrer á los cercados, cuya venida no esperaron los moros. Pareció al Rey se habia hecho lo que bastaba para conservar su reputacion con la rota que dieron al enemigo, no menor de la que los suyos antes recibieron, además que se les tomaron muchos lugares. Volvió con su ejército salvo á Córdoba, año de 1242. Don Alonso, su hijo, por otra parte se gobernaba en lo de Murcia, no con menor prosperidad, porque de los tres pueblos que se dijo no querian sujetarse á los cristianos, por fuerza hizo que Mula se rindiese á su voluntad. Dió otrosí el gasto á los campos de Lorca y de Cartagena y les hizo todo mal y daño, tanto, que perdido de todo punto el brio, trataban entre sí de entregarse. A Sancho Mazuelos por lo mucho que en esta guerra sirvió le dió el infante don Alonso la villa de Alcaudete, que está cerca de Bugarra, tronco y cepa de los condes de Alcaudete, asaz nobles y conocidos en Castilla. El Rey, venido el invierno, se fué al Pozuelo, do su madre doña Berenguela era llegada con deseo de velle y comunicalle algunas puridades por ser ya de muchos años y estar en lo postrero de su edad. Detúvose con ella y por su causa en aquel lugar cuarenta y cinco dias. Estos pasados, doña Berenguela se volvió á Toledo, el Rey á Andújar al principio del año de 1243; la Reina, su mujer, que le hacia compañía, se quedó en Córdoba. Las tierras de los moros debajo de la conducta del mismo rey don Fernando maltrataron los cristianos por todas partes, las de Jaen y las de Alcalá, por sobrenombre Benzaide; Illora fué quemada; llegaron con las armas hasta dar vista á la misma ciudad de Granada. Don Pelayo Correa, maestre de Santiago, que acompañó al infante don Alonso en la guerra de Murcia y fué gran parte en todo lo que se hizo, por este tiempo pasó al Andalucía y persuadió al Rey, que dudoso estaba, con muchas razones pusiese cerco con todas sus fuerzas sobre la ciudad de Jaen, que tantas veces en balde acometieran á ganar; ofrecíanse grandes dificultades en esta demanda: dentro de la ciudad gran copia de hombres y de armas y muchas vituallas, la aspereza del sitio y fortaleza de los muros, además que no era á propósito el lugar para levantar máquinas y aprovecharse de otros ingenios de guerra. Está aquella ciudad puesta al lado de un monte áspero, tendida en largo entre levante y mediodía, es menos ancha que larga, tiene mucha agua y bastante por las fuentes perpetuas y muy frias de que goza, el rio Guadalquivir corre á tres leguas de distancia; los moros los años pasados para que sirviese de muy fuerte baluarte, la tenian proveida de municiones, soldados y de todas las cosas; ella por sí misma era de sitio muy áspero, las fortificaciones y soldados la hacian inexpugnable. Venció todo esto la autoridad y constancia de don Pelayo para que se pusiese cerco á aquella ciudad; proveyéronse todas las cosas necesarias, y el cerco se comenzó y apretó con todo cuidado, que en muchos dias y con muchos trabajos poco parecia se adelantaba. Sucedió que en Granada se alborotó la parcialidad y bando de los Oisimeles, gente poderosa. Corria aquel rey Moro por esta causa peligro de perder la vida y el reino; suspenso y congojado con este cuidado, deseaba buscar socorros contra aquellas alteraciones; ninguna cosa hallaba segura fuera de la ayuda de los cristianos. Acordó, con seguridad que le dieron, venir á los reales á verse con el rey don Fernando. Tuvieron su habla y trataron de sus haciendas. El Moro prometia que ayudaria al rey don Fernando y le serviria fuerte y lealmente, si le recibiese en su fe y proteccion, y en señal de sujecion de primera llegada le besó la mano. Tomóse con él asiento y hízose confederacion y alianza con estas capitulaciones: Jaen se rinda luego, las rentas reales de Granada se dividan en iguales partes entre los dos reyes, que llegaban por año en aquella sazon á ciento y setenta mil ducados; el rey Moro como feudatario todas las veces que fuere llamado sea obligado á venir á las Cortes del reino; los mismos enemigos sean comunes á entrambos y tambien los amigos. Era cosa muy honrosa para el rey don Fernando que hombres de diversa religion hiciesen dél confianza y pretendiesen su amistad y compañía con tan ardiente deseo y partidos tan desaventajados. Con esto, hecha la confederacion, se rindió la ciudad; el Rey entró dentro con una solemne procesion. Mandó rehacer los muros, y limpiado el templo, procuró fuese consagrado á la

manera de los cristianos por don Gutierre, obispo de Córdoba; y para que la devocion y veneracion fuese mayor, le hizo catedral y puso proprio obispo en aquella ciudad. Sobre el tiempo en que se ganó Jaen no concuerdan los autores; los mas doctos y diligentes señalan el año 1243; los *Anales de Toledo* añaden á este cuento tres años, y señalan que se tomó mediado abril. Duró el cerco ocho meses; y aunque el invierno fué muy recio, siempre los nuestros perseveraron en los reales. En este año puso fin á su historia el arzobispo don Rodrigo, que dice fué de su pontificado el trigésimotercio. En el siguiente hallo que los catalanes y aragoneses anduvieron alborotados entre sí y contrastaron sobre los términos de cada uno de aquellos estados, porque entrambos pretendian que Lérida era de su jurisdiccion. Los aragoneses alegaban que sus tierras y sus aledaños llegaban hasta el rio Segre; los catalanes señalaban por término comun al rio Cinga. El rey don Jaime se mostraba mas aficionado á los catalanes, porque, dividido el reino, pretendia dejar á don Alonso, su hijo mayor, por heredero de Aragon, y el principado de Cataluña queria mandar á don Pedro, hijo menor y mas amado, habido en doña Violante, su segunda mujer. Nombraron jueces para que señalasen la raya y los términos, alegaron las partes de su derecho, finalmente, cerrado el proceso en unas Cortes que se juntaron en Barcelona, dió el Rey sentencia en favor de los catalanes, á cuyo principado adjudicó todo aquel pedazo de tierra que ciñen los rios Segre y Cinga, resolucion que ofendió los ánimos de don Alonso, su hijo, y de muchos señores de Aragon y aun de los catalanes. Lo que principalmente les daba disgusto era que, dividido el reino en partes, era necesario se enflaqueciesen las fuerzas de los cristianos. Por esto el infante don Alonso claramente se apartó de su padre, y sentido dél se estaba en Calatayud y con él los que seguian su voz. Estos eran don Fernando, tio del Rey, abad de Montaragon, don Pedro Rodriguez de Azagra, don Pedro, infante de Portugal, y otras personas principales y de grandes estados, de la una nacion y de la otra, aragoneses y catalanes, que á todos comunmente alteraba aquella novedad y acuerdo del Rey muy errado.

CAPITULO IV.

Que don Sancho, rey de Portugal, fué echado del reino.

Los portugueses andaban divididos en bandos y alterados con revueltas domésticas y alborotos por la ocasion que se dirá. Don Sancho, segundo deste nombre, llamado Capelo, de la forma y sombrero de que usaba, tenia aquel reino, que gobernó al principio no de todo punto mal, porque se halla que trabajó los moros comarcanos con guerras y que hizo donacion á los caballeros y órden de Santiago de Mertola y otros lugares que ganó á los moros; en lo demás fué de condicion tan mansa, que parece degeneraba en descuido y flojedad. Su mujer doña Mencía, hija de don Lope de Haro, señor de Vizcaya, en tanto grado se apoderó de su marido, que no parecia ser ni ella mujer, sino rey, ni él príncipe, sino ministro de los antojos de la Reina. Con ella en privanza y autoridad podian mucho los que menos de todos debieran, con estos solos comunicaba sus consejos y puridades; sin ellos ni en la casa real ni fuera della se hacia cosa que de algun momento fuese. Por el antojo y para sus aprovechamientos destos daba el Rey las honras y cargos, perdonaba los delitos y el castigo las mas veces, sin saber lo que se hacia ni ordenaba. Esto acarreó al Rey su perdicion, como suele acontecer que los excesos de los criados redundan en daño de sus príncipes y señores, y tambien al contrario. Los grandes llevaban mal que la república se gobernase por voluntad y consejo de hombres bajos y particulares. Tratado el negocio entre sí, pretendieron lo primero que aquel matrimonio se apartase con color de parentesco y porque la Reina era estéril. Propúsose el negociado al romano Pontífice; personas religiosas otrosí acometieron á poner sobre el caso escrúpulo al Rey, que, fuera de ser descuidado, no era persona de mala conciencia. No aprovechó cosa alguna esta diligencia por no ser fácil negociar con el Papa y estar el Rey de tal manera prendado con los halagos de la Reina, que el vulgo entendia y decia que le tenia enhechizado y fuera de sí; dado que el ánimo prendado del amor no tiene necesidad de bebedizos para que parezca desvariar. Tenia don Sancho un hermano menor que él, de excelente natural, por nombre don Alonso, casado con Matilde, condesa de Boloña, en Francia. Acordaron los grandes de Portugal que los obispos de Braga y de Coimbra fuesen á informar al pontífice Inocencio sobre el caso, el cual en este tiempo, con deseo de renovar la guerra sagrada de la Tierra-Santa, celebraba concilio en Leon de Francia. Avisado el Pontífice de lo que pasaba y de las causas de la embajada que traian de tan léjos, sin embargo no pudieron alcanzar que don Sancho fuese echado del reino; solamente les concedió que su hermano don Alonso en su nombre, en tanto que viviese, los gobernase. De que hay una carta decretal del mismo Inocencio á los grandes de Portugal con data deste mismo año, que es el capítulo segundo de *supplenda negligentia prælatorum*, en el libro sexto de las *Epístolas decretales*. Don Alonso acudió primero á verse con el Pontífice; tras esto juró en Paris las leyes y condiciones que entre los principales de su nacion tenian acordadas, que en sustancia eran mirar por el bien público y pro comun. Hecho esto, pasó á Portugal. Los nobles le estaban aficionados; del Rey poca resistencia se podia temer, y poca esperanza tenian de su enmienda. Así, sin dilacion y sin que ninguno le fuese á la mano, se apoderó de todo. De que todavía resultaron nuevas reyertas, en que anduvieron tambien revueltos los reyes de Castilla don Fernando y don Alonso, su hijo. Lo primero el rey don Sancho se retiró á Galicia, donde la Reina estaba, forzada á huir de la misma tempestad; despues, como quier que lo que pretendia de ser restituido en el reino no le sucediese, se fué á Toledo al rey don Alonso, que á la sazon sucediera á don Fernando, su padre. Pensó recobrar el reino con las fuerzas de Castilla. Impidió sus trazas la diligencia de don Alonso, su hermano, que prometió, repudiada la primera mujer, casarse con doña Beatriz, hija bastarda del rey don Alonso, y salia á pagar tributo y parias por el reino de Portugal cada un año, segun que antiguamente se acostumbraba. Esta comodidad prevaleció contra lo que parecia mas honesto y justificado. Allegóse el de-

creto del Pontífice, que dió sentencia por don Alonso y le juzgó por libre del primer matrimonio. Tomado este asiento, sin dilacion las nuevas bodas se celebraron. El dote fueron ciertos lugares en aquella parte de Portugal por do el rio Guadiana desagua en el mar, que poco antes desto por las armas de Castilla se conquistaran de los moros, y los portugueses pretendian que eran de su conquista y que los pertenecian. Algunos entienden que desta ocasion la tomaron los reyes de Portugal de añadir á las armas antiguas y á las quinas por orla los castillos que hoy se pintan en sus escudos. El rey don Sancho, perdida toda la esperanza de recobrar su reino, pasó lo demás de su vida en Toledo, con rentas que el rey de Castilla liberalmente le señaló para sustentar su casa y corte. Muerto, le hicieron honras como á rey, y su cuerpo sepultaron en la misma iglesia mayor y en el mismo lugar en que el emperador don Alonso y don Sancho, su hijo, detrás del altar mayor, estaban enterrados. Del tiempo en que murió no concuerdan los autores; quién dice que trece años adelante del en que la historia va, y que tuvo nombre de Rey por espacio de treinta y cuatro años, primero con poca autoridad, despues con ninguna, por haberle quitado su estado; otros que solos tres años, que tengo por mas acertado. A la sazon que don Sancho falleció tenia don Alonso cercada á Coimbra, ca se mantenia todavía en la fe del rey don Sancho: apretábala grandemente; los cercados, aunque tenian grande falta de todas las cosas, obstinadamente perseveraban en su propósito. Flectio, alcaide de la fortaleza y gobernador de la ciudad, avisado de la muerte de don Sancho, su señor, y no se asegurando de todo punto fuese verdad, pidió licencia de ir á Toledo para informarse mejor de lo que pasaba. Diósela don Alonso de buena gana, y entre tanto hicieron treguas con los cercados. Flectio, llegado á Toledo y sabida la verdad, abierto el sepulcro del Rey muerto, le puso en las manos las llaves de Coimbra, con estas palabras que le dijo. «En tanto, Rey y señor, que entendí érades vivo, sufrí extremos trabajos, sustenté la hambre con comer cueros, bebí urina para apagar la sed; los ánimes de los ciudadanos que trataban de rindirse animé y conforté para que sufriesen todos estos males. Todo lo que se podia esperar de un hombre leal y constante, y que os tenia jurada fidelidad he cumplido. Al presente que estais muerto, yo vos entrego las llaves de vuestra ciudad, que es el postrer oficio que puedo hacer; con tanto, habida vuestra licencia, avisaré á los ciudadanos que he cumplido con el debido homenaje, que pues sois fallecido, no hagan mas resistencia á don Alonso, vuestro hermano.» Lealtad y constancia digna de ser pregonada en todos los siglos, loa propria de la sangre y gente de Portugal.

CAPITULO V.

Principio de la guerra de Sevilla.

Con el concierto que el rey don Fernando hizo con el de Granada comenzó á tener grande esperanza de apoderarse de la ciudad de Sevilla. Quinientos caballos ligeros, debajo de la conducta del mismo rey de Granada, fueron delante en tanto que se apercebia lo demás para talar los campos de Carmona, que fué antiguamente pueblo muy principal. Alcalá, por sobrenombre Guadaira, á persuasion del rey de Granada se rindió. Desde allí un grueso escuadron pasó á Sevilla y puso fuego á las mieses, que ya estaban sazonadas, á las viñas y olivares, que tiene muy principales; de tal manera, que por todo aquel campo se veian los fuegos y humo con que las heredades y cortijos se quemaban. Iba por capitan desta gente don Pelayo Correa, maestre de Santiago. Otro buen golpe de soldados maltrataba de la misma manera y hacia los mismos daños en los campos de Jerez; los capitanes, el rey de Granada y el maestre de Calatrava. El mismo rey don Fernando se quedó en Alcalá de Guadaira con intento de proveer todo lo necesario y acudir á todas partes. Lo que principalmente pretendia era no aflojar en la guerra, porque no tuviese el enemigo tiempo y comodidad de fortificarse; que fué causa de no poderse hallar á las honras y enterramiento de doña Berenguela, su madre, que falleció por el mismo tiempo. Siguióse la muerte de don Rodrigo, arzobispo de Toledo; quién dice á 9 dias del mes de agosto del año de 1245, quién del año 1247, á 10 de junio, con lo cual va el letrero de su sepulcro. Hace maravillar que en fallecimiento de persona tan señalada no recuerden los autores ni las memorias, sin que se pueda averiguar la verdad. Ambas muertes fueron sin duda en grave daño de la república por las señaladas virtudes que en ellos resplandecian. La Reina era de grande edad; don Rodrigo, demás de estar muy apesgado con los años, se hallaba quebrantado con muchos trabajos, en especial de un nuevo viaje que hizo últimamente á Leon de Francia, do se celebraba el Concilio lugdunense. Pretendia, demás de hallarse en el Concilio y acudir á las necesidades universales de la Iglesia, allanar á los aragoneses en lo tocante á su primacía. Los años pasados los prelados de aquella corona en un Concilio valentino provincial publicaron una constitucion, en que mandaban que el arzobispo de Toledo no llevase guion delante en aquella su provincia, pena de entredicho al pueblo que lo consintiese. Don Rodrigo en cierta ocasion, por el derecho de su primacía, continuó á llevar su cruz delante alzada, como lo tenia de costumbre. Don Pedro de Albalate, arzobispo de Tarragona, principal atizador de aquella constitucion y de todo este pleito, le declaró por descomulgado y transgresor de aquel su decreto. Acudieron á Gregorio IX, sumo pontífice, que pronunció sentencia por Toledo y en favor de su primacía. No acababan de rendirse los de Aragon, que fué la causa de emprender en aquella edad jornada tan larga, á lo que yo entiendo. Concluidos los negocios, en una barca por el Ródano abajo daba la vuelta, cuando le salteó una dolencia, de que falleció en Francia. Su cuerpo, segun que él lo dejó dispuesto, trajeron á España y le sepultaron en Huerta, monasterio de bernardos, á la raya de Aragon. Junto al altar mayor se ve su sepulcro con un letrero en dos versos latinos, grosero asaz como de aquel tiempo y sin primor, cuyo sentido es:

NAVARRA ME ENGENDRA, CASTILLA ME CRIA;
MI ESCUELA PARIS, TOLEDO ES MI SILLA;
EN HUERTA MI ENTIERRO; TÚ AL CIELO, ALMA, GUIA.

Su cuerpo murió, la fama de sus virtudes durará por

muchos siglos. Fundó en su iglesia doce capellanías para mayor servicio del coro y con cargo de misas que se le dicen. Sucedióle don Juan, segundo deste nombre entre aquellos arzobispos. Hállanse papeles en que le llaman don Juan de Medina, creo por ser natural de aquella villa. Por el mismo tiempo don Ramon, conde de la Proenza, pasó desta vida, muy digno de loa por el amor que tuvo á las letras y aficion á la poesía. Solo se nota en él una señalada ingratitud de que usó con Romeo, mayordomo de su casa, cuya industria, con buenos medios, hizo que valiesen al tresdoble las rentas de aquel estado; mas como á la virtud acompaña la envidia, fué acusado y forzado á que diese cuenta del recibo y del gasto. Hízosele el cargo, dió su descargo; y conocida su fidelidad, se partió como peregrino con su bordon y talega, como al principio vino de Santiago, sin que jamás se pudiese entender quién era ni dónde se fué. De cuatro hijas que tuvo don Ramon, Margarita casó con san Luis, rey de Francia; Leonor con Enrique, rey de Ingalaterra; Sancha con Ricardo, hermano del dicho Enrique; Cárlos, conde de Anjou, casó con doña Beatriz; con la cual, dado que era la menor de todas, por la grande aficion que le tenian los proenzales y con la ayuda que le dió Luis, rey de Francia, su hermano, por la muerte de su suegro heredó aquel principado. En este medio el rey don Fernando se tenia en Córdoba con resolucion de combatir á Sevilla y cercalla con todas sus fuerzas; envió á Ramon Bonifaz, ciudadano de Búrgos, muy ejercitado en las cosas de la mar, para que en Vizcaya pusiese á punto una armada por la comodidad de los bosques, y ser los de aquella nacion señalados en la industria y ejercicios de navegar. En tanto que esta armada se aprestaba, puso el cerco sobre Carmona con la mas gente que pudo, el año 1246, poco mas ó menos, villa fuerte y que estaba apercebida para todo lo que podia suceder, fortificada contra los enemigos de muros, municionada de armas, fuerzas y vituallas; no la pudieron tomar, solamente la forzaron á pagar de presente la cantidad de dineros que le fué impuesta, y para adelante las parias que se señalaron cada un año. Constantina, Reina, Lora, pueblos que antiguamente se llamaron el primero *Iporcense municipium*, el segundo Regina, el tercero Ajalita, sin estos Cantillana y Guillena se ganaron unos por fuerza, otros se rindieron por su voluntad. Reina fué dada al órden de Santiago, Constantina á la ciudad y ayuntamiento de Córdoba, Lora á los caballeros de San Juan. Todo sucedia prósperamente á los nuestros; solo se recelaban del rey de Aragon no les fuese impedimento en aquella tan buena ocasion, por estar desgustado contra el infante don Alonso, que residia en el reino de Murcia. Pretendia el Aragonés que el Infante no guardaba los términos y la raya de la conquista de aquellos reinos que antiguamente señalaron. Temíase alguna revuelta por esta causa. Algunas personas principales y de autoridad, que para concertar esto señalaron de la una y de la otra parte, buscaban algun camino para componer estas diferencias. Pareció el mejor que don Alonso casase con doña Violante, hija del rey don Jaime; partido y traza que venia á cuento á ambas naciones y provincias, que tan grandes reyes se trabasen de nuevo entre sí con vínculo de parentesco. Moviéronse estas pláticas, vinieron en ello las partes, las bodas se celebraron en Valladolid por el mes de noviembre con aparato real y toda muestra de alegría, puesto que el rey don Fernando no se halló presente. El cuidado que tenia de la guerra de Sevilla le impidió, que pretendia hacer con tanto mayor ánimo, que Ramon Bonifaz con una armada de trece naves que puso á punto en Vizcaya, costeadas aquellas marinas y doblado el Cabo de Finisterrae, aportó á la boca de Guadalquivir por la parte que descarga en la mar. Venció otrosí allí en una batalla naval la armada de los enemigos. Los moros de Tánger y Ceuta habian concurrido para socorrer á Sevilla, avisados de la venida de los nuestros. Salieron pues con sus bajeles del puerto, que llegaban á número de veinte entre galeras y naves; pelearon con gran porfía; los de Africa no reconocian mucha ventaja á los de Vizcaya, por ser hombres de guerra, ejercitados en las armas, y que sobrepujaban en el número de la armada. Los vizcaínos, confiados en la ligereza de sus navíos y en la destreza de los pilotos, burlaban los acometimientos de los enemigos, y cuando hallaban ocasion de venir á las manos, aferraban con sus naves y pasaban muchos dellos á cuchillo; tres naves de los moros se tomaron, dos echaron á fondo, á una pusieron fuego, las demás fueron forzadas á huir. Envió el Rey en socorro de su armada buen número de caballos, movido por el peligro de los suyos; pero ¿qué podian prestar? Antes que llegasen á la ribera tenian los nuestros desbaratados los enemigos y ganada la victoria. Tanto mas creció el deseo que todos tenian de acometer aquella empresa, en particular el Rey, dejados los demás cuidados aparte, solo en este pensamiento dias y noches se ocupaba.

CAPITULO VI.

Que en Aragon se puso entredicho general.

A esta sazon en Aragon estaba puesto entredicho y tenian cerrados todos los templos de la provincia; triste silencio y suspension del culto divino, castigo de que los pontífices suelen usar contra los excesos de los príncipes y para curallos, como el postrero remedio, saludable á las veces y eficaz medicina como entonces aconteció. Fué así, que don Jaime, rey de Aragon, cuando era mas mozo, tuvo conversacion con doña Teresa Vidaura, la cual le puso pleito delante del romano Pontífice y le pedia por marido; alegaba la palabra que le dió, contra la cual no se pudo con otra casar. No tenia bastantes testigos para probar aquel matrimonio por ser negocio clandestino. Así, se dió sentencia en el pleito contra doña Teresa y en favor de la reina doña Violante. Solo el obispo de Girona, á quien hay fama de secreto le comunicó el Rey toda esta puridad, no se sabe con qué intento, pero en fin, dió aviso al pontífice Inocencio IV que el Rey no hacia lo que debia en no guardar la palabra que tenia dada; que el postrer matrimonio se debia apartar como inválido, y parecia justo que doña Teresa fuese tenida por verdadera mujer; que el Rey se lo habia así confesado en secreto, y su conciencia no sufria que con tan grande pecado dejase enredar al Rey, al pueblo y á sí mismo si callaba, de que resultasen despues graves castigos; que esto le avisaba por aquella carta escrita en cifra para que en todo se

guardase mas recato. Ninguna cosa se pasa por alto á los príncipes, por ser ordinario que muchos con derribar á otros por medio de acusaciones verdaderas ó falsas y de chismes pretenden alcanzar el primer lugar de privanza y de poder en los palacios de los reyes. Pues como el Rey tuviese aviso que en Roma, mudados de parecer, ordinariamente favorecian la causa de doña Teresa, y que el Pontífice manifiestamente se inclinaba á lo mismo, quier fuese que le dieron aviso del que le descubrió, ó que por su mala conciencia sospechase lo que era, hizo venir al obispo de Girona á la corte. Venido, luego que le tuvo en su presencia, le mandó cortar la lengua: cruel carnicería y torpe venganza de un desórden con otro mayor, y con nueva impiedad colmar el pecado pasado; si bien el Obispo era merecedor de cualquier daño, si descubrió el sigilo de la confesion y la religion de aquel secreto; cosa que nunca se permite. Luego que el pontífice Inocencio, que á la sazon en Leon celebraba un concilio general, como poco antes se dijo, fué avisado de lo que pasaba, cuánto dolor haya concebido en su ánimo, con cuán grandes llamas de saña se abrasase, no hay para qué declararlo; basta decir que puso entredicho en todo el reino, como de ordinario los excesos de los príncipes se pagan con el daño de la muchedumbre y de los particulares, y al Rey declaró públicamente por descomulgado. Conoció el Rey su yerro, y por medio de Andrés Albalate, obispo de Valencia, que envió por su embajador sobre el caso, pidió humilmente penitencia y absolucion. Decia que le pesaba de lo hecho; pero pues no podia ser otra cosa, que como padre y pontífice diese perdon á su indignacion, la cual fué si no justa, á lo menos arrebatada; que estaba presto á satisfacer con la pena y penitencia que fuese servido imponerle. Oida la embajada, el Pontífice envió por sus embajadores al obispo de Camarino y á Desiderio, presbítero, para que en Aragon se informasen de todo lo que pasaba. Dióles otrosí poder muy lleno de reconciliar al Rey con la Iglesia, si les pareciese que su penitencia lo merecia. Hízose en Lérida junta de obispos y de señores; halláronse en particular presentes los obispos de Tarragona, de Zaragoza, de Urgel, de Huesca, de Elna. En presencia destos prelados el Rey, puestas en tierra las rodillas, despues de una grave reprehension que se le dió, fué absuelto de aquel exceso. La penitencia fué que acabase á sus expensas de edificar el monasterio benifaciano, que con advocacion de Nuestra Señora en los montes de Tortosa veinte años antes desto, luego que se tomó el pueblo de Morella se comenzara, y se edificaba poco á poco, y acabada la fábrica, le diese de renta para en cada un año docientos marcos de plata, con que los monjes del Cistel se pudiesen sustentar en el dicho monasterio. En Valencia tenian comenzado á edificar un hospital para albergar los pobres y peregrinos. A este hospital señalaron mayores rentas, es á saber, seiscientos marcos de plata cada un año, con que los pobres y peregrinos se sustentasen, y juntamente algunos capellanes para que dijesen misa y ayudasen al buen tratamiento y regalo de los pobres. Añadióse á esto que en Girona, en la iglesia mayor fundase una capellanía para que perpetuamente se hiciesen sacrificios y sufragios por el Rey y por sus sucesores. El Pontífice expidió su bula á los 22 de setiembre, año de 1246, en que da poder á los dos nuncios para reconciliar al Rey con la Iglesia, que se hizo el mes siguiente á 19 de octubre. En Lérida con solemne ceremonia fué el Rey absuelto de las censuras en que incurrió por aquel caso. Del obispo de Girona no refieren mas de lo dicho, ni aun declaran qué nombre tuvo. De los archivos y becerro del monasterio benifaciano se tomó todo este cuento; dado que los mas de los historiadores no hicieron dél mencion, pareció no pasalle en silencio. El lector le dé el crédito que la cosa misma merece. De aquí sin duda y destos papeles se tomó ocasion para la fama que vulgarmente anduvo deste Rey y anda sobre este caso.

CAPITULO VII.

Que Sevilla se ganó.

En lo postrero de España, hácia el poniente, está asentada Sevilla, cabeza del Andalucía, noble y rica ciudad entre las primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene; los edificios públicos y particulares á manera de casas reales son en gran número, la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad, que está á mano izquierda, y un arrabal llamado Triana pasa el rio Guadalquivir acanalado con grandes reparos y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razon muy á propósito para la contratacion y comercio de los dos mares Océano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad y se pasa de una parte á otra. En la ciudad está la casa real en que los antiguos reyes moraban; en el arrabal un alcázar de obra muy firme, que mira el nacimiento del sol. Una torre está levantada cerca del rio, que por el primor de su edificio la llaman de Oro vulgarmente. Otra torre edificada de ladrillo, que está cerca de la iglesia mayor, sobrepuja la grandeza de las demás obras por ser de sesenta varas en ancho y cuatrotanto mas alta; sobre la cual se levanta otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada y al rededor adornada de variedad de pinturas, hermosas á maravilla á los que la miran. ¿Qué necesidad hay de relatar por menudo todas las cosas y grandezas desta ciudad tan vaga y llena de primores y grandezas? Hay en la ciudad en este tiempo mas de veinte y cuatro mil vecinos, divididos en veinte y ocho parroquias ó colaciones. La primera y principal es de Santa María, que es la iglesia mayor, con el cual templo en anchura de edificio y en grandeza ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica, la de Salamanca la fuerte, la de Leon la bella, la de Sevilla la grande. Tiene su fábrica de renta treinta mil ducados en cada un año, la del Arzobispo llega á ciento y veinte mil, las calongías y dignidades, así en número como en lo demás, responden á esta grandeza. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes, por la mayor parte plantados de olivas, que en Sevilla se dan muy bien, y el esquilmo es muy provechoso; de allí se llevan aceitunas adobadas, muy gruesas, de muy buen sabor, á todas las demás partes. El trato es tan grande y la granjería tal, que en los olivares llamados Ajarafe, en tiempo de los moros se contaban cien mil, parte cortijos, parte trapiches ó molinos de aceite; y dado que

parece gran número, la autoridad y testimonio de la historia del rey don Alonso el Sabio lo atestigua. El número de extranjeros y muchedumbre de mercaderes que concurren es increible, mayormente en este tiempo, de todas partes á la fama de las riquezas, que por el trato de las Indias y flotas de cada un año se juntan allí muy grandes. El rey don Fernando tenia por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse desta ciudad; así por su nobleza como porque, ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto mas, que los aragoneses con gran gloria y honra suya se habian apoderado de Valencia, de sitio muy semejante y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla, por nombre Ajatafe, no ignoraba el peligro que corrian sus cosas; tenia juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde la misma Africa, gran copia de trigo traida de los lugares comarcanos, proveídose de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquier afan antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey don Fernando juntaba asimismo de todas partes gente para aumentar el ejército que tenia, trigo y todos los mas pertrechos que para la guerra eran necesarios. La diligencia era grande, por entender que duraria mucho tiempo y seria muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese á los soldados. En Alcalá por algun tiempo se entretuvo el rey don Fernando; pasada ya gran parte y lo mas recio del verano, movió con todas sus gentes, púsose sobre Sevilla y comenzó á sitiarla á 20 del mes de agosto, año de nuestra salvacion de 1247; los reales del Rey se asentaron en aquella parte que está el campo de Tablada tendido á la ribera del rio, mas abajo de la ciudad. Don Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, de la otra parte del rio hizo su alojamiento en una aldea, llamada Aznalfarache; caudillo de gran corazon y de grande experiencia en las armas. Pretendia hacer rostro á Abenjafon, rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte; tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencia la constancia y esfuerzo deste caballero. El Rey barreaba sus reales; los moros, con salidas que hacian de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hobo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances, pero sin efecto alguno digno de memoria, sino que los cristianos las mas veces llevaban lo mejor y forzaban á los enemigos con daño á retirarse á la ciudad. Por el mar y rio se ponia mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados que tenian en tierra hacian lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salian á robar la tierra; talaban los frutos que hallaban sazonados, el vino y el trigo todo lo robaban. Carmona, que está á seis leguas, forzada por estos males, como seis meses antes lo tenian concertado, sin probar á defenderse ni pelear se rindió, con tanto mayor maravilla, que los bárbaros pocas veces guardan los asientos. No se descuidaban los moros ni se dormian; el mayor deseo que tenian era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitran, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacia que todos estos intentos saliesen en vano, y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban diligentemente no se recibiese algun daño por la parte que tenian á su cargo. Señalábanse, entre los demás, don Pelayo Correa, maestre de Santiago, y don Lorenzo Suarez, cuyo esfuerzo y industria en todo el tiempo deste cerco fué muy señalada, sobre todos Garci Perez de Vargas, natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increibles. Al principio del cerco, á la ribera del rio, do tenian soldados de guarda para reprimir los rebates y salidas de los moros, Garci Perez y un compañero, apartados de los demás, iban no sé á qué parte; en esto al improviso ven cerca de sí siete moros á caballo; el compañero era de parecer que se retirasen; replicó Garci Perez que, aunque se perdiese, no pensaba volver atrás ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera y pone en el ristre su lanza; los enemigos, sabido quien era, no quisieron pelear. Caminado que hobo adelante algun tanto, advirtió que al enlazar la capellina y ponerse la celada se le cayó la escofia; vuelve por las mismas pisadas á buscalla. Maravillóse el Rey, que acaso desde los reales le miraba, pensaba volvia á pelear; mas él, tomada su escofia, porque los moros todavía esquivaron el encuentro, paso ante paso se volvió sano y salvo á los suyos por el camino comenzado. Fué tanto mayor la honra y prez deste hecho, que nunca quiso declarar quién era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello; á la verdad, ¿á qué propósito con infamia ajena buscar para sí enemigo y afrenta para su compañero sin ninguna loa suya? Como quier que al contrario con el silencio demás del esfuerzo dió muestra de la modestia y noble término de que usaba. Entre tanto que con esta porfía se peleaba en Sevilla, el infante don Alonso, hijo del rey don Fernando, intentó de apoderarse de Játiva en el reino de Valencia, convidado por los ciudadanos. Tomó á Enguerra, pueblo en tierra de Játiva, que se le entregaron los moradores. Cuanto cada uno alcanza de poder, tanto derecho se atribuye en la guerra. El rey don Jaime, avisado de los intentos del infante don Alonso y alterado, como era razon, se apoderó de Villena y de seis pueblos comprehendidos en el distrito de Castilla, por dádivas que dió al que los tenia á cargo. Demás desto, en la misma comarca, principio del año 1248, tomó de los moros otro pueblo llamado Bugarra. Destos principios parecia que los disgustos pasarian adelante y pararían en alguna nueva guerra que desbaratase la empresa de Sevilla y acarrease otros daños. Don Alonso, como quier que era de condicion sosegada, se determinó de tratar en presencia con el rey de Aragon y resolver todas estas diferencias, y para esto se juntaron á vistas y habla en Almizra, pueblo del rey de Aragon. Allí por medio de la reina de Aragon, y por la buena industria de don Diego de Haro y otros grandes que se pusieron de por medio se compuso esta diferencia; con que de una y de otra parte se restituyeron los pueblos que injustamente tomaron, y se señaló la raya de la jurisdicion y conquista de ambas las partes. Quedaron en particular en virtud desta concordia por el reino de Murcia Almansa, Sarasulla y el mismo rio Cabriolo; por los de Valencia Biara, Sajona, Alarca, Finestrato. Asentadas las cosas desta manera, los príncipes se despidieron. El rey don Jaime revolvió luego contra Játiva, envió delante sus

gentes con intento de cercalla; apoderóse finalmente della, pasada ya gran parte del verano, por entrega que hicieron los mismos ciudadanos. Está asentada esta ciudad en un sitio asaz apacible á la parte que el rio Júcar entra en el mar; su campiña muy fértil y fresca, la tierra muy gruesa. El infante don Alonso y en su compañía don Diego de Haro se apresuraron para hallarse en el cerco de Sevilla. Alhamar, ese mismo rey de Granada, vino á juntarse con el rey don Fernando, acompañado de buen número de soldados, en tiempo sin duda muy á propósito, en que los soldados cristianos, cansados de la tardanza y con la dificultad de aquella empresa, comenzaban á tratar de desamparar los reales y las banderas, además de las enfermedades que sobrevinieron y los tenian muy amedrentados. Era pasado el invierno sin hacer efecto de algun momento. El mismo Rey, aquejado de tantos trabajos y de las dificultades que se ofrecian muy grandes, dudaba si alzaria el cerco, ó esperaria que las cosas se encaminasen mejor y el remate fuese mas apacible que los principios, como otras veces lo tenia probado. Los cercados desbarataron en cierta salida los ingenios de los nuestros y les quemaron las máquinas. Alentados con el buen suceso, no solo se defendian con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretension de los contrarios, que llamaban desatino. Amenazaban á los nuestros con la muerte y ultrajábanlos de palabra. El cerco, sin embargo, se continuaba y se llevaba adelante con tanto mayor ventaja de los fieles, que de cada dia les llegaban nuevos socorros. Acudieron los obispos don Juan Arias, de Santiago, bien que poco efecto hizo; su poca salud le forzó en breve con licencia del Rey á dar la vuelta. Don García, prelado de Córdoba; don Sancho, de Coria; los maestres de Calatrava y de Alcántara; los infantes don Fadrique y don Enrique; fuera destos, don Pedro de Guzman, don Pedro Ponce de Leon, don Gonzalo Giron, con otro gran número de grandes y ricos hombres que vinieron de refresco. A los cercados, por ser la ciudad tan grande, no se podian de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponia en esto todo cuidado. El general de la armada, Bonifaz, ardia en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados aparte los que juntos hacian tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso por estar la puente puesta sobre barcas que con cadenas de hierro están entre sí trabadas; todavía pareció hacer la prueba, que la maña y la ocasion pueden mucho. Apercibió para esto dos naves, esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar y juntamente un recio viento que del poniente soplaba. Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las vélas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente, cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero dia de mayo con grande alegría de los nuestros y no menos comodidad. Los soldados con la esperanza de la victoria con grande denuedo acometieron á entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derriballos con los trabucos y máquinas, con tanta porfía, que los cercados estaban á punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana; los moros se defendian valientemente, y la fortaleza de los muros causaba á los nuestros dificultad. Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Perez de Vargas; cargábale que el escudo ondeado que traia era de diferente linaje. Ningunos oyen con mayor paciencia las murmuraciones que los que no se sienten culpados. Disimuló él por entonces la ira; despues cierto dia que acometieron los nuestros á Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea, que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto á su contrario, que estaba en lugar seguro: «Con razon, dice, nos quitais las armas del linaje, pues las ponemos á tan graves peligros y trances; vos las mereceis mejor, que como mas recatado las teneis mejor guardadas.» Él, avergonzado, conoció su yerro; pidió perdon, que le dió á la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo; manera de venganza muy noble. Comenzaban en la ciudad á sentir gran falta de vituallas; los ciudadanos, visto que la felicidad de nuestra gente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario á ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y despues en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el Rey. Luego que les fué concedido, enviaron embajadores, que avisaron querian tratar de concierto con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decian que quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podian sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre; que todavía en la ciudad quedaban compañías de soldados, que no era justo irritallas ni hacelles perder de todo punto la esperanza; muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes, por lo menos que la victoria seria sangrienta y llorosa, si se allegase á lo último y no se tomaba algun medio. A esto respondió el Rey que él no ignoraba el estado en que estaban sus cosas. Tiempo hobo en que se pudiera tratar de concierto; mas que al presente por su obstinacion se hallaban en tal término, que seria cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con rendilla, no daria lugar á que se tratase de concierto ni de concordia. Entre tanto que se trataba de las condiciones y del asiento hicieron treguas y cesó la batería. Prometian acudir con las rentas reales y tributos todos los que acostumbraban antes á pagar á los miramamolines. Desechada esta condicion, dijeron que darian la tercera parte de la ciudad demás de las dichas rentas; despues la mitad, dividida con una muralla de lo demás que quedase por los moros. Parecian estas condiciones á los nuestros muy aventajadas y honrosas. El Rey, á menos de entregalle la ciudad, no hacia caso destas promesas ni estimaba todos sus partidos. En conclusion, se asentó que el rey Moro y los ciudadanos con todas sus alhajas y preseas se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuera de Sanlúcar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demás pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó, y á 27 de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mujeres y niños cien mil moros; parte dellos pasó en Africa, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España. Gastáronse en el cerco diez y seis meses, en el cual tiempo los reales á manera de

ciudad estaban divididos en barrios, con sus tiendas en que se vendian las cosas necesarias, herrerías para forjar armas, los pabellones puestos por su órden con sus calles y plazas en lugares convenientes. A los 22 de diciembre, con pública procesion y aparato entró el Rey en la ciudad, oyó misa en la iglesia mayor, que para este propósito estaba bendecida y aparejada; bendijola con gran majestad don Gutierre, electo arzobispo de Toledo, que poco antes señalaron por sucesor en aquella iglesia de don Juan, que falleció á los 23 del mes de julio. Don Ramon de Losana fué elegido por arzobispo de la nueva ciudad. Este prelado andando á la escuela, con un cuchillo de plumas sacó otro tiempo un ojo á un su hermano; para absolverse desta irregularidad y para alcanzar dispensacion ya que era de mas edad pasó á Roma; viaje que le fué ocasion de hacerse muy erudito y letrado. Quedaba Sevilla muy falta de moradores; la franqueza que el Rey prometió de tributos á los que viniesen á poblar hizo que gran número de gente acudiese de toda España, determinados de hacer allí su asiento y morada; con esto, en breve volvió á tener aquella ciudad nobilísima la hermosura de antes y número de gente asaz.

CAPITULO VIII.

De la muerte del rey don Fernando.

En el mismo tiempo que Sevilla estaba cercada, san Luis, rey de Francia, enriquecia con reliquias santísimas que envió á Toledo y aumentaba la devocion de la iglesia mayor de aquella ciudad; juntamente ganaba las voluntades de nuestra nacion. En el Sagrario de aquella iglesia hasta hoy con gran devocion se muestran y guardan las dichas reliquias con la misma carta original del Rey, cuyo traslado nos pareció poner en este lugar para memoria de la piedad de príncipe tan señalado y devoto: «Luis, por la gracia de Dios rey »de Francia, á los amados varones en Cristo, canó»nigos y todo el clero de la iglesia de Toledo, salud y »dilección. Queriendo adornar vuestra iglesia con un »excelente don por medio de nuestro amado Juan, ve»nerable arzobispo de Toledo, y á su instancia os en»viamos algunas preciosas partecicas de los venerables »y señalados nuestros santuarios, que hobe del tesoro »del imperio constantinopolitano, conviene á saber: »del madero de la cruz del Señor, una de las espinas »de la sacrosanta corona de espinas del mismo Señor, »de la leche de la gloriosa vírgen María, de la vesti»dura de púrpura del Señor con que fué vestido, del »lienzo con que se ciñó el Señor cuando lavó y limpió »los piés de sus discípulos, de la sábana con que su »cuerpo estuvo sepultado en el sepulcro, de los paños »de la infancia del Salvador. Rogamos pues, y reque»rimos en el Señor á vuestra caridad, que las sobredi»chas reliquias recibais y guardeis en vuestra iglesia »con la reverencia debida; asimismo que en vuestras »misas y oraciones tengais memoria benigna de nos. »Fecha en Estampas, año del Señor de 1248 por el mes »de mayo.» Despues que el rey Luis hobo enviado esta carta, de Marsella se hizo á la vela y navegó á la Tierra-Santa con deseo de reparar en aquellas partes la guerra sagrada. El suceso no fué conforme á su santa intencion, porque apoderado que se hobo en las marinas de Egipto de Pelusio, ciudad que hoy se llama Damiata, toda la prosperidad se volvió en contrario. De tres hermanos del Rey, Roberto murió en una batalla, Alfonso y Cárlos fueron presos con el Rey el año 1249. La libertad costó mucho haber, sin que en la Tierra-Santa á la cual dende pasaron, hiciesen cosa de muy gran momento. Verdad es que las ciudades de Sidon, Cesarea y Joppe fueron recobradas por las armas de Francia año del Señor 1250, pero ninguna otra cosa se hizo. En el mismo año por muerte de don Gutierre, arzobispo de Toledo, que finó en Atienza á los 9 de agosto, como se ve en los *Anales toledanos*, en su lugar fué puesto don Sancho, hijo del rey don Fernando, á quien algunos llaman don Pedro, otros don Juan, por engaño sin duda. El arzobispo don Rodrigo por órden de la reina doña Berenguela crió en Toledo á sus nietos los infantes don Filipe y don Sancho; proveyóles en aquella su iglesia sendos canonicatos. Estudiaron ambos en los estudios de Paris; en particular don Filipe tuvo por maestro á Alberto Magno, gran filósofo y teólogo. Todo esto y mas el favor de su padre fué ocasion de poner en esta vacante los ojos en don Sancho. Aprobó la eleccion el papa Inocencio IV; mas el electo no parece se consagró por su poca edad, que era el penúltimo de sus hermanos. Por su contemplacion dió su padre á la iglesia de Toledo á Uceda y á Iznatoraf, esto á trueco de Baza, que se la diera cuando conquistó á Jaen. Vivió por este tiempo un hombre señalado, por nombre Pero Gonzalez, que dejada la corte y palacio, en que tenia buen lugar, gastó lo postrero de su vida en dotrinar á los gallegos y asturianos, predicador de fama. Su contemporáneo Bernardo, canónigo de Santiago, por el gran conocimiento que alcanzó de los derechos, fué muy familiar al pontífice Inocencio, y es el que escribió la glosa sobre las epístolas decretales. En el mismo tiempo los aragoneses, divididos en parcialidades, se abrasaban con discordias civiles. Tenia el rey don Jaime de doña Violante, su mujer, estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Fernando, don Sancho; otras tantas hijas, doña Violante, doña Constanza, doña Sancha, doña María. La Reina estaba apoderada del Rey, y así, le persuadió que dividiese los estados del reino entre sus hijos, consejo muy perjudicial á la república por enflaquecerse por esta manera las fuerzas, y muy pesado en particular á don Alonso, su hijo mayor, en cuyo perjuicio se enderezaban estas prácticas. Por esta causa los mas de los grandes siguieron la voz del Infante, y por su autoridad públicamente se apartaron del Rey. Con cuidado de componer estas diferencias, que amenazaban mayores males, por el mes de febrero se tuvieron Cortes generales en Alcañices, pueblo de Aragon. Señaláronse jueces sobre el caso, personas principales, eclesiásticas y seglares; dieron por sentencia que el hijo debia obedecer á su padre. De ningun provecho fué esta diligencia, por estar los vasallos mal contentos y el Rey constante en su parecer y propósito, tanto, que en vida hizo donacion al infante don Pedro del principado de Cataluña, con que la otra parte se desabrió mucho mas. Esto en Aragon. Las cosas del rey don Fernando se hallaban muy en mejor estado, porque compuestas y asentadas las cosas en Sevilla, en que determinaba hacer su asiento, acometió á Jerez, y ganó de los moros á Medina Sidonia, Begel, Alpechin,

Aznalfarache; fuera desto, á la ribera del mar, en parte abatió, en parte tomó muchos castillos de moros. Pretendia que los demás, escarmentados con aquel daño y castigo, se rindiesen ó reprimiesen. Hiciéronse correrías por los campos de Nebrija; algunos pocos pueblos de moros, por estar fortificados de sitio ó de murallas, se atrevian y estaban determinados de sufrir el cerco, no solo como cosa mas honesta, sino tambien como mas segura, ni por el daño de los otros se movian á rendirse. Tratóse de pasar la guerra á Africa; y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercebia una nueva y mas gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á 30 de mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres dias; en Leon veinte y dos años, poco mas ó menos. Fué varon dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podian desear, de costumbres tan buenas, que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió, no mas el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes; muchos dudaron si fuese mas fuerte ó mas santo ó mas afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que, en conclusion, cumplió con todos los oficios de un varon y príncipe justo y bueno. En ningun tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgóle don Ramon, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdon de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad. Ya que queria rendir el alma, demandó perdon á cuantos allí estaban. Espectáculo para quebrar los corazones y con que todos se resolvian en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: El reino, dijo, Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecia, te le vuelvo; desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra; recibe, Señor mio, mi ánima, y por los méritos de tu santísima pasion ten por bien de la colocar entre los tus siervos. Dicho esto, mandó á la clerecía cantasen las *Letanías*, y el *Te Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. A su hijo don Alonso, que nombró por heredero, poco antes de morir dió muchos avisos, y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la reina doña Juana y sus hijos, de los cuales se hallaron á su muerte don Fadrique, don Enrique y don Felipe, que era electo prelado de Sevilla, y don Manuel. Don Sancho, electo de Toledo, no se halló por estar en su iglesia. Luego el dia siguiente le hicieron el enterramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia mayor de Sevilla. Dícese que este Rey inventó é introdujo el Consejo Real, que hoy en Castilla tiene la suprema autoridad para determinar los pleitos. Señaló doce oidores, á cuyo conocimiento perteneciesen los negocios mayores y los pleitos que en los otros tribunales se tratasen, por via de apelacion con las mil y quinientas doblas que deposita el que apela, y las pierde en caso que se dé sentencia contra él. Como las cautelas y engaños poco á poco iban creciendo, y los pleitos eran muchos por la malicia del tiempo, fué necesario establecer este nuevo tribunal; que antes las ciudades, contentas con los juicios y sentencias que sus jueces daban, y con apelar á las audiencias de su distrito, tenian por cosa fea y sin propósito pasar adelante y implorar el auxilio real. Demás desto, encargó á personas principales y doctas el cuidado de hacer nuevas leyes y recoger las antiguas en un volúmen, que hoy se llama vulgarmente las *Partidas*, obra de inmenso trabajo, y que se comenzó por este tiempo, y últimamente se puso en perfeccion y se publicó en tiempo del rey don Alonso, hijo deste don Fernando. Hasta la muerte del rey don Fernando llegó don Lúcas de Tuy con su historia.

CAPITULO IX.

De los principios de don Alonso el Décimo, rey de Castilla.

El reino de don Fernando por derecho de herencia vino al rey don Alonso, deceno deste nombre, cuya vida y obras pretendemos declarar, ilustres sin duda por la variedad de los sucesos y juego de la fortuna variable, pero que tienen mas de maravilla que de honra y loa. ¿Qué cosa mas maravillosa que un príncipe, criado en la guerra y ejercitado en las armas desde su primera edad, haya tenido tanta noticia de la astrología, de la filosofía y de las historias, cuan grande apenas los hombres ociosos y ocupados solamente en sus estudios pocas veces alcanzan? Sus libros que publicó y sacó á luz de astrología y de la historia de España dan muestra de su grande ingenio y estudio increible. ¿Qué cosa eso mismo mas afrentosa que con tales letras y estudios, con que otro particular pudiera alcanzar gran poder, no saber él conservar y defender ni el imperio que los extraños le ofrecieron ni el reino que su padre le dejó? Vió aquella edad y siglo hasta donde podia llegar la libertad y arrogancia del pueblo, pues redujo un Rey tan poderoso casi á vida particular; vió él mismo lo postrero de la desventura, que fué ser despojado de sus riquezas y mando. ¡Qué juegos hace la fortuna ó poder mas alto! ¡Cómo parece que gusta en burlarse de las cosas humanas! El sobrenombre de Sabio, que ganó por las letras, ó por la injuria de sus enemigos, ó por la malicia de los tiempos, ó él por la flojedad de su ingenio, parece le amancilló; pues con el crédito que tenia de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse. En Sevilla, do se halló á la muerte de su padre, le alzaron por rey. Lo primero que hizo despues desto fué renovar el concierto con Alhamar, rey de Granada, demás que le hizo suelta de la sexta parte del tributo que tenia costumbre de pagar, en que se tuvo respeto á los buenos servicios que hiciera y á despertalle para que de nuevo hiciese otros; que sin duda por algun tiempo fueron muy grandes y señalados. Era tanto lo que este Príncipe amaba al rey don Fernando y érale tan agradable su memoria, que con ser moro, todos los años enviaba á Sevilla buen número de los suyos con cien antorchas de cera blanca para que se hiciesen al Rey las exequias y aniversarios. La falta que tenian de dineros era grande, por estar gastados todos con las guerras de tantos años. Tratóse de buscar algun camino para allegar moneda y remediar este daño; pareció lo mas á propósito que en lugar de los pepiones, que era cierta moneda así llamada de buena ley, se usase de

burgaleses, moneda muy baja mezclada de otros metales. Era cosa injusta abajar de quilates la moneda y que fuese del mismo valor que la de antes. Desórden por donde las cosas encarecieron y no se remedió la necesidad del Rey; porque fué necesario aumentar los salarios de los jueces y de los demás oficiales con tanta mayor indignacion del pueblo, que poco despues se inventó otro género de moneda, que se llamaba negra, es á saber, por tener mucho cobre. Quince monedas deste género valian una dobla ó escudo; un burgalés valia dos pepiones, noventa un escudo ó un maravedí de oro. Este camino de allegar dinero, bien que intentado muchas veces de grandes reyes, que sea muy engañoso y perjudicial, el tiempo y la experiencia y desastrados sucesos lo han bastantemente declarado. Sin duda fué la principal causa por que el rey don Alonso en breve se hizo muy malquisto y odioso á sus vasallos. Desta manera, si no hay gran tiento, de honestos principios y causas se siguen efectos muy perniciosos y malos. Esta fué la primera semilla de la discordia civil; de la guerra de fuera hobo otras causas. Estaba el rey don Alonso congojado por la esterilidad de la reina doña Violante, por el gran deseo que tenia de dejar sucesion. Los aduladores, de que siempre hay gran número en las casas de los príncipes, pretendian que aquel matrimonio se podia apartar; no les faltaban razones para colorear este engaño, como á gente de grande ingenio; el Rey fácilmente se dejó persuadir en lo que deseaba. Envió embajadores al rey de Dinamarca á pedir por mujer una hija suya, llamada Cristina. Era cosa fácil por la grande distancia de los lugares engañar aquella gente. Concertado el casamiento, la doncella fué enviada en España. Estos intentos del rey don Alonso dieron mucha pena, como era razon, al rey don Jaime. Procuróse dar algun corte con embajadas que se enviaron; pero como no se efectuase nada, vino el negocio á rompimiento y á las armas. Hiciéronse correrias y cabalgadas de una parte y de otra, robos de hombres y ganados, y esto al principio de aquella diferencia. Por el mismo tiempo Teobaldo, rey de Navarra, primero deste nombre, falleció á 8 de julio, año de nuestra salvacion de 1253; digno de ser alabado por el deseo que mostró de ayudar á la guerra de la Tierra-Santa, cuanto reprehensible y manchado por el intento que tuvo de oprimir los derechos y libertad eclesiástica, por la cual causa se dice que hobo entredicho general en todo aquel reino por espacio de tres años enteros. Este tiempo pasado, don Pedro Remigio ó Gazolaz, obispo de Pamplona, alzado el destierro en que le tenian, se reconcilió con el Rey á instancia de personas principales que en ello trabajaron y con muy grande alegría y regocijo de todo el pueblo. Teobaldo merece sin duda ser alabado por otras cosas y partes de que fué dotado, en especial por los estudios de las artes liberales, ejercicio y conocimiento de la música y de la poesía tan grande, que acostumbraba componer versos y cantarlos á la vihuela; las poesías que hacia, proponellas en público en su palacio para ser de todos juzgadas. Tuvo tres mujeres. De la primera, que fué hija del conde de Lorena, no tuvo hijos algunos. Dejada esta por mandado de los pontífices, casó con Sibila, hija de Filipo, conde de Flándes. Deste matrimonio nació Blanca, que casó con Juan, duque de Bretaña, por sobrenombre el Bermejo. De la tercera mujer, que fué hija de Arquimbaudo, conde de Fox, tuvo á Teobaldo y á Enrique y una hija, llamada Leonor. Teobaldo sucedió á su padre despues de su muerte; era menor de edad, que no tenia quince años cumplidos, de excelente natural y que daba muestras de grandes virtudes. La reina Margarita, su madre, cuidadosa de lo que á su hijo tocaba, estaba con temor, en especial de don Alonso, rey de Castilla, que, vencidos y domados los moros, se entendia queria revolver contra Navarra y despertar el derecho antiguo que pretendian los reyes de Castilla á aquella corona; cuidaba ayudarse del socorro del rey de Aragon y de su sombra. Tratóse por sus embajadores de aliarse; y para que la cosa se concluyese mas fácilmente, con seguridad de ambas partes se juntaron á vistas. Al principio del mes de agosto en Tudela se hizo confederacion entre los dos reyes, en que se concertó tuviesen los mismos por amigos y por enemigos. Asentaron otrosí que una de las dos hijas que tenia el rey don Jaime se diese por mujer á Teobaldo, y en particular se proveyó que ninguna de las dos casase con alguno de los hermanos del rey de Castilla sin voluntad de la reina Margarita y sin que ella viniese en ello. Al rey de Aragon, sin embargo, le quedó su derecho á salvo, que pretendia tener á aquel reino por la adopcion del rey don Sancho de Navarra. Esta confederacion para que fuese mas fuerte se procuró que el romano Pontífice la aprobase; las fuerzas de los dos reinos claramente se movian y enderezaban contra las de don Alonso, rey de Castilla. El cuidado desta guerra y miedo que resultó por esta causa, que suele ser muy gran atadura de concordia, hizo que los aragoneses padre y hijo se concertasen, cosa que tanto se deseaba. Así hallo que lo que el rey de Aragon habia donado á don Pedro y don Jaime, sus hijos, lo aprobó con juramento en Barcelona don Alonso, el hijo mayor del mismo rey don Jaime. Ofrecióse demás desto ocasion de nueva guerra. Alasarco, moro de ingenio sagaz, prometió entregar y rendir el castillo de Reguara, que tenia en su poder. El rey de Aragon, como el que era arriscado, creyóse fácilmente que le trataba verdad. Acudió con poca gente como á cosa hecha. Hobiera de caer en el lazo y quedar preso; mas quiso Dios que le avisaron del engaño y de lo que pasaba, con que se puso en cobro. El Moro, burlada su esperanza, se declaró por enemigo y persuadió á los moros de Valencia que tomasen las armas y que se levantasen. El Rey, movido por el peligro, acudió á Valencia; tratóse en aquella ciudad de echar aquella gente de todo el reino. Los señores, por la ganancia que de aquella gente les venia, hacian contradiccion; los prelados y el pueblo otorgaban con el Rey, que fué el parecer que prevaleció en las Cortes. Mandaron pues á todos los moros que saliesen del reino de Valencia y de todo su distrito dentro de cierto término. Ellos, aunque estaban en armas sesenta mil dellos, obedecieron á lo que les fué mandado. Repartiéronse por tierra de Murcia y de Granada, gran parte hizo asiento en la Mancha, que al presente se llama de Aragon, antiguamente de Montaragon, de un pueblo deste nombre que por allí caia. Era comarca áspera y no cultivada en aquel tiempo, al presente de señalada fertilidad en la cosecha de pan, con que provee á otras muchas partes. Llamóse antigua-

mente campo Spartanario del mucho esparto que tiene. Desta resolucion sacó gran interés don Fadrique, que residia en Villena, y la tenia en gobierno en nombre del rey don Alonso, su hermano. Era por allí el paso; hizo que por él los miserables cada uno pagase un escudo de oro. El rey de Aragon, embarazado con estos alborotos, no pudo luego volver las armas contra Castilla. Esta tardanza hizo que las sospechas de una gran guerra se trocaron en muy alegre fin y remate. En el mismo tiempo que Cristina, despues de tan largo viaje últimamente aportó á Toledo, que fué el año de nuestra salvacion de 1254, se entendió que la Reina estaba ocupada. El Rey, movido con una cosa tan fuera de lo que se esperaba, trocó el odio en amor. Los mismos que antes le persuadian que la dejase trataron que se reconciliase con la Reina; y hallaban razones en favor del matrimonio que antes tenian por inválido; tales son las adulaciones de cortesanos. Don Felipe, hermano del Rey, sin embargo que era abad de Valladolid y electo arzobispo de Sevilla, renunció el hábito clerical con voluntad del Rey, su hermano, para casar con Cristina, que aceptó aquel partido, perdida la esperanza de ser reina; matrimonio que, como mal trabado, en breve se apartó por la muerte de Cristina, que le sobrevino por la pena de la afrenta y por el desabrimiento que recibió por un trueque semejante; así lo entendia la gente vulgar. La esterilidad de la reina doña Violante se mudó en fecundidad, tanto, que parió muchos hijos á su marido. Estos fueron doña Berenguela, doña Beatriz, don Fernando, por sobrenombre de la Cerda, por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas, don Sancho, don Pedro, don Juan, don Diego, doña Isabel y doña Leonor. Todos estos tuvo el rey don Alonso en la Reina. En otra madre de bajo linaje á don Alonso Fernandez; en doña Mayor de Guzman, hija de Pedro de Guzman, á doña Beatriz, que fueron el uno y el otro hijos bastardos. El año siguiente de 1255, Eduardo, hijo mayor de Enrique, rey de Ingalaterra, vino á España. Las causas de su venida no se dicen; podemos sospechar ¿quién lo veda? que movido del agravio de Cristina hizo aquel viaje por ser primos hermanos. Su viaje cuánto haya aprovechado el suceso de las cosas lo declara; lo cierto es que en Búrgos fué recebido benignamente del Rey, y de su mano le armó caballero, ceremonia que en aquel tiempo se usaba, halagos con que se pretendia aplacar el ánimo de aquel Príncipe mozo y bravo.

CAPITULO X.

El rey don Alonso fué elegido por emperador.

El rey don Alonso no tenia la misma fama en todas las partes y acerca de todas las naciones. En España en su reino sin duda era aborrecido del pueblo; á los reyes comarcanos no era nada agradable, dado que con cierta muestra de paz ó por miedo de su poder se detenian de tomar contra él las armas. Entre las naciones extrañas volaba la fama de su grande erudicion. Decíase que era elocuente, sagaz, instructo igualmente en las artes de la paz y de la guerra. Esto movió á algunos príncipes de Alemaña para que en la dieta del imperio, en que se trataba de elegir emperador, le nombrasen en lugar de Guillelmo César, que á la sazon murió, y se tuviese cuenta con él, bien que no fué una la voluntad, ni los votos de todos se conformaron en uno; el arzobispo de Colonia en su nombre y en el del arzobispo de Maguncia, cuyo lugar y voz traia, y el conde Palatino nombraron por emperador á Ricardo, conde de Cornubia, hermano de Enrique, rey de Ingalaterra. Hízose este nombramiento á 6 de enero, dia de los Reyes, año que se contó del Señor de 1256; algunos señalan dos años adelante. El arzobispo de Tréveris y el duque de Sajonia, teniendo por inválida la eleccion de Ricardo, por sus votos eligieron á don Alonso, rey de Castilla, el postrer dia de marzo luego siguiente. Enviáronse embajadores á entrambos, y cada cual se tenia por legítimo emperador, y á su competidor al contrario; con tanto mas ventaja de Ricardo, que sin dilacion, dejadas todas las demás cosas, acudió á Alemaña, y de mano del arzobispo de Colonia, á quien esto toca, tomó la corona primera del imperio en Aquisgran, á 2 dias del mes de mayo. Don Alonso, embarazado con las alteraciones domésticas y desconfiado de la voluntad de sus vasallos, y principalmente por la edad de sus hijos, que era pequeña, dilató su ida, puesto que los obispos de Constancia y de Espira vinieron por embajadores en esta razon, y con nuevas embajadas que le enviaban de cada dia le importunaban fuese á tomar el imperio. Esta tardanza entibió la aficion de su parcialidad y fortificó los intentos de la parte contraria. Favorecian á don Alonso, fuera del crédito de su virtud, porque de parte de madre venia de los emperadores de Alemaña, como hijo que era de doña Beatriz, y por ella nieto de Filipe, que fué el tiempo pasado emperador. A Ricardo ayudaba mucho la semejanza de la lengua, que no es pequeña entre ingleses y alemanes, grandes y antiguas alianzas entre aquellas dos naciones, las costumbres semejantes, además del parentesco que entre sí tenian, para que le juzgasen por idóneo y digno del imperio, en tanto grado, que en negocio dudoso parecia aventajarse algun tanto su derecho. Porque dentro de un año despues de la muerte del emperador Guillelmo fué puesto en su lugar en el mismo dia que, de comun consentimiento, los electores señalaron para la eleccion; dentro de otro año, de mano del arzobispo de Colonia, á quien esto pertenece, fué en Aquisgran coronado y tomó las demás insignias del imperio, y se sentó en la silla de Carlo Magno en señal de la posesion que tomaba. En conclusion, así los príncipes como los que tenian á cargo las fortalezas, le hicieron sus homenajes; las cuales cosas todas, como quier que estuviesen establecidas por las leyes que hablan en razon de elegir los emperadores, don Alonso no las cumplió. Contra Ricardo, que á su tiempo las habia todas guardado, no se podia alegar cosa alguna; así lo decian grandes letrados, fuera de que en discordia de los electores, cuando no se conforman en uno, el conde Palatino es el legítimo juez de la diferencia; por lo menos el rey de Bohemia, cuando los votos se dividen igualmente, á la parte que él se allega aquella eleccion es tenida por válida. Alegaban que lo uno y lo otro hacian por Ricardo, pues el conde Palatino votó por él en su nombre y del rey de Bohemia, cuyas veces tenia; y luego que él mismo supo la eleccion, de nuevo la aprobó. Don Alonso, al contrario, alegaba que su eleccion fué hecha en Francfordia, den-

tro de los muros de la ciudad, que era el lugar señalado de comun consentimiento de los electores para aquella eleccion. Que el de Colonia y el Palatino vinieron acompañados de gran número de soldados, no como á eleccion, sino como á guerra, y porque ponian espanto y parecia que querian hacer fuerza, fueron amonestados que desistiesen de aquel camino, y á ejemplo de los otros príncipes, con acompañamiento ordinario y competente entrasen en la ciudad. Cargábanles que no quisieron conformarse, antes por nueva manera y perjudicial se juntaron aparte, cosa de grandes inconvenientes, y fuera de la ciudad, como en los reales hicieron su eleccion. Esta era la principal nulidad en la eleccion de Ricardo. Que los príncipes que estaban en la ciudad aguardaron hasta tanto que hubo esperanza que se podrian reducir á mejor consejo, y dejada aquella porfía, concordarse con la razon y con los demás; perdida la esperanza, á postrero de marzo, por voto del arzobispo de Tréveris y del duque de Sajonia, que tenia otrosí el voto del marqués de Brandemburg, que ausente estaba, como su vicario y tambien por voto del rey de Bohemia, cuyo embajador con derecho de votar estuvo presente en la dieta, fué elegido por rey de romanos don Alonso, rey de Castilla. Estos eran los principales fundamentos de la una parte y de la otra: otros alegaban de menor cuantía, como delitos y excesos que los unos oponian contra los otros, sin que ellos se engañasen; mayormente contra el arzobispo de Tréveris se alegaba estar descomulgado, y por tanto privado de voto, á causa de nuevas y extraordinarias imposiciones que derramaba sobre sus vasallos. La otra parte contraponia que el arzobispo de Colonia hirió al cardenal de San Jorge, legado del Pontífice romano, y prendió un obispo. Asimismo que el conde Palatino maltrataba en muchas maneras las personas eclesiásticas, lo cual no era lícito. Mas, que contra la sacrosanta majestad de los pontífices y de la Iglesia, en las revueltas pasadas se allegó al emperador Federico y á su hijo Conrado. Este pleito comenzó en tiempo del papa Alejandro IV; no se pudo componer por su autoridad y juicio, como fuera justo, y los que mejor lo sentian lo deseaban, á causa que cada cual de las partes, como quier que pretendiese ser de su derecho cierto, no queria, mal pecado, pasar por juicio ni sentencia de alguno ni comprometer la diferencia, porque no pareciese con esto hacian dudosa su causa; mas aína cuidaban poner el negocio en el trance de una batalla y pleitear con las armas, así suyas como de los príncipes de Alemaña, sus valedores y aliados. Gran mal por esta causa se aparejaba á la cristiandad, si á ambos príncipes no detuvieran y enfrenaran otros negocios domésticos. A don Alonso le fué impedimento estar tan léjos España; y unas dificultades que nacian y se trababan de otras le detuvieron en su reino; demás que naturalmente era irresoluto, y tenia esperanza que con artificio y maña se podria dar conclusion á aquel debate. Ricardo no pudo tomar las armas á causa que las cosas de Ingalaterra andaban muy alteradas con la guerra que se hacia en Francia con todas las fuerzas de la una y de la otra nacion, en especial que falleció el sexto año despues que se llamó emperador. El fin en que paró toda esta contienda y su remate se declarará en otra parte mas adelante.

CAPITULO XI.

Los grandes de Castilla se alteraron contra el rey don Alonso.

Tenia el rey don Alonso condicion mansa, ánimo grande, mas deseoso de gloria que de deleites; era dado al sosiego de las letras y no ajeno de los negocios, pero poco recatado y de maravillosa inconstancia en su manera de proceder; codicioso de allegar dinero, vicio que si no se mira bien, causa muy graves daños, como entonces sucedió, que perdió las voluntades del pueblo y no supo ganar las de los grandes. Con deseo pues de huir el ocio, que es muy á propósito para sembrar chismes y levantar murmuraciones, tomó las armas contra el Andalucía, y divididas sus gentes, trataba con diversas bandas de apoderarse de los pueblos que quedaron en poder de moros. El mismo ganó á Jerez; don Enrique, su hermano, á Arcos y á Nebrija, pueblo situado en los esteros de Guadalquivir por aquella parte que con grandes acogidas de agua se derrama en el Océano. En Jerez fué puesto por gobernador don Nuño de Lara, hombre de antiguo y noble linaje, mas ya casi acabado por la flojedad ó contumacia de sus antepasados. Ofrecíase muy buena ocasion de desarraigar por toda aquella comarca las reliquias de los moros, si no fuera que otro nuevo cuidado de una nueva guerra forzó al Rey á retirarse y dejar aquella empresa. Esto fué que Teobaldo, rey de Navarra, segundo deste nombre, ya que era mayor de edad, confiado en la ayuda del rey de Aragon, con quien poco antes renovara sus confederaciones en Montagudo, con sus gentes que juntó de todas partes trataba de acometer las tierras de Castilla. Pretendia que lo de Guipúzcoa, Alava, la Rioja y Briviesca, tierras de sus antepasados, les quitaron á tuerto los años antes y que de derecho le pertenecian. Muchos grandes de Castilla, disgustados con su Rey, se pasaran á Navarra y á Aragon, renunciada primero por público instrumento la naturalidad, que era el camino que en los tiempos antiguos hallaron para que no fuesen tenidos por traidores los que se ausentaban de su patria. Estos despertaban la llama, y á aquel Príncipe, mozo y feroz por la edad, instigaban para que tomase las armas. Entre estos grandes el mas principal era don Diego de Haro, varon muy constante y de notables prendas en lo demás, pero que no sufria se le hiciese ningun agravio ni demasía, y que se mostraba muy ofendido por ver oprimida la libertad de la patria. La muerte cortó sus intentos, que le sobrevino en el lugar de Bañares, do era ido para curarse; mas su hijo don Lope de Haro, aunque era de pequeña edad, con grande acompañamiento de los suyos se fué á Estella, ciudad en que á la sazon se hallaba el rey de Aragon. Lo mismo hizo el infante don Enrique, disgustado de todo punto con su hermano el rey don Alonso. Hicieron estos señores entre sí liga contra el poder y armas de todos los príncipes. El pueblo de Castilla y muchos grandes, dado que aun no se declaraban, sentian lo mismo de secreto. Llevaban mal que la moneda se hubiese abajado de ley, de que se siguió mayor carestía de los mantenimientos; y pretendiendo poner remedio á este daño, resultó otro mayor. Puso el Rey tasa y precio á todas las cosas que se vendian y á todas las mercadurías, de

que se siguió gran falta de vituallas y provision, por no querer los que las tenian vender por aquel precio. Desta manera suelen muchas veces acarrear mayor daño las cosas que parecian haberse ordenado con mucha prudencia. El rey don Alonso, como era de grande ingenio y que no ignoraba cuán grande era el peligro que le amenazaba, trató de hacer asiento y pacificarse con el rey de Aragon, que sabia no estaba muy léjos dello por andar envuelto otra vez, aunque era de grande edad, en los amores de doña Teresa Vidaura, tanto, que parecia estar olvidado de sí y de la majestad real. Viéronse en Soria; en aquella habia concertaron paces por el mes de marzo, año de nuestra salvacion de 1256, en el mismo tiempo que Margarita, madre de Teobaldo, rey de Navarra, en Francia, do estaba ocupada en asentar las cosas de Campaña, falleció á 11 del mes de abril en Pervino. Fué enterrada en el monasterio de Claravalle, muy noble y conocido en aquella sazon por el crédito que tenian aquellos monjes de santidad. El año siguiente en Toledo murió don Sancho Capelo, rey de Portugal, como se tocó arriba. El reino que por espacio de trece años habia gobernado como teniente don Alonso, su hermano, le gobernó de allí adelante con nombre de rey. Tuvo de doña Beatriz, hija del rey don Alonso, á su hijo mayor don Dionisio, y á don Alonso, conde de Portalegre, y demás destos á doña Blanca, cuyo cuerpo está sepultado en las Huelgas de Búrgos, donde por largo tiempo fué abadesa, y á doña Costanza, que murió de poca edad. En este comedio don Enrique, hermano del Rey, en Nebrija, do se retirara, movia, así moros como á cristianos, á levantarse. Don Nuño de Lara, alterado por estas prácticas, como era razon, y para prevenir los intentos de don Enrique, acudió á Nebrija desde Sevilla. Avisado desto don Enrique, como no tuviese fuerzas bastantes ni ganadas del todo las voluntades de los de aquella comarca, fué forzado huirse á Valencia por mar. El rey don Jaime estaba allí ocupado en dar asiento en las cosas de aquel reino; recibióle al principio con benignidad; mas por no contravenir, si le amparaba, á la alianza puesta con su hermano poco antes, le puso en necesidad de pasar en Africa. Desde allí, gastados cuatro años en la corte del rey de Túnez y en su compañía, pobre y miserable, dió la vuelta, primero á Francia, y despues á Italia con deseo de mover guerra á su hermano, si en alguna parte hallase acogida y socorros bastantes. El rey de Aragon, asentadas las cosas de Valencia, se fué á Mompeller con deseño de verse con el rey de Francia. Señalaron para las vistas un pueblo llamado Carbolio, en que á 11 dias de mayo, año de 1258, tratadas todas sus diferencias, se reconciliaron enteramente con hacer suelta el uno al otro de todo lo que hasta aquel dia cada cual poseia y se habian tomado. En particular los de Barcelona y los catalanes quedaron exemptos de todo punto del antiguo señorío y jurisdiccion de los reyes de Francia; homenaje usado y continuado desde el tiempo en que aquellas tierras se ganaron de los moros, dado que de muchos años atrás, fuera del nombre de estar sujetos y poner en las escrituras públicas el nombre del rey de Francia que á la sazon era y el año de su reinado, ninguna cosa podian allí ni hacian los reyes de Francia. Para que esta confederacion fuese mas firme se concertó desposorio entre doña Isabel, la menor de las hijas del rey de Aragon, con Filipe, hijo mayor y heredero del rey de Francia, y con ella, en nombre de dote, quedaron por los franceses Carcasona y Besiers. Hobo este año grandes crecientes con las aguas, que continuaron desde antes del mes de agosto hasta 26 de diciembre; los rios se hincharon y salieron de madre, con gran daño de las labranzas y de los campos. Muchas puentes cayeron en España, entre ellas la de Toledo, que se llama de Alcántara; mas el siguiente año de 1259, que fué de los árabes el año 657, se reparó y reedificó. El letrero que está á la entrada de la puente sobre el arco de la puente, grabado en una piedra, de letra francesa y en lengua vulgar castellana lo declara.

CAPITULO XII.

Que se puso entredicho en Portugal.

Las cosas en España estaban sosegadas para tanta muchedumbre de príncipes como en ella reinaban, diferentes en leyes, costumbres, aficiones y voluntades. Algunas desgracias sucedieron. Doña Violante, reina de Aragon, y el infante don Alonso, su entenado, fallecieron; los desórdenes del Rey aceleraron la muerte al uno y al otro, á lo que parece. Don Alonso llevaba mal el tratamiento que su padre le hacia y la poca estima que parecia hacer dél; como si fuera menos que los demás hermanos, ninguna mano por entonces le daba en el gobierno del reino; y para adelante con la particion que queria hacer de los estados diminuia la majestad del reino que le dejaba. Este deseño, no solo desabria en particular á don Alonso, sino en comun á los mas de los grandes, en tanto grado, que dejado el Rey, públicamente seguian la voz y las partes de su hijo. Para reducillos y sosegallos el viejo astuto poco antes de la muerte del hijo, revocada la primera donacion, le entregó y puso en su poder á Valencia, que mandó anduviese siempre unida con Aragon. La reina doña Violante llevaba mal el poder de doña Teresa Vidaura, en cuyos amores el Rey desde su primera edad estuvo enredado, y dejados por algun tiempo, de nuevo era vuelto á ellos con tan grande aficion, que parecia estar enhechizado con bebedizos. Por el albedrío desta mujer y por su antojo gobernaba las cosas particulares y públicas. A la verdad este Príncipe fué dado á deshonestidad y maltrato hasta la postrera edad; olvidado de su deber, no consideraba lo que por la fama se decia dél. Llegó el desórden á que así el tiempo pasado como adelante, muerta la reina doña Violante, la tuvo con la majestad y estado poco menos que si fuera reina. Ella misma una y dos veces puso al Rey pleito delante del romano Pontífice sobre la corona. Acusábale la palabra que decia le dió de casamiento, como arriba queda dicho. Nacieron de doña Teresa don Pedro, que fué señor de Ayerve, y don Jaime, señor de Ejerica. La reina doña Violante fué sepultada en Valbuena en un monasterio de monjas de la órden de San Bernardo, que está en Cataluña; don Alonso en Valencia en la iglesia mayor en la capilla de Santiago. Zorita, noble escritor de la historia de Aragon, dice que en el monasterio de Veruela del Cistel. Teobaldo, rey de Navarra, despues que su madre murió en Francia, conservó y defendió el principado de Campaña, que muchos señores de Francia preten-

dian con las armas tomar para sí. Hecho esto, casó con doña Isabel, hija menor de san Luis, rey de Francia, que le dió su padre por mujer de buena gana. En Melun, pueblo de los senones, puesto en una isla pequeña que hace el rio Secana, y de la una parte y de la otra del rio, donde tambien hay edificios, se celebraron las bodas, mas alegres en los principios que en lo de adelante por la esterilidad de la Reina. Tuvo este Rey en doña Marquesa de Rada fuera de matrimonio una hija, que tuvo el mismo nombre que su madre, y adelante casó con don Pedro, hijo del rey de Aragon, habido en doña Teresa, como queda dicho. Matilde, condesa de Boloña, sabida la muerte de don Sancho, rey de Portugal, acudió por mar á aquella provincia para pretender el derecho de su antiguo matrimonio, si por ventura don Alonso, su marido, pudiese últimamente mudar su dañada intencion. Llegó á Cascaes muy cerca de Lisboa; donde sin que el Rey le diese lugar para podelle hablar, fué forzada á dar la vuelta. Escribióle empero una carta deste tenor: «Llegara mas cerca » y reprehendiera en tu presencia tu felonía, que fuera » bastante recompensa del afan que en el viaje he to- » mado; pero pues no me das lugar para esto, y como » ingrato y cruel no pudiste sufrir nuestra presencia » por estar herido de los aguijones de la conciencia y » poseido del demonio, no dejaré en ausencia de hacer » esto y dar testimonio con esta carta á todo el mundo » del justo dolor que tengo y del agravio que me ha- » ces, que será una perpetua memoria de tu desleal- » tad y impiedad. Son ordinariamente ásperos los re- » medios que para las enfermedades son saludables; yo » tambien escribo con gemidos y contra mi voluntad » estas cosas. Mas si va á decir verdad, yo te recebí » cuando eras pobre, sin tierra, sin bienes, sin espe- » ranza, estoy por decir un hombre bárbaro; y esto » en mi casa y por marido. ¡Oh demasía mia, diré, ó » de los mios, ó de los unos y de los otros y necia » credulidad! Nuestra opinion y el crédito que de tu » lealtad teniamos nos engañó para que, en cambio de » que te dimos mas de lo que pedias y mayores cosas » que esperabas, hicieses burla de nos. Acuérdome » cuando jurabas que no podias vivir sin mí no mas que » sin tu ánima. ¿Esta es la religion? Esta es la constan- » cia? ¿Qué es esto? Con el reino sin duda has perdido » el juicio y te has, fementido, mudado en otro varon. » Olvidado de mí y sin memoria del beneficio recebido, » estás ocupado en nuevos amores de la que es for- » zoso se llame combleza, pues el primer matrimonio » dura, y el nuevo es ninguno. ¿Descontentáronte nues- » tro linaje, la hermosura, la edad, las riquezas? O lo » que es mas cierto, ¿los reyes teneis por santo y por ho- » nesto lo que os viene mas á cuento para reinar? Yo » todavía soy viva, y viviré hasta tanto que mueva con- » tra tí las armas de los príncipes y los odios de todas las » naciones; como bestia fiera perecerás agarrochado » de todos. El corazon me da que la divina venganza » está sobre tu cabeza, y que muy presto llegará. El que » al presente feroz con la maldad y muy contento des- » precias nuestras lágrimas, en breve, afligido con to- » dos los tormentos, pagarás justísimamente la pena de » nuestro dolor y de tu impiedad. Con esta sola espe- » ranza en estos trabajos me sustentaré, la cual cum- » plida ó perdida, de buena gana dejaré la vida; mas de » tal manera la dejaré, que claramente se entienda faltó » tu deslealtad á lo que era razon y á lo que pensábamos, » mas aína que á nos la virtud y esfuerzo necesa- » rio.» No se movió el ánimo obstinado del rey don Alonso por esta carta, antes públicamente se gloriaba que el dia siguiente se tornaria á casar y celebraria nuevo matrimonio, si entendiese era á propósito para conservar su reino. Matilde dió la vuelta mal enojada contra el Rey; echaba sobre su cabeza grandes maldiciones. En Francia se fué á ver con el santo rey Luis para tratar de vengar aquel agravio. Al pontífice romano Alejandro IV envió sobre el caso sus embajadores. En el Francés halló poca ayuda por estar su reino tan léjos. El Padre Santo amonestó á don Alonso y le protestó que volviese al primer matrimonio, y recibiese en su gracia y se reconciliase con Matilde, su primera mujer. Advirtióle cuánto peligro corria su salvacion; que no debia con obras tan malas irritar á Dios. A estas voces y amonestaciones las orejas del Rey estaban tapadas, obstinado el ánimo; la codicia y ambicion, consejeros malos, le ponian telarañas delante los ojos para que no viese la luz. El Pontífice, porque no queria obedecer, le descomulgó, puso entredicho en todo el reino de Portugal, que dicen duró doce años, porque ni el Rey se queria enmendar, ni los pontífices que se siguieron aflojar en la justa indignacion y castigo. Los pueblos inocentes pagan la pena de los excesos que hacen los reyes; así van las cosas humanas, así lo lleva la condicion de nuestra mortalidad. Por lo demás, el rey don Alonso era de condicion mansa y tratable, muy amigo de justicia. Quitó en toda la provincia los salteadores y libertad de hacer mal, ca por la revuelta de los tiempos y por la flojedad del rey don Sancho prevalecian en todas partes los males. Ordenó leyes, estableció fueros, tuvo con cierta igualdad trabados entre sí los mayores con los medianos, y con estos los mas bajos del pueblo. Esto en su casa y en el gobierno. En la guerra no tuvo menor esfuerzo; con sus armas y por su diligencia se ensancharon los términos de su estado. Ganó de los moros á Faro, Algecira, Albufera y otros pueblos por la comarca de Silves. Fundó y pobló de nuevo á Castro, Portalegre, Estremoz. La ciudad de Beja y otros muchos pueblos y castillos, que por la revuelta del tiempo pasado estaban por tierra ó maltratados, los reparó y reedificó. Hay tambien muestras de su piedad; en Lisbona un excelente monasterio, que por estos tiempos fundó y llevó al cabo, del órden de Santo Domingo. En Santaren otro de monjas de Santa Clara, que edificó á sus expensas desde los cimientos. La liberalidad que usaba con los pobres era tan grande, que muchas veces, consumidos los tesoros, para juntar dinero y remediallos empeñaba las alhajas y joyas de su casa. A don Alonso, rey de Castilla, cuya fama volaba por todo el mundo, vinieron por el mismo tiempo embajadores del soldan de Egipto; traíanle mucha ropa, preciosos tapices y alhombras que le presentaron; demás desto, animales muy extraordinarios y nunca vistos en España. Fué esto el año de 1260; en este año una villa de Guipúzcoa, parte de lo que llamamos Vizcaya, mudó el nombre antiguo de Arrasata en el de Mondragon, como se ve por un privilegio del mismo rey don Alonso de los mas antiguos que se hallan escritos en lengua española; porque fué el primer rey de España que en lugar

de la lengua latina, en que se escribian las escrituras públicas, mandó se usase la española. Hay otrosí una bula del papa Alejandro IV, dada en Anagni á 18 de marzo, el quinto año de su pontificado, en que manda que la ciudad de Segorve, que por este tiempo se ganó, esté sujeta al obispo de Albarracin, que se llamaba obispo de Segorve aun antes que aquella ciudad fuese de los moros ganada. Hay otra bula del mismo Pontífice, dada el sexto año de su pontificado, que es el en que vamos, en que mandaba que el obispo de Segorve, que lo era en aquel tiempo tambien de Albarracin, sea sufragáneo de la iglesia de Toledo. Opúsose don Arnaldo de Peralta, obispo de Zaragoza; alegaba que parte de aquella diócesi era de su iglesia. El Pontífice, vista la resistencia, moderó la primera concesion con otra bula, en que declara ser su voluntad que á los obispos de Zaragoza, no obstante lo susodicho, quedasen salvos sus derechos. El punto desta diferencia consistía principalmente sobre la palabra Segobriga. Constaba que una ciudad deste nombre fué antiguamente sufragánea de Toledo; pero la tal ciudad estaba en la Celtiberia; la Segobriga, es á saber, Segorve, de que se trataba y sobre que andaba el pleito, alegaban los aragoneses estar en los edetanos, bien apartada de la otra. Este parecer, contra lo que tenian antes determinado, prevaleció finalmente los años adelante. El de 1261, á los 27 de octubre, falleció don Sancho, arzobispo de Toledo. Entró en su lugar Pascual ó Pascasio, que era dean de aquella iglesia, el mismo que llevó la cruz delante el arzobispo don Rodrigo en las Navas de Tolosa. Fué natural de Almoguera, pueblo del Alcarria. Debia ser muy viejo, y así parece murió electo por junio luego siguiente. Su sepultura está en la capilla de Santa Lucía, iglesia mayor de la misma ciudad.

CAPITULO XIII.

Cómo los reyes de Aragon y de Sicilia emparentaron.

Falleció en Tarento, ciudad en lo postrero de Italia, algunos años antes deste tiempo el emperador Federico, aquel cuyo nombre por haber perseguido á los pontífices romanos fué aborrecido en los siglos adelante y siempre tenido por infame. Su hijo Conrado, que le sucedió en sus estados, cuatro años adelante, como de Suevia hobiese pasado en Italia y en Sicilia, dió fin á sus dias de su muerte natural, ó lo que se dijo por la fama, con yerbas que le dió Manfredo, su hermano bastardo. Este, no obstante que el difunto nombró por su heredero á Conradino, su hijo, habido en una hija del duque de Baviera, que por ser de pequeña edad le dejara en Suevia, provincia de Alemaña, encendido en deseo de reinar, y no haciendo caso por su pequeña edad de su sobrino, se apoderó con las armas y por fuerza de Sicilia y del reino de Nápoles contra derecho y contra voluntad de los pontífices romanos, cuyo feudo eran aquellos reinos desde su primera institucion, y que por esta causa claramente amenazaban, si no desistia, le harian todo mal y daño; mas él no hacia caso ni se movia por estas palabras, ni temia las censuras eclesiásticas, ni aun hacia caso ni tenia cuenta con la fama que de sus cosas corria; el deseo que tenia de reinar lo atropellaba todo. Antes hizo guerra en Toscana, donde era grande el poder de los guelfos, parcialidad aficionada á los papas, de la cual provincia fácilmente, vencidos los contrarios, se apoderó. Con estos principios y aumento las cosas de Manfredo se aseguraron de tal guisa, que con dificultad se pudieran mudar en contrario, si el señorío y estado ganado por malas mañas pudiera ser duradero. Los papas intentaban todos los caminos para abatir aquel reino que contra justicia y contra razon se fundara. Enviaron predicadores por todas las partes, que no cesaban de reprehendelle en sus sermones, como impío y enemigo de la religion cristiana. Poca ayuda tenia el Papa en los demás príncipes y poco le prestaban todas aquellas diligencias. Cárlos, hermano legítimo de san Luis de Francia, y él por sí conde de Anjou y de la Proenza, fué convidado á pasar á Italia con esperanza que se le dió de hacelle rey de Sicilia. Manfredo, avisado destas práticas y intentos y visto, si esto se hacia, cuán gran riesgo corrian sus cosas, trataba para afirmarse de buscar socorros de todas partes, y porque los cercanos le faltaban, determinó acudir á los de léjos. En primer lugar acometió á aliarse con don Jaime, rey de Aragon, cuya fama de sus hazañas y la gloria de las cosas por él hechas volaba de tiempo atrás por todas partes. Parecióle para mas obligalle trabar con él parentesco. Ofreció á Costanza, su hija, para que casase con don Pedro, su hijo mayor y heredero. Envió sobre el caso embajadores á Barcelona. Al rey de Aragon no le parecia aquel partido de menospreciar, mayormente que con la doncella de presente le ofrecian de dote ciento y veinte mil ducados, suma muy grande para aquel tiempo, demás de la esperanza cierta de heredar el reino de Sicilia y juntalle con el de Aragon á causa que Manfredo no tenia hijos varones. Asentado el negocio y concertado, despachó en embajada al pontífice Alejandro fray Raimundo de Peñafuerte, de la órden de Santo Domingo, varon prudente, erudito y santo, para que con la mucha autoridad que tenia reconciliase con el Pontífice á Manfredo y se compusiesen las diferencias pasadas. El Pontífice no se movió por las palabras ni razones de fray Raimundo, antes hizo grandes amenazas contra Manfredo. Cargóle que no solo contra justicia tenia usurpados aquellos estados, sino que era bastardo y hombre impío; avisábale de muchos excesos, en particular que publicó fingidamente que era muerto Conradino, su sobrino; por engaño y por este camino se apoderó del reino y tomó las armas contra la Iglesia. «No se puede, dice, ni se debe conceder alguna cosa al que hace guerra y tiene empuñadas las armas; por ventura se podria condescender en algo, si con humildad rogase. Esto dirás á tu Rey, y amonéstale de mi parte que no mezcle sus cosas con un hombre tan malvado; que de otra manera podrá temer la venganza de Dios y nuestra indignacion, que en la tierra tenemos sus veces.» Esta respuesta tuvo dudoso y suspenso el ánimo del rey de Aragon; pero prevaleció el provecho y útil contra lo que fuera razon y honesto. Hiciéronse los desposorios en Mompeller en la iglesia de Santa María el año 1262 con toda muestra de alegría, juegos y regocijos. De allí, vuelto el Rey á Barcelona, á 21 del mes de agosto dividió entre sus hijos sus reinos y estados en esta forma. Cataluña desde el Cabo de Creus, que los antiguos llamaban promontorio de Vénus, y todo Aragon y Valencia se adjudicó á don Pedro, su hijo; á don Jaime lo de Ruisellon, lo de Cerdania, Colibre, Confluencia, Valespira, á tal que

por las dichas ciudades fuese sujeto al rey de Aragon y le hiciese homenaje. Demás desto, que todas ellas se gobernasen por las leyes de Cataluña, y no pudiesen en particular y por su autoridad batir moneda. Demás desto le dió á Mallorca con título de rey y á Mompeller en la Francia. Por esta manera puso el padre en paz á los dos hermanos, que comenzaban á tener diferencias sobre la sucesion y juntamente alborotarse. Los grandes, divididos en bandos, sin cuidado ninguno de hacer el deber, antes con deseo cada cual de adelantarse y mejorar sus haciendas, avivaban el fuego y la llama de la discordia entre aquellos dos príncipes, mozos y hermanos.

CAPITULO XIV.

Que los Merinos se apoderaron de Africa.

Entre tanto que estas cosas se hacian en España, una nueva guerra muy grave y la mayor de todas las pasadas parecia de presente amenazalla, á causa de un nuevo imperio que se fundó estos años en Africa. Vencidos los Almohades y muertos, el linaje de los Merinos levantaba por las armas y despertaba el antiguo esfuerzo de su nacion, que parecia estar abatido y flaco por la flojedad de los reyes pasados. Trataban otrosí de pasar la guerra en España con esperanza cierta de reparar en ella la antigua gloria y el imperio de su nacion, que casi estaba acabado. Despues que Mahomad, por sobrenombre el Verde, fué por las armas de los cristianos vencido en las Navas de Tolosa, y despues que murió de su enfermedad, sucedió en su lugar Arrasio, su nieto, hijo de Busafo, que finó en vida del Rey, su padre, en tiempo que el imperio de los Almohades se extendia en Africa desde el mar Atlántico, que es el Océano, hasta la provincia de Egipto. Pusieron por gobernador de Tremecen, ciudad puesta á las marinas del mar Mediterráneo, en nombre del nuevo Rey un moro, llamado Gomaranza, del linaje de los moros Abdalveses, muy noble y poderoso en aquellas partes. Este, por hacer poco caso de su Rey ó por fiarse mucho de sus fuerzas, fué el primero que se determinó de empuñar las armas contra él. Arrasio acudió con su ejército á aquellas alteraciones, pero fué muerto á traicion. Ningunas asechanzas hay mas perjudiciales que las que se arman debajo de muestra de amistad; un pariente de Gomaranza, que salió del castillo con muestra de dar aviso al Rey de lo que pasaba, fué el que le dió la muerte y el ejecutor de tan grave maldad. Muerto el Rey, las gentes que le seguian fueron vencidas y desbaratadas con una salida que el traidor levantado hizo del castillo Tremesesir, en que el Rey le tenia cercado. Los que escaparon de la matanza se recogieron á Fez, que caia cerca de aquella parte de Africa que se llama el Algarve, que es lo mismo que tierra llana. Recogió y acaudilló estas gentes Bucar Merino, gobernador que era de Fez, confiado y deseoso de vengar á su señor; con que en una nueva batalla deshizo á los traidores, y en premio de su trabajo y porque no pareciese hacia la guerra con su riesgo y en provecho de otro, se determinó mudar el nombre de gobernador en apellido de rey y apoderarse para sí y para sus decendientes, como lo hizo, del imperio de Africa. Por esta manera, no vengada la traicion, sino trocado el traidor, Bucar Merino se hizo fundador de un nuevo imperio en Africa. Porque Almorcanda, que era del linaje de los Almohades, y en Marruecos sucediera en lugar de Arrasio, como saliese en busca de Bucar, fué vencido en una batalla cerca de un pueblo llamado Merquenosa, que está una jornada de la ciudad de Fez. Resultó que de un imperio en Africa se hicieron dos, que duraron por algun tiempo, el de Marruecos y el de Fez. A Bucar sucedió su hijo Hiaya. Por muerte deste, que falleció en su pequeña edad, su tio Jacob Abenjuzef, que gobernaba el reino en su nombre, hombre de gran ingenio y de gran experiencia en las armas, no solo quedó por señor de lo de Fez, sino con facilidad increible ganó para su familia y decendientes el imperio de Marruecos y casi de toda la Africa. Ninguna nacion hay en el mundo mas mudable que la africana, que es la causa porque ningun imperio ni estado puede entre aquella gente durar largo tiempo. Budebusio, que era del linaje de los almohades, moro de grande poder, por estar sentido que Almorcanda le hubiese sido preferido para ser rey de Marruecos, que no era mas pariente que él ni tenia deudo mas cercano con los reyes almohades difuntos, se determinó probar ventura si podia salir con aquel imperio, y como le faltasen las demás ayudas, acudió á Jacob, rey de Fez. Prometióle, si le ayudaba, mas tierras de las que tenia y en particular todo lo que hay desde tierra de Fez hasta el rio Nadabo. No era de desechar este partido, en especial que se ofrecia ocasion por la discordia de los almohades de apoderarse él de todo el imperio de Africa, bastante motivo para intentar la nueva guerra. Así que, juntadas sus gentes, marcharon contra el enemigo. Almorcanda, que no estaba bien arraigado en el imperio ni tenia fuerzas bastantes, desamparada la ciudad de Marruecos, dejó tambien el reino á su contrario. Con esta victoria apoderado de aquel estado, no quiso pasar por lo que concertó con Jacob, aunque muchas veces le hizo sobre ello instancia, y ordinariamente los que en el peligro se muestran mas humildes, en la prosperidad usan de mayor ingratitud, en tanto grado, que el nuevo rey Budebusio daba muestras de querer acometer con las armas la ciudad de Fez. Por esta manera una nueva guerra se despertó y se hizo por espacio de tres años. El pago de quebrantar la palabra fué que Jacob, ganado que hobo una victoria de su enemigo y contrario, se apoderó de Marruecos; despues desto, como quier que todo le sucediese prósperamente, quedó por rey de toda Africa, sacadas dos ciudades, la de Tremecen y la de Túnez. En aquella revuelta dos señores del linaje y secta de los almohades las tomaron, y con las fuerzas de su parcialidad y por caer léjos, así ellos como sus decendientes las defendieron con nombre de reyes, bien que de poco poder y fuerzas. Deste linaje sin que faltase la línea decendió Mulease, rey de Túnez, aquel que pocos años ha, echado de su reino, si con justicia ó sin ella no hay para qué tratallo aquí, pero ahuyentado y que andaba desterrado sin casa y sin ayuda, el emperador Cárlos V con las armas y poder de España le restituyó en el reino de sus padres despues que echó de Túnez con una presteza admirable á Aradieno Barbaroja, gran cosario, por merced de Soliman, emperador de los turcos, y en su nombre señor de aquella ciudad y reino; ocasion, á lo que parecia, para hacer que toda Africa volviese al señorío de cristianos.

CAPITULO XV.

Que se renovó la guerra de los moros.

Estos eran los linajes de los moros que estaban apoderados de Africa. En España Mahomad Alhamar era rey de Granada, de Murcia Hudiel; pequeñas sus fuerzas, muy menoscabada la majestad de su estado, y el uno y el otro eran tributarios de don Alonso, rey de Castilla. Estos, cansados de la amistad de los nuestros y con esperanza del socorro de Africa á causa que el nombre de Jacob, rey de Marruecos, comenzaba á cobrar gran fama, trataron entre sí de levantarse. Los que poco antes eran competidores y enemigos muy grandes, al presente se confederaron y hicieron alianza, como suele acontecer que muchas veces grandes enemistades con deseo de hacer mal á otros se truecan en benevolencia y amor; quejábanse de los agravios que se les hacian, de los tributos muy graves que pagaban, de la miseria de su nacion; que se hallaban reducidos á grande estrechura y á un rincon de España los que poco antes eran espantosos y bienaventurados. Que no les quedaba sino el nombre de reyes, vano y sin reputacion; miserable estado, servidumbre intolerable estar sujetos á las leyes de aquellos á quien antes las daban. Además que cuidaban no pararian los cristianos hasta tanto que con el odio que los tenian echasen de España las reliquias que de su gente quedaban. Menguado y envejecido el esfuerzo con que sus antepasados vinieron á España, lo que ellos ganaron no lo podian sustentar sus decendientes; falta y afrenta notable. Concluian que el linaje de los Merinos nuevamente se despertara en Africa, y allí prevalecian; que seria á propósito hacellos pasar en España, pues ellos solos podian dar remedio y reparar sus pérdidas y trabajos. Trataban estas cosas en secreto y por embajadores, porque si el negocio fuese descubierto, no les acarrease su perdicion, por no estar aun apercebidos de fuerzas bastantes. El rey don Alonso, ó por no ignorar estas prácticas y intentos, ó con deseo de desarraigar los moros de todo punto de España, de dia y de noche pensaba cómo volveria á la guerra contra ellos. Pretendia con las armas en el Andalucía sujetar algunas ciudades y castillos que rehusaban obedecer y no se le querian entregar, y era razon sujetallos. Para este efecto el pontífice máximo Alejandro IV dió la cruzada, que era indulgencia plenaria para todos los que, tomada la señal de la cruz, fuesen á aquella guerra y la ayudasen á sus expensas. Tratóse con los reyes comarcanos que enviasen socorros, y en particular por sus embajadores pidió al rey de Aragon, con quien tenia mas parentesco que con los demás, diese licencia á sus vasallos para tomar las armas y con ellas ayudar intentos tan santos, pues constaba que en la confederacion hecha en Soria poco antes quedó este punto asentado. El rey de Aragon, ni precisamente negó lo que se le pedia, ni otorgó con ello absolutamente; solo sacó desta cuenta á los señores que por sus estados ó por tirar gajes dél los tenia obligados; pero concedió que, así los vasallos destos como los demás del pueblo, si quisiesen, pudiesen tomar para el dicho efecto las armas y alistarse. Pretendia en esto este Príncipe, como viejo y astuto, que los grandes, de cuya voluntad no estaba muy asegurado, si pasaban á Castilla, no se apercibiesen de fuerzas y ayudas contra él. Con esta respuesta el rey don Alonso se irritó en tanta manera, que dejada la guerra de los moros, trataba de emplear sus fuerzas contra Aragon; detúvole de romper el respeto del provecho público y el deseo que tenia de dar principio á la empresa contra los moros. Con esta determinacion los castillos que en la confederacion de Soria quedó concertado diese para seguridad, y hasta entonces se dilatara, sin embargo, por la instancia que sobre ello le hacian, los entregó á don Alonso Lopez de Haro; para que los tuviese en fieldad le alzó el homenaje, como era necesario, con que estaba obligado á los reyes de Castilla. Los castillos eran Cervera, Agreda, Aguilar, Arnedo, Autol. Entre tanto que con estas contiendas se pasaba la buena ocasion de comenzar la guerra, los moros, que no ignoraban dónde iban á parar tantos apercebimientos, acordaron ganar por la mano y se apoderaron del castillo de Murcia y de otros pueblos por aquella comarca en que tenian puestas guarniciones de cristianos. Sobornaron otrosí á los moros de Sevilla que con engaño ó por fuerza dentro del palacio real matasen al Rey. Como este intento se estorbase porque los santos patrones de España apartaron tanto mal, ellos con gentes que de todas partes juntaron, por otra parte acometieron las tierras de cristianos con tal denuedo y priesa, que la ciudad de Jerez, Arcos, Béjar, Medina Sidonia, Roda, Sanlúcar, todos estos pueblos volvieron en un punto á poder de moros. En esta guerra se señaló mucho el esfuerzo y lealtad de Garci Gomez, alcaide de la fortaleza de Jerez, que, muertos ó heridos todos los soldados que tenia de guarnicion, no quiso todavía entregar la fortaleza ni le pudieron persuadir á hacello por ningun partido que le ofreciesen, puesto que ninguna esperanza le quedaba de podella defender; hombre señalado y excelente. Los moros, maravillados de tan grande esfuerzo, sin mirar que era enemigo, con deseo que tenian de salvar la vida al que de su voluntad con tanta obstinacion se ofrecia á la muerte, con un garfio de hierro que le echaron le asieron, y derribado del adarve, con gran diligencia y humanidad le hicieron curar las heridas y le salvaron la vida. El rey don Alonso, que era ido á lo mas dentro de España con intento de aprestar lo necesario para la guerra, el año siguiente acudió con gentes á aquel peligro. En este viaje no léjos de las ruinas de Alarcos, en una aldea que se llamaba el Pozuelo de San Gil, en los oretanos, una legua del rio Guadiana, en un muy buen sitio rodeado de muy fértiles campos y apacibles, por la comodidad del sitio fundó un pueblo bien grande con nombre de Villareal, nombre que adelante don Juan el Segundo, rey de Castilla, le mudó en el que hoy tiene de Ciudad-Real. Pretendia en esto el Rey que, por estar este pueblo asentado en la raya del Andalucía, sirviese como de un fuerte baluarte para impedir las entradas de los bárbaros y para que dende los nuestros hiciesen correrías y cabalgadas. De aquel lugar pasó á tierra de moros; con su entrada todos los pueblos y campos por do pasaba fueron trabajados; en especial el año 1263 los moros en todos los lugares padecieron mucho mal y daños sin cuento. En este año gran número de soldados aventureros acudieron, convidados de la franqueza que les prometian de un tributo que se llamaba martiniega, á tal que con armas y ca-

ballo cada un año por espacio de tres meses á su costa siguiesen la guerra y los reales del Rey. Los reyes moros por entender que no podrian ser bastantes para tan grande avenida de los nuestros, tan gran pujanza y tantos apercebimientos, lo que antes intentaron y lo tenian acordado, de nuevo y con mayor instancia importunaron al rey de Marruecos para que les ayudase en la guerra. Declaráronle por sus embajadores el riesgo grande en que se hallaban si no les acudia brevemente. Oyó aquel Rey su demanda y otorgó con ellos; envióles mil caballos ligeros de Africa, los cuales con cierto motin que levantaron pusieron en peor estado las cosas de los moros, tanto, que Jerez con todos los demás pueblos que antes se perdieron volvieron á poder del rey don Alonso. Junto al puerto de Santa María, que los antiguos llamaron puerto de Mnesteo, se edificó un pueblo de aquel nombre, reparados los edificios antiguos, cuyas ruinas y paredones todavía quedaban como rastros de su grandeza y antigüedad. En Toledo otrosí á expensas del Rey se edificó la iglesia de Santa Leocadia detrás del alcázar. Concluidas estas cosas, el año de 1264 volvió el Rey á Sevilla; las gentes, porque se llegaba el invierno, parte enviaron á invernar, los mas con licencia que les dieron se volvieron á sus casas. La fama, que suele hacer todas las cosas mayores, corria á la sazon, y por dicho de muchos se divulgaba que los enemigos llamaban de Africa, no ya socorros, sino ejército formado, cuidadosos de la guerra que los fieles les hacian y con esperanza cierta de reparar su antiguo imperio en España. Estas nuevas y rumores pusieron en grande cuidado á los castellanos y aragoneses, que estaban mas cercanos al peligro y eran los primeros en quien descargaria aquella tempestad y contra quien se enderezaban las fuerzas de los contrarios. El rey don Alonso, aquejado del recelo desta guerra, fué el primero que convidó al rey don Jaime de Aragon para que juntase con él sus fuerzas. Que pues el peligro era comun y aquellas gentes amenazaban á ambas naciones y coronas, era justo que de entrambas partes se acudiese al reparo. Que si no le movia el parentesco y amistad, á lo menos le despertase el peligro y afrenta de la religion cristiana. Don Pedro Yañez, maestre de Calatrava, enviado con esta embajada, en Zaragoza á los 7 de marzo propuso lo que por su Rey le fué mandado; llevaba cartas de la reina doña Violante, en que suplicaba á su padre con grande instancia ayudase á la cristiandad, á ella, que era su hija, y á sus nietos en aquel aprieto. Era cosa muy honrosa al rey don Jaime que un Rey tan poderoso se adelantase á pedille socorro y á convidalle que hiciesen liga. Las cosas de Aragon no estaban sosegadas ni sus hijos bastantemente apaciguados en la discordia que entre sí tenian; los grandes del reino divididos en estas parcialidades, y el pueblo otro que tal; de que resultaban latrocinios y libertad para toda suerte de maldades y desafueros tan grandes, que forzó á las ciudades puestas en las montañas de Aragon á ordenar entre sí hermandades para reprimir aquellos insultos, y con nuevas leyes y severas que se ordenaron hacer rostro al atrevimiento de los hombres facinorosos; la grandeza de los castigos que daban á los culpados hacia que todos escarmentasen. Por cualquier delito, puesto que no muy grande, daban pena de muerte. Los pecados ligeros castigaban con azotes ó con otra afrenta, con que los malhechores quedaban castigados, y la grandeza de la pena avisaba á los demás que se guardasen de pecar. Demás desto, las voluntades de los grandes estaban enajenadas del Rey; extrañaban mucho que las honras y cargos se daban á hombres extraños ó bajos; que los fueros no se guardaban ni la autoridad del justicia de Aragon, que está por guarda de su libertad y leyes; que con los tributos, no solo el pueblo, sino tambien los nobles y hidalgos, se hallaban cargados y oprimidos; que antes sufririan la muerte que pasar por que les quebrantasen sus fueros y derecho de libertad. Estas eran las quejas comunes. Demás desto, cada cual donde le apretaba el calzado tenia su particular dolor y desabrimiento. Por esta causa como el Rey en Barcelona para juntar dinero pidiese en las Cortes le concediesen el bovático, don Ramon Folch, vizconde de Cardona, hizo contradiccion con grande resolucion y porfía. Afirmaba que si el Rey no mudaba estilo y desistia de aquellos agravios, no mudaria él de parecer ni se apartaria de aquel intento. Hiciéralo como lo decia, si los otros caballeros no le avisaran que en mala sazon alborotaba la gente, que era mejor aguardar un poco de tiempo que dejar pasar aquella buena coyuntura de ayudar al comun, principalmente que con el ejemplo de los catalanes convenia mover á los aragoneses, gente mas determinada y mas constante en defender sus libertades. Tuviéronse Cortes en Zaragoza con el mismo intento de juntar dinero; pero gran parte de los señores y nobleza hicieron contradiccion á la voluntad del Rey. Fernan Sanchez, hijo del Rey, y don Simon de Urrea, su suegro, fueron los que mas se señalaron como caudillos de los alterados. Pasaron tan adelante, que dejadas las Cortes, se aliaron entre sí en Alagon contra las pretensiones y fuerzas del Rey. La cosa amenazaba guerra y mayores males, si no fuera que personas religiosas se pusieron de por medio para que la diferencia se compusiese por las leyes y tela de juicio sin que se pasase á las manos y á rompimiento. El mismo Rey, fuese de corazon ó fingidamente, no rehusaba, á lo que decia, emendar todo aquello en que hasta entonces le cargaban; como prudente que era y mañoso consideraba que la furia de la muchedumbre es á manera de arroyo, cuya creciente al principio es muy brava y arrebatada, pero luego se amansa. Hiciéronse treguas. Señaláronse jueces sobre el caso, que fueron los prelados de Huesca y de Zaragoza, que con su prudencia compusieron aquellos debates; sobre todo la astucia de Rey, que daba la palabra de hacer todo aquello que pretendian y sobre que aquellos nobles andaban alborotados. Sosegado el alboroto, se hicieron levas de soldados para comenzar por aquella parte la guerra, año de nuestra salvacion de 1265. El rey don Alonso con sus gentes entró por las tierras de Granada muy pujante. El rey don Jaime se encargó de hacer la guerra contra el rey de Murcia. Todo lo hallaron mas fácil que pensaban, ca no hallo que de Africa viniese algun número de gente señalado; la causa no se sabe, sino que no hay que fiar en los moros ni en sus promesas, que tienen la fe colgada de la fortuna y de lo que sucede. El rey don Jaime, por la parte del reino de Valencia entrado que hobo en las tierras de Castilla, ganó á Villena de los moros, y se la restituyó á don Manuel,

hermano del rey don Alonso de Castilla, que era yerno suyo, casado con doña Costanza, su hija; despues desto sujetó á Elda, Orcelis y á Elche con otros muchos lugares que por aquella comarca quitó á los moros, parte por fuerza, parte que se le entregaron. Demás desto, pasado el rio de Segura, atajó las vitualias que llevaban los moros á Murcia en dos mil bestias de carga con buena guarda de soldados. En el entre tanto el rey don Alonso no se descuidaba en la guerra contra los moros de Granada, y en hacer todo el mal y daño á los pueblos y campos circunstantes, tanto, que los puso en necesidad de pedir á los nuestros se renovase la antigua confederacion. Los reyes don Jaime y don Alonso para tomar su acuerdo en presencia sobre lo que á la guerra tocaba de propósito por la comodidad del lugar se juntaron en la ciudad de Alcaráz. Estuvo presente á estas vistas la reina doña Violante. Detuviéronse algunos dias; y concertado lo que pretendian y hechas sus avenencias, volvieron á la guerra. Las gentes de Aragon, como apercebidas de todo lo necesario, de Orcelis marcharon la via de Murcia y se pusieron sobre ella por el mes de enero del año 1266. Está aquella ciudad asentada en un llano en comarca muy fresca por do paso el rio de Segura, y sangrado con acequias, riega así bien los campos como la ciudad, que está en gran parte plantada de moreras, cidros y de naranjos y de toda suerte de agrura, y representa un paraíso en la tierra. En nuestro tiempo el principal esquilmo y provecho es el que se saca de la seda, fruto de que se sustenta casi toda la ciudad. Estaba entonces muy pertrechada y fortificada; no solo tenian aquellos ciudadanos cuenta con la recreacion, sino se pertrechaban para la guerra, en particular tenian muy buena guarnicion de soldados, así temian menos al enemigo; por el mismo caso los aragoneses sospechaban que el cerco duraria largo tiempo. Al principio se hicieron algunas escaramuzas con salidas que hacian los moros, en que siempre los cristianos se aventajaban. No pasó mucho tiempo que los moros por la buena maña del rey de Aragon, perdida la esperanza de poderse defender, se rindieron á partido y entregaron la ciudad. Por otra parte, entre el rey don Alonso y los de Granada en una junta que tuvieron en Alcalá de Benzaide se hizo confederacion y concierto debajo destas condiciones: el rey de Granada se aparte de la liga y amistad del rey Hudiel de Murcia; pague en cada un año cincuenta mil ducados, como antes acostumbraba; al contrario el rey don Alonso alce la mano de amparar en su daño los señores moros de Guadix y de Málaga, á tal empero que el rey Moro les otorgue treguas por espacio de un año; al rey de Murcia, si acaso viniese á poder de cristianos, se le haga gracia de la vida. Tomado este asiento, el rey don Alonso, con deseo de tomar la posesion de la ciudad de Murcia, vuelto ya el rey don Jaime, luego que la rindió, á su tierra, se apresuró para ir allá. En este viaje, en el lugar de Santistéban, Hudiel, rey de Murcia, le salió al encuentro, y echado á sus piés, pidió perdon de lo pasado. Confesaba su yerro y su locura que le despeñó en aquellos males. Pedia tuviese misericordia de su trabajo y de tantas miserias como eran las en que se hallaba. Por esta manera fué recebido en gracia y perdonado; mas que de allí adelante no fuese ni se llamase rey, y se contentase con las heredades y rentas que le señalaron para sustentar la vida. El nombre de rey se dió á Mahomad, hermano de aquel Abenhut, de quien arriba se dijo fué muerto en Almería. Dejáronle solamente la tercera parte de las rentas reales, y que con lo demás acudiese al fisco real de Castilla. Este fué el remate desta guerra, que tenia puesta la gente en gran recelo y cuidado.

CAPITULO XVI.

Que la emperatriz de Grecia vino á España.

En el mismo tiempo que el Andalucía y reino de Murcia estaban encendidos con la guerra contra los moros, lo demás de España gozaba de sosiego, por lo menos las alteraciones eran de poco momento, cosa de maravilla por la diversidad de principados y la grande libertad de los caballeros y del pueblo. Solo Gonzalo Yañez Bazan, persona principal entre los navarros, renunciado que hobo por públicas escrituras la naturalidad, como en aquel tiempo se acostumbraba, en la frontera de Aragon con voluntad del rey don Jaime edificó un castillo, llamado Boeta, desde donde trabajaba y hacia daño en los campos comarcanos de Navarra. La pesadumbre que por esta causa recebia aquella gente se mudó en grande alegría por traer en el mismo tiempo á Navarra para poner entre las demás reliquias de la iglesia mayor de Pamplona una parte no pequeña de la corona de espinas que fué puesta en la cabeza de Cristo, hijo de Dios. San Luis, rey de Francia, les hizo donacion della; Balduino, emperador de Constantinopla, ya que iba de caida el poder de los franceses en aquel imperio, por la falta de dineros que padecia, se la empeñó por cierta cantidad, con que le socorrió. Esto le hizo aborrecible á sus ciudadanos, por atreverse á privar aquella ciudad de una reliquia y prenda tan grande y tan santa. Esta corona se ve hasta el dia de hoy y se conserva con gran devocion en Paris en la capilla santa y real de los reyes de Francia. Es á manera de un turbante, y della se tomó la parte que al presente se trajo á Navarra. Esto en España. De Italia venian nuevas que el año pasado el rey Manfredo fué despojado del reino y de la vida por Cárlos, hermano de san Luis, rey de Francia, y que, como vencedor, en su lugar se apoderó de aquellos estados. Urbano y despues Clemente IV, pontífices romanos, con esperanza y promesa de dalle aquel reino le llamaron á Italia, y llegado que fué á Roma, le coronaron por rey de Sicilia y de Nápoles. La batalla, que fué brava y famosa, se dieron cerca de Benevento, con que el poder y riquezas de los normandos, que tantos años florecieron en aquellas partes, quedaron por tierra. Concertó el nuevo Rey y obligóse de pagar cada un año á la Iglesia romana en reconocimiento del feudo cuarenta mil ducados, y que no pudiese ser emperador, puesto que sin pretendello él le ofreciesen el imperio. El rey don Jaime, alterado como era razon por el desastre y caida de Manfredo, su consuegro, revolvia en su pensamiento en qué manera tomaria emienda de aquel daño. Así apenas hobo dado fin á la guerra de Murcia, cuando se partió á lo postrero de Cataluña para si en alguna manera pudiese ayudar á lo que quedaba de los normandos y apoderarse del reino, que por la afinidad contraida con Manfredo pretendia ser de su hijo. En el

entre tanto don Alonso, rey de Castilla, se ocupaba en asentar las cosas de Murcia, llevar nuevas gentes para que poblasen en aquella comarca, edificar castillos por todo el distrito para mayor seguridad. No bastaba Castilla para proveer de tanta multitud como se requeria para poblar tantas ciudades y pueblos. De Cataluña hizo llamar y vinieron muchos que asentaron en el nuevo reino. No dejaba asimismo, no obstante lo concertado, de ayudar de secreto á los de Guadix y á los de Málaga. Para quejarse deste agravio y que el rey don Alonso no guardaba lo concertado el rey de Granada en persona vino á Murcia. La respuesta que se le dió no fué á su gusto; volvióse mas enojado que vino, ocasion con que algunos señores, que de tiempo atrás ofendidos del rey don Alonso se tenian por agraviados, hablaron en secreto con el Moro y le persuadieron á que de nuevo tomase las armas. El principal en este trato fué don Nuño Gonzalez de Lara, hombre de gran ingenio, de grandes riquezas y que tenia muchos aliados. Pretendia que el Rey tenia hechos muchos agravios á don Nuño, su padre, y á don Juan, su hermano. Deste principio resultaron nuevas alteraciones á tiempo que el Rey se prometia paz muy larga y estaba asaz seguro de lo que se trataba, tanto, que era ido á Villareal para ver los edificios y fábricas que en el nuevo pueblo se levantaban. Dende despachó sus embajadores á Francia el año de 1267 al rey san Luis para pedille su hija doña Blanca por mujer para el infante don Fernando, su hijo mayor. Hecho esto, él se fué á la ciudad de Victoria, para donde el rey de Ingalaterra le tenia aplazadas vistas, y prometido que en breve seria con él para tratar cosas y negocios muy graves. Todavía no vino, sea mudado de voluntad, ó por no tener lugar para ello; envió empero á Eduardo, su hijo mayor, á tiempo que ya el rey don Alonso era vuelto á Búrgos, y en sazon que la emperatriz de Constantinopla, huida de su casa y echada de su imperio, vino á verse con el Rey. Balduino, su marido, y Justiniano, patriarca, echados que fueron de Grecia por las armas de Micael Paleólogo, en el camino, segun se entiende, cayeron en manos del soldan de Egipto. La emperatriz, por nombre Marta, con el deseo que tenia de librar á su marido, concertó su rescate en treinta mil marcos de plata. Para juntar esta suma tan grande fué primero á verse con el Padre Santo y rey de Francia; últimamente, llegada á Búrgos el año del Señor 68 deste centenario, suplicó al Rey, su primo, solamente por la tercera parte desta suma. El Rey se la dió toda entera, que fué una liberalidad de mayor fama que prudencia, por estar los tesoros tan gastados. Lo que principalmente los señores le cargaban era que con vano deseo de alabanza consumió en esto los subsidios y ayudas del reino, y para suplir sus desórdenes desaforaba los vasallos. Los ánimos, una vez alterados, las mismas buenas obras las toman en mala parte. Algunos historiadores tienen por falsa esta narracion, y dicen que Balduino nunca fué preso del soldan de Egipto. Nos en esto seguimos la autoridad conforme de nuestras historias, puesto que no ignoramos muchas veces ser mayor el ruido y la fama que la verdad. El emperador Balduino, recobrada la libertad, por no poder volver á su imperio pasó á Francia, y en Namur, ciudad suya y de los sus estados de Flándes, pasó su vida. Por do parece que los condes de Flándes se pueden intitular emperadores de Constantinopla, no con menos razon que los reyes de Sicilia pretendan el reino de Jerusalem. Por un privilegio dado á los caballeros de Calatrava, era 1302, de Cristo 1264, á 17 de octubre, se comprueba bastantemente que la iglesia de Toledo estaba vacante, y se convence, si los números allí no están estragados, cosa que suele acontecer muchas veces. En lugar sin duda de don Pascual, arzobispo de Toledo, ó este año, ó lo que mas creo, algunos años antes fué puesto otro don Sancho, hijo de don Jaime, rey de Aragon. Sospecho que el nuevo prelado, sea por su poca edad, sea por otras causas, se detuvo en Aragon antes de arrancar para venir á su iglesia, que dió ocasion á algunos para poner antes de su eleccion una vacante de no menos que cuatro años. Queríale mucho su padre, que fué causa de venir por este tiempo á Toledo, como luego se dirá.

CAPITULO XVII.

Que don Jaime, rey de Aragon, vino á Toledo.

Por el mismo tiempo en Italia andaban muy grandes alteraciones y revueltas á causa que Corradino, suevo, pretendia por las armas contra la voluntad y mandado de los pontífices restituirse en los reinos de su padre. Seguíale y acompañábale desde Alemaña Federico, duque de Austria. Don Enrique, hermano del rey de Castilla, desde Roma se fué con él, donde tenia cargo de senador ó gobernador; su nobleza suplia, á lo que yo creo, la falta de otras partes y de su inquieto natural. Demás destos señores los gibellinos por toda Italia tomaron su voz y en su favor las armas. Con esta gente y pujanza rompió por el reino de Nápoles; en los Marsos, parte del Abruzo, cerca del lago Fucino, hoy el lago de Talliacozo, dió la batalla Corradino al nuevo rey Cárlos, que salió al encuentro. Vencieron los franceses, mas por maña que por verdadero esfuerzo; fueron presos en la pelea Federico y don Enrique, Corradino en la huida y alcance, que ejecutaron los franceses con crueldad. A Corradino y Federico en juicio cortaron en Nápoles las cabezas, nuevo y cruel ejemplo, que tan grandes príncipes, á los cuales perdonó la fortuna dudosa y trance de la batalla, despues della en juicio los ejecutasen. En el entre tanto en Aragon se levantó una liviana alteracion á causa que Gerardo de Cabrera pretendia el condado de Urgel, con color que los hijos de su hermano don Alvaro, poco antes difunto, no eran legítimos. Don Ramon Folch, tio de los infantes de parte de madre, y otras personas principales por compasion de su edad y por otras prendas que con ellos tenian se encargaron de amparallos. El rey don Jaime parecia aprobar la pretension de Gerardo, mayormente que traspasara su derecho en el mismo Rey por no confiar en sus fuerzas. El rey de Granada por otra parte trataba de hacer guerra á los de Guadix y á los de Málaga en prosecucion de su derecho y por lo que poco antes se concertó en la confederacion que puso con el rey don Alonso, de quien extrañaba que de secreto ayudase á sus contrarios. Don Nuño de Lara y don Lope de Haro, por estar desabridos con su Rey y enajenados, atizaban el fuego. Prometian que si de nuevo tomaba las armas se pasarian á él públicamente, no solo ellos, sino otros muchos señores que estaban asimismo disgustados. Andaba fama destas prácticas

y se rugia lo que pasaba, que pocas cosas grandes de todo punto se encubren, pero no se podian probar bastantemente con testigos. Forzado pues el Rey de la necesidad se partió para el Andalucía. Hállase que este año á 30 de julio dió el rey don Alonso y expidió un privilegio en Sevilla, en que hizo villa á Vergara, pueblo de Guipúzcoa á la ribera del rio Deva, y le mudó el nombre que antes tenia de San Pedro de Ariznoa en el que hoy le llaman. Compuestas en alguna manera las cosas del Andalucía, entrado ya el invierno, fué forzado á dar la vuelta para recebir y festejar al rey don Jaime, su suegro, que venia á Toledo á instancia de don Sancho, su hijo, para hallarse presente á su misa nueva, que queria cantar el mismo dia de Navidad. El dia señalado don Sancho dijo su misa de Pontifical; halláronse presentes para honralle los dos reyes de Castilla y Aragon, padre y cuñado, la Reina, su hermana, y el infante don Fernando. Detuviéronse en Toledo ocho dias no mas, porque el rey de Aragon, aunque se hallaba en lo postrero de su edad, ardia en deseo de abreviar y comenzar la jornada que pretendia hacer para la guerra de la Tierra-Santa, sin perdonar á trabajo ni hacer caso de los negocios de su reino, que le tenian embarazado, muchos y graves, por la gran gana de ensanchar el nombre cristiano y ilustrar en la Suria la gloria antigua de los cristianos, que parecia estar añublada. Gran príncipe y valeroso, digno que le sucediera mas á propósito aquella jornada.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Aragon partió para la Tierra-Santa.

Las cosas de la Tierra-Santa estaban reducidas á lo postrero de los males y apretura. El reino que fundó el esfuerzo de los antepasados, la cobardía y flojedad de los que en él sucedieron le tenian en aquel estado. Además que los príncipes cristianos, ocupados en las guerras que se hacian entre sí por cumplir sus apetitos particulares, poco cuidaban del bien público y de la afrenta de la cristiana religion. El vigor y ánimo con que tan grandes cosas se acabaron por la inconstancia de las cosas humanas se envejecia; y porque tantas veces los príncipes sin provecho alguno por mar y por tierra en gran número acudieran para ayudar á los cristianos los años pasados, la esperanza de mejoría era muy poca y todos desalentados. A la sazon se ofrecia una buena ocasion que casi en un mismo tiempo despertó para volver á las armas á España, Ingalaterra y Francia. Esta fué que los tártaros, salidos de aquella parte de Scitia, como algunos piensan, en que Plinio antiguamente demarcó los tráctaros, hecha liga con los de Armenia, habian acometido con las armas aquella parte de la Suria que estaba en poder de los sarracenos, con gran esperanza al principio de los fieles que podrian recobrar las riquezas y poder pasado; pero despues todo fué de ningun efecto y se fué en flor lo que pensaban. En el tiempo que Inocencio IV celebraba un concilio general en Leon de Francia, fueron por él enviados cuatro predicadores de la sagrada órden de Santo Domingo, cuya fama en aquella sazon era muy grande, á la tierra de los tártaros para acometer si por ventura aquella gente áspera en su trato, dada á las armas, sin ninguna religion ó engañada, se pudiese persuadir á abrazar la cristiana. Con esta diligencia se ganó aquella gente; humanáronse aquellos bárbaros con la predicacion, y comenzaron á cobrar aficion á los cristianos mas que á las otras naciones. El rey de aquella gente, que vulgarmente llamaban el Gran Cam, que quiere decir rey de los reyes, no cesaba con embajadores que enviaba á todas partes de despertar los príncipes de Europa para que tomasen las armas. Acusábalos y dábales en cara que parecia no hacian caso de la gloria del nombre cristiano. Esta instancia que hizo los años pasados y no se dejó los de adelante, en este tiempo se continuó con mayor porfía y cuidado; en particular envió al rey de Aragon en compañía de Juan Alarico, natural de Perpiñan (al cual el Rey antes movido por otra embajada despachó para que fuese á los tártaros), nuevos embajadores, que en nombre de su Rey prometian todo favor, si se persuadiese de tomar las armas y juntar en uno con ellos las fuerzas. Estos embajadores repararon en Barcelona; Alarico pasó á Toledo, y en una junta de los principales dió larga cuenta de lo que vió y de toda su embajada; palabras y razones con que los ánimos de los príncipes no de una manera se movieron. El rey don Jaime se determinó ir á la guerra, magüer que era de tanta edad. Don Alonso, su yerno, y la Reina alegaban la deslealtad de los griegos, la fiereza de los tártaros, todo con intento de quitalle de aquel propósito, para lo cual usaban y se valian de muchos ruegos y aun de lágrimas que se derramaban sobre el caso. Prevaleció empero la constancia de don Jaime; decia que no era justo, pues tenia paz en su casa y reino, darse al ocio, ni perdonar á ningun afan, ni á la vida que poco despues se habia de acabar, en tan gran peligro como corrian los cristianos. El rey don Alonso, por velle tan determinado, le prometió cien mil ducados para ayuda de los gastos de la guerra. Algunos señores de Castilla asimismo se ofrecieron á hacelle compañía en aquella jornada, entre ellos el maestre de Santiago y el prior de San Juan don Gonzalo Pereira. Concluidas las fiestas de Toledo, él se partió; en la ciudad de Valencia oyó los embajadores de los tártaros, y fuera dellos otro embajador del emperador Paleólogo, que le prometia, si tomaba aquella empresa, de proveelle bastantemente de vituallas y todo lo necesario. En Barcelona se ponia en órden y estaba á la cola una buena armada apercebida de soldados y de todo lo demás. Antes que se pusiese en camino, á ruego de su hija doña Violante, volvió desde Valencia al monasterio de Huerta. Despedido de sus hijos y de sus nietos, sin dar oidos á los ruegos con que pretendian de nuevo apartalle de aquel propósito, volvió donde surgia la armada, en que se contaban treinta naves gruesas y algunas galeras. A 4 de setiembre, dia miércoles, año de 1269, hechas sus plegarias y rogativas como es de costumbre, alzó anclas y se hizo á la vela; era el tiempo poco á propósito y sujeto á tormentas. En tres dias llegaron á vista de Menorca; mas no pudieron tomar puerto á causa que cargó mucho el tiempo y una recia tempestad de vientos desrotó las naves y la armada; dejáronse llevar del viento, que las echó á diversas partes. El Rey arribó á Marsella en la ribera de Francia, y desde allí por mudarse el viento aportó al golfo agatense ó de Agde. Algunas de las naves que pudieron seguir el rumbo que llevaban, llegaron á

Acré, pueblo de Palestina, entre las demás las naves de Fernan Sanchez, hijo del Rey. Movido por las amonestaciones de los suyos, el Rey se rehizo en Mompeller por algunos dias del trabajo del mar; y arrepentido de su propósito, á que parecia hacer contradicion el cielo ofendido y enojado contra los hombres y sus pecados, puesto que menospreciaba cosas semejantes como casuales, ni miraba en agüeros, volvió á Cataluña sin hacer otro efecto. En Castilla el rey don Alonso llegó hasta Logroño; en su compañía Eduardo, hijo del rey de Ingalaterra, para recebir á su nuera, que concertado el casamiento en Francia, por Navarra venia á verse con su esposo. Las bodas se celebraron en Búrgos con aparato el mayor y mas real que los hombres vieron jamás; don Jaime, rey de Aragon, abuelo del desposado, á persuasion del rey don Alonso, y junto con él don Pedro, su hijo mayor, Filipe, hijo mayor del rey de Francia, Eduardo, príncipe y heredero de Ingalaterra, el rey de Granada, el mismo rey don Alonso, sus hermanos y hijos y su tio don Alonso, señor de Molina, se hallaron presentes. De Italia, Francia y España acudieron muchos señores, entre ellos Guillen, marqués de Monferrat, de quien dice Jovio era yerno del rey don Fernando. Hallóse otrosí el arzobispo de Toledo don Sancho; quién dice que veló á los desposados. Con estas bodas se pretendia que el rey san Luis en su nombre y de sus hijos se apartase del derecho que se entendia tenia á la corona de Castilla, como hijo que era de doña Blanca, hermana mayor del rey don Enrique, como arriba queda dicho y juntamente refutado. Concluidas las fiestas, el rey don Alonso acompañó al rey don Jaime, su suegro, para honralle mas hasta la ciudad de Tarazona.

CAPITULO XIX.

San Luis, rey de Francia, falleció.

Los ingleses y franceses pasaron mas adelante que los aragoneses en lo que tocaba á la guerra de la Tierra-Santa; pero el remate no fué nada mejor, salvo que por esta razon se hizo confederacion entre Ingalaterra y Francia. En Paris, en una grande junta de príncipes, compusieron todas sus diferencias antiguas; este fué el principal fruto de tantos apercebimientos. Señaláronse de comun consentimiento en Francia los términos y aledaños de las tierras de los franceses y ingleses. Púsose por la principal condicion que en tanto que san Luis combatia á Túnez, do pretendia pasar á persuasion de Cárlos, su hermano, rey de Nápoles, que decia convenir en primer lugar hacer la guerra á los de Africa, que siempre hacian daño en Italia y en Sicilia y en la Proenza y á todos ponian espanto; que en el entre tanto el Inglés con su armada, que era buena, pasase á la conquista de la Tierra-Santa. Hízose como lo concertaron, que Eduardo, hijo mayor del Inglés, con buen número de bajeles, rodeadas y costeadas las riberas de España y de Italia, á cabo de una larga navegacion surgió en aquellas riberas y saltó con su gente en tierra de Ptolemaide. Los primeros dias la ayuda de Dios le guardó de un peligro muy grande; un hombre en su aposento le acometió y le dió antes que le acudiesen una ó dos heridas. Mataron aquel mal hombre allí luego. No se pudo averiguar quién era el que le enviara; díjose que los asasinos, que era cierto género de hombres atrevidos y aparejados para casos semejantes. San Luis, con tres hijos suyos, 1.° de marzo, año de 1270, desde Marsella se hizo á la vela. Teobaldo, rey de Navarra, puesto á su hermano don Enrique en el gobierno del reino, con deseo de mostrar su valor y ayudar en tan santa empresa, acompañó al Rey, su suegro. Padecieron tormenta en el mar y recios temporales; finalmente, desembarcaron en Túnez. Asentaron sus ingenios, con que comenzaron á combatir aquella ciudad. Los bárbaros, que se atrevieron á pelear, por dos veces quedaron vencidos; despues de esto, como se estuviesen dentro de los muros, llegó el cerco á seis meses. Los calores son extremos, la comodidad de los soldados poca. Encendióse una peste en los reales, de que murieron muchos; entre los demás, primero Juan, hijo de san Luis, y poco despues el mismo Rey, de cámaras que le dieron, falleció á 25 de agosto. Esta grande cuita y afan se acrecentara, y hobieran los demás de partir de Africa y dejar la demanda con gran mengua y daño, en tanta manera tenian enflaquecidas las fuerzas, si no sobreviniera Cárlos, rey de Sicilia, que dió ánimo á los caidos. Hízose concierto con los bárbaros que cada un año pagasen de tributo al mismo rey Cárlos cuarenta mil ducados, que era el que él debia por Sicilia y Nápoles á la Iglesia romana y al Papa; con esto, embarcadas sus gentes, pasaron á Sicilia. No aflojaron los males; en la ciudad de Trapana, que es en lo postrero de aquella isla, Teobaldo, rey de Navarra, falleció á 5 dias de diciembre. Esta fué la ocasion que forzó á dejar la empresa de la Tierra-Santa, que tantas veces infelizmente se acometiera, y de dar la vuelta á sus tierras y naturales. Las entrañas de san Luis sepultaron en la ciudad de Monreal en Sicilia; el cuerpo llevaron á San Dionisio, sepultura de aquellos reyes cerca de Paris. El cuerpo del rey Teobaldo, embalsamado, llevaron á Pervino, ciudad de Campaña en Francia, y pusieron en los sepulcros de sus antepasados. Su mujer, la reina doña Isabel, el año luego siguiente, á 25 de abril, falleció en Hiera, pueblo de la Proenza; enterráronla en el monasterio llamado Barra. A todos se les hicieron las honras y exequias como á reyes, con grande aparato, como se acostumbra entre los cristianos. Volvamos la pluma y el cuento á Castilla.

CAPITULO XX.

De la conjuracion que hicieron los grandes contra el rey don Alonso de Castilla.

El ánimo del rey don Alonso se hallaba en un mismo tiempo suspenso y aquejado de diversos cuidados. El deseo de tomar la posesion del imperio de Alemaña le punzaba, á que las cartas de muchos con extraordinaria instancia le llamaban. Los grandes y ricos hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del Rey, á que no estaban acostumbrados. Rugíase demás desto por nuevas que venian que de Africa se aparejaba una nueva guerra con mayores apercebimientos y gentes que en ninguno de los tiempos pasados. Dado que Pedro Martinez, almirante del mar, el año pasado acometió y sujetó los moros de Cádiz, que halló descuidados. Era dificultoso mantener con guarnicion y soldados aquellas ciudad y isla; por esta causa la dejaron al rey

de Marruecos, de cuyo señorío antes era; resolucion á propósito de ganar la voluntad de aquel bárbaro y sosegalle. El rey don Alonso de Portugal envió á don Dionisio, su hijo, que era de ocho años, á su abuelo el rey de Castilla para que alcanzase dél libertad y exencion para el reino de Portugal, y que le alzase la palabra que dió los años pasados y los homenajes. Tratóse deste negocio en una junta de grandes; callaban los demás, y aun venian en lo que se pedia por no contrastar con la voluntad del Rey, que á ello se mostraba inclinado. Don Nuño Gonzalez de Lara, cabeza de la conjuracion y de los desabridos y mal contentos, se atrevió á hacer rostro y contradicion. Decia que no parecia cosa razonable diminuir la majestad del reino con cualquier color, y mucho menos en gracia de un infante. Sin embargo, prevaleció en la junta el parecer del Rey, que Portugal fuese exento; y con todo esto la libertad de don Nuño se le asentó mas altamente en el corazon y memoria que ninguno pensara. Juntado este desabrimiento con los demás, fué causa que don Nuño y don Lope de Haro y don Filipe, hermano del Rey, se determinasen á mover práticas perjudiciales al reino y al Rey. Quejábanse de sus desafueros y de los muchos desaguisados que hacia; no tenian fuerzas bastantes para entrar en la liza; resolviéronse de acudir á las ayudas de fuera y extrañas. Así en el tiempo que el rey Teobaldo se ocupaba en la guerra sagrada solicitó á don Enrique, gobernador de Navarra, el infante don Filipe que se fuese á ver con él y hermanarse y hacer liga con aquellos grandes. El, como mas recatado, por no despertar contra sí el peso de una gravísima guerra, dió por excusa la ausencia del Rey, su hermano. Los grandes, perdida esta esperanza, convidaron á los otros reyes, al de Portugal, al de Granada y al mismo emperador de Marruecos por sus cartas á juntarse con ellos y hacer guerra á Castilla, sin mirar, por el gran deseo que tenian de satisfacerse, cuán perjudicial intento era aquel y cuán infames aquellas tramas. Don Alonso, rey de Castilla, era persona de alto ingenio, pero poco recatado, sus orejas soberbias, su lengua desenfrenada, mas á propósito para las letras que para el gobierno de los vasallos; contemplaba al cielo y miraba las estrellas; mas en el entretanto perdió la tierra y el reino. Avisado pues de lo que pasaba por Hernan Perez, que los conjurados pretendieron tirar á su partido y atraer á su parcialidad, atónito por la grandeza del peligro, que en fin no dejaba de conocer, volvió todos sus pensamientos á sosegar aquellos movimientos y alteraciones. Con este intento desde Murcia, do á la sazon estaba, envió á Enrique de Arana por su embajador á los grandes, que se juntaron en Palencia con intento de apercebirse para la guerra, por ver si en alguna manera pudiese con destreza y industria apartallos de aquel propósito. El y la Reina, su mujer, fueron á Valencia para tratar con el rey don Jaime y tomar acuerdo sobre todas estas cosas. El, como quier que por la larga experiencia fuese muy astuto y avisado, cuando vino á Búrgos para hallarse á las bodas del infante don Fernando, antevista la tempestad que amenazaba á Castilla á causa de estar los grandes desabridos, reprehendió á don Alonso con gravísimas palabras y le dió consejos muy saludables. Estos eran que quisiese antes ser amado de sus vasallos que temido; la salud de la república consiste en el amor y benevolencia de los ciudadanos con su cabeza; el aborrecimiento acarrea la total ruina; que procurase granjear todos los estados del reino; si esto no fuese posible, por lo menos abrazase los prelados y el pueblo, con cuyo arrimo hiciese rostro á la insolencia de los nobles; que no hiciese justicia de ninguno secretamente por ser muestra de miedo y menoscabo de la majestad; el que sin oir las partes da sentencia, puesto que ella sea justa, todavía hace agravio. Estas eran las faltas principales que en don Alonso se notaban, y si con tiempo se remediaran, el reino y él mismo se libraran de grandes afanes. En la junta de los reyes y con las vistas ninguna cosa de momento se efectuó. Al rey don Alonso fué por tanto forzoso el año siguiente volver de nuevo á Alicante para verse con el Rey, su suegro, y rogalle enfrenase los nobles de Aragon para que no se juntasen con los rebeldes de Castilla, como lo pretendian hacer; y porque el rey de Granada continuaba en hacer guerra contra los de Guadix y los de Málaga, le diese consejo á cuál de las partes seria mas conveniente acudir. En este punto el rey don Jaime fué de parecer que guardase la confederacion antigua; que no debia de su voluntad irritar á los de Granada ni hacelles guerra. La embajada de Arana no fué de provecho alguno; antes el rey de Granada á persuasion de los alborotados, quebrantada la avenencia que tenian puesta, fué el primero que se metió por tierras de cristianos talando y destruyendo, y metiendo á fuego y á sangre los campos comarcanos. Tenia consigo un número de caballos africanos que Jacob Abenjucef, rey de Marruecos, le envió delante. Sabidas estas cosas, el rey don Alonso mandó por sus cartas á don Fernando, su hijo, que á la sazon se hallaba en Sevilla y se apercebia para la nueva guerra, que con todas sus gentes marchase contra el rey de Granada; él se partió para Búrgos por ver si en alguna manera pudiese apaciguar los ánimos de los rebeldes. En aquella ciudad se hicieron Cortes de todo el reino, y en particular fueron llamados los alborotados con seguridad pública que les ofrecieron; y para que estuviesen mas sin peligro se señaló fuera de la ciudad el Hospital Real en que se tuviesen las juntas. Habláronse el Rey y los señores en diferentes lugares, con que quedaron las voluntades mas desabridas. Llegaron los disgustos á término, que renunciada la fidelidad con que estaban obligados al Rey, en gran número se pasaron á Granada el año 1272. Don Nuño, don Lope de Haro, el infante don Filipe eran las tres cabezas de la conjuracion. Fuera destos, don Fernando de Castro, Lope de Mendoza, Gil de Roa, Rodrigo de Saldaña; de la nobleza menor tan gran número que apenas se pueden contar. Al partirse con sus gentes quemaron pueblos, talaron los campos y dieron en todo muestra de la enemiga que llevaban. El Rey á grandes jornadas pasó á Toledo, de allí á Almagro; y porque no tenia esperanza de que se podrian reducir los grandes á su servicio, pretendia avenirse y sosegar al rey de Granada. Esto sobre todo deseaba; si no salia con ello, se resolvia de hacelle la guerra con todas sus fuerzas y con la mas gente que pudiese juntar.

CAPITULO XXI.

De nuevas alteraciones que sucedieron en Aragon.

En el tiempo que estas cosas pasaban en Castilla, Filipe, rey de Francia, que sucedió á su padre san Luis, allegaba á su corona nuevos estados por muerte de Alonso, su tio, y de Juana, su mujer, que murieron á la sazon sin hijos, y eran condes de Potiers y de Tolosa; y no mucho despues Rogerio Bernardo, conde de Fox, fué despojado de su estado no por otra causa mas de que en cierta ocasion no quiso obedecer á los jueces reales; por lo cual las armas aragonesas, á causa que parte del estado de aquel Príncipe era feudo de Aragon, estuvieron para revolverse contra Francia. La prudencia del rey don Jaime atajó el daño; á su persuasion el de Fox puso su persona y todo su estado en manos del rey de Francia, con que se sosegaron aquellos debates. Dentro del reino de Aragon tenian sospechas de nuevas alteraciones á causa que el infante don Pedro, hijo primero y heredero del rey de Aragon, estaba desabrido con Fernan Sanchez, su hermano bastardo, por entender, entre otras cosas, que cuando volvió de la Tierra-Santa fué recebido con gran honra y festejado de Cárlos, rey de Nápoles, y por esto sospechaba habia con él tratado cosas perjudiciales al reino. Hallábase el dicho don Fernando en Burriana; allí don Pedro con buen número de soldados le tomó de sobresalto, y despues que por fuerza entró en la casa y buscó en todos los lugares á su hermano, escudriñó los escondrijos, quebró cerraduras, hinchólo todo de ruido y de alboroto. En el entre tanto don Fernando y doña Aldonza, su mujer, se pusieron en salvo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, ca los nobles del reino con esta ocasion de la enemistad de los dos hermanos se dividieron en dos bandos con tan grande obstinacion, que, juntadas las fuerzas, no dudaron los que seguian la parcialidad de don Fernando de mover guerra contra el mismo Rey; de que no resultó otro provecho sino que el vizconde de Cardona y otros señores parciales fueron por esta causa despojados de sus estados. El mismo Fernan Sanchez, cercado en el castillo de Pomar por su hermano, luego que le tuvo en su poder, le hizo ahogar con un lazo y despeñar en el rio Cinga, que por allí pasa, unos decian con razon, otros que injustamente; lo cierto que quitado el capitan y cabeza los demás se sosegaron. Este fué el fruto de aquel parricidio; pero la muerte de Fernan Sanchez sucedió tres años adelante. Dejó un hijo de pequeña edad, llamado don Filipe, de quien desciende el linaje de los Castros en Aragon. A Rugerio de Lauria hizo donacion el rey don Jaime en tierra de Valencia de dos heredades, que se llaman Raelo y Abricat, en premio de su trabajo, porque de lo último de Italia acompañó los años pasados á doña Constanza, su nuera. Fué este caballero en lo de adelante persona de grande ingenio y excelente capitan, mayormente por el mar. Con don Enrique, rey de Navarra, que por morir su hermano el rey Teobaldo sin hijos sucedió en aquel reino, y con quien los aragoneses tenian diferencia por pretender que les quitaran aquel reino injustamente, como en su lugar queda dicho, todavía se concertaron treguas por muchos años. El rey don Jaime via los suyos alborotados, mas inclinados á las armas que á la paz y á la concordia; y por las diferencias que andaban temia que la una de las partes, juntados con los navarros, no le diesen en que entender. Esta fué la causa de tomar asiento con Navarra; y aun otro cuidado le aquejaba mas de volver las fuerzas contra los moros, de donde una cruel tempestad se aparejaba para España si no se acudia al remedio con tiempo, como los hombres prudentes lo sospechaban y comunmente se decia no sin causa.

CAPITULO XXII.

El rey don Alonso partió para tomar posesion del imperio.

Ardia el rey don Alonso en deseo de ir á Alemaña á tomar la corona y insignias del imperio; tanto mas y con mayor priesa, que por autoridad del papa Gregorio X los señores de Alemaña, cansados de los males que en aquella vacante se padecieron, muchos, muy graves y muy largos, y porque de años atrás era muerto Ricardo, el otro competidor, se aparejaban para hacer nueva eleccion, sin tener cuenta con el rey don Alonso. Alterado él con esta nueva, como era razon, pretendia recompensar la tardanza pasada con abreviar; y por esto, aunque muy fuera de sazon, comenzó á tratar muy de veras de su ida á Alemaña. A las personas prudentes parecia se debia anteponer á esto el sosiego y el cuidado de la república. Los hombres mas livianos y de poca experiencia, hinchados de vana esperanza, le exhortaban á la jornada, sin faltar quien blasonase y dijese era bien aparejar armas, caballos y las demás cosas necesarias para hacer la guerra en Alemaña y para sujetar á los que contrastasen á sus intentos. Algunos tomaban por mal agüero que tantas veces se le hubiese al rey don Alonso desbaratado aquel viaje que tanto deseaba. Era este Rey de su natural irresoluto y tardo, las cosas del reino embarazadas; y si hallara algun buen color, de buena gana desistiera de aquella pretension; pero por miedo de la infamia y mengua de reputacion se resolvió pasar adelante. Con este intento procuró con cualquier partido apaciguar los de Granada y los grandes. En esto el rey de Granada, Alhamar, falleció al principio del año 1273. Fué hombre atrevido, astuto y muy contrario á nuestras cosas. Hobo diferencia sobre la sucesion; prevaleció aquella parcialidad con la cual se juntaron los forajidos y grandes de Castilla, y diéronse las insignias reales á Mahomad, por sobrenombre Miralmutio Leminio, hijo mayor del difunto. Este Príncipe, puesto que era de suyo contrario á nuestras cosas y muchos le movian á hacer guerra; porque las fuerzas de su nuevo reino andaban en balanzas, el rey don Alonso entendia que se inclinaba á la paz y que fácilmente se podria efectuar. Demás desto, algunos de los grandes se reducian á mejor partido y mas sanos propósitos. En particular don Fernando de Castro y Rodrigo de Saldaña sobre seguro vinieron á verse con él á Avila, do se hacian Cortes del reino por el mismo tiempo que en Alemaña procedieron á nueva eleccion apresuradamente; en que Rodulfo, conde de Ausburg, por voto de todos los electores, fué nombrado por rey de romanos. Señor, bien que de poca renta y estado pequeño, pero que descendia del nobilísimo linaje de los antiguos reyes franceses y era en todas virtudes acabado. Los embajadores del rey don Alonso que se

hallaron á la sazon en Francfordia, aunque hicieron contradiccion y sus protestaciones, no fué de efecto alguno; la aficion de antes la tenian ya trocada en desabrimiento y odio que todos le cobraran. Despedidas las Cortes de Avila, se fué el Rey á Requena para tomar acuerdo con el Rey, su suegro, en presencia sobre la guerra de los moros. Allí por el trabajo del camino, ó por el desabrimiento y desgusto con que andaba, adoleció de una enfermedad no ligera. Y porque las demás cosas no sucedian á propósito y la misma priesa por el gran deseo le parecia tardanza, juzgó seria lo mejor intentar de hacer las paces por industria de la Reina y por la autoridad del primado don Sancho. Ellos para tratar desto sin dilacion se partieron para Córdoba. Al pontífice Gregorio X despachó á Aimaro, fraile dominico, que despues fué obispo de Avila, y á Fernando de Zamora, canónigo de Avila y chanciller del Rey. Estos en Civitavieja, en que á la sazon estaba el Pontífice, en consistorio declararon las causas por que la eleccion de Rodulfo pretendian ser inválida. Que no debia el Pontífice moverse por los dichos de aquellos que ponian asechanzas y redes á sus orejas y con engaños pretendian ganar gracias con otros, sino conservarse neutral, como lo pedia la persona y lugar sacrosanto que representaba, y con esto ganar ambas las partes á ejemplo de sus antecesores Urbano y Clemente, que con igual honra y título, por no perjudicar á nadie, dieron á Ricardo y á don Alonso título de rey de romanos. A los electores de Alemaña fué don Fernando, obispo de Segovia, para ponellos en razon y procurar repusiesen lo atentado. Con estas embajadas no se hizo efecto alguno por estar todos cansados de tan larga tardanza. Solo el año siguiente de 1274 desde Leon de Francia, donde, presente el Pontífice, se hacia el concilio general de los obispos para reformar la disciplina eclesiástica, renovar la guerra de la Tierra-Santa y unir la Iglesia griega con la latina, Fredulo fué enviado por nuncio al rey don Alonso para que le ofreciese los diezmos de las rentas eclesiásticas en nombre del Pontífice para la guerra contra moros, á tal que desistiese de la pretension y esperanza vana que tenia de ser emperador; que parecia cosa injusta con deseo de imperio forastero alterar la paz de la Iglesia, que tan sosegada estaba. En este medio don Enrique, rey de Navarra, muy apesgado y disforme por la mucha gordura de su cuerpo, falleció en Pamplona á 22 de julio. De su mujer doña Juana, hija de Roberto, conde de Artesia y hermano del rey san Luis, dejó una hija, llamada tambien doña Juana, en edad apenas de tres años, que, sin embargo, fué heredera de aquellos estados, así porque el reino la jurara antes, como por testamento de su padre, que lo dejó así dispuesto; de que resultaron nuevas diferencias y discordias, y el reino de Navarra finalmente se juntó con el de Francia. La embajada de Fredulo no fué desagradable al rey don Alonso; respondió que se pondria á sí y toda aquella diferencia en manos del Pontífice para que él la determinase como mejor le fuese visto. Con esta respuesta el Pontífice sin detenerse mas aprobó en público consistorio la eleccion de Rodulfo, á 6 de setiembre, que hasta entonces por respeto de don Alonso se entretuvo; luego escribió cartas á todos los príncipes en aquella sustancia. Al mismo Rodulfo mandó que lo mas presto que pudiese se apresurase á pasar en Italia para coronarse. Al concilio que se tenia en Leon se partió don Jaime, rey de Aragon, aunque en lo postrero de su edad, por ser deseoso de honra y por otros negocios. Desde allí, sin hacer cosa de momento, dió la vuelta á su tierra, desabrido claramente con el Pontífice porque rehusó de coronalle si no pagaba el tributo que su padre el rey don Pedro concertó de pagar cada un año en el tiempo que en Roma se coronó, como queda dicho en su lugar. Al rey don Jaime le parecia cosa indigna que el reino ganado por el esfuerzo de sus antepasados fuese tributario á algun extraño. En este comedio el rey de Granada y los grandes forajidos por diligencia de la Reina se redujeron al deber; para sosegar á los grandes les prometieron todas las cosas que pedian; el rey de Granada quedó que pagase cada año de tributo trecientos mil maravedís de oro, y de presente gran suma de dineros, en pena de los daños y gastos. Demás desto, se concertaron treguas por un año entre los de Guadix y de Málaga con aquel Rey, por estar el rey don Alonso encargado del amparo de aquellas dos ciudades. Fué en aquella edad hombre señalado en España Gonzalo Ruiz de Atienza, privado del Rey, por cuya diligencia en gran parte y buena maña se concluyó aquel concierto. El rey de Granada y los grandes desde Córdoba partieron en compañía del infante don Fernando, que se halló en todas estas cosas; llegados á Sevilla, el rey don Alonso los acogió benignamente. Ellos, cotejado el un tiempo con el otro, juzgaron les estaba mas á cuento y mejor obedecer á su Príncipe con seguridad que la contumacia con peligro y daño. Concluido esto, las armas de Castilla debajo la conducta del infante don Fernando y por mandado de su padre se movieron contra Navarra para conquistar aquel reino. Don Jaime, rey de Aragon, envió al tanto á don Pedro, su hijo mayor, al cual renunció el derecho que pretendia tener á aquel reino, á ganar las voluntades de los navarros, que de suyo se inclinaban mas á los aragoneses que á Castilla. Ni las mañas de Aragon ni las fuerzas de Castilla hicieron efecto, á causa que la Reina viuda se recogió á Francia con su hija al amparo del Rey, su primo, por temer no le hiciesen fuerza si se quedaba en Navarra en tiempos tan revueltos. Solo don Fernando acometió á tomar á Viana; y rechazado de allí por la fortaleza de aquella plaza y por el esfuerzo de los cercados, se apoderó de Mendavia y de otros menores pueblos. Todo lo halló mas dificultoso que pensaba, dado que ningun ejército bastante le salió al encuentro, que era causa de mayor tardanza; si bien las cosas de aquel reino estaban tan revueltas, que los señores, divididos en parcialidades y aficiones, no podian conformarse para acudir á la defensa. Los mas se aficionaban á los aragoneses, en especial Armengaudo, obispo de Pamplona, y Pero Sanchez de Montagudo, hombre principal y gobernador del reino. Don Pedro, infante de Aragon, llegó hasta Sos, pueblo á la raya de los dos reinos; allí alegó de su derecho que por la adopcion del rey don Sancho y por otros títulos mas antiguos se le debia el reino, por lo menos le debian acudir con sesenta mil marcos de plata, que poco antes el rey Teobaldo concertara de pagar. Tratóse el negocio por muchos dias; los nobles acordaron desposar á la niña heredera del reino en au-

sencia con don Pedro, y por dote señalaron la posesion del reino. Añadióse que si aquello no surtiese efecto, pagarian docientos mil marcos de plata para los gastos de la guerra que pretendian hacer de consuno contra las fuerzas de Castilla, si todavía perseverasen en el propósito de darles molestia. Estas cosas se asentaron en Olite por el mes de noviembre. El rey don Alonso, determinado de todo punto de hacer el viaje de Francia, tenia á la misma sazon Cortes del reino en Toledo para, asentadas las cosas, ponerse luego en camino. Encomendó el gobierno del reino á don Fernando, su hijo, á los otros señores repartió diversos cargos, á don Nuño de Lara dió la mayor autoridad, determinó dejarle por frontero contra los moros por si acaso se alterasen. Con estas caricias pretendia ganar á los parciales. Acabadas las Cortes, á lo postrero del año el Rey, la Reina, sus hijos menores y don Manuel, hermano del Rey, comenzaron su viaje. Era grande el repuesto y representacion de majestad; por tanto hacian las jornadas pequeñas. Pasaron á Valencia, de allí á Tortosa y á Tarragona, ca el rey don Jaime desde Barcelona partió para recebillos y festejallos en aquella ciudad. Tuvieron las fiestas de Navidad en Barcelona al principio del año de 1275. Halláronse presentes los dos reyes al enterramiento y honras de fray Raimundo de Peñafuerte, de la órden de Santo Domingo, que finó por aquellos dias en aquella ciudad, persona señalada en piedad y erudicion. El mismo año pasó desta vida don Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, de mucha edad, muy esclarecido por las grandes cosas que hizo en guerra y en paz. Su cuerpo enterraron en Talavera en la iglesia de Santiago, que está en el arrabal; así lo tienen y afirman comunmente los moradores de aquella villa; otros dicen que en Santa María de Tudia, templo que él edificó desde sus cimientos, á las haldas de Sierramorena, en memoria de una batalla que los años pasados ganó de los moros en aquel lugar, muy señalada, tanto, que vulgarmente se dijo y entendió que el sol se paró y detuvo su carrera para que el dia fuese mas largo y mayor el destrozo de los enemigos y mejor se ejecutase el alcance. Dicen otrosí que aquella iglesia se llamó al principio de Tentudia, por las palabras que el Maestre dijo vuelto á la Madre de Dios: «Señora, ten tu dia.» A la verdad, alterados los sentidos con el peligro de la batalla y entre el miedo y la esperanza ¿quién pudo medir el tiempo? Una hora parece muchas por el deseo, aprieto y cuidado. Demás desto, muchas cosas fácilmente se creen en el tiempo del peligro y se fingen con libertad. El rey don Jaime no aprobaba los intentos de don Alonso, su yerno, y con muchas razones pretendió apartalle de aquel propósito. La principal, que sentenciado el pleito y pasado ya en cosa juzgada, no quedaba alguna esperanza que el Pontífice mudaria de parecer; así con tantos trabajos no alcanzaria mas de andar entre las naciones extrañas afrentado por el agravio recebido. Estos consejos saludables rechazó la resolucion de don Alonso. Dejados pues su mujer y hijos en Perpiñan, pasó á la primavera por Francia hasta Belcaire, pueblo de la Proenza, asentado á la ribera del Ródano, y por tanto de grande frescura, y que le tenian señalado para verse con el Pontífice, que despedido el concilio que de los obispos tuvo en Leon, todavía se detenia en Francia. Allí en dia señalado en presencia del Pontífice y de los cardenales que le acompañaban el Rey les hizo un razonamiento desta sustancia: «Si por alguna diligencia y cuidado mio yo hubiera alcanzado el imperio, muy honrosa cosa era para mí que dejados tantos príncipes, se conformasen en un hombre extraño las voluntades de Alemaña; ¿cuánto menos razon tendrá nadie de cargarme que defienda el lugar en que, sin yo pretendelle, Dios y los hombres me han puesto? Como quier que sea antes cosa torpe no poder conservar los dones de Dios, y de corazon ingrato no responder en el amor á aquellos que en voluntad se han anticipado. Por tanto, es forzoso que sea tanto mas grave mi sentimiento, que por engaño de pocos he oido que deslumbrados los príncipes de Alemaña, ¡oh hombres poco constantes! se han conformado en elegir un nuevo príncipe sin oirnos y sin que nuestra pretension y pleito esté sentenciado; en que, si en algun tiempo hobo duda, muerto el contrario era justo se quitase. Que no nos debe empecer la dilacion, á que algunos dan nombre de tardanza y flojedad, como mas verdaderamente haya sido deseo de reposo y de sosegar las alteraciones de algunos, amor y celo de la religion cristiana, prevencion contra los moros, que de ordinario hacen en nuestras tierras entradas. Al presente que dejamos nuestro hijo en el gobierno, que ya tiene dos hijos, con vuestra licencia y ayuda, Padre Santo, tomarémos el imperio, apellido sin duda sin sustancia y sin provecho; pero somos forzados á volver por la honra pública de España, y en particular rechazar nuestra afrenta; lo cual ojalá podamos alcanzar sin las armas y sin rompimiento, ca de otra manera determinados estamos por conservar nuestra reputacion y volver por ella ponernos á cualquier riesgo y afan. Yo, padres, ninguna cosa ni mayor ni mas amada tengo en la tierra que vuestra autoridad; desde mis primeros años de tal manera procedí, que todos los buenos me aprobasen y ganase yo fama con buenas obras. Con este camino agradé á los pontífices pasados; por el mismo sin pretendello y sin procurallo me llamaron al imperio. Seria grave afrenta y mengua intolerable quitarme por engaño en esta edad lo que granjeé en mi mocedad y amancillar nuestra gloria con perpetua infamia. Razon es, beatísimo Padre, que vuestra santidad y todos los demás prelados que estais presentes ayudeis á nuestros intentos en negocio que no se puede pensar otro alguno ni mayor ni mas justificado. Procurad con efecto y haced entienda el mundo lo que las particulares aficiones y lo que la entereza y justicia pueden y hasta dónde cada una destas cosas allega; por lo menos, ahora que es tiempo, prevenid que la república cristiana con nuevas discordias que resultaran no reciba algun daño irreparable.» A esto replicó el Pontífice en pocas palabras: declaró las causas por que con buen título pudieron criar nuevo emperador; que la muerte de Ricardo ningun nuevo derecho le dió; que él mismo prometió de ponerse en sus manos, resolucion saludable para todos en comun, y en particular no afrentosa para él mismo, pues no era mas razon que los españoles mandasen á los alemanes que á España los de aquella nacion; que los caminos de Alemaña son ásperos y embarazados, las ciudades fuertes, la gente feroz, las aficiones antiguas trocadas, ningunas fuer-

zas se podrian igualar á las de los alemanes, si se conformasen; la infamia, si se perdiese la empresa, seria notable; si venciese, pequeño el provecho; que era mejor conservar lo suyo que pretender lo ajeno; la gloria ganada con lo que obrara era tan grande, que en ningun tiempo su nombre y con ninguna afranta se podria escurecer. Hiciese á Dios, hiciese á la religion este servicio de disimular por su respeto, si en alguna cosa no se guardó el órden debido y se cometió algun yerro. Dichas estas palabras, abrazóle y dióle paz en el rostro, como persona que era el Papa de su condicion amoroso, y por la larga experiencia enseñado á sosegar con semejantes caricias las voluntades de los hombres alterados. Con esto se dejó aquella pretension, intentó, empero, otras esperanzas. Pretendia en primer lugar que era suyo el señorío de Suevia despues de la muerte de Corradino, por venir de parte de madre de los príncipes de Suevia; que Rodulfo, demás de quitalle el imperio, en tomalle para sí le hacia otro nuevo agravio. Alegaba eso mismo que el reino de Navarra era suyo por derechos antiguos de que se valia; que los franceses hacian mal en apoderarse del gobierno de aquel reino; por conclusion, pedia que por mandado del Pontífice el infante don Enrique, su hermano, fuese puesto en libertad; que Cárlos, rey de Sicilia, se excusaba para no hacello con la voluntad del Pontífice, que no lo queria. Sin embargo, como quier que el Pontífice y los cardenales se hiciesen sordos á estas sus demandas tan justas á su parecer, bufaba de coraje. Finalmente, mal enojado se partió de Francia en sazon que el estío estaba adelante y cerca el otoño. Vuelto en España, no dejó de llamarse emperador ni las insignias imperiales, hasta tanto que el arzobispo de Sevilla, por mandado del Papa con censuras que le puso, hizo que desistiese; solamente le otorgaron los diezmos de las iglesias para ayuda á los gastos de la guerra de los moros. Vulgarmente las llamamos tercias á causa que la tercera parte de los diezmos, que acostumbraban gastar en las fábricas de las iglesias, le dieron para que della se aprovechase; y aun, como yo creo, y es así, no se las concedieron para siempre, sino por entonces por tiempo determinado y cierto número de años que señalaron. Este fué el principio que los reyes de Castilla tuvieron de aprovecharse de las rentas sagradas de los templos; este el fruto que don Alonso sacó de aquel viaje tan largo y de tan grandes afanes; esta la recompensa del imperio que á sinrazon le quitaron, alcanzado sin duda sin soborno y sin dinero, de fin y remate desgraciado.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el rey de Marruecos pasó en España.

A esta misma sazon el rey de Marruecos Jacob Abenjuzef, como se viese enseñoreado de Africa, sabidas las cosas de España, es á saber, que por la partida del rey don Alonso el Andalucía quedaba desapercebida y sin fuerzas, estaba dudoso y perplejo en lo que debia hacer. Por una parte le punzaba el deseo de vengar las injurias de su nacion, tantas veces por los nuestros maltratada, por otra le detenia la grandeza del peligro; demás que de su natural era considerado y recatado, mayormente que para asegurar su imperio, que por ser nuevo andaba en balanzas, se hallaba embarazado con muchas guerras en Africa, cuando una nueva embajada que le vino de España le hizo tomar resolucion y aprestarse para aquella empresa. Fué así que Mahomad, rey de Granada, como quien tenia mas cuenta con su provecho que con lo que habia jurado ni con la lealtad, conforme á la costumbre de aquella nacion, luego que se partió de la presencia del rey don Alonso, con quien se confederó en Sevilla, vuelto á su tierra, sin dilacion propuso en sí de abrir la guerra y apoderarse de toda el Andalucía, hazaña que sobrepujaba su poder y fuerzas. Quejábase que lo que de su gente quedaba estaba reducido en tanta estrechura, que apenas tenia en qué poner el pié en España, y eso á merced de sus enemigos y con carga de parias que les hacian pagar cada un año. Que los de Málaga y Guadix, confiados de las espaldas que el rey don Alonso les hacia, nunca cesaban de maquinar cosas en daño suyo, y que no dudarian de movelle nueva guerra luego que el tiempo de las treguas fuese pasado. Puesto en estos cuidados, via que no tenia fuerzas bastantes contra la grandeza y riquezas del rey don Alonso, puesto que ausente. Resolvióse con una embajada de convidar al rey de Marruecos para que se juntase con él y le ayudase, príncipe poderoso en aquel tiempo y muy señalado en las armas. Decia ser llegado el tiempo de vengar las injurias y agravios recebidos de los cristianos; que los grandes imperios no se mantienen y conservan con pereza y descuido, sino con ejercitar los soldados y entretenellos siempre con nuevas empresas; que el derecho de los reinos y la justicia para apoderarse de nuevos estados consiste en las fuerzas y en el poder; mantener sus estados es loa de poco momento; conquistar los ajenos oficio de grandes príncipes; que si ellos no acometian y amparaban las reliquias de la gente mahometana en España, forzosamente serian acometidos en Africa; en cuanto se debia estimar con sujetar una provincia poner casi en otro mundo los trofeos de sus victorias y de su gloria, y en un punto juntar lo de Europa con lo de Africa. Movido por esta embajada el rey de Marruecos determinó hacer guerra á España. Mandó levantar gente por todas sus tierras. No se oia por todas partes sino ruido de naves, soldados, armas, caballos y todo lo al. Ninguna cosa le aquejaba tanto como la falta del dinero y el cuidado de encubrir sus intentos, por temor que si

los nuestros fuesen sabidores dellos, los hallaria apercebidos para la defensa y para rechazar los contrarios. Por el uno y por el otro respeto con embajadores que envió el rey don Jaime de Aragon le pidió dineros prestados, con color que se le habia rebelado un señor Moro, su vasallo, y entrado en Ceuta, cosa que por el sitio de aquella plaza, que está cerca del estrecho de Gibraltar, era de consideracion, y si no se prevenia con tiempo, podria acarrear daño á las marinas de Africa y de España. Cuanto mayor era el cuidado de encubrir estos deseños, tanto la mal enfrenada fama se aumentaba mas, como acontece en las cosas grandes, que fué la causa para que ni el rey de Aragon le enviase dineros ni los de Castilla se descuidasen en apercebirse de lo necesario. Verdad es que todo procedia de espacio por la ausencia del rey don Alonso y porque su hijo don Fernando se detenia en Búrgos, donde aportó despues que visitó el reino. Envió pues el Moro en primer lugar desde Africa alcaides que se apoderasen y tuviesen en su nombre las ciudades de Algecira y Tarifa, segun concertó que se las entregaria el rey de Granada para que sirviesen como de baluartes, asiento y reparo de la guerra que se aparejaba. Despues desto echó en España gran gente africana, en número diez y siete mil caballos, y dado que no se refiere el número de los infantes, bien se entiende fueron muchos, conforme á la hazaña que se emprendia y al deseño que llevaban. Lo primero que procuró fué de reconciliar todos los moros entre sí y hacer olvidasen las discordias pasadas; lo cual con la autoridad del rey de Marruecos y á su persuasion se efectuó, que se avinieron los de Málaga y Guadix con el rey de Granada. Tuvieron junta en Málaga para resolver en qué forma se haria la guerra. Fueron de acuerdo que la gente se dividiese en dos partes, porque no se embarazasen con la multitud y para con mas provecho acometer las tierras de cristianos. Con esta resolucion el rey de Marruecos tomó cargo de correr la campaña de Sevilla. El de Granada se encargó de hacer entrada por las fronteras de Jaen. Era don Nuño de Lara frontero contra los moros. Avisó al infante don Fernando que con toda presteza enviase toda la mas gente que pudiese, porque el peligro no sufria dilacion. El mismo arrebatadamente con la gente que pudo se metió en Ecija, por do era forzoso pasase el rey de Marruecos, ciudad bien fuerte y que no se podia tomar con facilidad. Concurrió otrosí gran nobleza de las ciudades cercanas, movidos por la fama del peligro y convidados por las cartas que don Nuño les enviara. Confiado pues en la mucha gente y porque los bárbaros no cobrasen mayor esfuerzo si los nuestros daban muestras de miedo, salió de la ciudad, do se pudiera entretener, y puestos sus escuadrones en ordenanza, no dudó de encontrarse con el enemigo. Trabóse la pelea, en que si bien los moros al principio iban de caida, en fin vencieron por su muchedumbre y los fieles fueron desbaratados y puestos en huida. El mismo don Nuño murió en la pelea, y con él docientos y cincuenta de á caballo y cuatro mil infantes. Los demás se recogieron á la ciudad, que caia cerca, como á guarida; lo que tambien dió á algunos ocasion para que no hiciesen el postrer esfuerzo. La cabeza de don Nuño, varon tan esforzado y valiente, enviaron al rey de Granada en presente, que le dió poco gusto por acordarse de la antigua amistad y que por su medio alcanzó aquel reino que tenia. Así la envió á Córdoba para que junto con el cuerpo fuese sepultada. Esta desgracia tan señalada, que sucedió el año de 1275 por el mes de mayo, causó gran tristeza en todo el reino, no tanto por el daño presente cuanto por el miedo de mayor peligro que amenazaba. Algun consuelo y principio de mejor esperanza fué que el Bárbaro, aunque victorioso y feroz, no se pudo apoderar de la ciudad de Ecija; pero sucedió otra nueva desgracia. Esta fué que don Sancho, arzobispo de Toledo, con el triste aviso desta jornada, juntado que hobo toda la caballería que pudo en Toledo, Madrid, Guadalajara y Talavera, se partió á gran priesa para el Andalucía. Los moros de Granada talaban los campos de Jaen, robaban los ganados, mataban y cautivaban hombres, ponian fuego á los poblados, finalmente, no perdonaban á cosa ninguna que pudiese dañar su furor y saña. A estos pues procuró de acometer el Arzobispo con mayor osadía que consejo; hervíale la sangre con la mocedad, deseaba imitar la valentía del Rey, su padre, pretendia quitar á los moros la presa que llevaban, y dado que los mas cuerdos eran de parecer que debian de esperar á don Lope de Haro, que sabian marchaba á toda furia, y en breve llegaria con buen escuadron de gente; que no era justo ni acertado acometer con tan poca gente todo el ejército enemigo; prevaleció el parecer de aquellos que decian, si le esperaban, á juicio de todos seria suya la gloria de la victoria. So color de honra buscaron su daño; trabada la batalla, que se dió cerca de Mártos, á los 21 de octubre, fácilmente fueron los fieles vencidos, así por ser menos en número como por ser soldados nuevos, los moros muy ejercitados en el arte militar. La huida fué vergonzosa, los muertos pocos para victoria tan señalada. Prendieron al arzobispo don Sancho, y como quier que hobiese diferencia entre los bárbaros sobre de cuál de los reyes seria aquella presa y estuviesen á punto de venir á las manos, Atar, señor de Málaga, con la espada desnuda le pasó de parte á parte, diciendo: «No es justo que sobre la cabeza deste perro haya contienda entre caballeros tan principales.» Muerto que fué, le cortaron la cabeza y la mano izquierda, en que tenia el anillo pontifical. Este estrago fué tanto de mayor compasion y lástima, que pudieran los bárbaros ser destruidos en aquella pelea, si los nuestros tuvieran un poco de paciencia y no fueran tan amigos de su honra; porque don Lope de Haro sobrevino poco despues, y con su propio escuadron volvió á la pelea, y con maravillosa osadía forzó los moros á retirarse, pero no pudo vencellos á causa de la escuridad de la noche, que sobrevino. El cuerpo, mano y cabeza del arzobispo don Sancho, todo rescatado á precio de mucho oro, enterraron en la capilla real de Toledo, título de Santa Cruz, en que estaban sepultados el emperador don Alonso y su hijo don Sancho el Deseado. Sucedióle don Hernando, abad de Covarrubias, en el arzobispado; y amovido este á cabo de seis años por mandado del Padre Santo, que nunca quiso confirmar ni aprobar esta eleccion, antes él mismo renunció al arzobispado, sucedió en la silla de Toledo por eleccion del papa don Gonzalo, segundo deste nombre, que primero fué obispo de Cuenca y despues de Búrgos. Este dicen que fué cardenal y Onuírio lo afirma; en Santa María la mayor en Roma hay un se-

pulcro de mármol, suyo segun se dice, con esta letra:

HIC DEPOSITUS FUIT QUONDAM DOMINUS GONSALVUS EPISCOPUS ALBANENSIS. OBIIT ANNO DOMINI M. CC. LXXXXVIIII.

Quiere decir: Aquí yace don Gonzalo, obispo que ya fué albanense. Finó año del Señor 1299. Fué natural de Toledo, del linaje de los Gudieles, á lo que se entiende. El año en que vamos, por estos desastres aciago, le hizo mas notable la muerte del infante don Fernando; murió de enfermedad en Villareal por el mes de agosto. Iba á la guerra de los moros, y esperaba en aquella villa las compañías de gente que se habian levantado, cuando la muerte le sobrevino. No es menos sino que todo el reino sintió mucho este desman y falta, endechas y lutos asaz; su cuerpo enterraron en las Huelgas. Su muerte causó al presente gran tristeza, y adelante fué ocasion de graves discordias, como quiera que el infante don Sancho, su hermano, porfiase que le venia á él la sucesion del reino por ser hijo segundo del rey don Alonso, que todavía vivia; si bien don Fernando dejó dos hijos de su mujer la infanta doña Blanca, llamados don Alonso y don Fernando, encarecidamente encomendados al tiempo de su muerte á don Juan de Lara, que fué hijo mayor de don Nuño de Lara. El infante don Sancho, como mozo que era de ingenio agudo y de grande industria para cualquier cosa que se aplicase, en aquel peligro de la república se hizo capitan contra los moros, y con su valor y diligencia refrenó la osadía de los enemigos. Puso guarniciones en muchos lugares, y excusó la pelea con intento que el ímpetu con que los bárbaros venian se fuese resfriando con la tardanza, que fué un consejo saludable. Tambien se alteraron los moros de Valencia, que nunca fueron fieles; y entonces, perdido el miedo por la vejez del rey don Jaime y llenos de confianza por lo que pasaba en el Andalucía, al principio de aquella guerra se estuvieron quedos y á la mira de lo que sucedia. Como supieron que los suyos vencian, se resolvieron juntar con ellos sus fuerzas, y á cada paso en tierra de Valencia se hacian conjuraciones de moros, si bien don Pedro, infante de Aragon, por mandado de su padre era ido con un escuadron de soldados á las fronteras de Murcia, y destruia los campos de Almería con quemas y robos. Las cosas de los navarros no andaban mas sosegadas en aquel tiempo. Como Filipe, rey de Francia, hobiese concertado á doña Juana, heredera de aquel reino, con su hijo Filipe, que le sucedió despues y tuvo sobrenombre de Hermoso, envió por virey de Navarra á Estéban de Belmarca, de nacion francés, quitado aquel cargo á Pedro de Montagudo. No tenia bastante autoridad un hombre forastero para apaciguar los alborotos que andaban y aquellas parcialidades tan enconadas, mayormente que Pedro de Montagudo, movido de la afrenta que se le hizo en removelle del gobierno, y García Almoravides, que siempre se mostró aficionado á los reyes de Castilla, se declararon por caudillos de los alborotados. Dentro de la misma ciudad de Pamplona se trabaron pasiones y vinieron á las manos el un bando con el otro. La porfía y crueldad fué tal, que se quemaban las mieses y batian á las paredes los hijos pequeños con mayor daño del bando que seguia á los franceses. Al mismo Pedro de Montagudo que, pasado el primer desgusto, inclinaba al bando francés, y que ora fuese por deseo de quietud, ora á persuasion de otros, ya tenia pensado de pasarse á su parte; como lo entendiesen los del bando contrario le mataron. Indigno de tal desastre por sus muchas virtudes, de que ningun ciudadano de su tiempo era mas adornado, varon noble, rico, de buena presencia, prudente y de grandes fuerzas corporales.

CAPITULO II.

De la muerte del rey don Jaime de Aragon.

El año siguiente, que del nacimiento de Cristo se contaba 1276, fué señalado por la muerte de tres pontífices romanos; estos fueron Gregorio X, Inocencio V y Adriano V. El pontificado de Inocencio fué muy breve, es á saber, de cinco meses y dos dias; el de Adriano de solos treinta y siete dias, en cuyo lugar sucedió Juan, vigésimoprimero deste nombre, natural de Lisboa, hombre de grande ingenio, de muchas letras y doctrina, mayormente de dialéctica y medicina, como dan testimonio los libros que dejó escritos en nombre de Pedro Hispano, que tuvo antes que fuese papa. Hay un libro suyo de medicina, que se llama *Tesoro de pobres*. Su vida no fué mucho mas larga que la de sus antecesores. A los ocho meses y ocho dias de su pontificado en Viterbo murió por ocasion que el techo del aposento en que estaba se hundió. Sucedióle Nicolao III, natural de Roma y de la casa Ursina. En este mismo tiempo en Castilla se abrian las zanjas y echaban los cimientos de guerras civiles, que mucho la trabajaron. Fué así, que el infante don Sancho granjeaba con diligencia las voluntades de la nobleza y del pueblo, usaba de halagos, cortesía y liberalidad con todos, como quiera que todo esto faltase en el Rey, su padre, por do el pueblo habia comenzado á desgraciarse. Aumentó este disgusto la jornada de Francia tan fuera de sazon y propósito, y casi siempre acontece que á quien la fortuna es contraria le falta el aplauso de los hombres. Deseaba el vulgo novedades, y juntamente, como acontece, las temia; algunos de los principales á punto de alborotarse, otros por ser mas recatados se entretenian, disimulaban y estaban á la mira. Don Lope de Haro, que era de tanta autoridad y prendas, se habia reconciliado en Córdoba con el infante don Sancho. Con los moros, cuya furia algun tanto amansaba, se asentaron treguas por espacio de dos años. El rey de Marruecos, hecho este concierto, desde Algecira, do tenia sus reales y su gente, pasó en Africa. Don Sancho á gran priesa se fué á Toledo con color de visitar al Rey, su padre, que poco antes de Francia por el camino de Valencia y de Cuenca era llegado á aquella ciudad, fuera de que publicaba tener negocios del reino que comunicar con él. Esta era la voz; el cuidado que mas le aquejaba era de asentar el derecho de su sucesion, que pretendia encaminar con voluntad de su padre y de los grandes. Comenzóse á tratar este negocio; encargóse don Lope de Haro de dar principio á esta prática, que dió mucho enojo al rey don Alonso. Llevaba mal se tratase en su vida tan fuera de sazon de la sucesion del reino, junto con que se persuadia que conforme á derecho sus nietos no podian ser excluidos, y por el amor que en particular les tenia pesábale grandemente que se tratase de hacer novedad. Mas por consejo del infante don Ma-

nuel, su hermano, ya grande amigo de don Sancho, se determinó que se llamasen y juntasen Cortes en Segovia, con intento que allí se determinase esta diferencia. Tratóse el negocio en aquellas Cortes, y ventiladas las razones por la una y por la otra parte, en fin se vino á pronunciar sentencia en favor de don Sancho; si con razon y conforme á derecho ó contra él, no se sabe ni hay para qué aquí tratallo. Lo cierto es que prevaleció el respeto del pro comun y el deseo del sosiego del reino. Todos se persuadian que si don Sancho no alcanzara lo que pretendia no reposaria ni dejaria á los otros que reposasen. Su edad era á propósito para el gobierno, su ingenio, industria y condicion muy aventajadas, el amor que muchos le tenian grande, su valor muy señalado. Esto pasaba en Castilla; en Aragon el rey don Jaime usaba de toda diligencia para sosegar el alboroto de los moros, si pudiese por maña, y si no por fuerza. Con este intento discurria por las ciudades, villas y lugares del reino de Valencia; hobo en diversas partes muchos encuentros; cuando los unos vencian, cuando los otros. En particular al tiempo que el Rey estaba en Játiva, los suyos fueron destrozados en Lujen; el estrago fué tal y la matanza, que desde entonces comenzó el vulgo á llamar aquel dia, que era mártes, de mal agüero y aciago. Murió en la batalla Garci Ruiz de Azagra, hijo de Pedro de Azagra, señor de Albarracin, noble príncipe en aquel tiempo; fué preso el comendador mayor de los templarios. La causa principal de aquel daño fué el poco caso que hicieron del enemigo, cosa que siempre en la guerra es muy perjudicial. El Rey, por la tristeza que sintió de aquella desgracia, y por tener ya quebrantado el cuerpo con los muchos trabajos, á que se llegó una nueva enfermedad que le sobrevino, dejó el cuidado de la guerra al infante don Pedro, su hijo, y él se fué á Algecira, que es una villa en tierra de Valencia. Allí, aquejado del mal y desafiuciado de los médicos, entregó de su mano el reino á su hijo, que presente estaba; dióle asimismo consejos muy saludables para saberse gobernar. Esto hecho, él se vistió el hábito de san Bernardo con intento de pasar lo que le quedaba de vida en el monasterio de Poblete, en que queria ser enterrado. No le dió la dolencia tanto lugar, falleció en Valencia á 27 de julio; príncipe de renombre inmortal por la grandeza de sus hazañas, y no solo valiente y esforzado, sino de singular piedad y devocion, pues afirman dél edificó dos mil iglesias; yo entiendo que las hizo consagrar ó dedicar conforme al rito y ceremonia cristiana, y de mezquitas de Mahoma las convirtió en templos de Dios. En las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos; treinta veces entró en batalla con los moros y siempre salió vencedor, por donde tuvo sobrenombre y se llamó el rey don Jaime el Conquistador. Reinó por espacio de sesenta y tres años; fué demasiadamente dado á la sensualidad, cosa que no poco escureció su fama. De la reina doña Violante tuvo estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Sancho, el arzobispo, ya muerto; doña Isabel, reina de Francia; doña Violante, reina de Castilla; doña Costanza, mujer del infante don Manuel; otras dos hijas, María y Leonor, murieron niñas; todos estos fueron hijos legítimos. De doña Teresa Egidia Vidaura tuvo á don Jaime, señor de Ejerica, y á don Pedro, señor de Ayerve, que á la muerte declaró por hijos legítimos, y llamó á la sucesion del reino caso que los hijos de doña Violante no tuviesen sucesion. De otra mujer de la casa de Antillon hobo á Fernan Sanchez, el que arriba contamos que fué muerto por su hermano. Deste descienden los de la casa de Castro, que se llamaron así á causa de la baronía de Castro que tuvo en heredamiento. De Berenguela Fernandez dejó otro hijo, llamado Pero Fernandez, á quien dió la villa de Híjar; de todos descendieron muy nobles familias en el reino de Aragon. Lo que mas es de considerar que en la sucesion del reino sustituyó los hijos varones de doña Violante, doña Costanza y doña Isabel, sus hijas, despues de los cuatro hijos arriba nombrados y declarados por legítimos; pero con tal condicion que ni sus madres ni ninguna otra mujer pudiese jamás heredar aquella corona. Dejó mandado á su hijo echase los moros del reino, por ser gente que no se puede jamás fiar dellos, mandamiento que si en aquella edad y aun en la nuestra y de nuestros padres se hobiera puesto en ejecucion se excusaran muchos daños, porque la obstinacion desta gente no se puede vencer ni ablandar con ninguna arte, ni su deslealtad amansar con ningunas buenas obras; no hacen caso de argumentos y razones ni estiman la autoridad de nadie. El infante don Pedro, dado que su padre era muerto, no se llamó luego rey; solo se nombraba heredero del reino en sus provisiones y cartas hasta tanto que se coronase, que se hizo en Zaragoza despues de apaciguados los alborotos de Valencia, y fué á 16 de noviembre. Esta honra se guardó para aquella nobilísima y hermosísima ciudad; la Reina tambien fué coronada; y los caballeros principales, hecho su pleito homenaje, juraron á don Alonso, su hijo, que entonces era niño, por heredero de aquellos estados. A don Jaime, hermano del nuevo Rey, se dieron las islas de Mallorca y Menorca con título de rey, como su padre lo dejó mandado en su testamento y como arriba queda dicho que lo tenia determinado; diéronle otrosí el condado de Ruisellon y lo de Mompeller en Francia. Tuvo este Príncipe por hijos á don Jaime, don Sancho, don Fernando, don Filipe. Esta division del reino fué causa de desabrimientos y sospechas que nacieron entre los hermanos, que adelante pararon en enemistades y guerras. Quejábase don Jaime que le quitaron el reino de Valencia, del cual le hizo tiempo atrás donacion su padre, y que por el nuevo corte que se dió quedaba por feudatario y vasallo de su hermano, cosa que le parecia no se podia sufrir. Su cólera y su ambicion sin propósito le aguijonaban y aun le despeñaban, sin reparar hasta tanto que le despojaron de su estado.

CAPITULO III.

Que las discordias de Navarra se apaciguaron.

Lo de Navarra no andaba mas sosegado que las otras partes de España, antes ardia en alborotos y discordias civiles; cada cual acudia al uno de los bandos. Filipo, rey de Francia, como se viese encargado de la defensa y amparo del nuevo reino, determinó de ir en persona á sosegar aquellas revueltas con mucha gente de guerra que consigo llevaba. Era el tiempo muy áspero, y las cumbres del monte Pirineo por donde era el paso cargadas y cubiertas de nieve; allegábase á esto la falta

de los bastimentos, á causa de la esterilidad de la tierra. Movido por estas dificultades, él se volvió del camino, pero envió en su lugar á Cárlos, conde de Arras, con la mayor parte y mas escogida de su gente. Era este caballero persona de grande autoridad por ser tio de la reina Juana; así, con su llegada hizo mucho efecto. El bando contrario, maltratado por los franceses junto á un pueblo llamado Reniega, se retiró á un barrio de Pamplona, que se llama Navarreria; íbanles los franceses á los alcances y apretábanles por todas partes. Por esto García de Almoravides, caudillo de aquella gente, y en su compañía sus parientes y aliados con la escuridad de la noche por entre las centinelas contrarias se fueron por la parte que cada cual pudo, por poblados y despoblados, y se salieron de toda la tierra. Algunos dellos fueron á parar á Cerdeña, en que por haber hecho allí su morada, hay generacion dellos el dia de hoy. Pamplona fué tomada de los enemigos, y le echaron fuego. Los que quedaron despues deste estrago, escarmentados con el ejemplo de los otros, tuvieron por bien de sosegarse; otros, acusados por rebeldes y alborotadores del reino, llamados, como no compareciesen, fueron en ausencia condenados de crímen *laesae majestatis*, y se ausentaron de su patria. El general francés, apaciguada que fué la discordia de los navarros y fundada la paz de la república, pasó en Castilla al llamado del rey don Alonso, y dél fué muy bien recebido y tratado magnífica y espléndidamente, como pariente muy cercano que era. Con la mucha familiaridad y conversacion el rey don Alonso se adelantó á decir que no le faltaban á él cortesanos de la misma casa del rey de Francia que le diesen aviso y descubriesen los secretos del Rey y de sus grandes. Esto, quier fuese verdad ó fingido para tentar el ánimo del Francés, él lo tomó tan de veras, que desde entonces Broquio, camarero del rey de Francia, comenzó á ser tenido por sospechoso. Acrecentaron la sospecha unas cartas suyas que enviaba al rey don Alonso en cifra, que vinieron en poder de los que le calumniaban, por haberse muerto en el camino el correo que las llevaba. Pasó el negocio tan adelante, que fué condenado en juicio y pagó con la cabeza; pero esto avino algun tiempo adelante. Doña Violante, reina de Castilla, como viese que la edad de sus nietos, que ella mucho queria, era menospreciada, y que anteponian á don Sancho, y que ella no estaba muy segura, en tanta manera pervierte todos los derechos la execrable codicia del reinar, pensó de huirse; con este intento hizo que el rey de Aragon, su hermano, viniese al monasterio de Huerta, so color de querelle allí hablar. Acompañaban á la Reina sus nietos por manera de honralla, y así con ellos se entró en Aragon; procuró de estorbárselo el rey don Alonso desque supo lo que pasaba, pero fué por demás. El pesar que con esto recibió fué tal y el coraje, que ninguna pérdida suya ni de su reino le pudiera entristecer mas. El enojo y saña del Rey se volvió contra aquellos que creyó ayudaron y tuvieron parte en la partida de la Reina; mandó prender en Búrgos, donde el Rey y don Sancho eran idos de Segovia, al infante don Fadrique, su hermano, y á don Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, varon de alto linaje y de muy antigua nobleza. Ardia la casa real y la corte en discordias, y eran muchos los que favorecian á los nietos del Rey. Simon Ruiz fué quemado en Treviño por mandado de don Sancho; á don Fadrique hizo cortar la cabeza en Búrgos con grande odio del nuevo principado, pues eran estas las primeras señales y muestra que daba, mayormente que sin ser oidos los condenaron. Los mas extrañaban este hecho, conforme como á cada cual le tocaban los muertos en parentesco ó amistad, pero el odio estaba secreto y disfrazado con la disimulacion. Enviáronse embajadores el un Rey al otro. El rey de Castilla pedia que se le enviase su mujer y que aprobase la eleccion de don Sancho. Excusábase el rey de Aragon con que no estaba aun del todo determinado el negocio, y alegaba que en su reino tenian refugio y amparo cuantos á él se acogiesen, cuanto mas su misma hermana. Pasaron tan adelante, que hobiera el de Aragon movido guerra á Castilla, como algunos pensaban, si la rebelion de los moros de Valencia no le embarazara; los cuales, confiados en la venida del rey de Marruecos, con las armas se apoderaron de Montesa; pero estos movimientos tuvieron mas fácil fin de lo que se pensaba. Los moros, despedidos de la esperanza del socorro de Africa que esperaban, entregaron al Rey el mes de agosto, año de nuestra salvacion 1277, á Montesa y otros muchos castillos que tomaran. En este tiempo el rey don Alonso era venido de Búrgos á Sevilla; de allí envió grande armada y mucha gente de guerra á cercar á Algecira por mar y por tierra. Aquella guerra ante todas cosas tenia los ánimos de los fieles puestos en cuidado; temian que los africanos, por la vecindad de los lugares y por tener ya asiento en España y guarida propria, no acudiesen muchas veces á nuestras riberas. Sin embargo, las discordias civiles por otra parte les tenian los ánimos tan ocupados, que no se les daba mucho de todo lo al; todavía intentaron de quitalles aquel nido. El verano fué don Pedro, hijo del rey don Alonso, con poderoso ejército á la conquista de aquella ciudad. Dió la vuelta sin hacer algun efecto, con mucha deshonra y pérdida de su gente, y nuestra armada por estar falta de marineros y de soldados con la venida del rey de Marruecos fué desbaratada y presa. Deshízose el campo; los soldados unos se fueron á una parte, otros á otra. Hay quien diga que en aquel tiempo el rey de Marruecos edificó otra nueva Algecira, poco distante de la primera. El cuerpo del rey don Jaime se llevó de Valencia, donde le depositaron en un sepulcro junto al altar mayor de la iglesia catedral, y se trasladó al monasterio de Poblete, entrado ya el verano. Las exequias del difunto se celebraron espléndidamente con gran concurso de caballeros principales, que se juntaron en Tarragona por mandado del nuevo Rey.

CAPITULO IV

De diversas hablas que tuvieron los reyes

Con la partida de la reina doña Violante los reyes de Castilla y Francia comenzaron á estar muy cuidadosos por respeto de los niños infantes. El cuidado por entrambas partes era igual, los intentos diferentes y aun contrarios. El de Castilla quisiera estorbar que no se pasasen en Francia, do para su inocente y tierna edad tenian muy cierta la acogida y el amparo, en especial que don Sancho, su hijo, le ponia en esto con el deseo que tenia de asegurarse, sin descuidarse de continuar en granjear las voluntades de grandes y pequeños con

la nobleza de su condicion, agudeza de ingenio y agradables costumbres, y con valor y diligencia apercebirse para todo lo que podia suceder. El de Francia temia que si venian á manos y poder de su tio correrian peligro de las vidas, por lo menos de perder la libertad. Sabia muy bien cuán deseosos son los hombres naturalmente de mando, y que la ambicion es madre de crueldad y fiereza. Habíanse enviado sobre esta razon diversas veces de parte de Castilla y de Francia muy solemnes embajadas al rey de Aragon, cosa muy honrosa para aquel Príncipe, que fuese como juez árbitro para concertar dos reyes tan poderosos, muy á propósito para sus intentos tener suspensos aquellos príncipes y en su poder los infantes. Ventilado el negocio, finalmente se acordó que doña Violante tornase con su marido y que los infantes quedasen en Aragon sin libertad de poder ausentarse; lleváronlos al castillo de Játiva y allí los pusieron á recado. Esta resolucion dió mucha pena á doña Blanca, su madre, por parecelle que en quien fuera justo hallar amparo allí se les armaba celada, y con nuevos engaños les quitaban la libertad. Partióse pues para Aragon, mas no alcanzó cosa alguna, porque las orejas del Rey las halló sordas á sus ruegos y lágrimas; no hacia caso de todo lo que se podia decir y pensar á trueco de enderezar sus particulares. Desde allí muy enojada pasó en Francia á hablar al Rey, su hermano, y movelle á hacer la guerra contra Castilla y Aragon, si no condescendian con lo que era razon y ella pretendia. Era muy á propósito el reino de Navarra, que se tenia por los franceses, para estos intentos, por confinar con Castilla y Aragon por diversas partes. Puso esto en cuidado al rey de Aragon y al infante don Sancho; para tomar acuerdo de lo que se debia hacer, determinaron venir á habla. Señalaron para ello cierto lugar entre Requena y Buñol, acudieron allí, y se juntaron el dia aplazado á 14 de setiembre del año del Señor de 1279. En esta junta y habla, echados aparte todos los desabrimientos y enojos pasados, trabaron entre sí amistad y pusieron confederacion para valerse al tiempo de necesidad. Concluida esta habla, el rey de Aragon tomó el camino de Cataluña, que estaba alterada por las discordias de la gente principal. Armengol de Cabrera era el principal atizador destas revueltas, hijo de Alvaro de Cabrera, al cual el Rey poco antes diera el condado de Urgel, como á su feudatario y por respeto del conde de Fox; todo esto no bastó para ganalle. El Rey, visto lo que pasaba, se puso sobre la ciudad de Balaguer, cabecera de aquel estado; prendió al dicho Armengol y á su tio Rogerio Bernardo, conde de Fox, con otros señores que dentro halló; túvolos presos largo tiempo, en especial al de Fox, que se rebelara mas veces y mas feroz se mostraba; con tanto calmaron las alteraciones de los catalanes. Don Sancho se encaminó á Badajoz, donde su padre estaba, que era venido desde Sevilla á verse con don Dionisio, su nieto, rey de Portugal, con intento de hacer las paces entre él y don Alonso, su hermano, al cual pretendia por fuerza de armas echar del estado que su padre le dejó en Portugal. Alegaba diversas razones para dar color á esta su pretension, de que recebian mucho descontento las gentes de Portugal, por ver que entraba con tan mal pié en el reino, y que apenas era muerto su padre cuando pretendia despojar á su hermano y trabar con él enemistad. Falleció en Lisboa al principio deste mismo año el rey don Alonso de Portugal, padre de don Dionisio. Vivió setenta años, reinó treinta y dos; en el monasterio de Santo Domingo de aquella ciudad que él edificó, enterraron su cuerpo. Don Sancho, luego que se hobo visto con su padre, fué por su órden á hacer levas de gente por todo el reino y apercebirse de soldados contra el rey de Granada, que á la sazon sabia estar ocupado en la obra del alcázar de aquella ciudad, llamado el Alhambra, fábrica de gran primor y en que gastó gran tesoro, ca era este rey Moro no menos diestro en semejantes primores que en el arte militar. Para movelle guerra no podian faltar achaques, y siempre los hay entre los príncipes cuyos estados aliudan. Lo que yo sospecho es que el rey de Granada en la guerra de Algecira dió favor al de Marruecos, de lo cual por estar agraviados los nuestros, en el asiento que se tomó poco antes desto con los africanos no fueron comprehendidos los de Granada. Dionisio, rey de Portugal, sea por no fiarse de su abuelo, como quier que sean dudosas é inconstantes las voluntades de los hombres, sea por pensar se inclinaba mas á su hermano (como de ordinario siempre favorecemos la parte mas flaca, y aun el que es mas poderoso, en cualquier diferencia puesto que tenga mejor derecho, siempre parece que hace agravio), si bien habia llegado á Yelves, que está tres leguas de Badajoz, repentinamente mudado de parecer volvió atrás. Fué grande el enojo que el rey don Alonso recibió por esta liviandad; así, perdida la esperanza de verse con su nieto, muy desabrido dió la vuelta para Sevilla. En este tiempo Conrado Lanza, general de la mar por el rey de Aragon, persona de grande autoridad para con todos por ser pariente cercano de la reina doña Costanza, con una armada que aprestó de diez galeras corrió las marinas de Africa, mayormente las de Túnez y Tremecen, en castigo de que aquellas ciudades no querian pagar el tributo que algunos años antes concertaron. Cierto autor afirma que esta empresa fué y se enderezó para meter en posesion del reino de Túnez á Mirabusar, á quien su hermano le echara dél. Todos concuerdan que la presa que de allí llevaron los aragoneses fué grande, y que en el estrecho de Gibraltar de diez galeras que encontraron del rey de Marruecos y las vencieron, parte tomaron, parte echaron á fondo. El rey de Aragon en Valencia, donde se entretenia muy de ordinario, hizo donacion á don Jaime, su hijo, habido fuera de matrimonio, del estado de Segorve por el mes de noviembre. En Castilla de cada dia se aumentaba la aficion que los naturales tenian al infante don Sancho, y aun á muchos parecia que trataba de cosas mayores de lo que al presente mostraba, y que luego que concluyese con los sobrinos, menospreciaria á su padre, que ya por su edad iba de caida, y le quitaria el mando y la corona. El padre por su gran descuido de ninguna cosa menos se recataba que desto, sin saber las prácticas de su hijo, así las públicas como las secretas. Partió pues don Sancho el año luego siguiente de 1280 á la primavera con el ejército que tenia levantado la vuelta de Jaen; y con nuevas compañías que su padre le envió desde Sevilla, aumentado su ejército, entró muy pujante por las fronteras de Granada, taló y robó toda la campaña, sin parar hasta ponerse á vista de la misma ciudad, quemó muchas aldeas y pue-

blos, recogió gran presa de gente y de ganados, con que volvió á Córdoba, desde allí acompañó á su padre hasta Sevilla. Con el buen suceso desta guerra ganó mayor autoridad y granjeó del todo las voluntades de la gente, cosa que él estimaba en mas que todas las demás ganancias, por asegurarse en la sucesion del reino, que era el cuidado que mas le aquejaba. Principalmente que Filipe, rey de Francia, con la aficion que tenia á los dos infantes, sus sobrinos, hacia instancia que fuesen puestos en libertad, y que en lugar de su abuelo que los pedia, se los entregasen á él. Envió pues sobre esta razon embajadores á los dos reyes; llevaron órden que al principio tratasen el negocio amigablemente, ca no tenia perdida la esperanza que hobiesen de dar oidos á tan justa demanda; si no se allanasen, como deseaba, les diesen á entender que tendrian en los franceses enemigos mortales; que él estaba resuelto de amparar la inocente edad de aquellos mozos por toda las vias y maneras que pudiese. Como los nuestros no se moviesen por amenazas ni por ruegos, se trató y acordó que para tomar algun medio, y en presencia componer todas las diferencias, los tres reyes se juntasen á habla, para lo cual se dieron unos á otros la palabra y seguridad bastante. Con esta determinacion el rey de Francia llegó á Salvatierra, el rey de Castilla á Bayona, ciudad que está en los pueblos dichos antiguamente tarbellos en los confines de Guiena. No se juntaron los reyes para tratar de las condiciones y del asiento. El infante don Sancho desbarató la junta con su astucia y con sus mañas, por temer no alcanzasen de su padre, que claramente via estar aficionado á los nietos, alguna cosa que le empeciese á él. Lo que solamente se pudo alcanzar fué que Cárlos, príncipe de Taranto, hijo del rey de Sicilia, interviniese entre los reyes y llevase los recados de la una parte á la otra; y sin embargo, no se concluyó cosa ninguna, porque todos los intentos de los príncipes desbarataba con sus mañas don Sancho, si bien lo que los franceses pedian parecia muy justificado, esto es, que se le diese al infante don Alonso la ciudad de Jaen con nombre de rey, y como á feudatario y dependiente de los reyes de Castilla. Desbaratada que fué la junta, todavía los reyes de Francia y Aragon se vieron en Tolosa para tratar deste negocio entre sí. El fruto desta habla no fué mayor que el de antes, en tanto grado, que parecia hacian burla del rey de Francia. Solo se sacó de esta junta que el rey de Francia prometió debajo de juramento dejaria el estado de Mompeller á don Jaime, rey de Mallorca, porque antes desto pretendia ser suyo y quitársele. Muy alegre quedó el infante don Sancho de que con todo el esfuerzo que aquel Rey hizo y con tantas porfías no se habia alcanzado de los reyes cosa alguna que fuese en pro de los infantes, sus sobrinos. Solo se recelaba de la inconstancia de su padre, por la compasion que mostraba tener de aquella tierna edad, no viniese á favorecer los nietos, ca de estar mudado de parecer se vian manifiestas señales. Y muchos que con diligencia y cuidado consideran los enojos de los príncipes y sus inclinaciones, por entender esto no cesaban de irritar al rey don Alonso contra su hijo, y contalle y encarecelle sus desacatos. Decian que estaba apoderado de todo el gobierno, que todo lo trastornaba y revolvia conforme á su antojo, que no estimaba en nada su real autoridad y grandeza. Era el rey don Alonso de ingenio vario, mudable, doblado, tenia en sus acciones una maravillosa inconstancia, falta que con la edad suele tomar mas fuerza. Don Sancho, por entender estas cosas, determinó ayudarse de socorros extraños y de fuera, y hacerse amigo del rey de Aragon y prendalle, en que puso mucha diligencia. Envióle sobre esta razon y con este intento sus embajadores, primero á don Gonzalo Giron, maestre de Santiago, despues al marqués de Monferrat. La suma de la embajada era que se juntasen para tratar de sus haciendas y de cosas de mucha importancia. Acordado esto, los reyes don Alonso, don Pedro y tambien el infante don Sancho se juntaron entre Agreda y Tarazona en un pueblo que se llama el Campillo. Fué esta junta á 27 de marzo del año de 1281 Asentóse confederacion entre aquellos dos reinos de tal guisa, que los que fuesen amigos del uno fuesen amigos del otro, y lo mismo de los enemigos, sin exceptar á persona alguna; que el que primero quebrantase este concierto, pagase de pena diez y seis mil libras de plata. Dieron al rey de Aragon en esta junta á Palazuelos, Teresa, Jera, Ayora, y á don Manuel, hermano del rey don Alonso, cuyas eran estas villas, dieron en recompensa la villa de Escalona. Esto fué lo que se trató en público; de secreto se acordó que los dos reyes acometiesen el reino de Navarra y se enseñoreasen dél; señalaron otrosí la parte que á cada cual habia de pertenecer acabada la conquista. Ultra desto, se le concedió á don Sancho que los infantes estuviesen en el castillo de Játiva á buen recado. El cual, despedida la junta, en Agreda donde fué con los dos reyes, para obligar mas al rey de Aragon y ganalle mas la voluntad, le prometió y aseguró muy de veras que como su padre falleciese, le dejaria todo el reino de Navarra para que le encorporase en la corona de Aragon, y ultra desto le daria en Castilla la villa de Requena con todos los lugares de su jurisdicion, que están hácia el reino de Murcia y á la raya del de Valencia. Andaba su partido en balanzas, y su ánimo dudoso entre el miedo y la esperanza; por esto no le parecia vergonzoso y feo comprar su seguridad á costa de tantas promesas. Don Juan Nuñez de Lara, en aquellos tiempos varon grave y poderoso, segun se ve en las historias, era señor de Albarracin por via de dote con doña Teresa, hija de don Alvaro de Azagra, que fué señor de Albarracin, y por consiguiente nieta de don Pedro Rodriguez de Azagra. Dende allí por la fortaleza del lugar y por estar á las rayas de Aragon y Castilla tenia costumbre de hacer correrías en ambas partes y solia llevarse muchos despojos, además que recebia debajo de su amparo y proteccion á todos aquellos que de los dos reinos acudian á él por delitos que hobiesen cometido. Particularmente don Lope Diaz de Haro, señor tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad, por estar muy mal enojado con don Sancho y con el rey de Castilla á causa de la muerte del infante don Fadrique y del señor de los Cameros. Trataron entre sí don Sancho y el rey de Aragon en Tarazona de dar órden de conquistar aquella ciudad, y deshacer á don Juan de Lara. El rey don Alonso se fué á Búrgos á celebrar las bodas de sus hijos don Pedro y don Juan. A don Pedro dió por mujer una hija del señor de Narbona, y á don Juan una hija del marqués de Monferrat, que fué lo mas que se sacó y se efectuó con

tantas juntas y coloquios y vistas de reyes, tantos gastos y trabajos. España á esta sazon sosegaba, si bien parecia que la amenazaba alguna cruel tempestad, á causa de estar todas las voluntades, así bien de los grandes como de los pequeños, muy alteradas y desabridas, y la pretension que andaba sobre la sucesion del reino.

CAPITULO V.

Cómo don Sancho se rebeló contra su padre.

Las vehementes sospechas que entre don Sancho y su padre el rey don Alonso se despertaron de pequeños principios poco á poco, como acontece, vinieron á parar en discordia manifiesta y en guerra. Llevaba mal el rey don Alonso verse á causa de su vejez poco estimado de muchos; dábale pena el deseo que sentia en sus vasallos de cosas nuevas. Para acudir á este daño tan grande y ganar reputacion entre los suyos, con gente de guerra que juntó se determinó hacer una nueva entrada en tierra de moros, con que les robó y taló la campaña y les hizo otros daños, dado que su edad era mucha y el cuerpo tenia quebrantado por los muchos trabajos y pesadumbres. Ninguna cosa mas le aquejaba que la falta del dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes. Trataba de hallar algun medio para recogello. Parecióle que el camino mas fácil seria batir un nuevo género de moneda, así de cobre como de plata, de menor peso que lo ordinario y mas baja de ley y que tuviese el mismo valor que la de antes, mal arbitrio, y que no se sufre hacer sino en tiempos muy apretados y en necesidad extrema. Resultó pues desta traza un nuevo daño, es á saber, que se encendió mas el odio que públicamente los pueblos tenian concebido contra el Rey, mayormente que se decia por cosa cierta que en las causas civiles y criminales y en castigar los delitos no tenia tanta cuenta con la justicia, como con las riquezas que las partes tenian, y que á muchos despojaba de sus haciendas por cargos y acusaciones fingidas que les imponian, cosa que no se puede excusar con ningun género de necesidad, y con ninguna cosa se ganan mas las voluntades de los vasallos para con su príncipe que con una entereza y igualdad en hacer á todos justicia. Envió por embajador á Francia á Fredulo, obispo de Oviedo, francés que era de nacion. Echaron fama que para visitar al rey Filipo y por su medio alcanzar del Sumo Pontífice la indulgencia de la cruzada para los que fuesen á la guerra de los moros. El principal intento era comunicar y tratar con él la manera cómo pondrian en libertad á sus nietos, fuese por la compasion que tenia de aquella inocente edad y por la aficion que tenia á los infantes como á sus nietos, ó lo que yo mas creo, por el aborrecimiento que habia cobrado á don Sancho, su hijo, por cuyo miedo los años pasados, mas que por su voluntad, los privó de la sucesion del reino. No se le encubrieron á don Sancho las pretensiones de su padre, como quiera que no pueda haber secreto en semejantes discordias domésticas. Acordó de prevenirse; en particular para ayudarse del socorro de los moros se partió para Córdoba; allí asentó confederacion con el rey de Granada, y para ganalle mas le soltó las dos partes del tributo que pagaba, partido que poco antes pretendió el Moro del rey don Alonso y él no lo quiso aceptar. Demás desto por negociacion del infante don Juan, que ya era del bando del infante don Sancho, su hermano, los grandes de Castilla y de Leon, que muy de atrás andaban desabridos por la severidad del Rey y su aspereza, se declararon por su hijo. La memoria fresca del triste suceso del señor de los Cameros y del infante don Fadrique atizaba mas estos desabrimientos. Tratábanse estas cosas al principio del año 1282 del nacimiento de Cristo nuestro Señor. En el mismo año por el mes de agosto en la villa de Troncoso se celebraron las bodas entre Dionisio, rey de Portugal, y doña Isabel, hija mayor del rey de Aragon. Esta es aquella reina doña Isabel que por sus grandes virtudes y notable piedad es contada entre los santos del cielo, y su memoria se celebra en aquel reino con fiesta particular. Este Rey, sin tener respeto á su abuelo, atraido con la destreza y mañas de don Sancho, se juntó con él y se declaró por su amigo y aliado, sea por algun enojo que tenia con su abuelo, sea por tener por esta via esperanza de mejor partido y remuneracion. El rey don Alonso miraba poco las cosas por venir, así por su larga edad como por la comun tacha de nuestra naturaleza, que en sus proprios negocios cada cual es menos prudente que en los ajenos; estorba el miedo, la codicia y el amor proprio, y ciega para que no se vea la verdad. Hizo llamar á Cortes para la ciudad de Toledo, por ver si en alguna manera se pudieran sosegar las voluntades de su hijo y de la gente principal sin poner mano á las armas. Por seguir el camino mas blando, que era apaciguallos amigablemente, ni se apercibió como fuera menester, ni usó de bastante recato. Don Sancho por otra parte, confiado en el favor y ayuda de la nobleza y por estorbar la traza y ardid de su padre, llamó asimismo á Cortes para Valladolid; acudió á su llamado mucha mas gente que á Toledo. Tenia deseo de dejar sucesion; casó con doña María, hija de Alonso, señor de Molina, que era su pariente en tercero grado. Deste matrimonio le nacieron don Fernando, su primogénito, y otros hijos. En aquellas Cortes todo lo que se hizo fué conforme al parecer de los grandes que allí se juntaron, porque don Sancho les otorgó todo aquello que se atrevieron á pedir, así en pro de cada cual dellos como para el público, además de muy mayores mercedes que les prometió para adelante, camino que le pareció el mejor de todos para ganar las voluntades de grandes y pequeños. Proveyéronse nuevos oficios y cargos, hiciéronse nuevas leyes; cuanto cada uno tenia de fuerza y autoridad, tanta mano metia en el gobierno del reino. Cundió el deseo de cosas nuevas y de levantarse contra su rey, y llegó hasta la gente vulgar. Tal era la disposicion de los corazones en aquella sazon, que hazaña tan grande como quitar el ceptro á su Rey unos se atreviesen á intentalla, muchos la deseasen y casi todos la sufriesen, sin faltar quien en medio del aplauso y vocería llamase rey á don Sancho y le diese nombre de padre de la patria con todos los demás títulos de príncipe. Mas él constantemente lo desechó con decir que mientras su padre fuese vivo no sufriria le quitasen el nombre y honra de Rey, ora fuese por mostrarse modesto y despreciar un vano apellido, pues en efecto todo lo mandaba, ó por encender mas las voluntades del pueblo con entretenellos. Pasó el negocio tan adelante, que

sin embargo el infante don Manuel, tio de don Sancho, en nombre suyo y de los grandes, por sentencia pública que se pronunció en las Cortes, privó al rey don Alonso de la corona. Castigo del cielo sin duda, merecido por otras causas y por haberse atrevido con lengua desmandada y suelta, confiado en su ingenio y habilidad á reprehender y poner tacha en las obras de la divina Providencia y en la fábrica y compostura del cuerpo humano; tal es la fama y voz del vulgo desde tiempo antiguo continuada de padres á hijos. Este atrevimiento castigó Dios con tratalle desta manera, revés que dicen él habia alcanzado por el arte de astrología, en que era muy ejercitado, si arte se puede llamar, y no antes engaño y burla, que siempre será reprehendida y siempre tendrá valedores. Añaden que deste conocimiento procedieron sospechas y que con el miedo se hizo cruel, de que resultó el odio que le tenian, y del odio procedió su perdicion y caida. Las bodas del infante don Sancho se celebraron en Toledo; el aparato no fué muy grande, por estar en víspera de la guerra civil todo revuelto. El rey don Alonso, reducido á estos términos por verse desamparado de los suyos, acudió á pedir socorro y dineros prestados al rey de Marruecos. Envióle en prendas su real corona, que era de gran valor. Alonso de Guzman, señor de Sanlúcar, por desabrimientos que tuvo con el rey don Alonso, residia á la sazon en Marruecos; la causa en particular no se sabe; lo cierto es que era estimado en mucho de aquel rey Moro y que le hizo capitan de sus gentes. Hoy dia se muestra una carta del rey don Alonso, para él muy humilde por el aprieto en que se hallaba, que fué la mayor miseria estar forzado á rogar y humillarse á su mismo vasallo que le tenia ofendido. Por la carta le ruega se acuerde de la amistad antigua que entre ellos habia y de su nobleza; ponga en olvido los desgustos y cosas pasadas y le favorezca en aquel aprieto; sea parte para que se le envien dineros y gente de guerra, pues puede y alcanza tanto con el rey Moro. Prométele que tendrá perpetua memoria deste beneficio y servicio, y que en efecto podrá esperar de su benignidad cualquier cosa, por grande y dificultosa que sea, que corresponderá en todo á su deseo. El rey Bárbaro lleno de esperanzas y por parecelle se le ofrecia buena ocasion de mejorar su partido á causa de las discordias de Castilla, hizo aun mas de lo que se le pedia. Con acuerdo del rey don Alonso pasó en Algecira; y en Zahara, villa del reino de Granada, se vió con él. Usaron entre los dos de grandes comedimientos y cortesías. Diósele al rey don Alonso mas alto lugar y silla, honra que se le hizo por ser huésped y porque el de Marruecos ganó el reino que tenia; don Alonso procedia de casta de reyes y desde su niñez fué criado como quien habia de ser Rey, por tanto era mayor en dignidad, que fueron todas razones del mismo Bárbaro. Tratóse en esta habla de la forma que se debia tener en hacer la guerra, pues la esperanza de hacer y asentar paces con su hijo era ninguna, aunque desto tambien se movió plática. De las ciudades de la Andalucía, Sevilla se tenia por el rey don Alonso, Córdoba por don Sancho, su hijo. Los moros tomaron á su cargo de cercar aquella ciudad, como lo hicieron despues de talar y robar los campos comarcanos. Acudió el rey don Alonso desde Sevilla al cerco con la gente de guerra que allí pudo ayuntar. Córdoba se defendió valerosamente por el esfuerzo de los ciudadanos y la buena diligencia de don Sancho, que se previno con presteza contra la venida de los enemigos. Así el rey Moro á los veinte dias que puso el cerco le alzó; para la priesa que traia, cualquier dilacion le era pesada. Todavía con voluntad del rey don Alonso pasó por Sierramorena y llegó hasta Montiel; hizo gran daño en toda aquella tierra y grandes despojos con que se volvió á Ecija. Este fué el fruto de la discordia civil y no otro. Acudió allí el rey don Alonso, pero luego se retiró secretamente y se fué á Sevilla, de donde era venido, por aviso que le dieron que el rey Moro trataba de le prender; si fué verdad ó mentira no se sabe. Lo que consta es que el Moro mostró gran sentimiento y pesar de que en su lealtad se pusiese duda, en tanto grado que, dejada España, se pasó en Africa; restituyó empero á don Alonso mil caballos escogidos que con su licencia tiraban sueldo del rey Moro, que fué señal de no ir de todo punto desabrido. Era caudillo desta gente Hernan Ponce; cuéntase que como junto á Córdoba se encontrasen con diez mil caballos de los enemigos, fué tan brava la carga que les dieron, que los rompieron y pusieron en huida: tan grande era su valor y esfuerzo, tan señalada su destreza, conocida y probada en muchas guerras. En Sevilla el rey don Alonso en una solemne junta que tuvo privó á su hijo don Sancho de la sucesion del reino con palabras muy sentidas y graves y mil denuestos y maldiciones que descargó sobre su cabeza, como se puede pensar de padre tan ofendido. Pasó esto á 8 dias del mes de noviembre. El infante don Sancho hacia poco caso de aquellas maldiciones y saña; renovó la confederacion con el rey de Granada, y en la comarca de Córdoba, donde estaba, se apercebia para todo lo que pudiese suceder; la gente de guerra para que invernasen repartió por aquellos lugares.

CAPITULO VI.

De la conjuracion que hizo Juan Prochita contra los franceses en Sicilia.

Este año fué notable, no solamente por el desafuero que hicieron al rey don Alonso y las discordias de Castilla, sino mucho mas por la conjuracion muy famosa de Juan Prochita. Este fué señor de la isla de Prochita, que cae junto á Sicilia, varon de grande ingenio, y que fué muy estimado y grande amigo del rey Manfredo; los años pasados por no ser maltratado de los franceses, que entonces tenian el mando y buscaban todas las ocasiones de descomponer la gente poderosa, se recogió á Aragon. Los reyes de Aragon don Jaime y don Pedro holgaron de su venida por ser persona de tanto valor, por medio del cual podrian cobrar los reinos de Sicilia y Nápoles, que pretendian contra derecho les quitaron. No solo le recogieron con mucha alegría y muestras de amor, sino le heredaron de grandes posesiones con que pudiese sustentar su vida, particularmente le dió el rey don Pedro en tierra de Valencia á Lujen y á Benizan y á Palma. Los gibelinos, oprimidos por el mando que los franceses tenian en toda Italia, gente feroz y soberbia, así lo publicaban ellos, comenzaron á volver los ojos á los aragoneses, ca tenian esperanza que con su ayuda podrian desechar aquel pesadísimo yugo y imperio. Vió Italia en aquella sazon lo

que en el mas mísero cautiverio se puede esperar, que les vedasen el poder hablar libremente; señorío insufrible y que se extendia hasta Roma, donde el rey de Nápoles, puesto allí un su vicario ó teniente, tenia el gobierno de todo con nombre de senador. Nicolao, pontífice romano, procuraba con todas veras librar á Roma de aquella sujecion. Para esto lo primero que hizo fué declarar por un edicto ó bula que ninguno en Roma pudiese ser senador mas que por un año; quitó otrosí la facultad á los reyes y á sus parientes de poder tener y ejercitar aquel gobierno ó magistrado. A Cárlos, rey de Sicilia, le privó del nombre y autoridad de vicario, nombre de que usaba en Italia, como lugarteniente de los emperadores, con color que esta era la voluntad del emperador Rodulfo. Todo esto aunque iba encaminado á enflaquecer las fuerzas del rey Cárlos, pero como era conforme á razon lo que se ordenaba, aun no se movian las armas ni se llegaba á rompimiento. Lo que algunos autores defienden ó porfian, que el papa Nicolao tenia determinado hacer de la familia y casa Ursina, de que él descendia, dos reyes en Italia, el uno en Lombardía, y el otro en Toscana, para estorbar á los tramontanos la entrada de Italia, la mas frecuente fama y casi el comun consentimiento de todos lo condena como falso. De cualquier manera que esto sea, Cárlos, viudo de la primera mujer, casó con hija del emperador Balduino desposeido; con esto trataba de volver á aquella pretension y ayudar con sus fuerzas á Filipo, su cuñado, para recobrar el imperio de Constantinopla. Procuraba para salir con este intento de hacerse amigo de don Alonso, rey de Castilla. Para mas prendalle procuró que le diese su hija doña Violante para casalla con el emperador Filipo. Estas pretensiones se deshicieron con las artes de los aragoneses, y aun expresamente se estableció en el Campillo, donde, como dicho es, los reyes se hablaron, que el rey de Castilla no emparentase con franceses. A doña Beatriz, hija del rey Manfredo, hermana de doña Constanza, reina de Aragon, la tenia el rey Cárlos presa sin querella en manera alguna poner en su libertad, aunque sobre ello habia sido importunado. Esto se juntaba con otras causas y razones de discordias y enojos. Juan Prochita con la ocasion destas disensiones y disgustos intentó de cobrar su patria y estado; fué una y segunda vez á Constantinopla en hábito desconocido. Puso al emperador Paleólogo, que ya antes tenia recelo de sus cosas, en mayor sospecha y cuidado. Avisóle que el rey Cárlos de Nápoles, juntadas sus fuerzas con las de Francia, tenia una poderosa armada puesta en órden para ir contra él; que los franceses tenian sus fuerzas enteras; á los griegos enflaquecian los bandos que entre ellos andaban, demás de otras desgracias, de tal manera, que no podrian resistir al poder de aquellos dos reyes. «Los sucesos de las guerras pasadas, dice, os pueden servir de aviso. Séame lícito decir la verdad; en vos no cabe soberbia, y es cosa muy loable y magnífica saberse el hombre gobernar en el enojo y peligro. Por ventura con estaros en vuestra casa entorpecido ¿esperaréis que os acometan con la guerra y que acrecentados con sus fuerzas y las de vuestros vasallos, que andan desgustados y revueltos, lo que me pone temor decillo, os echen de vuestro estado? Gran carga teneis sobre los hombros, tal, que si no la regís con maña, os oprimirá con su peso; mejor seria que á vuestros enemigos les diésedes en qué entender en sus casas, porque los sicilianos con la memoria del antiguo gobierno y por el aborrecimiento que tienen al nuevo están desgustados de suerte, que mas les falta cabeza á quien seguir que deseo de rebelarse. No cesan de importunar á los reyes de Aragon que les dén socorro y se apoderen de toda la isla. Fuera desto, el Pontífice romano está muy desgustado con los franceses; si ayudáredes sus pretensiones, sin duda con poco trabajo y costa ahorraréis de grandes tempestades y revolveréis sobre ellos el daño que contra vos procuran. Finalmente, os persuadid que los franceses jamás os serán amigos. El poder y fuerzas que alcanzan ¿quién no lo sabe?» El Emperador tenia por cierto era verdad todo lo que Prochita le decia; mas no queria empeñarse mucho en el negocio ni del todo declararse. Prometió que él ayudaria las pretensiones del rey de Aragon con dineros de secreto, porque estas práticas no se entendiesen. Concertado esto, el Prochita se volvió á Italia; fuése á ver con el Papa, que estaba en Roca Soriana junto á Viterbo. Avisóle de todo lo que pasaba, y con tanto dió la vuelta á Sicilia á tratar con los principales de la isla que se rebelasen. Fué el descuido ó seguridad de los franceses tal y el silencio de los conjurados, que jamás se entendió cosa alguna. Falleció en esta sazon el papa Nicolao; por su muerte fué puesto en su lugar Martin IV, natural de Turon de Francia, que favorecia el partido del rey Cárlos de tal manera, que á contemplacion suya declaró por descomulgado al Emperador griego, como á scismático y que no queria obedecer á la Iglesia romana. El rey de Aragon envió al nuevo sumo Pontífice por su embajador un varon en aquel tiempo muy señalado y de gran prudencia, llamado Hugo Metaplana, para que procurase entender sus intentos, dado que la voz era para hacer canonizar á fray Raimundo de Peñafuerte. El Pontífice no quiso otorgar con esta demanda; decia que no se debia conceder cosa alguna á quien rehusaba de pagar el tributo que debia á la Iglesia romana; antes revocó la concesion que de los diezmos eclesiásticos hicieron sus antecesores al rey don Jaime, su padre. Lo que pudiera atemorizar al Aragonés le encendió mas para aprestar la jornada, porque si se detenia no sucediese alguna cosa que la estorbase; apercibió una grande armada en las costas de Aragon con voz de pasar en Africa, en que dos hijos del rey de Túnez, despojado por Conrado Lanza, como arriba se tocó, de aquel reino, competian entre sí sobre el señorío de Constantina y Bugía, ciudades que quedaron en poder de su padre. Esta era la fama; el mayor y mas verdadero cuidado de acudir á lo de Sicilia. El Pontífice envió á saber por sus embajadores la causa de aquel aparato, y como no cesasen de preguntar lo que les era mandado, el Rey encendido en cólera les respondió: «Quemaria yo mi camisa si pensase era sabidora de mis puridades.» La misma respuesta dió al rey de Francia, que á entrambos tenian puestos en cuidado las cosas del rey Cárlos, tanto mas que sabian muy bien la enemiga que los aragoneses tenian contra él. El Emperador griego, segun que lo tenia prometido, acudió con buena suma de dinero. La conjuracion de los sicilianos se vino á ejecutar en el mas santo tiempo de todo el año, que parecia gran maldad, es á saber, el

tercero dia de la Pascua de Resurreccion, que fué á 31 dias del mes de marzo, cuando por todas partes se hacian juegos y alegrías, muestras mas de seguridad y contento que de temor y matanza. Al mismo tiempo y hora que al son de las campanas despues de comer llamaban los pueblos á vísperas se ejecutó la matanza de los franceses, que bien descuidados estaban, en toda la isla en un momento; de que vino el proverbio de las Vísperas Sicilianas. Apoderáronse otrosí los sicilianos de toda la armada que en los puertos de Sicilia tenian aprestada contra el Emperador griego, ya declarado por enemigo por el papa Nicolao IV. Desta manera pasó este hecho, segun que lo divulgó la fama y lo dejaron escrito muchos autores. Otros afirman que este estrago tuvo principio en Palermo, donde como la gente en aquel dia señalado fuese á visitar la iglesia de Sancti Spíritus, que está en Monreal, una legua distante, un cierto francés, llamado Droqueto, quiso con soltura catar á una mujer para ver si llevaba armas. Aquel desaguisado tomó por ocasion el pueblo para levantarse. En el campo, en la ciudad y en el castillo se hizo gran matanza de franceses, sin tener respeto á mujeres, niños ni viejos, con tan grande furia y deseo de satisfacer su saña, que aun las mujeres que entendian estar preñadas de los franceses, porque dellos no quedase rastro alguno las pasaban á cuchillo. La misma ciudad de Palermo fué saqueada como si fuera de enemigos; que el pueblo alborotado no tiene término ni órden, y cualquier grande hazaña casi es forzoso vaya mezclada con muchos agravios y sinrazones. Las demás ciudades y pueblos en muchas partes con el ejemplo de los panormitanos acudieron asimismo á las armas; solo Mecina por algun tiempo estuvo sosegada á causa de hallarse presente Herberto, aurelianense, gobernador de toda la isla por los franceses; miedo y respeto que no fué bastante ni duró mucho tiempo, antes en breve los mecineses, á ejemplo de las otras ciudades, tomadas las armas, echaron fuera la guarnicion de los soldados y al mismo Gobernador. Solo Guillen Porceleto, provenzal de nacion y que tenia el gobierno de Calatafimia, en lo mas recio del alboroto le dejaron ir libremente, porque la opinion de su bondad y modestia le amparó para que no se le hiciese algun agravio. Este fué el suceso y la manera de la conjuracion de Juan Prochita, mas famosa que loable. Los sicilianos, amansado aquel primer ímpetu, puesto que entendian el peligro en que quedaban y que algunos se comenzaban á arrepentir de lo hecho, todavía determinados de antes morir que tornar á poder de los franceses, acordaron de acudir de nuevo al rey de Aragon para pedille los ayudase. A la sazon que esto pasaba en Sicilia estaba él en Tortosa con su armada aprestada. Pensaba antes que llegase la nueva de Sicilia de pasar en Africa. Hízolo así. Dende robadas y destruidas todas aquellas marinas, volvió repentinamente las velas, y mudado el camino, llegó á Córcega. Allí tuvo aviso de todo lo sucedido en Sicilia y que el rey Cárlos á gran priesa era partido de Toscana, y con gente de guerra que juntara de todas partes tenia puesto sitio sobre Mecina, tan apretado, que de muchos años á aquella parte no se dió á ciudad ninguna batería mas recia ni mas brava. Todos hacian el postrer esfuerzo; los franceses ardian en deseo de vengarse, y con la sangre de los sicilianos pretendian hacer las exequias de sus ciudadanos y amigos muertos; los cercados, por entender esto, se defendian valerosamente con tanto coraje, que, hasta las mujeres, niños y viejos acudian á todas partes, no esquivaban ni trabajo ni peligro. A esta sazon llegó el rey de Aragon á Palermo; en aquella ciudad se coronó, y fué de todos saludado por rey, que era meter nuevas prendas; acrecentó su armada con las naves que los sicilianos tomaron al principio deste alboroto, y las tenian apercebidas para ir contra los griegos. Los cercados, con la esperanza del socorro que les venia á buen tiempo, cobraron mayor ánimo, tanto, que el rey Cárlos fué forzado de alzar el cerco de Mecina, y con tristeza y vergüenza, pasado el Faro, dar la vuelta á Italia. Fué este para los aragoneses un principio de grandes desabrimientos, y de gloria y honra no menor. Enviáronse los reyes cartas llenas de saña y denuestos, con que mas se irritaron las voluntades hasta llegar á declararse la guerra por ambas las partes. El Aragonés esperaba nuevo ejército de España, el rey Cárlos de la Proenza y de Marsella; todo les era á los aragoneses llano en Sicilia, á los franceses dificultoso. Los reales destos, puestos junto al estrecho de Mecina á la vista de Sicilia, los soldados aragoneses repartidos en muchas partes y enviados á las ciudades para mas asegurallas y defendellas; el rey don Pedro, con recelo de perder lo adquirido por ser el enemigo tan poderoso y los socorros que él esperaba muy léjos, acordó de valerse de ardid y maña. Era el rey Cárlos muy valiente por su persona, de grandes fuerzas y destreza, de que él mucho se preciaba. Envióle el de Aragon á desafiar con un rey de armas; que si confiaba en sus fuerzas y valor, saliese á hacer campo con él; perdonasen á tantos inocentes como de fuerza moririan en aquella demanda; que por quien quedase el campo fuese señor de todo lo demás, y cesaria la causa de la guerra que tenian entre manos. Así lo cuentan los historiadores franceses. Los aragoneses, al contrario, afirman que primero fué desafiado el rey don Pedro del Francés, y que el mensajero fué Simon Leontino, de la órden de los Predicadores; lo que se sabe de cierto es que aceptado el riepto, se concertaron que peleasen los dos reyes con cada cien caballeros. Altercóse sobre señalar la parte en que se haria el campo. Al fin se escogió Bordeaux, cabeza de la provincia de Guiena en Francia, que pareció á propósito por estar entonces en poder de Eduardo, rey de Ingalaterra; señalóse el dia de la pelea y juraron las condiciones de una parte y otra. El Padre Santo, como supiese todas estas cosas y lo que en Sicilia pasaba, amonestó al rey de Aragon dejase aquella empresa; que no perturbase la paz pública con desenfrenada ambicion. Finalmente, porque no quiso obedecer, á los 9 dias del mes de noviembre le declaró por descomulgado; en Montefiascon se pronunció la sentencia. Al rey de Ingalaterra le envió á mandar con palabras muy graves que no diese campo á los reyes ni lugar para pelear en su tierra. No aprovechó esta diligencia. La reina doña Constanza por mandado de su marido se fué á Sicilia por ser la señora natural y porque con la ausencia del Rey no se mudasen los sicilianos. Llegó á Mecina á 22 dias del mes de abril del año del Señor de 1283. Acompañóla don Jaime, su hijo, á quien el padre pensaba dar el reino de Sicilia. Los reyes se aprestaban para su desafío. El rey Cárlos pasó en Francia, do

tenia cierta la ayuda y favor de su gente, y las voluntades aficionadas. El rey don Pedro con su armada pasó en España. A 1.° de junio, que era el dia aplazado para la batalla, el rey don Cárlos con el escuadron de sus caballeros se presentó en Bordeaux. El rey don Pedro no pareció. Los escritores franceses atribuyen este hecho á cobardía, y que quisieron engañar los ánimos sencillos de los franceses con aquella muestra de honra que les ofrecieron, como quier que el rey de Aragon en aquel medio tiempo pretendiese fortalecerse, juntar armas y gente. Nuestros historiadores le excusan; dicen que fué avisado el rey don Pedro del gobernador de Bordeaux se guardase de las asechanzas de los franceses, que le tenian armada una zalagarda, y que el rey de Francia venia con grande ejército. Por ende hiciese cuenta que los cien caballeros aragoneses habian de combatir contra todo el poder de Francia. A la verdad los franceses mas cercano tenian el socorro que los aragoneses. Con este aviso dicen que el rey de Aragon entregó al gobernador de Bordeaux el yelmo, el escudo, la lanza y la espada de su mano á la suya en señal que era venido al tiempo señalado; y por la posta se libró de aquel peligro, y se pasó á Vizcaya, que cae cerca. Dejó por lo menos materia á muchos discursos, opiniones y dichos; ocasion y aparejo para nuevas guerras y largas.

CAPITULO VII.

De la muerte de don Alonso, rey de Castilla.

Luego que el rey de Aragon volvió á su tierra trató en un mismo tiempo de efectuar dos cosas: la una era echar á don Juan Nuñez de Lara de Albarracin, á causa que por la fortaleza de aquella ciudad muchas veces corria libremente las fronteras de Aragon; la otra apaciguar los señores aragoneses y catalanes, que en tiempo tan trabajoso, en que tenian entre manos tantas guerras con los forasteros y tan fuera de sazon, andaban alborotados. Quejábanse que eran maltratados del Rey, casi como si fueran esclavos; que no se tenia cuenta con las leyes, antes les quebrantaban todos sus fueros y libertad, finalmente, que los desaforaba. No faltaban entre ellos lenguas sueltas para alborotar los pueblos so color de defender la libertad de la patria. Para acudir á estas revueltas se juntaron Cortes, primero en Tarazona, despues en Zaragoza, y últimamente en Barcelona; ofreció el Rey de emendar los daños y desórdenes pasados y expedir en esta razon nuevas provisiones, con que la gente se apaciguó. Fuéronles muy agradables aquellos halagos y blandura, si bien sospechaban que otro tenia en el pecho, y que no procedian tanto de voluntad cuanto del aprieto en que el Rey se hallaba. La guerra con los franceses, que era de tanta importancia, le tenia puesto en cuidado; y el recelo que si se ocupaba en las cosas de Italia y Sicilia no se alborotasen en Aragon sus vasallos le hizo ablandar. Demás desto, la descomunion que contra él fulminó el Papa, como poco antes se dijo, le tenia muy congojado, y mas en particular una nueva sentencia que en 21 del mes de marzo pronunció en Civitavieja, en que como inobediente á sus mandamientos le privaba de los reinos de su padre, y daba la conquista dellos á Cárlos de Valoes, hijo menor del rey de Francia. Rigor que á muchos pareció demasiado, y que no era bastante causa para esto haberse apoderado de Sicilia, pues los mismos sicilianos puestos en aquel aprieto le llamaron y convidaron con aquel reino para que los ayudase; demás que le pertenecia el derecho del rey Manfredo, ultra de la voluntad y consentimiento que tenia por su parte del pontífice Nicolao III, que se allegaba á lo demás. Si los negocios de Aragon andaban apretados, en Castilla no tenian mejor término por las alteraciones que prevalecian entre el rey don Alonso y su hijo. La mayor parte seguia á don Sancho; don Alonso por verse desamparado de los suyos acudia á socorros extraños; segunda vez hizo venir al rey de Marruecos en España, si bien porque la sonada no fuese tan mala, dió á entender que era contra el rey de Granada, que favorecia á sus contrarios y tenia hecha liga con don Sancho. Esta empresa no fué de efecto memorable á causa que los africanos hallaron á los contrarios mas apercebidos de lo que pensaban; y el rey de Granada, con tener puesta guarnicion en sus ciudades y plazas, huia de encontrarse con el enemigo, y no queria ponello todo al trance de una batalla. Con tanto el de Marruecos dió la vuelta para Africa. El rey don Alonso, ya que esta traza no le salió como pensaba, acudió á otra diferente, solicitó al Francés para que le acudiese contra su hijo; demás desto, procuró ayudarse de la sombra de religion y cristiandad. Fué así, que por sus embajadores acusó á don Sancho, delante el pontífice Martino IV, de impío, desobediente y ingrato, y que en vida de su padre le usurpaba toda la autoridad real sin querer esperar los pocos años que le podian quedar de vida, por su mucha ambicion y deseo de reinar. Dió oidos el Pontífice á estas quejas. Expidió su bula en que descomulgó todos aquellos que contra el rey don Alonso siguiesen á su hijo don Sancho. Nombró jueces sobre el caso, los cuales en todas las ciudades y villas que le seguian, pusieron entredicho, como se acostumbra entre los cristianos; de suerte que en un mismo tiempo, aunque no por una misma causa, en Aragon y Castilla estuvo puesto entredicho y tuvieron los templos cerrados, cosa que dió gran pesadumbre á los naturales, y todavía se pasó en esto adelante, sin embargo que don Sancho amenazaba de dar la muerte á los jueces y comisarios del Papa, si los hobiese á las manos. Todo esto y el escrúpulo y miedo de las censuras fué causa que muchos se apartaron de don Sancho. Entre los primeros sus hermanos los infantes don Pedro y don Juan, conforme á la inclinacion natural, comenzaron á condolerse de su padre. Entendió esto don Sancho, entretuvo á don Pedro con promesa de dalle el reino de Murcia. Don Juan, dado que dió muestras de estar mudado de voluntad, de secreto se partió, y por el reino de Portugal se fué á Sevilla, do su padre estaba. Muchos pueblos, arrepentidos de la poca lealtad que á su Rey tuvieron, buscaban manera para alcanzar perdon y salir de la descomunion en que los enlazaron; y luego que lo alcanzaron, se le rindieron con todas sus haciendas. En este número fueron Agreda y Treviño, y muchos caballeros principales, como don Juan Nuñez de Lara y don Juan Alonso de Haro y el infante don Diego, se juntaron con el campo de Filipo, rey de Francia, que venia en ayuda del rey don Alonso, y con él entraron por tierras de Castilla, robaron y talaron los campos hasta To-

ledo sin hallar resistencia. Tenia el rey Filipo un hijo, llamado tambien Filipo, por sobrenombre el Hermoso, que este presente año, otros dicen el siguiente, casó con la reina de Navarra doña Juana, y por este casamiento en dote hobo aquel reino. Este Príncipe, conforme al desordenado apetito de los hombres, comenzó á alegar el derecho de los reyes sus antecesores, y por él pretendia ensanchar los términos de aquel nuevo reino, para el cual intento no poco ayudaban las discordias de los nuestros. Don Sancho, cuanto le era concedido en tantas revueltas y avenidas de cosas, acudia á todas partes con diligencia; sosegó la ciudad de Toro, que se le queria rebelar, salió al encuentro á don Juan Nuñez de Lara, que con su gente y un escuadron de navarros destruia los campos de Calahorra, Osma y Sigüenza y sus distritos, hizole retirar á Albarracin mas que de paso. Despues desto, por embajadores que en esta razon se enviaron se acordó que el padre y el hijo se viesen y hablasen con seguridad que se dieron de ambas partes. Con esta resolucion el rey don Alonso fué á Constantina, don Sancho á Guadalcaná. Grande era la esperanza que todos tenian que por medio desta habla se podria todo apaciguar, ca muchas veces despues de las injurias se suelen con el buen término soldar las quiebras y agravios. Ayudaba para esto que don Sancho, fuera de usurpar el reino, en lo demás se mostraba muy cortés, y hablaba con mucho respeto de su padre, sin jamás usar de denuestos ó desacatos. Lo que se enderezaba saludablemente á bien lo estorbaron y desbarataron personas muy familiares de don Sancho, que tenian mala voluntad á su padre. Pusiéronle muchas sospechas delante para que no se fiase ni asegurase. La verdad era que de las discordias de los reyes y trabajo de la república muchos pretendian sacar para sí provecho; que fué causa que sin verse ni hablarse se partieron el rey don Alonso para Sevilla, y don Sancho para Salamanca, si bien de consentimiento de ambos doña Beatriz, reina de Portugal, viuda á la sazon, y doña María, mujer de don Sancho, en Toro, en que á la sazon parió una hija, que se llamó doña Isabel, se juntaron con intento de componer estas diferencias; pusieron todo su esfuerzo en ello, mas no pudieron efectuar cosa alguna, antes cada dia se enconaban mas los odios y enemistades y se aumentaba el afan y miseria del reino. En este estado se hallaban las cosas cuando al rey don Alonso poco despues desto sobrevino la muerte, que fué algun alivio de tan grandes males. Falleció en Sevilla de enfermedad, recebidos los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía como se acostumbra, quién dice á 5, quién á 21 dias del mes de abril, á lo menos fué el año de 1284. Por su testamento, que otorgó el mes de noviembre próximo pasado, nombró por herederos del reino, primero á don Alonso, y luego á don Fernando, sus nietos; caso que los dos muriesen sin sucesion, llama á Filipo, rey de Francia, ca traia orígen de los antiguos reyes de Castilla, como nieto que era de la reina doña Blanca y bisnieto del rey don Alonso el de las Navas. De sus hijos y hermanos no hizo mencion alguna por odio de don Sancho; antes por aquel testamento pretendia mover contra él las fuerzas de Francia. Verdad es que á la hora de su muerte á instancia de su hijo el infante don Juan le mandó á Sevilla y á Badajoz, y al infante don Diego el reino de Murcia, á ambos con nombre de reyes, pero como á feudatarios y movientes de los reyes de Castilla. Su corazon mandó se enterrase en el monte Calvario, movido de la santidad de aquel lugar, su cuerpo en Sevilla ó en Murcia. No se cumplió su voluntad enteramente; el corazon y entrañas están en Murcia junto al altar mayor de la iglesia catedral, el cuerpo está enterrado en Sevilla cerca del túmulo de su padre y madre. El sepulcro y lucillo no es muy rico ni era necesario, porque su vida, si bien tuvo faltas, y las cosas que por él pasaron, merecian que su memoria durase y su nombre fuese inmortal. Grande y prudentísimo rey, si hubiera aprendido á saber para sí, y dichoso, si en su postrimería no fuera aquejado de tantos trabajos y no hubiera mancillado las dotes excelentes de su ánimo y cuerpo con la avaricia y severidad extraordinaria de que usó. El fué el primero de los reyes de España que mandó que las cartas de ventas y contratos y instrumentos todos se celebrasen en lengua española, con deseo que aquella lengua, que era grosera se pulicse y enriqueciese. Con el mismo intento hizo que los sagrados libros de la *Biblia* se tradujesen en lengua castellana. Así desde aquel tiempo se dejó de usar la lengua latina en las provisiones y privilegios reales y en los públicos instrumentos, como antes se solia usar; ocasion de una profunda ignorancia de letras que se apoderó de nuestra gente y nacion, así bien eclesiásticos como seglares.

CAPITULO VIII.

De los principios del rey don Sancho.

Por la muerte del rey don Alonso, si bien el derecho de su hijo don Sancho era dudoso, sin contradicion sucedió en el reino y estados de su padre. Estaba á la sazon en Avila apenas convalecido de una dolencia que poco antes tuvo en Salamanca, tan peligrosa, que casi le desafiuciaron los médicos. Mucho le hizo al caso la edad entera para que el cuerpo con medicinas saludables se alentase. Tomó el nombre de rey, de que hasta entonces se habia abstenido por respeto y reverencia de su padre. El sobrenombre de Fuerte que le dieron le ganó por la grandeza de su ánimo y sus hazañas, hasta entonces mas dichosas que honrosas; y es así que por la mayor parte los títulos magníficos mas se granjean por favor de la fortuna que por virtud. La honra verdadera no consiste en el resplandor de los nombres y apellidos, sino en la equidad, inocencia y modestia. Era sin duda osado, diestro, astuto y de industria singular en cualquier cosa á que se aplicase. Reinó por espacio de once años y algunos dias. Su memoria quedó amancillada por la manera cómo trató á su padre; cuanto á lo demás se puede contar en el número de los buenos príncipes. El reino que con malas mañas adquirió, le mantuvo y gobernó con buenas artes. En Avila hizo las honras de su padre magnífica y suntuosamente. En Toledo tomó las insignias y ornamentos reales, mudado el luto en púrpura y manto real. Los caballeros principales del bando contrario venian á porfía á saludar al nuevo Rey, muestra de querer recompensar los disgustos pasados con mayores servicios y lealtad; cuanto mas fingido era lo que hacian algunos, tanto mostraban mas alegría y contento

en el rostro y talante, que suele muchas veces engañar. Don Sancho con una profunda disimulacion pasaba por todo, si bien tenia propósito de derramar la ira concebida en su ánimo y vengarse luego que hobiese asegurado su reino. Los pueblos, los grandes, toda la gente de guerra le juraron por rey; y doña Isabel, hija del nuevo Rey, de edad de dos años, fué declarada y jurada por heredera del reino de consentimiento de todos los estados, caso que su padre no tuviese hijo varon. Esta prevencion se enderezaba contra los Cerdas, de quien algunos decian públicamente, y muchos eran deste parecer, que se les hacia notable injuria y agravio en despojallos del reino de su abuelo. Muchos, si bien en lo público callaban, de secreto estaban por ellos. El mayor cuidado que tenia don Sancho era de granjear con nuevos regalos y buenas obras al rey de Aragon, en cuyo poder los infantes quedaron; y á la sazon trataba de ir á cercar y apoderarse de Albarracin, no pudiendo ya llevar en paciencia los disgustos que cada dia le daba don Juan de Lara, confiado en la fortaleza del sitio y en el socorro que tenia cierto de los navarros. Era este caballero muy diestro, bien hablado, de grande maña para sembrar envidias y rencores entre los reyes, poderoso en revolver la gente y que acostumbraba vivir de rapiña y cabalgadas, con que tenia trabajadas las fronteras de Castilla y Aragon. Esto convidó al nuevo rey don Sancho, ya que él no podia ir en persona por estar ocupado con los cuidados del nuevo reino, á enviar un buen escuadron en ayuda del rey de Aragon y contra el comun enemigo. Hecho esto, él se dió priesa á ir á Sevilla, á causa que su hermano don Juan procuraba apoderarse de aquella ciudad, conforme á lo que su padre dejó mandado en su testamento. Tenia el infante sus valedores y aliados; los ciudadanos no venian en ello, y claramente decian que aquella cláusula del testamento del rey don Alonso en ninguna manera se debia cumplir. Ayudábanse y alegaban la mucha edad del difunto, la fuerza de la enfermedad, la importunidad del Infante para muestra que no tenia á la sazon su entero juicio; que no era justo escurecer la majestad del reino con quitalle una ciudad tan principal como aquella. Ayudaba á los ciudadanos, que ya se aprestaban para tomar las armas, Alvar Nuñez de Lara como cabeza de los demás. Todos estos debates cesaron con la venida del nuevo rey don Sancho, que hizo desistir á su hermano. Llegaron á aquella ciudad embajadores del rey de Marruecos para asentar con él nueva amistad; mas muy fuera de sazon y imprudentemente fueron despedidos con palabras afrentosas, de que resultó ocasion á los moros de pasar de nuevo en España y emprender una nueva guerra. Don Sancho para hacelles resistencia, por estar arrepentido de lo hecho, ó porque de suyo estaba resuelto en hacer guerra á los bárbaros, aprestó una grande armada. Eran en aquel tiempo los ginoveses muy poderosos en el mar y diestros y experimentados en el arte del navegar; llamó pues desde Génova y convidó con grandes ofertas á Benito Zacarías para que viniese á servirle. Hízolo así y trujo consigo doce galeras. Nombróle el Rey por su almirante, el cual oficio le dió por tiempo señalado; y por juro de heredad le hizo merced del puerto de Santa María, con cargo de traer á su costa una galera armada y sustentada perpetuamente. Juntáronse Cortes en Sevilla. Tratóse de reformar el gobierno del reino, que con una creciente y avenida de males y vicios á causa de las revueltas pasadas andaba muy estragado. Demás desto, en estas Cortes se revocaron los decretos y ordenanzas que por la necesidad y revuelta de los tiempos mas se habian violentamente alcanzado que graciosamente concedido, así por el rey don Alonso como por el mismo don Sancho. Despedidas las Cortes se apresuró para ir á Castilla, por tener nueva que todavía algunos pretendian defender el bando contrario y que trataban entre sí secretamente de restituir la corona á los hermanos Cerdas; pretensiones que todas se desbarataron con la venida de don Sancho. Parte de ellos mudaron de parecer, parte pagaron con las cabezas, con cuyo ejemplo y castigo los demás quedaron escarmentados para no continuar en porfías semejantes. Esto pasaba en España. En el mismo tiempo Rogerio Lauria, general de la armada de los aragoneses en el reino de Sicilia, despues que venció junto á Malta veinte galeras francesas, muerto el general, por nombre Guillermo Cornuto, francés de nacion, en la batalla que se dió á 8 de junio, como diese la vuelta hácia Nápoles, presentó la batalla á Cárlos, llamado el Cojo, príncipe de Salerno, hijo del rey Cárlos, que halló apercebido para ir sobre Sicilia con una gruesa armada á vengar las injurias y daños pasados. Muchos le avisaron del peligro que corria, y en particular el Legado del Papa que iba en su compañía; mas él con el brio de su edad se resolvió de pelear con el enemigo; acuerdo perjudicial. Fué muy bravo el combate; en fin, el Francés quedó vencido y preso con otros muchos. Sobre el número de los bajeles que pelearon de la una y de la otra parte no concuerdan los autores, sin que se pueda del todo averiguar la verdad. La opinion mas ordinaria es que las galeras aragonesas eran cuarenta y dos, las de los enemigos setenta; y lo mas cierto que se dió la batalla á 23 de junio. Ejecutaron la victoria los aragoneses, ganaron muchas plazas en Italia, todo se les allanaba como á vencedores; á los vencidos todas las cosas les eran contrarias. Pareció aquella desgracia tanto mayor, que el rey Cárlos tres dias despues de la pelea surgió en el puerto de Gaeta con veinte galeras que traia de la Proenza. Allí supo que á su hijo llevado á Sicilia condenaron á muerte los sicilianos en la ciudad de Mecina, do le tenian preso, con intento de vengar la muerte que los franceses dieron los años pasados á Corradino, preso despues que le vencieron en otra batalla. La prudencia de la Reina le valió, porque con mostrarse muy airada, le mandó guardar para dar parte al Rey, como era necesario, y para que con el largo cautiverio y tormentos, los cuales si faltan, la muerte á lo último es el remate de los males, el castigo fuese mayor. Verdad es que no fué parte para que los del pueblo, con el odio mortal que tenian á la gente francesa, no quebrantasen las cárceles y pasasen á cuchillo otros sesenta compañeros que con el Príncipe tenian presos. A la misma sazon el rey de Aragon, como si le faltara guerra con los extraños, tenia puesto cerco á la ciudad de Albarracin, y con todo su poder y diligencia la combatia. Ofrecíanse grandes dificultades; las murallas de la ciudad eran muy altas, las torres de piedra de buena estofa, las puertas de hierro con gruesos y fuertes cerro-

jos, el sitio muy áspero y inaccesible. Demás desto, los soldados que dentro la defendian, acostumbrados á trabajos y hambre, no enflaquecidos con alguna discordia ni afeminados con deleites, muchos en número, y que tenian grande uso en la guerra por andar cada dia las armas en la mano, gran valor y osadía, eran docientos hombres de á caballo y buen número de infantes. Solamente tenian falta de mantenimientos; no se proveyeron antes á causa que jamás pensaron que aquella ciudad pudiera ser cercada. Pasaron algunos dias y con el tiempo crecia la falta. Don Juan Nuñez de Lara, visto el peligro en que se hallaba, dijo en una junta que queria ir á Navarra, do tenia cierta la guarida y el socorro. Amonestóles no desfalleciesen, antes defendiesen la ciudad con el esfuerzo y valor que dellos se esperaba. Era todo esto fingido, y él tenia determinado de huirse y no volver; su semblante no conformaba con las palabras; sin embargo, le dejaron partir. Despues de su ida se sustentó la ciudad algun tiempo, hasta tanto que, perdida la esperanza de ser socorridos, la rindieron el mismo dia de San Miguel. Eran los soldados por la mayor parte franceses y navarros; dejáronlos ir libremente, y de los lugares comarcanos trajeron gente para poblar aquella ciudad, así de sus antiguos moradores como de otros que de nuevo poblaron y labraron la tierra. Tenia el Rey un hijo en doña Inés Zapata, que se llamaba don Hernando, al cual antes desto diera en el reino de Valencia á Algecira y á Liria; á este hizo merced de la ciudad de Albarracin luego que vino á su poder. Con tanto se dió fin á esta empresa y á aquel estado y principado, que por muchos años estuvo en poder de los Azagras, caballeros de los mas nobles y señalados de aquella era, cuya genealogía y descendencia pareció poner en este lugar. Pedro Rodriguez de Azagra, el fundador que fué deste estado, siendo ya viejo dejó por su heredero á Hernan Rodriguez de Azagra, su hermano, por ventura por no tener él sucesion. Este Hernando de Azagra otorgó su testamento, que se ha conservado hasta el dia de hoy, á 22 de junio, era de 1231; por el testamento se entiende que tuvo dos hijos, uno legítimo en su mujer doña Teresa Ibañez, heredero de aquel estado, otro bastardo, que fué comendador de Santiago; el uno y el otro se llamó Pero Fernandez. He visto asimismo el testamento deste Pero Fernandez, señor de Albarracin, su fecha á 2 de abril, año del Señor de 1241, asaz breve; dechado y muestra muy verdadera de las costumbres, llaneza y simplicidad de aquel siglo. Tuvo estos hijos legítimos: Pero Fernandez, Garci Fernandez, doña Teresa y don Alvaro. Este le sucedió en aquel estado y tuvo una sola hija, llamada doña Teresa, que casó con don Juan Nuñez de Lara, hijo de don Nuño de Lara, y en dote llevó aquel estado, que le quitó el rey de Aragon. De don Juan Nuñez de Lara y de doña Teresa de Azagra nacieron don Alvaro y don Juan; de ambos se tornará á hacer mencion adelante en su lugar.

CAPITULO IX.

De las muertes de tres reyes.

Concluida aquella empresa de Albarracin, restaba otro mayor cuidado al rey de Aragon, es á saber, la tempestad que le amenazaba de Francia, la mas brava, grave y memorable de cuantas en aquellos tiempos sucedieron, así por ser grandes las fuerzas de aquella nacion como la autoridad con que se hacia, que era á instancia del sumo Pontífice, que encendia los corazones de los contrarios y los alentaba. El rey de Aragon no tenia fuerzas bastantes para contrastar á Francia, mayormente que se le allegaba lo de Navarra y de Nápoles. Acudió á buscar socorros de fuera, en particular envió embajadores á Alemaña para dar un tiento al emperador Rodulfo si por ventura, movido á compasion del bando gibelino, que era maltrado por los franceses en Italia, quisiese favorecelle y para este efecto bajar á Italia. Era el Emperador de su naturaleza considerado y recatado, y que se agradaba mas de los consejos seguros que de las empresas peligrosas, demás que á la sazon le tenia embarazado la guerra que hacia á los esguízaros. Así esta diligencia no fué de efecto alguno, ni los embajadores fuera de buenas palabras trajeron cosa alguna en que se pudiese estribar. El rey don Sancho, á ruego del rey de Aragon, que se deseaba ver con él, partió para Soria; en aquella comarca tuvieron su habla en Ciria y Borobia, que son pueblos cerca el uno del otro. Allí con nueva confederacion que asentaron confirmaron la amistad que de antes tenian y prometieron de no faltarse el uno al otro en los peligros y ocurrencias. El rey de Marruecos, como enemigo que era ordinario y muy pesado de España, pretendia hacer la guerra de nuevo por la parte del Andalucía. Los franceses corrian las fronteras de Aragon con tanto mayor peligro de aquel reino, que don Jaime, rey de Mallorca, que de razon debiera acudir á los aragoneses, se habia juntado con Francia. En todas partes se via mucho peligro y nuevas muestras de trabajos. Cercaron los moros á Jerez de la Frontera en número diez y ocho mil hombres de á caballo, que corrian la campaña hasta Sevilla con robos que hacian en gran cantidad de hombres y ganados. Acudió con presteza el rey don Sancho á Toledo, do le esperaba Cárlos, conde de Artoes, embajador que era venido de parte del rey de Francia. La suma de la embajada contenia dos cosas: que por su medio los hermanos Cerdas fuesen puestos en libertad, y que no tuviese comunicacion con el rey de Aragon, que estaba descomulgado por el Papa. Respondió á esto el rey don Sancho que dentro de muy pocos dias enviaria sus embajadores con poderes muy bastantes al rey de Francia para asentar aquellas haciendas. Esta respuesta dió en público; de secreto rogó ahincadamente al Embajador que le hiciese muy amigo de su Rey. Hay quien asimismo escriba que este tiempo fué cuando el rey don Sancho le tentó para que le descubriese los secretos del reino de Francia, y que Broquio, por entenderse que era espía, fué justiciado, como de suso queda dicho. El rey de Aragon, juntadas sus huestes contra las de Francia, se puso sobre Tudela, que está en la frontera de Navarra, y la combatia con todas sus fuerzas; todo con intento de divertir los franceses, que entendia pretendian acometer por la parte de Ruisellon, y para dalles en qué entender en su misma casa con aquella nueva guerra. Defendióse aquel pueblo, sobre todo por el valor y diligencia de don Juan Nuñez de Lara, persona mas venturosa en las cosas ajenas que en sus haciendas y estado. Solamente destruyeron

la campaña y bastecieron las fronteras de Aragon con soldados y municiones para que pudiesen resistir á la furia del enemigo. Hecho esto, ya que sobrevenia el invierno, el rey de Aragon dió vuelta para Zaragoza, en que estuvo al fin deste año y principio del siguiente de 1285 del nacimiento de Cristo, cuando á 7 dias del mes de enero Cárlos, rey de Nápoles, pasó desta vida en Fogia, pueblo de la Pulla, cansado de las desgracias y aquejado con el dolor de la prision y cautiverio de su hijo. Fuera este Príncipe esclarecido, así en la guerra como en la paz, si los fines correspondieran con los principios. La larga edad le entregó á la fortuna mudable como á otros muchos. Demás que el vigor y gallardía que los franceses trajeron á Italia se trocara y perdiera del todo con el mucho regalo y vicio de aquella tierra y con los deleites demasiados; de tal forma, que para con los extraños eran flacos, solo para con los vasallos y naturales mostraban ferocidad. Los gobernadores de las ciudades y pueblos hacian odioso á su Príncipe con cuidar solamente de su ganancia, cohechar la gente y mirar poco por el bien comun. Esta muerte del rey de Nápoles hinchó de buenas esperanzas y alegría al rey de Aragon; al contrario, al rey de Francia fué muy pesada. Para aliviar la tristeza con causalla á sus enemigos hizo levas de gente por todas partes. Juntó un gran ejército, en que se contaron veinte mil de á caballo y ochenta mil de á pié; tenia aprestada una armada en las fosas Marianas, que hoy se llaman Aguas Muertas, en que se contaban ciento y veinte bajeles, parte galeras reales, parte naves gruesas, y otros vasos pequeños. Determinó ir en persona á esta jornada y en su compañía Filipo y Cárlos, sus hijos, y don Jaime, rey de Mallorca, que seguia al Francés por grandes desgustos que tenia contra el Aragonés, su hermano. Hallóse otrosí con los demás el cardenal Gervasio, que envió por su legado el papa Martino IV; por cuya muerte, que sucedió en Perosa á 29 dias del mes de marzo, fué puesto en su lugar Honorio IV, ciudadano romano de casa Sabela, no menos aficionado á los franceses que lo fué el pasado. Hízose la masa del ejército en Narbona, dende marcharon la vuelta de Perpiñan. Este lugar se entregó al rey don Jaime, y recibieron á los franceses dentro de las murallas. Lo mismo por su ejemplo hicieron los demás lugares de Ruisellon y de aquella comarca, fuera de uno que se llama Génova, ca con esperanza que seria presto socorrido y por el aborrecimiento que tenia al rey don Jaime y por no volver á su poder determinó de hacer resistencia. Engañóle su esperanza, porque el lugar fué tomado por fuerza y todos los moradores pasados á cuchillo, hasta encruelecerse contra las mismas casas y edificios, que abatieron y quemaron. El Bastardo de Ruisellon, hombre de noble linaje y atrevido, que dentro se halló, entrado el pueblo se subió á la torre de la iglesia; valiéronle para escapar de la muerte mas los ruegos del rey don Jaime que la fortaleza y santidad del lugar en que estaba. Sin embargo, se mostró agradecido á los franceses, porque como quier que el rey de Aragon estuviese apoderado de la entrada y estrechuras de los montes Pirineos de tal suerte, que los enemigos no tenian esperanza de poder pasar por allí, los guió por unos senderos que él sabia, por donde con cierto rodeo subieron á las cumbres del monte sin peligro ninguno y se pusieron sobre el mismo campo de los aragoneses. Con esto y con el espanto que ellos desto cobraron, los reyes con seguridad pasaron adelante hasta llegar á la comarca de Ampúrias. Allí con facilidad se apoderaron de algunas plazas, en particular de Peralada y Figueras, sin reparar hasta ponerse sobre Girona, que es una ciudad muy noble y grande en los pueblos que antiguamente se llamaron ausetanos. Está puesta en un sitio cuesta abajo, al pié del sitio el rio llamado antes Tici, y ahora Tera, tiene comidas aquellas riberas junto á la ciudad de suerte, que le hace gran reparo. Los muros son de buena estofa, las torres de piedra y fuertes; en lo mas alto de la ciudad está la iglesia mayor, que es silla episcopal, y junto á ella las casas obispales, de muy buen edificio y grande. Mas arriba de la iglesia mayor hay una torre á manera de alcázar, que llaman Gironela. El vizconde de Cardona don Ramon, que tenia por capitan aquella ciudad, la fortaleció con nuevos reparos; echó por tierra todas las casas del arrabal; solo perdonó á la iglesia de San Félix por su mucha devocion y antigüedad. El valor y diligencia de que usó fué grande, con que muchas veces desbarató y pegó fuego á los ingenios, máquinas y pertrechos de los franceses. El rey de Aragon otrosí con buen golpe de gente que consigo tenia andaba por allí cerca. No eran sus fuerzas bastantes para acometer al enemigo y dalle la batalla; pero buscaba alguna ocasion para armalle alguna celada y meter socorro en la ciudad. Habia ya tres meses que la tenian cercada, cuando don Sancho, rey de Castilla, envió por sus embajadores á don Martin, obispo de Calahorra, y á Gomez García de Toledo, abad de Valladolid, para acordar, si pudiese, estas diferencias. No hicieron efecto alguno, antes fueron forzados á dar la vuelta cargados de muchos baldones y palabras injuriosas que les dijeron, casi sin dalles lugar para hablar al rey de Francia. La ocasion debió ser la grande confianza que tenian de salir con la victoria, ó por sospechar que so color de embajadores venian á espiar las fuerzas y intentos de los franceses. Era fama que al rey don Sancho no le faltaba voluntad de juntar sus fuerzas con las de Aragon, y que se entretenia á causa de la guerra que traia muy encendida en el Andalucía con los moros de algunos meses atrás, ca tenian puesto sitio sobre Jerez de la Frontera, de la cual ciudad con todo su esfuerzo pretendian apoderarse, porque les venia muy á propósito para sus intentos. Esquivaba el rey don Sancho la batalla por no poner á riesgo de lo que podia suceder todo lo demás; por esto á veces estaba en Sevilla, otras iba á Nebrija, siempre apercebido para todas las ocasiones y para estorbar las correrías y cabalgadas de los moros. Con este ardid y por esta forma á cabo de seis meses que los moros tenian cercada á Jerez alzaron el cerco forzados de la falta de todas las cosas necesarias y por miedo del rey don Sancho, si mudado de propósito les quisiese dar la batalla. Preguntó uno á la vuelta al rey Bárbaro despues que pasó el rio Guadalete con tanta priesa, que mas parecia huida que retirada, cuál fuese la causa de aquella resolucion y del miedo que mostraba. Respondió: Yo fuí el primero que entronicé y honré la familia y linaje de Barrameda con título y majestad real; mi enemigo trae descendencia de mas de cuarenta reyes, cuya memoria tiene gran fuerza, y en el combate á mí pusiera temor y espanto, á él diera atrevimiento

y esfuerzo, si llegáramos á las manos. Parecia que el cielo ofrecia muy buena ocasion de hacer efecto y destruir al enemigo, si le siguiera en aquella retirada; pero al Rey mas agradaban los prudentes consejos con razon que los arriscados, aunque honrosos, y no todas veces de provecho. Así, contento de fortificar y bastecer aquella ciudad, se tornó á Sevilla, sin embargo que los soldados se quejaban porque dejaban ir el enemigo de entre manos, y con ansia pedian los dejasen seguille, hasta amenazar que si perdian esta ocasion, no tomarian mas las armas para pelear; mas el Rey, inclinado á la paz, no hacia caso de aquellas palabras. Enviáronse embajadores de una parte y otra sobre estas cosas, y viniéronse á hablar los reyes á los esteros de Guadalquivir; otros dicen que fué en un lugar llamado Rocaferrada; allí hicieron sus avenencias. Acordaron que el rey Moro pagase para los gastos de la guerra dos cuentos de maravedís (este era un género de moneda usada en España que no tenia siempre un valor); y con este concierto se dejaron las armas. Mucha gente principal se desabrió por esta causa, en particular el infante don Juan, hermano del Rey, y don Lope Diaz de Haro, en tanto grado, que por el desgusto desde Sevilla se fué cada uno á los lugares de su señorío, sin mirar que á los grandes capitanes mas veces fué provechosa la tardanza y detenimiento que la temeridad y osadía. A ellos pertenece mirar lo que conviene; á los demás les es dado el obedecer y la gana de pelear, que así se reparten los oficios de la guerra. De allí á poco murió el rey bárbaro de Marruecos; dejó por su sucesor á su hijo Juzef. Volvamos á Girona y á su cerco. El rey de Aragon, con deseo de atajar el bastimento que del puerto de Rosas, donde se tenia la armada de los enemigos, traian para sus reales, trataba de armalles alguna celada en los lugares que para ello le parecian mas á propósito. Entendido esto por las espías, el condestable de Francia, llamado Rodolfo, y Juan Ancurt ó Haricurt, mariscal, que es como maestre de campo, varones muy fuertes y arriscados, comunicado el caso entre sí y con el conde de la Marcha, se fueron al lugar de la celada con trecientos caballos escogidos, y no mas. Pretendian que los aragoneses por ser tan poca su gente no rehusasen la batalla. Pelearon á 15 de agosto. Fué este encuentro y esta batalla muy reñida. Los aragoneses eran mas en número; los franceses no les daban ventaja ni en el esfuerzo ni en la arte de pelear. El rey de Aragon hizo aquí todo lo que en un prudente capitan y valeroso soldado se podia desear. Hiriéronle malamente en la cara, y como procurase salir de la batalla, un caballero francés le asió las riendas del caballo y le prendiera fácilmente si el Rey en aquel peligro no las cortara con la espada que tenia en la mano desnuda, y así se escapó á uña de caballo; así lo escribe Villaneo, que hizo errar á los demás, porque los historiadores aragoneses afirman que el Rey salió sano y salvo de la pelea y que murieron tantos de una parte como de otra, aunque el campo quedó por los franceses. Si el caso pasó desta manera ó se mudó por la aficion de los escritores no se sabe. Lo que consta es que por la gran calor y las inmundicias y el tiempo, que era el mas peligroso de todo el año, sobrevino peste en el campo de los franceses; y sin embargo, los cercados con las nuevas deste encuentro, perdida la esperanza de defenderse, se dieron á los franceses á partido que entregada la ciudad pudiesen los cercados irse donde quisiesen y sacar consigo toda la ropa y hacienda que pudiesen llevar. Muchos ejemplos de crueldad se usaron en los rendidos, y hasta las iglesias de los santos fueron violadas. El sepulcro de san Narciso, que es patron y abogado de aquella ciudad y tenido y reverenciado con gran devocion y estima, fué desbaratado de los soldados, que robaron todas las riquezas, votos y donativos de los fieles, que allí hallaron en gran cantidad; tal es la condicion de la guerra. Castigó el Santo bienaventurado en venganza de su morada aquel desacato con aumentalles la pestilencia; así se tuvo por cierto entre todos. Quitó otrosí el entendimiento á los capitanes, porque tomada que fué la ciudad, como quier que determinasen de irse por tierra desde allí á Francia, venido el otoño, mal pecado, despidieron muchas naves de particulares que tenian en el puerto de Rosas por ahorrar de costa y desembarazarse; muy mal acuerdo, como lo mostró el suceso. Fué así que Rugier Lauria, tomado que hobo la ciudad de Taranto en lo postrero de Italia, á gran priesa costeó todas aquellas marinas para venir á dar socorro al rey de Aragon. Llegado á España y vista tan buena ocasion, presentó la batalla al armada de los franceses, que se hallaba fuera del puerto maltratada y en pequeño número, y valerosamente la venció. Prendió á Juan Escoto, general de la armada francesa, y tomó quince galeras; otras doce se retiraron y se metieron en el puerto de Rosas, de que salieron; las cuales quemaron los soldados que iban en ellas y juntamente el lugar, tal era el miedo que cobraron, y desta manera se fueron al campo del rey de Francia con la nueva del daño recebido. El Francés, por ver que todas las cosas le salian mas dificultosas de lo que él pensaba y afligido por la poca salud que tenia, reparó y fortaleció la ciudad de Girona y puso en ella buena guarnicion de soldados. Con tanto dió la vuelta hácia Ruisellon con lo que del ejército le quedaba. Al pasar los montes Pirineos tuvieron él y los suyos grande afan y corrieron gran riesgo, á causa que los aragoneses tenian tomados todos los pasos y hacian lo posible por prender al rey de Francia, que por su enfermedad llevaban en hombros en una litera sus soldados. Grande fué el daño que recibieron, gran cantidad de bagaje y carruaje les tomaron en este camino. Lo que fué mas pesado, que del movimiento del camino al Rey se agravó la enfermedad de suerte, que en Perpiñan á 6 de octubre pasó desta vida. Su cuerpo, como lo dejó mandado, llevaron su mujer y hijos á la iglesia de San Dionisio, que está junto á Paris. Sucedióle en el reino Filipo, su hijo, que ya era rey de Navarra; llamóse por sobrenombre el Hermoso por su extremada gracia y donaire. La partida de los franceses fué causa que en breve tornaron á poder de los aragoneses todas las tierras que les tomaran. Demás desto, el infante don Alonso, enviado por su padre, se apoderó de la isla de Mallorca en pago del favor que aquel Príncipe dió al rey de Francia y de la amistad que con él trabó contra su mismo hermano. Pretendia el Aragonés seguir la fortuna, que se le mostraba risueña; procuraba ir adelante y mejorar su partido, trazaba nuevas empresas cuando la muerte asimismo le atajó los pasos, que le sobrevino en Villafranca á 8 de noviembre en lo mejor de sus dias y

en el mayor vigor de su edad, que no tenia mas de cuarenta y seis años. Ganó sobrenombre de Grande por dejar acrecentado su reino con el de Sicilia y por las cosas señaladas que hizo. Asentábale bien el estado real por ser de buena presencia, de cuerpo grande, de ánimo generoso, muy diestro en las armas, particularmente en jugar de la maza. En ganar las voluntades de los hombres con buenas palabras, cortesía y liberalidad fué muy señalado; solo dejó nota de sí por la descomunion en que estuvo enlazado hasta el fin de su vida, cuya imaginacion se dice que le aquejó mucho y se le ponia delante á la hora de su muerte; por lo menos es bien y provecho para todos que así se entienda. Puesto que de aquel escrúpulo y congoja en el artículo de la muerte le absolvió el arzobispo de Tarragona, tomándole primero juramento seria obediente á la santa Iglesia romana, á la cual antes se mostró inobediente. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz, que está allí cerca. Sus hijos fueron don Alonso, el mayor, que en su testamento nombró por heredero de sus reinos sin hacer mencion alguna del reino de Sicilia; demás deste don Jaime, don Fadrique, don Pedro, doña Isabel, doña Costanza, todos habidos en la reina doña Costanza, su mujer. Hallóse á su muerte Arnaldo de Villanova, que vino de Barcelona para asistille y curalle, médico muy nombrado y docto en aquellos tiempos, bien que de mayor fama que aprobacion por dejar amancillado su noble ingenio y sus grandes letras con supersticiones y opiniones reprobadas que tuvo, tanto, que poco adelante fué condenado por los inquisidores, y sus libros, que compuso y sacó á luz en gran número, juntamente reprobados. Hay quien diga, por lo menos el Tostado lo testifica, que intentó con simiente de hombre y otros simples que mezcló en cierto vaso de formar un cuerpo humano, y que aunque no salió con ello, lo llevó muy adelante. Si fué verdad ó mentira, poca necesidad hay aquí de averiguallo.

CAPITULO X.

De cierta habla que hobo entre los reyes de Francia y Castilla.

La desgracia deste año, por la muerte de tantos príncipes aciago, alivió en alguna manera el parto de la reina de Castilla. En ausencia del Rey, que era ido á Badajoz á dar órdenes en cosas del reino y apaciguar los alborotos que allí andaban, parió á los 6 de diciembre un hijo en Sevilla, por nombre don Hernando, que poco despues muy niño sucedió á su padre en el reino. El cuidado de crialle y amaestralle se encargó á Hernan Ponce de Leon, caballero principal, y para ello señalaron la ciudad de Zamora por el saludable cielo de que goza, la fertilidad y regalo de sus campos y comarca. Demás desto, el año próximo siguiente de 1286 le juraron en Cortes por heredero del reino, todo á propósito de asegurar la sucesion, que era el mayor cuidado que aquejaba á su padre, así por los hermanos Cerdas, como por ser cosa manifiesta que á causa del parentesco entre él y la Reina el casamiento no era válido. Deseaba alcanzar dispensacion de los sumos pontífices sobre el dicho parentesco; pero nunca pudo salir con ello por la contradiccion que los reyes de Francia le hacian. La causa es de creer era el dolor de que hobiese usurpado el reino y despojado á los Cerdas, deudos tan cercanos de aquella corona. Por tanto, procuraba el rey don Sancho por todas las vias y maneras posibles ganalle la voluntad, con el cual intento segunda vez envió sus embajadores, que fueron los mismos que el año pasado, es á saber, don Martin, obispo de Calahorra, y don García, abad de Valladolid, á Francia, donde á 6 dias de enero el nuevo rey Filipo se coronó y ungió por rey de Francia y de Navarra en la ciudad de Rems con las ceremonias y solemnidades acostumbradas. En tiempo deste Rey y por su mandado se edificó en Paris en la isla de Secana ó Seine el palacio real que allí se ve á manera de un grande alcázar, en que poco adelante se asentó la audiencia ó parlamento; y la administracion de la justicia que antes seguia la corte sin tener asiento estable se puso en lugar determinado y tribunales conocidos. Labróse otrosí en la misma ciudad á expensas de la Reina el colegio que llaman de Navarra, de los mas insignes que hay en el mundo, así por la grandeza del edificio como por el gran número que tiene de maestros y concurso de estudiantes. Dícese por cierto que en los buenos tiempos de Francia moraban dentro dél setecientos estudiantes ocupados en sus estudios; mudadas las cosas y alteradas, á la sazon que profesamos la teología en aquella Universidad, apenas en el dicho colegio se contaban quinientos entre oyentes y maestros. Deste número algunos sustentaba el Colegio á su costa, los demás viven á la suya y de sus padres. Tuvieron estos reyes muchos hijos, es á saber, Luis, Filipo, Cárlos, Isabel y otra hija, que murió en tierna edad. Esto en Francia. En Sicilia el infante don Jaime, luego que supo la muerte de su padre, tomó las insignias de rey en Mecina á 2 de febrero, y se llamó rey de Sicilia, príncipe de la Pulla y de Capua, como aquel que poseia parte del reino de Nápoles, y tenia esperanza de apoderarse de las demás ciudades y fuerzas del reino; dado que todas las tierras y partes de aquel reino estaban pertrechadas y fortificadas contra los intentos de los sicilianos, y esto por el mucho valor y diligencia de Roberto, conde de Artoes, á quien el rey de Francia, muerto el rey Cárlos, encargó el gobierno de Nápoles. Don Alonso el Tercero, rey de Aragon, por estar algunos meses ocupado en aprestar una armada para ir sobre Mallorca y Menorca, cosa que su padre á la hora de su muerte dejó muy encomendada, dilató su coronacion. Finalmente, á los 14 dias del mes de abril, el mismo dia de Pascua Florida de Resurreccion, tomó la corona en Zaragoza y las demás insignias reales. Hizo la ceremonia don Jaime, obispo de Huesca, por estar á la sazon vaca la silla arzobispal de Tarragona, cuya era aquella preeminencia por antigua costumbre. Juró el Rey de guardar todos los privilegios, fueros y libertades de aquel reino. Tratóse con muchas veras y gran porfía de reformar los gastos de la casa real, particularmente en las Cortes que de allí á pocos dias se tuvieron en Huesca, concedió á los señores y caballeros de Aragon á su instancia que los valencianos, poco antes deste tiempo encorporados en aquella corona, se gobernasen conforme á las leyes de Aragon. Fallecieron este mismo año grandes personas eclesiásticas, entre otros don Miguel Vincastrio, obispo de Pamplona. Sucedióle en la silla don Miguel Legaria. La iglesia de Toledo gobernaba todavía el arzobispo don Gonzalo, varon de grande autoridad y que podia mucho con los re-

yes; acompañó al rey don Sancho, que iba á los confines de Francia, ca quedó concertado por medio de la embajada, de que se hizo mencion, que los dos reyes de Castilla y Francia se juntasen en Bayona para se hablar y tratar allí en presencia de todas sus haciendas y concordar sus diferencias. Nunca los reyes se vieron; no se sabe qué fuese la causa; puédese sospechar que nacieron, como es ordinario, algunas sospechas de una parte y otra ó por otros respetos y puntos. Así se detuvieron el rey don Sancho en San Sebastian, y el rey de Francia en Montemarsano. Hóbose de tratar del concierto por terceros. Por parte del rey don Sancho, don Gonzalo, arzobispo de Toledo, fué á Bayona, y por parte del rey de Francia el duque de Borgoña. Trataron de hacer las amistades con grande abinco de entrambas partes. Los franceses no venian en ningun acuerdo de concordia si el rey don Sancho no repudiaba la Reina, pues de derecho por razon del parentesco no podia estar casado con ella, y se casaba con una de dos hermanas del rey de Francia, es á saber, Margarita, que despues casó con Eduardo, rey de Ingalaterra, ó con Blanca, que vino á casar con el duque de Austria. Don Sancho sintió esto gravemente. Parecíale cosa pesada dejar una mujer tan esclarecida y en quien tenia un hijo y una hija. Así llamados los terceros, sin concluir cosa alguna tomó el camino para Victoria, dó se quedara la Reina. Lo que resultó fué enojarse malamente con el abad de Valladolid por saber que muy fuera de tiempo y sazon movió plática deste nuevo casamiento, que dió ocasion á los franceses para hacer en ello instancia. Revolvia en su pensamiento cómo podria satisfacerse de aquel enojo. Comunicólo con la Reina, que destas nuevas estaba con grandísimo pesar. Parecióles muy á propósito pedille cuenta de las rentas reales que estuvieron á su cargo, y achacalle algun crímen de no las haber administrado bien. Encomendaron á don Gonzalo, arzobispo de Toledo, que tomase estas cuentas. El rey don Sancho, ó por cumplir algun voto que hobiese hecho, ó por su devocion, se fué á Santiago de Galicia. En el camino en el monasterio de Sahagun halló que los huesos del rey don Alonso el Sexto y de doña Isabel y doña María, sus mujeres, estaban enterrados pobremente; procuró se pasasen á mejor lugar con sus túmulos y en ellos sus letreros. Vuelto á Valladolid, honró á don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, á quien él tenia grande obligacion, y por quien principalmente tenia el reino; hízole mayordomo de la casa real y su alférez mayor. Dióle asimismo en tenencia muchos castillos y muy fuertes en todo el reino; y ultra desto, á 1.° de enero le engrandeció con título y honra de conde; para que esta merced fuese mas señalada le dió privilegio y cédula real en que declaraba ser su voluntad que todas estas honras, privilegios y prerogativas las heredase don Diego Lope de Haro, su hijo, muerto que fuese el padre. Al hermano de don Lope de Haro, que se llamaba don Diego de Haro, le hizo capitan de la frontera contra los moros. De aquí vino á crecer grandemente la autoridad y poder de aquella familia en estado y renta. En particular comenzó don Lope de Haro á tener mucha privanza y favor con el Rey y atropellar á quien á él se le antojaba, de que muchos se quejaban y murmuraban, movidos algunos de buen celo, otros de envidia que pudiese mas uno solo que toda la demás nobleza; y claramente decian que los tenia oprimidos como si propriamente fueran esclavos; que don Lope de Haro era el que reinaba en nombre de don Sancho. En especial llevaban mal esto los gallegos y los de Leon, y acusaban á don Lope de Haro, entre otras cosas, que siendo muy áspero y severo con los demás, solamente favorecia y daba todos los provechos y honras á sus parientes y amigos. No dura mucho el poder de los privados cuando no se templan y humanan. Andaba don Lope muy ufano porque demás de lo dicho emparentó con la casa real por medio de su hija doña María, que casó con el infante don Juan. Al mismo Rey pretendia apartar de su mujer por casalle con Guillelma, su prima, hija que era de Gaston, vizconde de Bearne. Para salir con esto no cesaba de poner mala voz en el casamiento primero y acusalle. Llevaba el Rey muy mal estas práticas, mayormente que á la misma sazon le nació otro infante de la Reina, por nombre don Alonso. Deseaba descomponer á don Lope; pero la revuelta de temporales tan turbios no daban para ello lugar, ni aun se atrevia á declararse y dar muestra de su enojo y desabrimiento, antes le traia en su compañía en el mismo lugar de autoridad que antes; y visitado que hobo el reino de Toledo, se partió para Astorga, y en su compañía don Lope. La voz era para hallarse á la misa nueva de don Merino, obispo de aquella ciudad, y honralle con su presencia por ser de nobilísimo linaje y deudo del rey de Francia. Su intento principal era apaciguar á los gallegos, que andaban alborotados, y reprimir las entradas y correrías de portugueses que hacian por aquellas comarcas el infante don Alonso, hermano del rey de Portugal, y en su compañía don Alvar Nuñez de Lara, hijo de don Juan de Lara, como hombre feroz que era y desasosegado y acostumbrado á vivir de rapiña. Eran á propósito para esto los pueblos de Portalegre y de Ronca, que don Alonso poseia en las fronteras de Portugal y á la raya de Castilla. El cuidado de sosegar los gallegos encargó á don Lope de Haro; sobre lo de Portugal se comunicó con aquel Rey, con que, juntadas sus fuerzas y hecha liga, se puso sobre la villa de Ronca; talaron los campos, pusieron fuego á las alquerías y edificios que estaban fuera del pueblo; movidos deste daño los de dentro y por miedo de mayor mal se rindieron. Halláronse presentes en aquel cerco los dos reyes; don Dionisio, el de Portugal, aconsejó á don Sancho que si queria ver su reino sosegado procurase abatir á don Lope de Haro, y para este efecto recibiese en su gracia y autorizase á don Alvar Nuñez de Lara, porque á causa de las grandes riquezas y poder de aquel linaje, igual á su nobleza, era á propósito para contraponelle y amansar el orgullo de aquel personaje. Hízolo así; don Lope, que bien entendia dónde iban encaminadas estas mañas y cautelas, como hombre altivo y que no podia sufrir igual, resentido desta injuria buscó ocasion para recogerse á Navarra. Dió á entender que iba á visitar á Gaston, vizconde de Bearne, como quier que á la verdad se tenia por agraviado del Rey, que con aquel desvío y mal tratamiento desdoraba las mercedes pasadas. La privanza y poder acerca de los reyes nunca es segura, mayormente cuando es demasiada. Con su ida los navarros, á quien no faltaba voluntad de hacer guerra á Castilla por los desabrimientos pasados y por lo que pre-

tendian que de aquel reino les tenian malamente usurpado, tomaron las armas. Era virey en aquella sazon de Navarra Clemente Luneo, francés de nacion. Muchas veces salieron los navarros á correr las fronteras, así de Castilla como de Aragon, sin suceder cosa alguna memorable, salvo que tomaron á los aragoneses la villa de Salvatierra y pusieron en ella guarnicion de soldados navarros. Con mas próspera fortuna hacian los aragoneses la guerra en Italia. Rugier Lauria, bravo caudillo y señalado por las victorias pasadas, acometió de improviso la armada de los enemigos, que tenian muy poderosa por el gran número de bajeles, junto á Nápoles. Fué muy reñida y sangrienta la batalla, que se dió á 16 dias del mes de junio. La victoria quedó por los aragoneses; tomaron cuarenta y dos bajeles; los cautivos fueron cinco mil, y entre ellos muchos por su linaje y hazañas muy señalados. Los mas dellos se rescataron por dinero, solo á Guido de Monforte ni por ruegos ni por algun rescate quisieron dar libertad. Esto por dar contento á los reyes de Aragon y de Ingalaterra, sus enemigos capitales, á causa que este caballero era bisnieto de Simon, conde de Monforte, aquel que, como arriba se dijo, venció en batalla y mató á don Pedro, rey de Aragon, en la guerra de Tolosa. El nieto de este Simon, llamado asimismo Simon, prendió al emperador Ricardo (que fué elegido en competencia de don Alonso el Sabio, y era hermano del rey Enrique de Ingalaterra) los años pasados en la batalla de Leuvis, que hobo entre los franceses y ingleses, do estuvo un monasterio famoso de San Pancracio. Este Guido en venganza de su padre Simon, que poco despues fué por los ingleses muerto en otra batalla que se dió cerca de Vigornia en Ingalaterra, al tiempo que Eduardo, rey de Ingalaterra, volvia de la guerra de la Tierra-Santa, mató con grande impiedad y crueldad á Enrique, hijo del emperador Ricardo, en Viterbo en la iglesia mayor, donde oia misa. Esto hecho, con las armas se hizo camino para huir y se fué á valer á su suegro el conde del Anguilara, llamado Rubro. Comunmente cargaban á Cárlos, rey que era á la sazon de Nápoles y Sicilia, de que no vengó esta muerte como vicario que era en aquel tiempo del imperio, y como tal tenia puesto al dicho Guido en el gobierno de Toscana. Los historiadores ingleses y franceses afirman que Guido, despues que fué preso en la batalla naval susodicha, fué entregado en poder del rey de Ingalaterra. Un historiador siciliano de aquel tiempo porfia que falleció en Sicilia de una enfermedad, de que solo á juicio de los médicos le pudiera sanar la comunicacion con mujer, y que él no quiso venir en ello por no hacer injuria al matrimonio y por no sujetarse á la deshonestidad; que si fué así, es tanto mas de loar este caballero, que su mujer Margarita, despues que dél enviudó, se dice hizo poco caso de lo que debiera y vivió con poco recato. Dejó este caballero una hija llamada Anastasia, que casó con Romano Ursino, pariente cercano del papa Nicolao III y conde de Nola. La nobilísima sucesion que procedió deste casamiento se continuó en aquella casa y estado hasta nuestros tiempos, cuando últimamente faltó y la ciudad de Nola volvió á la corona real.

CAPÍTULO XI.

Que se trató de librar los hermanos Cerdas, y Cárlos, príncipe de Salerno, fué puesto en libertad.

Sosegados estaban los aragoneses y muy pujantes en fuerzas, riquezas y gloria por sus hazañas grandes y memorables. Solamente en la costa de Cataluña inquietaba á los naturales con sus armas don Jaime, rey de Mallorca, bien que no hizo cosa alguna digna de memoria. El nombre del rey don Alonso de Aragon era célebre. Tenia en su mano puesta la paz y la guerra á causa de los grandes príncipes que tenia en su poder detenidos; los hermanos Cerdas en el castillo de Morella, el príncipe de Salerno en el de Siurana, ambos muy fuertes y con buena guarda. Cansados pues estos príncipes de tan larga prision y movidos por miedo de mayor mal, se inclinaban á la paz con las condiciones que él quisiese; tenian grandes reyes por intercesores; muchas embajadas de Francia y de Castilla venian al rey de Aragon sobre el caso; la autoridad de Eduardo, rey de Ingalaterra, que se interpuso con los demás por medianero, era de mas peso y eficacia á causa que el Aragonés pretendia tomalle por suegro y casarse con su hija Leonor. Acordaron pues estos reyes de verse y hablarse en la ciudad de Oloron, que se llamó antiguamente Lugduno, y está en los confines de Francia en los pueblos llamados coquenos (hoy está en el principado de Bearne á las haldas de los montes Pirineos; el emperador Antonino la llamó Illuro). En aquella junta y habla por grande instancia del rey de Ingalaterra se alcanzó que dentro de un año Cárlos, príncipe de Salerno, fuese puesto en libertad con estas condiciones: que el reino de Sicilia quedase por don Jaime; que el preso alcanzase del Papa consentimiento para esto, junto con alzar las censuras puestas contra los aragoneses; item, que pagase treinta mil marcos de plata; últimamente, que Cárlos de Valoes se apartase de la pretension que tenia al reino de Aragon que le adjudicara el pontífice Martino; que dentro de tres años, si todo esto no se cumplia, fuese aquel Príncipe obligado á tornarse á la prision, y sin embargo, diese en rehenes á sus tres hijos Roberto, Cárlos y Luis, ultra desto, sesenta caballeros de los mas nobles de la Proenza. Graves condiciones eran estas; pero como al vencedor eran estos conciertos provechosos, así á los vencidos era forzoso aceptallos de cualquiera manera que fuesen, que una vez puestos en libertad, confiaban no les faltaria ocasion de mejorar su partido. Cárlos, príncipe de Salerno, puesto que fué, segun lo asentado, en libertad el año del Señor de 1288, desde Aragon pasó á Francia, desde allí á Toscana; apaciguados ende los alborotos de los gibelinos, en Roma finalmente le declaró por rey de Pulla y de Sicilia el papa Nicolao IV, el que al principio deste año sucedió en lugar de Honorio. Púsole la corona real en su cabeza con todas las demás insignias y vestiduras reales. Pretendia el Pontífice no ser válido el concierto pasado, como hecho sin su licencia, de un reino que de tiempo antiguo era feudatario de la Iglesia romana. Esto alteró grandemente el ánimo del rey de Aragon, tanto mas que entendia y le avisaban que el rey don Sancho queria dejar su amistad y avenirse con el rey de Francia á persuasion del sumo Pontífice, parecer que aprobaban la Reina y don Gonzalo, arzobispo

de Toledo, aunque muchos grandes juzgaban debia ser preferida la amistad del rey de Aragon, así por la vecindad de los reinos como por tener en su poder los hermanos Cerdas. Destos principios se alteraron algunos, y por la muerte de don Lope de Haro, como luego se contará, sus parientes y amigos se pasaron á Aragon, y fueron causa de nuevas y largas guerras; pretendian y procuraban satisfacerse de sus particulares disgustos con las discordias y males comunes. El rey don Sancho por el mismo caso se vió puesto en necesidad de darse priesa á hacer la confederacion con el rey de Francia. Enviaron los dos reyes sus embajadores á Leon de Francia, do los esperaba el cardenal Juan Cauleto, enviado por legado del sumo Pontífice para este efecto. Por el rey de Francia vinieron Mornay y Lamberto, caballeros principales de su corte; el rey don Sancho envió á don Merino, obispo de Astorga. El concierto se hizo desta manera: el rey don Sancho prometia de dar á don Alonso de la Cerda el reino de Murcia, á tal que no se intitulase en ninguna manera rey de Castilla, y el reino de Murcia le tuviese como moviente y feudatario de Castilla; que si don Alonso muriese sin hijos, sucediese don Hernando, su hermano menor; el de Castilla enviase mil caballos en ayuda al rey de Francia, que queria mover guerra á Aragon, y si fuese necesario, diese paso y entrada segura por sus tierras al ejército francés; item, que los hermanos Cerdas, luego que alcanzasen libertad con el poder y industria de los dos reyes, se entregasen en poder del rey de Francia. Este concierto dió mucho disgusto á doña Blanca, madre de los infantes, en tanto grado, que dejado su hermano, se fué á Portugal. Como mujer varonil pretendia buscar nuevos socorros contra las fuerzas de Castilla, puesto que mas fué el trabajo que en esto tomó que el fruto que sacó. El rey Dionisio de Portugal, echados los moros de toda su tierra, gozaba de una tranquila paz, ni le podian convencer á que la alterase en pro de otros y daño suyo. ¿Qué prudencia fuera ponerse en peligro cierto con esperanza incierta, y escurecer la gloria ganada y alterar la quietud y reposo de su reino con mover las armas fuera de tiempo? Tuvo este Rey muy buenas partes, y en especial muy noble generacion de hijos y hijas. De doña Isabel, su mujer, tuvo antes desto una hija, llamada doña Isabel, y este año le nació otra, que se llamó doña Costanza; de allí á dos años otro hijo, que se llamó don Alonso, que fué heredero del reino. De mujeres solteras tuvo estos hijos: á don Alonso de Alburquerque, de quien trae su descendencia una familia deste sobrenombre, nobilísima en Portugal, y á don Pedro, que fué dado á los estudios de las letras, como da testimonio un libro que compuso de los linajes y de la nobleza de España; y á don Juan y á don Fernando, y ultra destos dos hijas, que la una casó con don Juan de la Cerda, y la otra se metió monja.

CAPITULO XII.

De nuevas alteraciones que se levantaron en Castilla.

Castilla, por lo que tocaba á los moros, sosegaba á causa de la amistad que tenian con el rey de Granada; con Africa poco antes se asentaron treguas con Juzef, rey de Marruecos. La guerra civil y doméstica tenia á todos puestos en mayor cuidado. Sucedió este daño por la muerte de don Lope de Haro, que le dieron dentro de palacio y en presencia del mismo Rey; si con razon ó sin ella, no se averigua bastantemente. Para que todo esto mejor se entienda será bien relatar los principios por do se encaminó esta desgracia. Por muerte de don Alvar Nuñez de Lara, que falleció poco despues que tornó en gracia del rey don Sancho, don Lope de Haro, su competidor, volvió á Castilla y á la corte con esperanza de recobrar la cabida y autoridad que antes tenia, pues era muerto su contrario; pero la naturaleza, que no permite viva alguno sin competidor y sin contraste, en el mismo punto que murió, hizo que don Juan, hermano del difunto, subiese al mismo grado de dignidad y al favor y gracia del Príncipe que su hermano tuvo, con mucho gusto del pueblo y no menor pesar y dolor de don Lope de Haro. Quejábase que con aquellas artes y mañas se le hacia notable agravio, y que todo se encaminaba á disminuir su autoridad y menoscaballa. Era el sentimiento en tanto grado, que no temia de dar muestras dél al mismo Rey y formar quejas en su presencia. Como el infante don Juan, su yerno, con un escuadron de gente corriese la campaña de Salamanca, y con sus ordinarias correrías llegase hasta Ciudad-Rodrigo y el Rey se quejase desto con don Lope de Haro, tuvo atrevimiento de confesar que todo aquello se hacia por su consejo y voluntad, hasta añadir que si el Rey iba á Valladolid, su yerno vendria á Cigales, que es un pueblo allí cerca, y era tanto como amenazallo. Soltar la rienda á la mala condicion y irritar con esto la ira de los reyes, cosa es muy perjudicial. Verdad es que por entonces el Rey tuvo sufrimiento y disimuló lo mejor que pudo hasta que se ofreciese ocasion para castigar tan gran locura y desacato. Fué el Rey á Valladolid, habló con don Juan, su hermano, dióse órden como aquellos alborotos algun tanto sosegasen. Partido de Valladolid, fué primero á Roa, y de allí á Berlanga y á Soria. Despues tomó el camino para Tarazona para verse con el rey de Aragon y alcanzar dél que le entregase los hermanos Cerdas. Estorbóse esta vista de los reyes por las malas mañas de don Lope de Haro, que como tercero iba de una parte á otra, y á cada cual de las partes referia en nombre del otro condiciones para asentar la paz muy pesadas y muy contrarias de lo que los mismos príncipes pretendian. Todo iba enderezado á derribar por medio de los hermanos Cerdas al rey don Sancho, de quien tenia de todo punto el ánimo enajenado, que fué la causa de no efectuarse cosa alguna y de volverse el Rey á Alfaro, que es una villa de Castilla puesta á los confines de Aragon y de Navarra. Acudieron el infante don Juan y don Lope de Haro, su suegro, á hacer reverencia y compañía al Rey sin guarda bastante con que se asegurasen. Halláronse presentes don Gonzalo, arzobispo de Toledo, y don Juan Alonso, obispo de Plasencia, el obispo de Calahorra, el de Osma y el de Tuy; allende destos el dean de Sevilla, que era chanciller mayor, y el abad de Valladolid, todos llamados á consejo para tratar de cosas importantes. Llegados don Juan y don Lope á besar al Rey la mano, mandóles le volviesen á la hora todos los castillos y plazas que tenian en su poder, y para esto alzasen el juramento á los soldados que tenian de guarnicion y diesen las contraseñas por do entendiesen por cierto que era tal su voluntad. Fuéles este mandato muy pesado, excusábanse de obedecer,

mandólos prender; don Lope de Haro, puesta mano á la espada y revuelto el manto al brazo, con palabras muy injuriosas y llamar al Rey tirano, fementido, cruel, con todo lo demás que se le vino á la boca y que el furor y rabia le daban, se fué para él con intento de matalle. Locura grande y demasiado atrevimiento, que le acarreó su perdicion; los que estaban presentes pusieron asimismo mano á sus espadas, y del primer golpe le cortaron la mano derecha y consiguientemente le acabaron. Caballero que fué arriscado y fuerte, mas su arrogancia y poder demasiado, junto con la envidia que muchos le tenian, redujeron á estos términos. Don Juan, su yerno, despues que hirió á algunos de los criados del Rey, como vió muerto á su suegro, se huyó y acogió al aposento de la Reina, que se puso delante para amparalle del Rey, que venia en su seguimiento con la espada desnuda, y por sus ruegos y lágrimas hizo tanto, que le libró de la muerte. Pusiéronle en prisiones para estar á juicio, y dar razon deste y de los demás desacatos. Forzosa cosa es pasar muchas cosas en silencio por seguir la brevedad que llevamos. Mas ¿quién podria contar por menudo y á la larga todas las tramas que en esto hobo de traicion y deslealtad? Quién decir todo lo que pasó en tan grande ruido y alboroto y encarecer la turbacion y desasosiego de toda la casa real? La suma es que, quitadas delante las cabezas, los alborotos se apaciguaron por entonces, y con el ejemplo fresco de aquella culpa y de aquel castigo los demás se tuvieron á raya para que luego no se alterasen. Pero como se hobieron un poco sosegado, en secreto y públicamente en corrillos comenzaron á murmurar deste hecho del Rey. Decian que con muestra de amor engañó á tan grandes príncipes; los parientes y aliados de los dos unos se salian de la corte, otros, de que hobo gran número, se fueron del reino. Por todo esto bien se dejaba entender que se armaba alguna gran tempestad, que fué la causa principal de abreviar la confederacion y liga con el rey de Francia en Leon, como arriba queda dicho. Doña Juana, mujer del difunto don Lope de Haro y hija de don Alonso, señor de Molina, toda cubierta de luto, se fué á ver con la Reina, su hermana, en Santo Domingo de la Calzada, donde estaba la corte. Pretendia con esto recoger las reliquias del naufragio de su casa. Hizo tanto, que con sus lágrimas y á ruego de la Reina se amansó el Rey para que no despojase á su hijo del señorío de Vizcaya, como lo pretendia hacer, y ya por fuerza se habia apoderado de la villa de Haro y del castillo de Treviño. Demás desto, con deseo de sosiego y de apaciguallo todo la Reina prometió á su hermana que si su hijo don Diego de Haro, como era forzoso, llevase en paciencia la muerte de su padre y se pusiese en manos del Rey, le haria dar el lugar y autoridad que su padre tenia. Doña Juana, como mujer inconstante, pensó que estas promesas procedian de miedo; así, mudó luego de parecer y trocó la humildad pasada en cólera, tanto, que con deseo de vengarse atizaba á su hijo, y le aconsejaba que, renunciada la fe y lealtad que al Rey tenia prometida, se desnaturalizase y se pasase á Aragon. Doña María, mujer del infante don Juan, que tenian preso, se pasó á Navarra, cerca de la cual estaba. En su compañía se salieron otrosí de Castilla muchos de sus aliados, dado que la mayor parte, como suele acontecer en estas revueltas, dudosos y suspensos se estuvieron en sus casas para tomar consejo conforme al tiempo y como las cosas se rodeasen. Gaston, vizconde de Bearne, sabido lo que pasaba, vino á gran priesa á Aragon en favor de sus deudos, resuelto de poner á cualquier riesgo su persona y estados por los amparar. A instancia de todos estos señores el rey de Aragon puso en libertad á los hermanos Cerdas. Y para hacer mayor pesar al rey don Sancho, por el mes de setiembre en Jaca, donde hizo traer á los infantes, nombró á don Alonso, el mayor dellos, por rey de Castilla y de Leon, de que resultaron nuevas guerras y grande ocasion para discordias; y es cosa forzosa que los grandes reinos sean muchas veces combatidos de nuevas y grandes tempestades. Por medio de los Cerdas y con el favor de los aragoneses se movió guerra á Castilla. El pueblo estaba no mas deseoso que medroso de cosas nuevas. Los caballeros principales de Castilla no eran de un mismo parecer; los mas prudentes con deseo de sosiego seguian el partido del rey don Sancho, y querian agradalle á él, pues tenia el mando y señorío. El en aquellos dias fué á Victoria, que es en Alava; allí la Reina parió un hijo que se llamó don Enrique. La ida se enderezaba, así para verse en Bayona con el rey de Francia, segun que lo tenian determinado por sus embajadores, como para acabar de conquistar los lugares y tierras de Vizcaya y ponellos debajo de su señorío. Esta guerra fué mas dificultosa de lo que se pensó por la aspereza de los lugares, la falta de bastimento y la condicion de la gente, constante en guardar la fe y lealtad á sus señores. Teníase esperanza por medio del maestre de Calatrava, don Ruy Perez Ponce, de poder ganar á don Diego de Haro, hermano de don Lope, al cual antes deste tiempo el Rey hizo capitan de la frontera, y al presente le ofrecia mucho mayores honras y premios, hasta dalle intencion que le daria el señorío de Vizcaya. Pero él, sin hacer caso de todo esto, quiso mas irse desterrado á Aragon. Decia no se debia confiar de quien so color de amistad maltrató de tal manera á tales príncipes, sus parientes y amigos. Así, se partió determinado de favorecer y amparar con su consejo y hacienda y diligencia á su sobrino. Todo parecia estar á punto de romper; los pueblos resonaban con aparatos y pertrechos de guerra, cuando, al mismo punto que querian acometer las fronteras de Castilla, falleció de enfermedad don Diego de Haro, hijo de don Lope, en gran pro y beneficio del rey don Sancho y de sus cosas. Con su muerte se resfriaron las voluntades de los que seguian su bando; y Vizcaya, que hasta entonces hacia resistencia, toda ella vino en poder del Rey por el esfuerzo y valor de Diego Lopez de Salcedo, á quien se cometiera todo el peso de aquella conquista, y de quien, así en guerra como en paz, se hacia mucho caso.

CAPITULO XIII.

De algunas hablas que tuvieron los reyes.

El rey don Sancho, dado que hobo fin á las cosas de Vizcaya, y que las vistas con el rey de Francia se remitieron para otro tiempo, dejó á su hermano el infante don Juan con buena guarda preso en el alcázar de Búrgos, y despues le pasaron á Curiel; y él con el cuidado que tenia de la guerra de Aragon y de su rei-

no, que de nuevo andaba en balanzas, se partió para Sabugal, que es una villa á la raya de Portugal. Allí se juntaron él y el rey de Portugal para tratar entre los dos de sus haciendas; hicieron liga contra los aragoneses y los desterrados de Castilla, que se apercebian para la guerra so color de poner en posesion á don Alonso de la Cerda, que ya se intitulaba rey de Castilla, en el reino de su abuelo. Apartados los reyes y vueltos destas vistas, don Sancho, recogidas sus fuerzas por todas partes y la gente de guerra que tenia, se fué á encontrar con los aragoneses á la villa de Almazan. En el mes de abril del año del Señor de 1289 se juntaron los dos campos; mas no sucedió cosa digna de memoria; solo la villa de Moron fué tomada por los aragoneses por fuerza de armas, y Almazan fué cercado. De la otra parte del rey don Sancho con una entrada que hizo por las fronteras de Aragon destruia la campaña, robaba ganados y ponia á fuego villas y lugares. Don Diego Lopez de Haro de la misma manera con sus correrías talaba todos los campos y términos de Cuenca y Huete, demás de un escuadron de enemigos con quien se encontró y los venció y puso en huida junto á la villa de Pajaron. En esta refriega murió Rodrigo de Sotomayor, capitan de los castellanos. Las banderas que les tomó envió don Diego á la ciudad de Tiruel. La estrechura del lugar fué causa deste revés; los aragoneses peleaban mejorados de lugar, y por todas partes estaban sobre los enemigos. En ninguna parte podian reposar, unos daños sucedian á otros, como si anduvieran en rueda; los que con su daño pagaban las discordias de los príncipes eran los inocentes. Verdad es que las mas ciudades y villas tenian la voz de don Sancho, unas por miedo, otras por voluntad. Solo en Badajoz se encendió una revuelta muy grande; estaban aquellos ciudadanos de tiempo antiguo divididos en dos bandos, es á saber, los bejaranos y los portugaleses. Fueron los bejaranos despojados de sus haciendas por los contrarios y forzados á ausentarse de la ciudad. Hicieron recurso al Rey para que deshiciese el agravio. Mandólo así; los dañadores no quisieron obedecer á este mandato. Acudieron los bejaranos á las armas, y con gente que tenian apercebida mataron gran número del otro bando y echaron los que quedaban de la ciudad. A este atrevimiento de quererse vengar por sus manos añadieron otro mayor, y fué que como se hobiesen fortificado en lo mas alto de la ciudad, apellidaron por rey á don Alonso de la Cerda. Dió esto grande pesadumbre al rey don Sancho; el daño que resultó á aquella ciudad fué notable. Grande es la furia del pueblo puesto en armas; las fuerzas de los reyes son mayores. Vióse por experiencia que luego que el Rey envió su campo sobre ellos la osadía se les trocó en miedo. Rindiéronse á partido, salvas las vidas. No les guardaron el concierto; todos los bejaranos fueron pasados á cuchillo en número de cuatro mil entre hombres y mujeres. El mismo trabajo corrió Talavera, villa principal en el reino de Toledo; por seguir la voz de don Alonso de la Cerda hasta cuatrocientos de los mas nobles fueron justiciados y descuartizados públicamente á la puerta, que desde aquel tiempo comenzó el vulgo á llamalla la puerta de Cuartos. Así lo testifican los de aquel lugar como cosa recebida de mano en mano de sus antepasados, sin que haya autor ni testimonio mas bastante. Lo cierto es que con el castigo destos dos pueblos quedaron avisados los demás para no se desmandar; y es así, que todo grande ejemplo y hazaña es casi forzoso tenga mezcla de algunos agravios; pero lo que se peca contra los particulares se recompensa con el provecho y sosiego comun. El año próximo siguiente de 1290 se trató de nuevo que los reyes de Francia y de Castilla se viesen y hablasen. Acordado esto, llegaron en un mismo dia á Bayona, pueblo de la Guiena, señalado para esta junta. Lo mas principal que entre los reyes se resolvió fué que el de Francia alzó la mano de ayudar á los hermanos Cerdas, renunció otrosí el derecho, si alguno tenia, al reino de Castilla, como bisnieto de la reina doña Blanca, que no faltaba quien le pusiese en seguir esta demanda. Demás desto, se resolvió de hacer por ambas partes la guerra al reino de Aragon. Al mismo tiempo Tolosa, Segura y Villafranca, que se comenzaran á edificar en la parte de Vizcaya en tiempo del rey don Alonso, se acabaron en este por la diligencia del rey don Sancho, de que hay hoy dia públicos instrumentos despachados en esta razon en Victoria y en Valladolid, donde se vino desde Bayona. El rey de Aragon, sabida la confederacion de los dos reyes y visto que no tenia fuerzas para contrastar con Castilla, Francia y Italia, mucho se inclinaba á la paz, sin embargo que Cárlos, rey de Nápoles, no cumplia lo que se asentó en el concierto pasado; de que el rey de Ingalaterra, por cuya instancia fué puesto en libertad, se sentia muy agraviado que hiciese burla de su fe y palabra. Acudieron por todas partes al Papa á poner en sus manos estas diferencias. Respondió enviaria sus legados, que oidas las partes, con condiciones honestas acordasen todos estos debates. Nombró para esto dos cardenales, es á saber, Benito Colona y Gerardo de Parma para que fuesen á Francia y lo compusiesen todo. En este comedio Cárlos, rey de Nápoles, y el rey de Aragon, con seguro que se dieron el uno al otro, se vinieron á hablar en Junquera, pueblo de Cataluña. Allí platicaron sobre muchas cosas y asentaron treguas por algunos meses mientras que los legados tomasen algun buen medio para asentar con firmeza la paz, cosa que á todos venia bien y á que todos se inclinaban, Cárlos con esperanza de recobrar el reino de Sicilia, el Aragonés porque se alzase el entredicho que tanto duraba en su reino y por excusar la guerra que de Francia le amenazaba, demás del deseo que le punzaba, apaciguadas estas diferencias, de volver sus armas contra Castilla.

CAPITULO XIV.

Que don Juan de Lara se pasó á Aragon.

Don Juan Nuñez de Lara, personaje de gran reputacion, poder y riquezas, comenzaba de nuevo á aficionarse al partido de Aragon, así por su poca constancia como por la intencion que le daban de restituille la ciudad de Albarracin; cosa muy ordinaria, que los hombres hacen mas caso de su interés que de lo que es justo y loable. El rey don Sancho, por tener entendido seria de grande importancia para todo su ida ó su quedada, hizo todo lo posible para sosegalle hasta nombralle por general de las fronteras de Aragon y hacelle otros regalos. No aprovechó nada todo esto, mayormente que en Búrgos, donde la corte estaba, un

paje le dió ciertas cartas en que le avisaban mirase por sí, que le tenian armada celada. Corrió la fama que fué así verdad; yo mas creo fué mentira, como lo afirman autores de crédito; que aquellas cartas fueron echadizas por personas que les pesaba que un caballero tan valeroso hobiese vuelto á la gracia del Rey, como hombres que tenian mas cuenta con sus intentos particulares que con el bien comun. Don Juan, que de su naturaleza era sospechoso, dió crédito á lo que las cartas decian, y á gran furia salió de la corte, y por el reino de Navarra se pasó á Aragon, sin que fuese parte para estorballo la diligencia que el Rey puso por medio de la Reina y con ir él mismo en pos dél hasta Valladolid. Sentia mucho su partida por ver que le amenazaba una grave tempestad si caballero tan poderoso y de tantos amigos se juntase con los demás forajidos. No era este recelo fuera de propósito; que luego con mucha gente entró por las fronteras de Castilla hasta Cuenca y Alarcon, taló y robó toda la campaña, hizo todo el mal y daño que pudo. Acudieron las gentes del rey don Sancho; pero en un encuentro las desbarató y les tomó muchas banderas, rindió y sujetó la villa de Moya, y con gran número de cautivos y ganados dió la vuelta para Valencia. Desde donde el rey de Aragon, don Diego de Haro y don Juan de Lara con gente que tenian aprestada todos juntos volvieron á entrar por la parte de Molina, Sigüenza, Berlanga y Almazan, sin hallar quien les fuese á la mano, destruyeron toda la tierra. Aquejaba este daño mucho al rey don Sancho, deseaba acudir con sus gentes desde Cuenca, do era venido para remediar los daños. Poco efecto hizo; unas cuartanas que muy fuera de sazon le tenian trabajado, le embarazaban y debilitaban de suerte, que no podia hacer cosa alguna ni dar órden en lo que convenia, de que recebia mas pesadumbre que de la misma enfermedad. Llegó á términos de estar desahuciado de los médicos. La Reina, que en Valladolid aquellos dias parió un hijo, que se llamó don Pedro, aun no bien convalecida del parto, con el aviso se puso en camino para visitar al Rey. Su venida dió al doliente mucho contento, y fué muy provechosa para el bien comun su llegada. Con su buena maña redujo á don Juan de Lara, que ya estaba arrepentido de su liviandad por salille vana la esperanza de recobrar á Albarracin. Concertaron que doña Isabel, hija de doña Blanca y del hermano de la Reina, doncella de muy excelentes partes, casase con el hijo de don Juan de Lara, que tenia el mismo nombre que su padre. Era la dote el señorío de Molina, porque el padre de la novia no tenia hijo varon. Asentado esto, se celebraron las bodas en Cuenca con grande majestad y aparato. Concluidas las fiestas, el Rey y la Reina se fueron para Toledo y en su compañía don Juan Nuñez de Lara. Aposentáronle en el monasterio de San Pablo, que era de la órden de Santo Domingo, fuera de los muros de la ciudad, á la ribera de Tajo. Un dia muy noche se entretenia en jugar á los dados con un judío muy rico. Vino al improviso un su criado, llamado Nuño Churuchao; avisóle se pusiese en cobro, porque tenian ordenado de matalle; que la noche pasada metieron muchas armas dentro de palacio. Dió él luego crédito á este aviso; quisiera huir, pero no le fué posible por estar cerradas las puertas de la ciudad y dentro las cabalgaduras y criados. Pasó la noche con este miedo y cuidado, que se le hizo muy larga. Al alba del dia, llamados sus criados y caballeros, les dijo el peligro en que se hallaba; ellos, sin embargo, le aconsejaron que no hiciese movimiento, que pues la noche se pasó sin muestra ninguna de tales asechanzas, que entendiese era mentira; porque ¿á qué propósito dilatallo, si tal pensaran? ¿Para qué esperar á que viniese el dia? ¿Por ventura para que fuese testigo de la traicion? ¿Qué mas querian sus contrarios que velle ido de la corte, en que tenia tanto poder y mando, que á todos causaba envidia, y sus riquezas les hacian temblar? Que en la ciudad todo lo vian sosegado, que se acordase del engaño pasado: y finalmente, que aquel su consejo, ó seria para él saludable, ó si todavía fuese necesario huir el peligro, que era lo peor que se podia esperar, que esto seria la noche siguiente; que de dia al seguro no se atreverian á acometer tal hazaña. Con estas razones se mitigó su miedo. Avisado el Rey de aquel recelo y sobresalto, sintió mucho que se pusiese duda en su fe y palabra. Cuidaba cómo le quitaria aquella sospecha; cuanto mas el Rey procuraba dalle satisfaccion, él sospechaba que no debian engañalle los que le avisaron; y que aunque la verdad no se podia averiguar, que se la querian encubrir con artificio y maña. En este tiempo se asentó de nuevo la confederacion con el rey de Granada á tal que pechase el tributo que debia conforme á los conciertos pasados. Fué necesario acudir á esto porque andaba en balanzas, como es la costumbre de aquella gente ser poco constantes. Hernan Ponce de Leon, que era frontero de los moros, fué el principal medio para que estos reyes se conservasen en paz y amistad. De Toledo fueron los reyes primero á Búrgos, y de allí á Palencia, donde se hacia capítulo general de la órden de Santo Domingo. Don Juan de Lara no se podia sosegar con ningunos beneficios y buenas obras; y no se contentaba con maquinar él solo revueltas, sino que atizaba y persuadia á los grandes de la corte que procurasen de intentar cosas nuevas; con esto andaban muchas voluntades torcidas y enajenadas del Rey. Para remedio desto sacaron de la prision en que estaba á don Juan, hermano del Rey, que era muy bienquisto de grandes y pequeños. Hizo él su juramento y pleito homenaje de ser fiel al Rey y al príncipe don Fernando, su hijo, y besó la mano del niño, como heredero del reino, conforme á la costumbre que se guarda en Castilla. Demás desto, por su medio muchos mudaron parecer y abrazaron los consejos mas saludables. Por industria del Rey, que fué á Santiago de Galicia so color de devocion y visitar aquella santa casa, se redujo asimismo á mejor partido y á que dejase las armas don Juan Alonso de Alburquerque, caballero principal, que en Galicia andaba alborotado á persuasion de don Juan de Lara. Estas cosas pasaban en Castilla el año de 1291, cuando al principio del mes de febrero los cardenales que el sumo Pontífice enviara á Francia por legados, como arriba dijimos, en Tarascon, pueblo de la Gallia Narbonense, compusieron las diferencias que resultaban entre los reyes de Aragon y Francia. Estuvo presente Cárlos, rey de Nápoles, y los dos reyes enviaron sus embajadores con amplos poderes para venir en el concierto. Las condiciones de la paz fueron estas: El rey de Aragon envie á Roma sus embajadores é humildemente pida per-

don de la contumacia ó inobediencia pasada. Pecho en cada un año á la Iglesia romana treinta onzas de oro en razon de tributo y feudo, como su bisabuelo lo prometió. Con una buena armada pase en favor de la Tierra-Santa. A la vuelta aconseje á su madre y hermano y procure partan mano de las cosas de Sicilia. Por conclusion, publique un edicto riguroso en que mande á todos los aragoneses, soldados y caballeros, salgan de aquella isla. Cárlos de Valoes renuncie el derecho que el Papa le dió sobre el reino de Aragon. Demás desto, se añadió que el Padre Santo recibiria en su gracia al Aragonés y enviaria un prelado á quitar el entredicho que tenia puesto en todo aquel reino; al cual el rey de Aragon entregaria los rehenes que de parte del rey Cárlos de Nápoles tenia en su poder. Al concluir estos conciertos no se hallaron los embajadores de Sicilia, y esto por industria del rey de Aragon con intento que no les desbaratasen todo, ca sabia cierto no vendrian en aquellas condiciones; maña de que el rey don Jaime y toda Sicilia se agraviaron en gran manera. Quejábanse los hubiese engañado y desamparado quien mas que todos los debiera favorecer. Sin embargo, querian llevar adelante lo comenzado y poner las vidas y la sangre en la demanda antes que volver al señorío de franceses. La resolucion fué tal y tan grande, que al fin salieron con su intento. Por esta causa la esperanza que tenian de recobrar á Sicilia salió vana á los franceses; y aun la ida del rey de Aragon á la Tierra-Santa no se efectuó á causa que á la misma sazon vino nueva que Elpis, emperador de Egipto, y su hijo Melesaite con un cerco muy apretado que pusieron sobre Ptolemaide, ciudad que solo quedaba allí en poder de cristianos, la combatieron de suerte, que la entraron por fuerza, y todos los moradores y soldados pasaron á cuchillo, los edificios al tanto los abatieron por tierra hasta no dejar rastro ni señal alguna de ciudad. Este fué el remate de la guerra sagrada y de aquella empresa de la Tierra-Santa. Tal fué la voluntad de Dios. La pereza y poquedad de los fieles vergonzosa acarreó esta mengua y daño. Viéronse segunda vez los reyes el de Aragon y el de Nápoles en Junquera; tornaron á tratar de la paz, á que el uno y el otro mucho se inclinaban por estar cansados de los trabajos pasados y temerosos de lo por venir. Por esta causa luego que se despidió esta junta, el rey Cárlos casó su hija mayor, llamada Clemencia, con Cárlos de Valoes, y por dote el condado de Anjou y el estado de Maine; con tal condicion empero que partiese mano de la pretension de Aragon. Estaba al tanto muy resuelto el rey de Aragon en cumplir todo lo puesto y concertado, cuando la muerte, muy fuera de lo que pensaba, le atajó los pasos, que le sobrevino en Barcelona en sazon que se aprestaba para hacer traer á doña Leonor, su esposa, y todo andaba lleno de fiestas y contento. Falleció en la flor de su juventud en edad de veinte y siete años á 18 dias del mes de junio. Si tuviera mas larga vida fuera muy señalado príncipe, conforme á las grandes muestras que daba de valor y de virtud. Ante todas cosas merece ser alabado por mostrar, como mostró, la paz al mundo, bien que no se la pudo dar. Su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad y en el hábito de la misma órden. Las exequias y honras, como era razon, con grande aparato y muy solemnes.

CAPITULO XV.

Cómo los tres reyes de España emparentaron entre sí.

Con el aviso de la muerte del rey de Aragon, porque no dejaba hijos su hermano don Jaime, luego desde Sicilia acudió y vino á Aragon á tomar posesion de aquel reino que le pertenecia, así por el derecho de parentesco como por el testamento de su hermano, ca le nombró por su sucesor. Así, sin contradiccion en Zaragoza, á 24 dias del mes de setiembre, fué ungido y coronado en la iglesia de San Salvador con las ceremonias acostumbradas. Tocante al testamento de su hermano, en que dejaba por heredero del reino de Sicilia á don Fadrique, su hermano menor, no quiso pasar por esta cláusula ni consentir que saliese de su poder el reino que los sicilianos le dieron con mucha voluntad y á instancia de su mismo padre. Pretendian á la misma sazon su amistad don Alonso de la Cerda, que presente se halló, y el rey don Sancho por sus embajadores, ambos con muchas veras. En esta competencia pareció inclinarse mas el Aragonés á la parte de don Sancho, y aficionarse mas á la fortuna que á la justicia de las partes, sin memoria de la voluntad que su padre y hermano mostraron en aquel caso. A la verdad las fuerzas de los Cerdas, que con presteza y calor por ventura prevalecieran, con la tardanza estaban flacas; las del bando contrario de cada dia se acrecentaban mas y prevalecian, mayormente despues que don Juan Nuñez de Lara, por industria de la Reina, como ya se dijo, trocó parecer y partido; tanto mas, que en aquel mismo tiempo el rey don Sancho, puesta su alianza y amistad con Portugal, concertó á don Fernando, su hijo mayor y heredero de sus estados, con doña Costanza, hija del Portugués. Para seguridad de que se efectuaria el casamiento entregó algunos castillos y villas de Castilla para que hasta tanto que se celebrase estuviesen como en tercería. Asentaron pues los reyes de Aragon y Castilla su amistad por medio de sus embajadores; y para que fuese mas firme acordaron de verse en Montagudo, villa á propósito para esta habla por estar á la raya de los dos reinos. Allí á 29 de noviembre se concertaron los reyes de tal guisa, que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos, y que en ninguno de los dos reinos se diese acogida, favor ni ayuda á los forajidos del otro, antes los entregasen á su señor. Demás desto, porque á la sazon el rey de Marruecos, sin embargo de las treguas, tenia cercada á Beja, pueblo que algunos tienen que Ptolemeo y Tito Livio llaman Bigerra en la comarca de los bastetanos, en particular se acordó que para ayuda de aquella guerra, si fuese necesario, acudiese el Aragonés con veinte galeras. Para que todo fuese mas firme concertaron que doña Isabel, hija del de Castilla, si bien no pasaba de nueve años, casase con el de Aragon. Los desposorios se celebraron en Soria á 1.° de diciembre, y la niña fué entregada en poder de su esposo con esperanza de alcanzar dispensacion sobre el parentesco de los novios; la priesa que los reyes tenian no sufria mas dilacion. Celebrados los desposorios, los reyes pasaron á Calatayud; allí se hicieron grandes regocijos, fiestas y convites. Hubo justas y torneos, en que Rugier Lauria, que en compañía del rey de Aragon era venido desde Sicilia, se señaló entre todos y se aventajó por la gran destreza

que tenia en las armas. Los grandes de Aragon desde los años pasados andaban alborotados, así entre sí como contra los reyes, en tanto grado, que pretendieron reformar los gastos de la casa real en tiempo del rey don Alonso, y porfiaban en hacer mudar las leyes y magistrados y dar una nueva traza en el gobierno. Todas estas porfías eran demasiadas, como sea verdad que así la libertad como el señorío y mando tienen su tasa y medida no menos que las demás cosas del mundo. Estos caballeros por medio del rey don Sancho se reconciliaron y alcanzaron perdon de lo pasado. Los reyes se despidieron á la salida del año, cuando el rey Bárbaro, alzado el cerco que tenia puesto, dió la vuelta para Africa por recelo de una grande armada que Benito Zacarías aprestaba en la costa de Galicia, demás que la villa por su fortaleza y por el valor de los nuestros hacia grande resistencia. Con tantas cosas como en un tiempo se acabaron tornó la paz á España despues de tan largo tiempo y quedaron apaciguados los enemigos domésticos y extraños. Solo don Juan de Lara no sabia sosegar, y parece que maquinaba novedades; ni se fiaba del Rey ni del todo dejaba las armas; por lo cual la guerra se volvió contra él, y por fuerza le quitaron á Moya y Cañete, pueblos de que el Rey le hizo merced cuando se tornó de Aragon y se concertó el casamiento de su hijo. Don Juan, desconfiado de sus fuerzas y por no quedar en España á quien acudir á causa de los conciertos pasados, se fué desterrado á Francia. En su seguimiento partió luego don Gonzalo, arzobispo de Toledo, enviado por embajador del rey don Sancho para aplacar aquel Rey y prevenille que por medio de don Juan y por sus siniestras informaciones no diese lugar á que se enturbiase la amistad antigua. En particular llevaba órden de dar razon de la concordia que se asentara con los aragoneses; que dijese fué pura necesidad para sosegar á los suyos y excusar las guerras civiles que de nuevo amenazaban. Respondió á esto el Francés que no recibia desgusto, antes que su hermano Cárlos renunciaria de voluntad el derecho que tenia al reino de Aragon, á tal que por su medio el Aragonés restituyese la isla de Sicilia á la Iglesia romana. Entre tanto que esto pasaba, al principio del año de 1292 el almirante de Castilla, Benito Zacarías, peleó en la costa de Africa con veinte galeras de moros, desbaratólas y tomó las trece. Esta pérdida desbarató el propósito que el de Marruecos tenia de pasar de nuevo en España con grandes gentes que para este efecto tenia juntas en Tánger. Convidó asimismo al rey don Sancho esta victoria para que se pusiese con su gente sobre Tarifa, que despues de un largo cerco ganó á 21 de setiembre. El rey de Portugal, dado que sobre ello le hicieron instancia, no envió algun socorro para aquella empresa por razones que debió tener bastantes. La reina de Castilla, á la sazon en Sevilla, parió un hijo, que se llamó don Filipe. Tomada que fué Tarifa, primero quedó en ella por gobernador don Rodrigo, maestre de Calatrava; despues Alonso Perez de Guzman se ofreció de defender aquella plaza con solo que le diesen la tercera parte de lo que á otros se solia dar. Era rico de dinero, que tenia allegado, no solo en España, sino en Africa, en el tiempo que sirvió al rey de Marruecos en muchas guerras contra otros moros. Con el dinero compró muchos lugares en el Andalucía, y los encorporó en el estado que le dejó su padre de Sanlúcar de Barrameda. Hacia otrosí grandes limosnas, por donde le dieron sobrenombre de Bueno, título que mantienen los de su casa, mas ilustre que los que otros príncipes toman con soberbia y arrogancia. Deste caballero descienden los duques de Medina Sidonia, señores de los principales de España, así en renta como en vasallos y nobleza. Tuvo don Alonso un hijo, llamado don Juan, y un nieto del mismo nombre, que casó con doña Beatriz, hija bastarda del rey don Enrique el Segundo. Dióle en dote la villa de Niebla con título de conde, por lo cual á su hijo y heredero en aquel estado llamó don Enrique. A este sucedió don Juan, su hijo, el que por merced del rey don Enrique el Cuarto se intituló duque de Medina Sidonia. Don Juan tuvo un hijo, llamado don Enrique, y un nieto, que se llamó don Juan, al cual el rey don Fernando el Católico dió el marquesado de Casasa en recompensa del trabajo y diligencia que puso en la conquista de la ciudad de Melilla y castillo de Casasa en la costa de Africa. A este don Juan sucedieron dos hijos que dejó, uno en pos de otro, es á saber, don Alonso, que no tuvo muy entero juicio, y despues dél don Juan, cuyo hijo mayor, que tenia el mismo nombre, murió en vida de su padre; por esta razon al dicho don Juan en nuestros dias sucedió un nieto suyo, por nombre don Alonso, que hoy dia vive y tiene aquel estado. Esto cuanto á los señores y duques de Medina Sidonia. Volvamos con nuestro cuento á los reyes.

CAPITULO XVI.

De la muerte del rey don Sancho.

Con gran cuidado y diligencia procuraban á un mismo tiempo componer las diferencias entre Francia y Aragon y concertar aquellos príncipes, por una parte el papa Nicolao IV, y por otra el rey de Castilla don Sancho. Envió el Pontífice á Aragon sobre el caso á Bonifacio Calamandra, caballero de San Juan; la muerte atajó sus intentos, que fué á 4 de abril. Grave daño y el mayor, que por diferencias que resultaron entre los cardenales estuvo aquella silla vaca mas de dos años. Suplió la falta que el Pontífice hizo, cuanto á las cosas de Aragon, la buena diligencia del rey don Sancho, que movido por la buena respuesta que le dió el rey de Francia, envió á convidar al rey de Aragon que se llegase á Guadalajara, ca esperaba otorgaria con lo que le pidiese. Tratóse allí de las condiciones de la paz; no se concluyó por entonces cosa alguna, solo acordaron que de nuevo se viesen. Señalaron para la habla la ciudad de Logroño. Convidaron otrosí á Cárlos, rey de Nápoles, para que se hallase en la junta y terciase. Al cual en esta sazon el Aragonés, conforme á lo que su hermano asentó, restituyó sus hijos, que tenia en rehenes. No vino Cárlos; la causa no se sabe; pero el año próximo siguiente 1293, los reyes de Castilla y Aragon se juntaron en Logroño. En aquella junta nacieron entre ellos nuevas sospechas; este fué el fruto de la habla. El suegro trataba á su yerno muy ásperamente y encaminaba como artero las cosas á su provecho y comodidad. Dende aquel tiempo el rey de Aragon comenzó á tener poca aficion á doña Isabel, su esposa, y poner los ojos en otro nuevo casamiento. Era menester algun color; achacaba el deudo en que el Papa aun no habia

dispensado. Pasó el negocio á que por medio y á instancia de Calamandra se vino á ver con Cárlos, rey de Nápoles, en Junquera. En esta junta trataron de sus haciendas y de emparentar, todo con mucho secreto porque no se divulgase. El tiempo, que descubre las puridades, dió á entender que sus vistas se enderezaron sobre la restitucion de Sicilia y sobre casarse de nuevo el rey de Aragon con Blanca, hija del rey Cárlos. Esto fué en sazon que en Castilla el rey don Sancho por un su privilegio dado en Valladolid, que hoy está entre los papeles de la iglesia de Toledo, otorga haya escuelas en Alcalá de Henáres con las mismas prerogativas que la Universidad de Valladolid. Asimismo por muerte de doña Isabel, mujer de don Juan de Lara, el mozo, el señorío de Molina recayó en poder de los reyes como deudos mas cercanos. Don Juan de Lara, el mozo, ó por el sentimiento de la pérdida de aquel estado, ó por imitar la inconstancia y ejemplo de su padre, y juntamente con él el infante don Juan, hermano del Rey, habido su acuerdo de consuno, comenzaron á alborotarse. El Rey, como sagaz, con intento de atajar la guerra que amenazaba, si aquellos desgustos pasaban adelante, procuró de ablandallos y sosegallos con tanto cuidado, que en breve tiempo se amansó aquella tempestad. Don Juan de Lara y su padre, que por este tiempo volvió de Francia, se reconciliaron con su Rey y mostraron mudar propósito. El infante don Juan, hermano del Rey, en Portugal, do se retiró, junto con Juan Alonso de Alburquerque hacian correrías por la campaña de Leon. Envió el Rey á don Juan de Lara, el viejo, con gente para que los reprimiese; que con estos halagos y hacer dél confianza pretendia finalmente le fuese fiel, y que con la destreza de su ingenio y maña apaciguase aquellos movimientos. Sucedió al revés la traza, porque fué vencido en una refriega y vino en poder de los enemigos. Desde allí, puesto que fué en libertad, se vino para el Rey, que estaba en Toro muy regocijado, porque le nació á la sazon una hija en aquella ciudad, que se llamó doña Beatriz. Corria nueva que el rey de Granada trataba de hacer guerra y que el rey de Marruecos queria tornar á pasar en España; envió el Rey á don Juan de Lara con sus dos hijos, don Juan y don Nuño, á las fronteras del Andalucía. Todo este aparato se deshizo á causa que los reyes moros se estuvieron sosegados y don Juan de Lara, capitan de nuestra gente, murió en Córdoba en aquel mismo tiempo. Sosegada esta tormenta, levantó de nuevo otra el infante don Juan, hermano del Rey, al cual como quier que el rey de Portugal, por no dar muestra con tenelle en su tierra queria perturbar la paz, mandase salir de su reino, en una nave se pasó á Tánger. El rey de Marruecos, por pensar era á propósito su venida para por su medio hacer guerra á España, despues de recebille muy cortesmente y tratalle con grande honra y regalo, le envió con cinco mil jinetes á combatir á Tarifa. Pasó pues en España y combatió aquella plaza con grande porfía y con todos los ingenios que se puede pensar. Los de dentro, confiados en las buenas murallas y animados por su caudillo y cabeza Alonso Perez de Guzman, resistian con valor y ánimo. Aconteció que un solo hijo que este caballero tenia vino á poder del Infante y de los moros; sácanle á vista de los cercados, amenazan si no se rinden de degollalle. No se mudó el padre por aquel lastimoso espectáculo, antes decia que cien hijos que tuviera era justo aventurallos todos por no mancillar su honra con hecho tan feo como rendir la plaza que tenia encomendada. A las palabras añade obras. Echales desde el adarve una espada con que ejecutasen su saña, si tanto les importaba. Esto hecho, se fué á yantar. Desde á poco dió la vuelta por el grande alarido que levantaron los soldados por ver degollar delante sus ojos aquel niño inocente, que fué extraño caso y crueldad mas que de bárbaros. Hizo mas atroz el caso ejecutarse por mandado del infante don Juan. Acudió pues el padre á ver lo que era, y sabida la causa, dijo con mesurado semblante: «Cuidaba que los enemigos habian entrado la ciudad»; y con tanto se volvió á comer con su mujer sin dar muestra alguna de ánimo alterado. En tanto grado pudo aquel caballero enfrenar el afecto paterno y las lágrimas; digno de ser comparado con los varones entre los antiguos mas señalados. Considerado esto, los bárbaros, que por ningunas artes ni fuerza podria ser vencido el que por amor de su único hijo no quiso torcer un punto ni apartarse del deber, desconfiados de la victoria se volvieron á Africa; demás que de su voluntad restituyeron al rey de Granada la ciudad de Algeciera con gran contento de los nuestros, que se recelaban de aquella entrada y paso que los de Africa tenian, podria resultar algun grave daño de España. Por este tiempo, puesto en libertad, aportó á España el infante don Enrique, tio del rey don Sancho, que muchos años estuvo preso en Nápoles. Holgó el Rey mucho con él, y juntos se fueron desde Búrgos á Vizcaya contra Diego Lopez de Haro, que con ayuda de Aragon pretendia recobrar aquella provincia. Apaciguados aquellos movimientos y echado don Diego de aquella tierra, se tornaron á Valladolid, y desde allí á Alcalá de Henáres. Allí llegó la nueva al Rey de lo sucedido en Tarifa, por lo cual el mes de enero del año de 1295 escribió á Alonso Perez de Guzman una carta en que alaba mucho su constancia y su lealtad, pues por ella pospuso la salud y vida de su hijo; compárale al santo Abraham, y el sobrenombre de Bueno que por sus virtudes y favor de la gente ganara, manda se le ponga entre sus títulos y se lo llamen; promete de gratificar tantos servicios y tantos trabajos; convídale á que le venga á ver, que su vista le dará gran contento; que él, por estar impedido de enfermedad, no lo podia hacer, puesto que mucho lo deseaba. Esta carta original conservan los duques de Medina Sidonia para memoria y en testimonio de la fe y lealtad de sus antepasados; tesoro de mas estima que el oro y las perlas de Levante. Tres meses despues desto, á 25 dias del mes de abril, el Rey, recebidos los sacramentos, falleció en la ciudad de Toledo. Sobrevínole en Alcalá la dolencia de que finó; por ver si mejoraria se hizo llevar en hombros á Toledo con gente que de trecho en trecho se mudaba; poco prestó la mudanza del cielo y del aire. Reinó once años y cuatro dias. Fué igual á los príncipes mas señalados en fortaleza, justicia y prudencia; grandemente astuto y sagaz; en muchas cosas y en muchas partes dejó rastros y muestras de crueldad, falta que le hizo odioso á los presentes, y su memoria poco agradable á los de adelante. Declaró por su sucesor á su hijo don Fernando, el cuarto deste nombre, y señaló á la Reina por su tutora y para el gobierno del reino, sin embargo que no

era su legítima mujer por el impedimento del parentesco, en que nunca se dispensó. Despues de la Reina mandó que tuviese el segundo lugar en todo don Juan de Lara, cláusula que puso contra su voluntad por acordarse de las revueltas pasadas; pero era forzoso ganalle con hacer dél confianza y aplacalle con buenas obras como quien echaba bien de ver cuántos males amenazaban al reino por su muerte. Su cuerpo fué sepultado en aquella ciudad en la capilla real, que en aquel tiempo estaba detrás del altar mayor. Enterróle y dijo la misa el arzobispo don Gonzalo; las honras fueron muy solemnes, grandes alabanzas se dijeron del defunto. Sin duda tuvo valor para sobrepujar la fuerza de una recia tempestad y hacer rostro á la fortuna; y que si bien su derecho para la corona no era muy cierto y que los pareceres no se conformaban con las armas, en que al fin suele consistir el derecho de reinar, aseguró el reino para sí y para sus descendientes. En tiempo del rey don Sancho florecieron dos juristas muy famosos, Guillen Galvan, en Aragon, y en Castilla García Hispano, que compuso comentarios sobre las epístolas decretales.

CAPITULO XVII.

Cómo alzaron á don Fadrique por rey de Sicilia.

Tenia á la sazon la silla de san Pedro Bonifacio VIII, sucesor de Celestino V, aquel que traido del yermo por voto de todos los cardenales y puesto en el gobierno de la Iglesia, como el peso fuese mayor que sus fuerzas, á cabo de seis meses despues que entró en el pontificado voluntariamente le renunció, ejemplo de que los venideros se maravillasen, todos le alabasen, y ninguno le imitase. Tanto mas digno de reprehension fué su sucesor, que tornándose al yermo para gozar de la acostumbrada soledad, le estorbó su camino y le hizo poner en prision. Recelábase no se levantase algun alboroto á causa que muchos no tenian por válida ni legal aquella renunciacion; murió en la prision año y medio adelante. Canonizóle el papa Clemente V y púsole en el número de los santos. Lo mismo este presente año hizo tambien Bonifacio de san Luis, rey de Francia. Hay un elogio de Petrarca en el libro segundo de la *Vida Solitaria* en alabanza del papa Celestino por estas palabras: «¿Quién, dice, hobo jamás de tan admirable corazon, que menospreciase el papado? La mas alta dignidad que hay en la tierra, cosa tan deseada y tan admirable, que quieren decir que este nombre de papa se deriva de *pape*, palabra de admiracion en latin. ¿Quién jamás, en especial desque comenzó á ser tenido en tanta estima, hizo tan poco caso dél como Celestino? Aquel Celestino digo que con tanta codicia apetecia el antiguo nombre y lugar de ermitaño y la mansa pobreza, amiga de las buenas costumbres. A muchos oí que contaban habelle visto huir con tanto gozo y con tales muestras de alegría espiritual, que daba con los ojos y con todo el rostro, cuando salido del consistorio finalmente vuelto en sí se vió libre, como si verdaderamente no hobiera librado sus hombros de un liviano peso, sino su cuello de un cruel alfanje.» Hasta aquí Petrarca. Por la buena maña de Bonifacio, que era muy ejercitado en negocios, de muchas letras y doctrina, lo que tantas veces se habia intentado en vano, se concertó la paz entre los aragoneses y franceses. En Anagni para concluirlo se juntaron con el Papa Cárlos, rey de Nápoles, y los embajadores de Francia y Aragon, personajes de gran cuenta. Las capitulaciones fueron estas: Blanca, hija del rey de Nápoles, case con el rey de Aragon; lleve en dote setenta mil libras de plata; Sicilia y todo lo demás de que los aragoneses están apoderados en Calabria vuelva y se restituya á la Iglesia romana; si los sicilianos no vinieren en este asiento, el rey de Aragon acuda con tanto número de gente para sujetallos cuanto los jueces árbitros señalaren; Cárlos de Valoes renuncie el derecho que pretende á la corona de Aragon; el Pontífice quite el entredicho y censuras á todos los que por razon destas diferencias están en ellas enlazados; los rehenes se pongan en libertad. Tratóse del rey de Mallorca, y á grande instancia del Pontífice y del rey de Francia se alcanzó que fuese restituido en su reino. Esto fué lo que se dijo en público; de secreto el Pontífice dió intencion al rey de Aragon de entregalle las islas de Cerdeña y Córcega, que por estar y caer mas cerca de España eran muy á propósito para las cosas de Aragon. Hay hoy dia bula de Bonifacio sobre este concierto, su data á 27 de junio. Esta nueva, luego que se publicó por la fama, hinchó de alegría todas las demás partes de la cristiandad; solo á los sicilianos fué muy pesada, ca tenian por lo último de los males tornar al señorío de franceses. El mismo infante don Fadrique, á quien el Rey, su hermano, cuando se partió dejó el gobierno de Sicilia, y con él Rugier Lauria, Juan Prochita y Manfredo Lanza, todos caballeros principales, por mandallo así el Pontífice y por el cuidado en que aquellas capitulaciones los tenian puestos, fueron á hacelle reverencia en una armada que aportó á las marinas de Roma. Prometia el Pontífice á don Fadrique de casalle con Catalina, hija de Filipo y nieta de Balduino, emperador que fué de Constantinopla, con tal que no contradijese á lo que tenian asentado; y en dote le ofrecian el imperio de Grecia, que pensaban recobrar todos juntos con sus armas y poder. No era este partido de desechar, si las obras se conformaran con las palabras. El rey de Aragon, desque una y segunda vez fué requerido por los sicilianos no los desamparase en aquel aprieto, como no les acudiese por el deseo que tenia de la paz y por parecelle no era lícito hacello, finalmente en la ciudad de Palermo sobre esta razon juntaron Cortes generales, en que alzaron los estandartes de aquel reino por el infante don Fadrique. Sin embargo, don Jaime, su hermano, casó con la nueva esposa; las bodas se celebraron en Villabeltran por el mes de octubre. Doña Isabel, con quien antes se desposara, fué enviada á Castilla. Publicóse un edicto en que mandó á los soldados aragoneses y á los caballeros que en Sicilia se hallaban la desamparasen y volviesen á sus casas. Desta manera vinieron á tener alegre y agradable remate aquellos principios de cosas tan grandes y aquellas alteraciones, que tanto tiempo duraron. Volvió la paz á Aragon, y no se perdió de todo punto el reino de Sicilia, contra la cual claramente se armaba una nueva tempestad de guerra. Los navarros sosegaban debajo el señorío de Francia; tenian por su virey á Hugon Confluencio, francés de nacion y mariscal de Campaña en Francia. Los gobiernos y tenencias de las ciudades

y castillos de aquel reino se daban indiferentemente á personas de ambas naciones, navarros y franceses, lo que era algun alivio para que la gente de la tierra disimulase el disgusto que tenian concebido en sus pechos, pues aunque eran señoreados y gobernados por extraños, no usurpaban para sí todas las honras y cargos.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

De nuevos alborotos que sucedieron en Castilla.

En Castilla no podian las cosas tener sosiego: los nobles divididos en parcialidades, cada cual se tomaba tanta mano en el gobierno y pretendia tener tanta autoridad cuantas eran sus fuerzas. El pueblo, como sin gobernalle, temeroso, descuidado, deseoso de cosas nuevas, conforme al vicio de nuestra naturaleza, que siempre piensa será mejor lo que está por venir que lo presente. Cualquier hombre inquieto tenia grande ocasion para revolvello todo, como acontece en las discordias civiles. Por las ciudades, villas y lugares, en poblados y despoblados cometian á cada paso mil maldades, robos, latrocinios y muertes, quién con deseo de vengarse de sus enemigos, quién por codicia, que se suele ordinariamente acompañar con crueldad. Quebrantaban las casas, saqueaban los bienes, robaban los ganados, todo andaba lleno de tristeza y llanto, miserable avenida de males y daños. La Reina era menospreciada por ser mujer; el Rey por su tierna edad no tenia autoridad ni fuerzas, puesto que luego el siguiente dia despues que su padre falleció en Toledo le alzaron por rey con todo aquel homenaje y ceremonias que se suelen hacer á los príncipes. La Reina mandó luego franquear la gente de cierta imposicion puesta sobre los mantenimientos, que los españoles llaman sisa, la cual imposicion fué harta parte para la mala satisfacion y desgusto que todos tenian contra su marido el rey don Sancho. Con este regalo se amansó el pueblo, y fué causa que se mostrase constante en la fe y lealtad que juraron, si bien los príncipes comarcanos por su gran codicia y ambicion casi todos estaban con las armas á punto para correr á la presa, sin que hobiese quien se lo estorbase. Ocasiones y títulos para mover la guerra no les podian faltar en tiempos tan revueltos y desasosegados. Juan Nuñez de Lara, que quedó mas obligado á guardar lealtad, conforme á su natural inconstancia, claramente inclinaba á favorecer á los enemigos. Acordábase que en tiempo del rey don Sancho corrió riesgo de la vida; esto y la esperanza de acrecentar á rio vuelto su estado y cobrar las villas que los dias pasados le quitaron le convidaban á ser parte en las revueltas. El infante don Enrique, por su larga prision mas mal acondicionado y desabrido de lo que de suyo era, inconstante y usado á malas mañas, como tal pretendia apoderarse del gobierno. Teníase por agraviado del Rey porque en su testamento no hizo dél mencion ni le encomendó alguna parte de las cosas. Con esta pretension en Berlanga lo primero tuvo particulares juntas, poco despues divulgada la fama, muchos lugares de aquella comarca se le allegaron; en particular la real ciudad de Búrgos mas que todos favorecia estas sus pretensiones. Por este mismo respeto se juntaron de todo el reino Cortes en Valladolid, en que los nobles se mostraron tan de parte de don Enrique, que aunque el Rey y la Reina acudieron para hallarse presentes, no les dieron entrada en la villa hasta ya tarde y haciéndoles dejar su acompañamiento y cortesanos para tener mas libertad de determinar lo que les pluguiese. Acordóse en aquellas Cortes que don Enrique tuviese el gobierno del reino; el cuidado de criar al Rey se quedó á la Reina, y sin embargo, todos los presentes de nuevo hicieron pleito homenaje al niño Rey. Dejó el rey don Sancho en su testamento á su hijo el infante don Enrique el señorío de Vizcaya como adquirido por las armas. Diego Lopez de Haro por la parte de Navarra entró con grande furia en aquella provincia, y se apoderó de todos los pueblos della, parte por fuerza, parte por voluntad, fuera de Balmaseda y Orduña. Favorecian estas pretensiones de don Diego de Haro los hermanos Laras, porque sin acordarse de los antiguos bandos y diferencias que solian tener entre sí estos dos linajes, se hicieron á una en odio de don Enrique, ca les pesaba en el alma le encargasen el gobierno del reino, alterado en esta parte el testamento del rey don Sancho y contra su voluntad. El infante don Juan, tio del Rey, desde Africa, donde hasta esta sazon se detuvo, dió la vuelta á Granada para pretender el reino de Castilla. Pareciale seguia en esto el ejemplo del rey don Sancho, su hermano, y aun se le aventajaba en el derecho á causa que el nuevo rey don Fernando no era nacido de legítimo matrimonio. Fué cosa maravillosa los muchos que por esta causa se alborotaron, con que tuvo comodidad de apoderarse de Alcántara y algunos otros lugares á la raya de Portugal. El rey Dionisio de Portugal le favorecia, y estaba declarado por su parte, tanto, que al tiempo que se hacian las Cortes en Valladolid envió por sus reyes de armas á denunciar la guerra á Castilla. Gran miedo se mostraba por todas partes, grandes revueltas y tempestades de guerras. Todos empero estos trabajos se pudieran disimular, si como nunca las desgracias paran en poco, no se levantara otro mayor torbellino por la parte de Aragon. En Bordalua, que es en el distrito de Hariza, se juntaron el rey de Aragon y don Alonso de la Cerda, que se intitulaba rey de Castilla y de Leon. Hicieron allí sus conciertos á 21 de enero, año del Señor de 1296. Las capitulaciones fueron estas: que juntasen sus fuerzas para que don Alonso recobrase el reino de su abuelo; el reino de Murcia se diese al rey de Aragon; al infante don Juan el reino de Leon, Galicia y Sevilla; la ciudad

de Cuenca, Alarcon, Moya y Cañete fuesen para el infante don Pedro de Aragon en premio del trabajo que en aquella empresa tomaba, como general que señaloron para aquella guerra. Entraban en aquel concierto la reina doña Violante, abuela de don Alonso, los reyes de Francia, Portugal y Granada, y poco despues se les allegó don Juan de Lara por el deseo que tenia de recobrar á Albarracin. Al contrario don Diego de Haro por la buena industria de la Reina se reconcilió con el Rey; hiciéronle merced del estado de don Juan de Lara, que se pasara á los aragoneses, para que le tuviese juntamente con el señorío de Vizcaya. Destos principios y por esta forma granjearon otros muchos grandes, particularmente á don Juan Alonso de Haro con hacelle merced de los Cameros, estado que pretendia él serle debido. Por todas partes se procuraban ayudas contra las tempestades de guerras que amenazaban. El campo de los aragoneses debajo de la conducta de don Alonso de la Cerda y del infante don Pedro entró en Castilla por el mes de abril; en Baltanas se le juntaron el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara. No pararon hasta llegar á Leon, ciudad que fué antiguamente rica y grande, á la sazon de pequeño número de moradores, pobre de armas y de gente, que fué la causa de rendirse á los enemigos con facilidad, principalmente que tenian inteligencias secretas con algunos ciudadanos. En aquella ciudad fué alzado el infante don Juan por rey de Leon, Galicia y Sevilla. Poco despues en Sahagun dieron á don Alonso de la Cerda título de rey de Castilla, y alzaron por él los pendones con la misma facilidad y priesa, en cumplimiento todo de lo que tenian concertado. De allí pasaron á ponerse sobre Mayorga, que está á cinco leguas de Sahagun. Defendióse la villa valerosamente por tener buenas murallas y estar guarnecida de gente y armas; el cerco duró hasta el mes de agosto. Mandaron á la sazon juntar en Valladolid todos los grandes del reino y los procuradores de las ciudades. Acudió el primero don Enrique; y luego que se apeó, vestido como estaba de camino, se fué á ver con la Reina, que en el castillo oia misa. Hecha la acostumbrada mesura, con muestra fingida de gran sentimiento le declaró el peligro que todo corria. «Tres reyes se han conjurado en nuestro daño; á estos sigue gran parte de los grandes del reino; contra tanta potencia y tempestad ¿qué reparo es una mujer, un viejo y un niño? Paréceme, Señora, que las fuerzas se ayuden con maña. Injustamente, respondió ella, y con malos medios procuran despojar á mi hijo del reino de su padre; espero en Dios tendrá cuidado de defender su inocente edad. Este es el refugio mas cierto y la esperanza que tengo. Está bien; no se remedian los males, dijo don Enrique, ni los santos se granjean con votos y lágrimas femeniles. Los peligros se han de remediar con velar, cuidar y rodear el pensamiento por todas partes; así se ha conservado la república en los grandes peligros. En el sueño y descuido está cierta la ruina y perdicion; mi parecer es que os caseis, Señora, con don Pedro, infante de Aragon, él soltero y vos viuda. Deseo os agradase este mi consejo cuanto seria saludable. Poned, Señora, los ojos y las mientes en matronas asaz principales, que por este camino sin tacha y sin amancillar su buen nombre mantuvieron á sí y á sus hijos en sus estados, de suerte que ni á ellas ser mujeres empeció, ni á los infantes su tierna edad.» Turbóse la Reina con estas razones. Respondióle con libertad y con el rostro torcido y aun demudado: «Afuera, Señor, tal mengua; no me menteis cosa de tanta deshonra é infamia; nunca me podré persuadir de conservar el reino á mi hijo con agraviar á su padre, ni tengo para qué imitar ejemplos de señoras forasteras, pues hay tantos de mujeres ilustres de nuestra nacion que conservaron la integridad de su fama, y con vida casta y limpia en su viudez mantuvieron en pié los estados de sus hijos en el tiempo de su tierna edad. No faltarán socorros y fuerzas, no fallecerá la divina clemencia, y una inocente vida prestará mas que todas las artes. Cuando todo corra turbio y el peligro sea cierto, yo tengo de perseverar en este buen propósito; no quiero amancillar la majestad de mi hijo con flaqueza semejante.» Desta manera se desbarató el intento de don Enrique. Hacian levas de gente para acudir al peligro. Juntáronse hasta cuatro mil caballos; mas no pudieron persuadir á don Enrique que fuese con ellos á desbaratar el cerco que sobre Mayorga tenian puesto. Daba por excusa que era forzoso acudir á la guerra del Andalucía. Solamente fueron á Zamora por sosegalla y aseguralla en la fe y lealtad de su Rey, que andaba en balanzas. Las cosas casi desiertas y desamparadas, los santos patrones y abogados de Castilla las sustentaron. Con la tardanza del cerco se resfrió la furia con que los enemigos al principio vinieron. Asimismo el excesivo calor del verano, la destemplanza del cielo y la falta que de todas las cosas se padecia en el ejército causó grandes enfermedades. Esto y la muerte que sucedió del infante don Pedro, su general, los forzaron de tornarse á su tierra sin hacer cosa alguna memorable. Muchos dellos faltaron en esta jornada; el campo, en que se contaban mil hombres de armas y cincuenta mil soldados, volvieron asaz menoscabados en número, menguados de fuerzas y contento. El rey de Aragon en el mismo tiempo por las fronteras de Murcia, por donde entró, tuvo mejor suceso, que tomó á Murcia y todos los lugares y villas á la redonda, y lo metió en su reino, excepto la ciudad de Lorca y las villas de Alcalá y Mula, que se mantuvieron por el rey don Fernando. En tantas turbaciones y peligros de Castilla don Enrique, en cuyo poder estaba el gobierno de todo el reino, no hacia grande esfuerzo para favorecer á alguna de las partes, antes se mostraba neutral, y parecia que llevaba mira de allegarse á aquella parte que mejor suceso y fortuna tuviese. Por donde ni los enemigos tuvieron que agradecelle, y incurrió en gravísimo odio de todos los naturales y en gran sospecha que la guerra que se hacia era por su voluntad, y que todo el mal y daño recebido no fué por falta de nuestros soldados ni por valor de los enemigos, sino por engaño suyo y maña. La Reina contra estas mañas de don Enrique usaba de semejante disimulacion, no se daba por entendida; otros caballeros principales á las claras se lo daban en rostro. En este número Alonso Perez de Guzman, á dicho y por confesion de todos, tuvo el primer lugar, porque defendió las fronteras de Andalucía contra las insolencias y correrías de los moros; y lo que era mas dificultoso, contrastó con grande ánimo y mas que todos á las pretensiones del infante don Enrique, ca por no dar tanto que decir á las gentes y por no parecer que

se estaba ocioso, con gente de guerra que juntó marchó la vuelta del Andalucía para refrenar los insultos de los moros. Tuvo con ellos una refriega junto á Arjona, en que fué vencido, y su persona corrió mucho riesgo á causa que le cortaron las riendas del caballo, y por no tener con que regille, estuvo en términos de ser preso, si Alonso Perez de Guzman no le proveyera en aquel aprieto de otro caballo, con que se pudo salvar. Despues deste encuentro se trató de renovar las paces con los moros. Pedia el rey de Granada á Tarifa, y ofrecia en trueco otros veinte y dos castillos, demás que daria de presente veinte mil escudos, y contaria adelantado todo el tributo de cuatro años que acostumbraba á pagar. Este partido parecia bien á don Enrique por el aprieto en que las cosas se hallaban y falta que tenian de dinero. Alonso Perez de Guzman era de contrario parecer, y mostraba con razones bastantes sería cosa muy perjudicial, así fiarse de aquel bárbaro cómo entregalle á Tarifa. Esta diferencia estaba encendida, y amenazaba nueva guerra. Llegaron á término que los moros con su gente y con la nuestra, cosa asaz vergonzosa, se pusieron sobre aquella ciudad. Hallábase Alonso de Guzman sin fuerzas bastantes; los suyos le desamparaban, y le eran contrarios los que debieran ayudar; acordó de buscar ayuda en los extraños. El rey de Portugal era enemigo declarado, y movia las armas contra Castilla. Parecióle dar un tiento al rey de Aragon si por ventura se moviese á favorecelle, vista la afrenta de los cristianos y el peligro que todos corrian. Escribióle una carta deste tenor: «Mucha pena me »da ser cargoso antes de hacer algun servicio. El deseo »de la salud y bien de la patria comun, el respeto de la »religion me fuerzan acudir á vuestro amparo y pro»teccion, lo cual hago no por mi particular, que de »buena gana acabaria con la vida, si en esto hobiese »de parar el daño, y esperaria la muerte como fin des»tas miserias y desgracias. Lo que toca á la república, »siento en grande manera que no sea tan trabajada y »maltratada por los moros cuanto por la deslealtad de »algunos de los nuestros. ¡Oh gran maldad! Porque ¿qué »cosa puede ser mas grave que encaminar aquellos mis»mos el daño que tenian obligacion de desvialle? Qué »cosa mas peligrosa que en muestra de procurar el bien »comun armar la celada? Quieren y mandan que Tari»fa, ciudad que nos está encomendada, sea entregada »á los moros. Y dado que usan de otros colores, la ver»dad es que, quitada esta defensa y baluarte fortísi»mo contra las fuerzas de Africa, pretenden que Es»paña quede desnuda y flaca en medio de tantos tor»bellinos, y por este medio reinar ellos solos, y »adelantar sus estados con la destruicion de la patria »comun. Valerosos caballeros por cierto y esforzados, »esclarecidos defensores de España, yo tengo deter»minado con la misma fe y constancia por que menos»preció los dias pasados la vida de mi único hijo de »mantenerme en la lealtad sin mancilla con mi propria »sangre y vida, que es lo que solo me resta. Si me en»viáredes, Señor, algun dinero y algun socorro por el »mar, desde aquí vos juro de tener esta plaza por vues»tra hasta tanto que llegado el Rey, mi señor, á mayor »edad seais enteramente pagado de todos los gastos. »Los enojos pasados, si algunos hay de por medio, la »caridad y amor que debeis á la patria los amanse. Te»ned por cierto que será cosa muy honrosa para vos »defender la tierna edad de un Rey huérfano de las in»jurias y daños de los extraños, y mucho mas de los »engaños y embustes de sus mismos vasallos.» La respuesta que á esta carta dió el rey de Aragon fué loar mucho su lealtad y constancia, pero que por haber puesto poco antes confederacion con los moros no podia faltar á su palabra; que si ellos la quebrantasen, él no faltaria de acudir á la esperanza que dél tenia y á favorecer la causa comun. Movíase á la misma sazon otra guerra de parte de Portugal; aquel rey con toda su gente entró hasta Salamanca. Acudiéronle luego el infante don Juan, tio del rey don Fernando, y don Juan Nuñez de Lara despues que el campo de los aragoneses dió la vuelta á su tierra. Entraron en consulta sobre lo que se debia hacer en esta jornada; parecióles poner sitio sobre Valladolid, en que tenian al rey don Fernando. Con este acuerdo llegaron á Simancas, que está dos leguas de aquella villa. Allí muchos caballeros se partieron del campo de los portugueses por tener por cosa muy fea que un rey fuese perseguido y cercado de sus mismos vasallos. El rey Portugués, con recelo que los demás no hiciesen otro tanto, y que despues tomados los caminos no le fuese la vuelta dificultosa, mayormente que entraba ya el invierno, se partió á mucha priesa, primero á Medina del Campo, y desde allí á Portugal, despedido y desbaratado su ejército. La gente que la Reina tenia aprestada para acudir á esta guerra fué por su mandado á cercar la villa de Paredes. No se hizo efecto alguno á causa que don Enrique con la gente que tenia levantada en el reino de Toledo y en Castilla desbarató aquella empresa. Decia no era razon estorbar las Cortes que tenian llamadas para Valladolid con aquella guerra por caer aquella villa muy cerca. Este era el color que tomó, como quier que de secreto estaba desabrido con el rey don Fernando y inclinado á la parte de los contrarios. La Reina con paciencia y disimulacion pasaba por aquellos embustes, y con muestra de amor pretendia ganalle, y en aquel mismo tiempo le hizo merced de Santistéban de Gormaz y Calecantor. Con la misma maña atrajo á don Juan de Lara á su voluntad, puesto que no se podian asegurar dél, ca si le dieran á Albarracin, fácilmente se pasara á los aragoneses. Tuviéronse pues las Cortes en Valladolid á la entrada del año 1297. En ellas por la gran falta que tenian de dinero prometieron los pueblos de acudir con gran cantidad para los gastos de la guerra, y así lo cumplieron poco despues. En el mismo tiempo por el valor y diligencia de Juan Alonso de Haro fueron los navarros puestos en huida, los cuales de rebate se apoderaran de parte de la ciudad de Najara; su intento era recobrar el distrito antiguo de aquel reino, y en particular toda la Rioja. Don Jaime, rey de Aragon, en Roma, donde era ido llamado del Papa, fué declarado por rey de Cerdeña y Córcega. Acudieron desde Sicilia doña Costanza, su madre, y doña Violante, su hermana, Rugier Lauria, general del mar, y Juan Prochita. Estaba concertada por medio de embajadores doña Violante con Roberto, duque de Calabria, heredero que habia de ser del reino de Nápoles. Celebróse este casamiento, y el mismo pontífice Bonifacio veló á los nuevos casados; las fiestas y regocijos fueron muy grandes. El rey don Fadrique se apercebia para defen-

der el reino que le dieron con tanta voluntad. Declaróse la guerra contra él como contra quien alteraba la paz comun de toda la cristiandad; nombraron por general desta guerra á su mismo hermano el rey de Aragon; resolucion la mas extraña que se pudo pensar, armar un hermano contra otro y quebrantar el derecho natural, pero tanto pudo la fe y el escrúpulo y el mandato del resoluto Pontífice. Ordenadas pues las cosas desta manera, el rey don Jaime se partió para Aragon con intento de aprestarse para la guerra. Rugier Lauria fué enviado á Nápoles para servir á aquellos príncipes en aquella demanda. La reina doña Costanza y Juan Prochita se quedaron en Roma movidos por la devocion y santidad de aquella ciudad, cansados de tantos trabajos y por compasion del miserable estado en que vian puesta á Sicilia. No falta quien diga que murieron en Roma; la mas verdadera opinion, con que concuerdan autores muy graves, es que la reina doña Costanza cinco años adelante falleció en Barcelona, y que fué allí sepultada en el monasterio de San Francisco, en que hoy se ve un túmulo suyo con su letrero y nombre desta señora grabado en la piedra.

CAPITULO II.

Que el rey don Fernando de Castilla se desposó.

Vuelto que fué el rey de Aragon á su tierra, le tornaron los navarros los pueblos Lerda, Ulia, Filera y Salvatierra, como se decretó en los conciertos que en Anagni se hicieron, y hasta este tiempo no se habia efectuado. El año próximo siguiente, que fué de 1298, era virey de Navarra por los franceses Alonso Roneo, de nacion francés. Don Fernando, hermano bastardo del rey de Aragon, por voluntad del mismo Rey y por su mandado fué despojado de la ciudad de Albarracin, y la entregaron á Juan Nuñez de Lara, que parecia tener mejor derecho y se sabia claramente que se hizo agravio á su padre en quitársela, á lo menos se decia así. Este era el color que se tomó; lo que pretendia á la verdad el rey de Aragon con esto era tornar en su amistad un caballero tan poderoso y tenelle de su bando. Don Juan de Lara hizo su juramento y pleito homenaje en la ciudad de Valencia á los 7 dias del mes de abril de guardar á aquel Rey fe y lealtad mayor, es á saber, que solia. Estas prevenciones hacia el rey de Aragon porque pensaba de acometer en un mismo tiempo con sus armas los reinos de Castilla y de Sicilia; pretensiones mas arduas de lo que su estado ni riquezas podian llevar. El rey de Sicilia, por habelle todos desamparado, estaba mas cercano al naufragio. El rey de Castilla se reconcilió con don Dionisio, rey de Portugal, por medio de dos casamientos que se concertaron. El uno fué de doña Costanza, hija de don Dionisio, bien que no era de edad para casarse, con el rey don Fernando, como antes lo tenian tratado. En Alcañiz, que es un lugar cerca de Zamora á la raya de Portugal, en que los reyes se juntaron á vistas para tratar de las paces, se celebró con solemnidad el desposorio. Las muestras de alegría pública, por la esperanza cierta que todos tenian de perpetua concordia, fueron tanto mayores, que doña Beatriz, hermana del rey don Fernando, se desposó tambien á trueco, que fué el otro matrimonio, con el infante don Alonso, hijo de don Dionisio y heredero de su reino, aunque no tenia él mas de ocho años. Para mayor seguridad la Reina, madre de la doncella, la entregó á su suegro, y así la llevaron á Portugal. Era tan grande el deseo de efectuar y establecer esta paz y concordia, que aunque no se dió en dote cosa alguna á doña Costanza, al de Portugal le dieron con su esposa á Olivenza y Congüela y otro pueblo, que se llama el Campo de Moya, con alguna nota de la grandeza de Castilla y grandísima señal de miedo; pero tal era el estado de las cosas y la revuelta de los tiempos, que no se avergonzaron de rescatar la paz con su deshonra y menoscabo. Lo que el rey de Portugal hizo cuando se tornó á su tierra solamente fué dar trecientos hombres de á caballo escogidos, y por capitan dellos á Juan Alonso de Alburquerque para que estuviesen en servicio del rey de Castilla contra don Juan, tio del rey don Fernando, que se intitulaba rey de Leon, como arriba dijimos. Esta ayuda de Portugal y toda esta costa fué de mas ruido que provecho, y así, los caballeros se tornaron á Portugal sin dejar hecha cosa alguna. Por otra parte, don Alonso de la Cerda habia tomado á Almazan y otros lugares que están allí á la redonda á la raya de Aragon y puesto allí soldados de guarnicion. Sigüenza fué acometida por los soldados de don Juan de Lara, que cae cerca de la misma raya; pero por el gran valor de los ciudadanos se defendió y estuvo constante en su fe. Los conjurados tenian gran falta de dineros, que lo demás parecia que les era fácil y favorable; y porque no faltase para las provisiones y pagas, batieron moneda con las insignias y nombre de rey, baja de ley de manera tal, que si la ensayaban y hundian, se perdia gran parte del valor. Don Dionisio, rey de Portugal, á ruego de su yerno, vino con buen escuadron de gente de guerra en su favor y ayuda por la parte de Ciudad-Rodrigo, pero con mayor sosiego y gana de paz que las cosas tan revueltas requerian. Así, sin hacer efecto alguno casi como enojado se tornó á Portugal. La causa de su enojo fué querer que al infante don Juan, que usurpaba título de rey, le dejasen para él y sus herederos y sucesores la provincia de Galicia, de que por fuerza de armas estaba apoderado, y que la ciudad de Leon la gozase por sus dias. La Reina y los grandes de Castilla no eran deste parecer, porque debajo de aquella muestra de paz se encerraban deshonor, daño y menoscabo del reino, cuya autoridad se disminuia, y cuyas fuerzas se enflaquecian con quitalle una provincia tan principal. Con la vuelta del rey de Portugal algunos grandes de Castilla, que hasta entonces por miedo estuvieron sosegados, comenzaron muy fuera de tiempo á alborotarse. Parece que de la revuelta del reino querian tomar ocasion unos para vengar sus injurias, otros para acrecentar sus estados. El sufrimiento de la Reina fué maravilloso y su disimulacion, porque de su voluntad acudia á sus codicias, y les daba las villas y castillos que ellos pretendian, á trueco de conservar la paz; que es gran prudencia en tiempos revueltos acomodarse á la necesidad, y no hay ninguno tan amigo de las armas que no quiera mas alcanzar lo que desea con sosiego que poner su persona al peligro. Sobre el reino de Sicilia andaba la guerra muy brava. El crédito de Rugier Lauria era grande, mucho lo que ayudaba á la parte de Francia, que parece llevaba consigo la victoria y buenandanza á la

parte que se acostaba y allegaba. Por su buena diligencia se ganaron muchas plazas que estaban por los sicilianos en lo postrero de Italia, que fué la causa de que en Sicilia le acusaron de aleve; y como fuese por sentencia condenado, le despojaron de un gran estado que en aquella isla tenia, merced de los reyes pasados en premio de sus grandes méritos y servicios. Desde á poco, como se hobiese apoderado en la Calabria de la ciudad de Cantanzaro y pretendiese ganar el castillo, que todavía se tenia por los contrarios, fué vencido en una batalla por menor número de soldados que los que él tenia. El hacer poco caso de sus enemigos fué ocasion deste daño, que el popar al enemigo siempre es peligroso, demás que se dice peleó con el sol de cara, otro daño no menor. Muchos fueron los muertos; los mas se salvaron por la escuridad de la noche. El mismo capitan Rugier con algunas heridas que le dieron en la batalla se estuvo escondido en unos lugares allí cerca hasta tanto que se pudo escapar, y pasó en Aragon con gran deseo de vengarse. Fué tanto mayor la pesadumbre que recibió desta desgracia, que nunca tal le aconteció, como el que siempre salió victorioso en las demás batallas. Desde Aragon el Rey y Rugier, caudillos de aquella empresa, señalados por los príncipes confederados de comun consentimiento, se hicieron á la vela con una gruesa armada que ya tenian aprestada, en que se contaban no menos de ochenta galeras. Llegaron con buen tiempo á Roma; el sumo Pontífice les bendijo el estandarte real, y á ellos echó su bendicion. En Nápoles se les juntó Roberto, duque de Calabria, con otra armada que tenia á punto. Corrieron las marinas de Sicilia, donde todo al principio lo hallaron mas fácil de lo que pensaban. Apoderáronse de la ciudad de Pati, que se entiende Ptolemeo llamó Agatirion, y de otros castillos por aquella comarca. Desde allí, doblado el promontorio Peloro, que es el cabo de Melazo cerca de Mecina, y pasado el Estrecho, no pararon hasta ponerse sobre la ciudad de Siracusa. El cerco fué muy apretado por mar y por tierra, y sin embargo, duró muchos dias; esto, y por estar los lugares tan distantes, convidó á los ciudadanos de Pati para que, echada la guarnicion que tenian, volviesen al poder del rey don Fadrique. Trataban de combatir el castillo, que todavía se tenia por Aragon. Acudió por mandado del rey de Aragon Juan Lauria con veinte galeras para socorrer los cercados; proveyó el castillo de vituallas y lo demás necesario para la defensa; á la vuelta empero fué preso él y diez y seis galeras de las que llevaba por los de Mecina, que, puesta su armada en órden, le salieron al encuentro y le vencieron. Es aquel Estrecho muy peligroso á causa de las grandes corrientes y remolinos que tiene; altéranse las olas sin órden, y á manera de vientos combaten entre sí y corren á fuer de un arrebatado raudal, ora hácia una parte, ora hácia la contraria, de que resultan remolinos y peligros muy grandes para los que navegan. La experiencia que desto tenian ayudó mucho á los sicilianos, y fué causa que los aragoneses se perdiesen por saber poco de aquel paso. La ciudad de Siracusa en el entre tanto se defendia valerosamente; ayudaba mucho la presencia del rey don Fadrique, que se puso en los lugares cercanos, y estaba alerta para aprovecharse de la ocasion. Por estas dificultades los aragoneses fueron forzados á alzar el cerco, en especial que el ejército le tenian muy menoscabado, muertos mas de diez y ocho mil hombres, que perecieron á causa de los grandes calores, á que no estaban acostumbrados; y de la falta de las cosas necesarias procedieron graves enfermedades. Pusieron acusacion á Juan Lauria en Mecina; mandáronle que desde la cárcel hiciese su descargo; finalmente se vino á sentencia, y le cortaron la cabeza como á traidor. Fué increible el dolor que Rugier Lauria, su tio, recibió deste caso; bufaba de coraje y de pesar, que bien entendió aquella afrenta y aquel daño se hacia á su persona propia. No pudo acudir luego á la venganza porque en compañía del rey de Aragon era pasado en España. Dende, pasados los frios del invierno, ambos volvieron sobre Sicilia con mucho mayor armada que antes. Juntáronseles en el camino dos hijos del rey de Nápoles, es á saber, Roberto y Filipo. Llegaron todos juntos al cabo de Orlando, que está cerca de la ciudad de Pati; el número de las galeras era cincuenta y seis sin otros muchos bajeles. El rey don Fadrique, como viese animada su gente por la victoria pasada, acordó de representar la batalla á sus enemigos, dado que su armada era mucho menor, que no pasaba de hasta cuarenta galeras. Peleó valerosamente, mas al fin fué desbaratado; sus galeras, parte tomadas por los contrarios, parte se pusieron en huida. Fué grande la crueldad de que el general Rugier Lauria usó con los cautivos; hizo morir gran número dellos con deseo de vengarse; entre los otros degollaron á Conrado Lanza, hombre muy principal, de que resultó grande odio contra la gente catalana. El mismo don Fadrique estuvo en gran riesgo de ser preso, porque como quier que hobiese defendido su galera por largo espacio, ya que la iban á tomar, cayó desmayado; los suyos sacaron la galera de la batalla, con la cual y otras pocas se retiraron á Mecina. Con tanto el rey de Aragon, á instancia que le hicieron desde España y causas que alegaban y razones verdaderas ó aparentes, sin pasar adelante dió la vuelta, no sin queja del Papa y del rey de Nápoles. Verdad es que los mas cuerdos aprobaban este acuerdo; que sin duda era cosa recia por negocios ajenos poner los suyos en balanzas y su persona á riesgo; fuera de que ganada aquella victoria, no dejaba de condolerse del rey don Fadrique, que en fin era su hermano. Dióse aquella batalla memorable y de las mas señaladas de aquel tiempo un dia sábado á 4 del mes de julio, año de 1299. En el mismo año falleció en Roma don Gonzalo, cardenal y arzobispo de Toledo, como lo reza la letra de su sepultura en Santa María la mayor de aquella ciudad. Sucedióle su sobrino don Gonzalo III. Su padre, Dia Sanchez Palomeque; su madre, doña Teresa Gudiel, hermana del Cardenal, ciudadanos de Toledo. Sobre el tiempo en que le eligieron hay dificultad; quién dice que algunos años antes, cuando su tio despues de la muerte del rey don Sancho partió para Roma, á lo que se entiende, á negociar dispensase el Papa en aquel su casamiento; quién que cuando el papa Bonifacio VIII le hizo cardenal por el mes de diciembre del año próximo pasado de 1298, por ser aquellas dignidades incompatibles y costumbre que el obispo á quien daban capelo dejase el obispado; quién que subió á aquella silla por muerte del Cardenal. Esto nos parece mas probable por hallarse en papeles, que este año por el mes

de agosto se llama electo de Toledo; así los años antes tuvo por su tio el gobierno de aquella iglesia, mas no la dignidad. Volvamos á Sicilia, donde los franceses se quedaron para llevar su intento adelante, seguir la victoria y ejecutalla; pero hicieron un yerro manifiesto, que dividieron el ejército en dos partes. Roberto y Rugier Lauria se encargaron de cercar á Rendazo, que es una plaza muy fuerte, puesta entre Pati y Catania casi á la mitad del camino. Filipo, duque de Taranto, fué con parte de la armada á correr las marinas del cabo de Trapana. Acudió á aquella parte el rey don Fadrique, tomó á los contrarios de sobresalto, y con su arrebatada venida se dió la batalla, en que fueron vencidos los franceses, y Filipo, su general, preso; que fué una buena ocasion para hacer las paces y confederarse aquellas dos naciones con una alianza que se hizo, tan dichosa y acertada cuanto la guerra era desgraciada.

CAPITULO III.

Del año del jubileo.

Corria á la sazon el año postrero deste siglo, es á saber, el de nuestra salvacion de 1300, año muy señalado por una ley que hizo y publicó para que se guardase perpetuamente el pontífice Bonifacio, tomada en parte de la costumbre antigua de la ciudad de Roma, que celebraba su fundacion con ciertos juegos y fiestas cada cien años, en parte de la usanza y ley del pueblo judáico, donde cada cincuenta años habia jubileo. Ordenó pues que al fin de cada cien años se concediese plenaria indulgencia y remision de todos los pecados á todos los que en aquel año devotamente visitasen las iglesias de Roma, iglesias llenas de devocion, de sagradas reliquias y antigüedad. Esta ley era á propósito y se enderezaba para ennoblecer la majestad de Roma y para aumentar el culto de la religion. La cual Clemente VI redujo á cada cincuenta años; y mas adelante Sixto IV, con otra nueva ley y constitucion que hizo, atenta la humana flaqueza y la brevedad de la vida, mandó que se guardase y celebrase el jubileo cada veinte y cinco años. Fué grande el concurso de gente que aquel año acudió á la ciudad de Roma á fama deste jubileo. Entre otros vino Cárlos de Valoes, casado en segundo matrimonio con madama Catarina, hija de Filipo, nieta del emperador Balduino; y así pretendia cobrar el imperio de Grecia, á él debido como en dote de su mujer. Si salia con la empresa, publicaba renovaria la guerra de la Tierra-Santa, que tenian olvidada de tantos años atrás. Cosa honrosa para el sumo Pontífice, que en su tiempo y con su favor se tornasen á tomar las armas para la guerra sagrada. Venia el Papa bien en esto; prometia que no saldrian vanas las esperanzas de Cárlos, con tal que desde Francia tornase á Italia á la primavera con ejército bastante. En Vizcaya, que estaba en poder de Diego Lopez de Haro, hermano de don Lope Diaz de Haro, aquel que dijimos fué muerto en Alfaro en tiempo del rey don Sancho, se edificó la villa de Bilbao, la mas noble de toda aquella provincia á la ribera del rio Nervio; los moradores por la mucha anchura que lleva le llaman Ibaisabelo. Está dos leguas del mar, y porque allí se traen muchas mercadurías que de las naves se descargan, hay gran comercio y concurso de gente. Los mercaderes de Bermeo, por la comodidad del lugar, los mas dellos se pasaron á morar y hacer su asiento en aquella poblacion nueva. A los moradores se les concedió que viviesen conforme á los fueros de Logroño. En Lérida otrosí fundó el rey de Aragon universidad, y le concedió los privilegios acostumbrados; llamaron maestros que leyesen en ella todas las ciencias con salarios que les señalaron. En aquel tiempo era virey de Navarra por los franceses Alonso Roleedo, sin que sucediese cosa en aquella provincia por entonces que de contar sea, sino que gozaban de una paz y sosiego grande, que es lo mas principal que se puede desear, como quier que las otras provincias de España estuviesen continuamente atormentadas con guerras y desasosiegos. Este envió á Valladolid un embajador á la Reina, que era la que tenia en pié las cosas entonces con su valor y prudencia, á pedille restituyese todo el término desde Atapuerca, que es una villa así llamada junto á Búrgos, hasta las fronteras de Navarra; alegaba que les pertenecia, y que antiguamente lo quitaron á gran tuerto los reyes de Castilla á los navarros sin otro derecho mas del que consiste en la fuerza. La Reina mandó fuesen muy bien tratados los embajadores y que espléndidamente los hospedasen. La respuesta que les dió fué que bien entendia no se pedia aquello de órden ni por voluntad del rey de Francia, y que el derecho de reinar mas consiste en la posesion fresca y nueva y en el uso della que en títulos y papeles viejos y olvidados. Los embajadores, visto el mal despacho que les daban, acudieron á don Alonso de la Cerda y á don Juan Nuñez de Lara, ca pensaban por aquel camino alcanzar mas fruto de su embajada. Estos señores, acometido que hobieron á Palencia, que casi estuvieron á pique de tomalla por traicion de algunos ciudadanos, como no les salió bien la empresa, estaban retirados en Dueñas. Allí, oidos los embajadores, hicieron mercedes con larga mano del señorío ajeno, y fué don Juan de Lara á Francia para que en presencia de aquel Rey tratase de todas las condiciones y incitase á los franceses á que con brevedad les acudiesen con el socorro de gente necesario. Poco fruto sacaron de toda aquella diligencia, si bien los mismos hermanos Cerdas fueron asimismo á Francia en pos de don Juan Nuñez de Lara; pero ni los unos ni los otros sacaron de su trabajo mas que buenas y corteses palabras, como quiera que al Francés le fuese mas en la guerra de Flándes, que andaba trabada entre aquellas dos naciones, que en la que tan léjos les caia y les era de menos importancia. Solamente, hecha su confederacion, Filipo, rey de Francia, les dió licencia para que pudiesen hacer gente en Navarra. Hiciéronlo así, y un escuadron de soldados entró por aquella parte en el distrito de Calahorra. Salióles al encuentro don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, y en un rebate que tuvo con ellos los venció y prendió á su caudillo don Juan Nuñez de Lara, al cual no quiso poner en libertad hasta tanto que restituyese todos los castillos y pueblos del reino que le entregaran en tenencia. Ultra desto, juró que guardaria lealtad al rey don Fernando y le seria buen vasallo. Desto mismo tomó ocasion el rey de Aragon para poner debajo de su corona la ciudad de Albarracin, que antes restituyó al dicho don Juan. Junto con esto el infante don Juan, tio del rey don Fernando, dejadas las armas, en que tenia poco remedio contra las fuerzas de su so-

brino, que de cada dia iban en aumento, se resolvió de seguir mejor partido. Tratóse dello, y el concierto se hizo el año del Señor de 1301. Las capitulaciones del asiento fueron estas: que ante todas cosas dejase el nombre de rey que usurpara; que restituyese todas las ciudades y pueblos de que se apoderó en el tiempo de la guerra; que el principado de Vizcaya, que pretendia ser dote de su mujer, le dejase á don Diego Lopez de Haro, y á él diesen en trueco á Medina de Ruiseco, Castronuño, Mansilla, Paredes y Cebreros, lugares de que le hicieron merced la Reina y el Rey, su hijo, por excusar nuevas alteraciones y para que tuviese con qué sustentar su vida como persona que era tan principal.

CAPITULO IV.

De Raimundo Lullo.

Dos cosas sucedieron este año, ni muy pequeñas ni muy señaladas, de que pareció todavía hacer mencion en este lugar. La una fué la muerte de Raimundo Lullo, persona que tuvo gran fama de santidad y de doctrina; la otra el agravio que se hizo á don Garci Lopez de Padilla, maestre de Calatrava, en deponelle de aquella dignidad. Raimundo fué catalan de nacion, nacido en la isla de Mallorca. Ocupóse siendo mas mozo en negocios y mercadurías con pretension de adelantarse en riquezas y seguir en esto las pisadas de sus antepasados, gente de honra y principal. Llegado á mayor edad se recogió al yermo, cansado de las cosas deste mundo y con deseo de huir la conversacion de los hombres. En aquella soledad escribió un arte, que por nuevos atajos y senderos en breve introduce al lector en conocimiento de las artes liberales, de la filosofía y aun tambien de las cosas divinas. Cosa de tan grande maravilla, que persona tan ignorante de letras, que aun no sabia la lengua latina, sacase, como sacó á luz, mas de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana, en que trata de cosas, así divinas como humanas, de suerte empero que apenas con industria y trabajo los hombres muy doctos pueden entender lo que pretende enseñar, tanto, que mas parecen deslumbramientos y trampantojos, con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas artes y ciencias. Puesto que él testifica alcanzó lo que enseña por divina revelacion en un monte en que se le apareció Cristo, nuestro Dios y Señor, como enclavado en la cruz. Lo que en él merece sin duda ser alabado es que con deseo de extender la religion cristiana y convertir los moros pasó en Africa, y llegado á Bugia en la costa de Mauritania, como quier que no cesase de amonestar y reprehender aquella gente bárbara, de dos veces que allá fué, la primera le prendieron y maltrataron, la segunda le mataron á pedradas. Su cuerpo, traido á Mallorca, de aquellos isleños es tenido en grande veneracion, dado que no está canonizado ni su nombre puesto en el número de los santos. Sobre sus libros hay diversas opiniones. Muchos los tachan como sin provecho y aun dañosos, otros los alaban como venidos del cielo para remedio de nuestra ignorancia. A la verdad quinientas proposiciones sacadas de aquellos libros fueron condenadas en Aviñon por el papa Gregorio XI á instancia de Aimerico, fraile de la órden de los Predicadores y inquisidor que era en España, ciento de las cuales proposiciones puso Pedro, arzobispo de Tarragona, en la segunda parte del *Directorio de los Inquisidores*. Si va á decir verdad, muchas dellas son muy duras y malsonantes, y que al parecer no concuerdan con lo que siente y enseña la santa madre Iglesia. Esto nos parece; debe ser por nuestra rudeza y grosería, que impide no alcancemos y penetremos aquellas sutilezas en que los aficionados de Raimundo hallan sentidos maravillosos y misterios muy altos como los que tienen ojos mas claros, ó por ventura adivinan y fingen que ven ó sueñan lo que no ven, y procuran mostrarnos con el dedo lo que no hay. De los cuales hay en este tiempo gran número, y cátedras en Barcelona, Mallorca y Valencia para declarar los dichos libros, buscados con gran cuidado y estimados despues que fueron reprobados; que si no se hiciera dellos caso, el tiempo por ventura los hobiera sepultado en el olvido. Esto de Raimundo Lullo. Sus discípulos dicen que fué de noble linaje y que falleció en edad de setenta y cinco años, el de Cristo de 1315. Sospecho que en esto se engañan por lo que de los libros del mismo se saca. Lo cierto que fué casado y que dejó mujer y hijos pobres, por donde se ve que no fué tan grande alquimista como algunos le hacen. Al maestre de Calatrava derribó el desabrimiento que contra él tenian los caballeros de su órden, causado de su severidad y recia condicion. Ofrecióseles buena ocasion para ejecutar su saña, y fué que los nuestros no tenian fuerzas para reprimir á los moros por ser los tiempos tan revueltos y turbios, y aun hallo que el año pasado los moros se apoderaron de la villa de Alcaudete y la quitaron á los caballeros de Calatrava. Acometieron á Vaena, pero ya que tenian ganada buena parte de aquella villa, fueron lanzados por el valor y esfuerzo de los soldados que dentro tenia. Pusieron cerco á Jaen y la combatian con todo su poder. Imputaron todo este daño al Maestre, y en particular le achacaron que por su culpa se perdió Alcaudete; demás que decian de secreto tenia inteligencias y favorecia á don Alonso de la Cerda. Esta era la voz y el color, como quier que, mal pecado, aborreciesen su áspera condicion y su severidad; su valor y esfuerzo y gran destreza en las armas los atemorizaba, y por el miedo le aborrecian. Juntaron capítulo, en que absolvieron del maestrazgo á don Garci Lopez de Padilla, y pusieron en su lugar á don Aleman, comendador de Zorita, á sinrazon y contra justicia, como poco despues lo sentenciaron los jueces que sobre este caso señaló el Papa, es á saber, los padres de la órden del Cistel. Volvió pues á su dignidad al fin deste año y gobernó mucho tiempo aquella órden; mas como el aborrecimiento que le tenian los caballeros quedase mas reprimido que remediado, adelante al cabo de su vejez le tornaron á poner nuevos capítulos y acusaciones, con que de nuevo le depusieron, y en su lugar eligieron al maestre don Juan Nuñez de Prado, no con mejor derecho que al pasado. Verdad es que, como quier que don García por la vejez se hallase muy cansado y sin fuerzas, no solo para los trabajos de la guerra, sino aun para las cosas del gobierno, de su voluntad dejó á su contrario el maestrazgo, que tan contra justicia y sin razon le quitaron. Solo se reservó algunos pueblos en Aragon con que pasar su vejez; caballero de gran valor, no solo por sus grandes hazañas, sino en particular por menospreciar aquella dignidad y honra con deseo

de la paz y sosiego, perdonando con ánimo muy generoso el agravio recebido de sus contrarios. Volvamos con nuestro cuento al camino y órden que llevamos.

CAPITULO V.

De las bodas del rey don Fernando.

Tratábase con gran cuidado de alcanzar dispensacion del Papa para efectuar los casamientos que entre Portugal y Castilla tenian concertados, ca eran prohibidos por derecho á causa del parentesco entre los desposados. Tenian esperanza otorgaria con lo que pretendian, porque, demás de ser el negocio muy justificado, el pontífice Bonifacio se preciaba traer su orígen y descendencia de España, con que parecia favorecer á los españoles, y aun comenzaba á desabrirse con los franceses. Los reyes de Castilla y de Portugal sobre esta razon se juntaron en Plasencia; acordaron de enviar sus embajadores á Roma, por cuyo medio consiguieron lo que deseaban. Demás desto, dispensó tambien el Pontífice en el casamiento de la reina doña María y del rey don Sancho, que tenia la misma falta, si bien don Sancho era ya muerto, y muchos decian no poderse revalidar los casamientos de difuntos que de derecho eran nulos, como gente que ignoraba cuán grande sea la autoridad de los sumos pontífices, cuyos términos extienden algunas veces por respetos que tienen y consideraciones, otras por el bien y en pro comun. Como vino la dispensacion, con nuevo gozo y alegría se hizo el casamiento del rey don Fernando y doña Costanza en Valladolid, y se celebraron las solemnidades de las bodas, que dilataran hasta entonces, así por la edad del Rey como por el parentesco que lo impedia. Ordenaron la casa real, y el Rey se encargó del gobierno. Don Juan Nuñez de Lara fué nombrado por mayordomo de palacio. Al infante don Enrique, tio del Rey, dieron á Atienza y á Santistéban de Gormaz en recompensa del gobierno del reino que le quitaban. Todas estas caricias no bastaban para sanar su mal pecho, porque se halla que á un mismo tiempo con trato doble y muestras fingidas de amistad tenia suspensos á los aragoneses y á los moros. Era su condicion y costumbre estar siempre á la mira de lo que sucediese y seguir el partido que le pareciese estalle mejor, que fué la causa de hacer se alzase el cerco que tenia sobre Almazan, villa que se tenia por los Cerdas; y la gente de guerra de Castilla que estaba sobre ella fué enviada á otras partes. En Hariza se vió con el rey de Aragon sobre sus haciendas y aliarse, todo con la misma llaneza que tenia de costumbre con los demás. Tuvo el rey de Aragon cercada mucho tiempo á Lorca, ciudad bien fuerte en el reino de Murcia, y al principio del año del Señor de 1302 la vino á ganar. Hay una villa muy noble en Castilla la Vieja á la ribera del rio Duero, que se llama Peñafiel; allí se celebró concilio de los obispos y prelados de la provincia de Toledo. Abrióse á 1.° dia del mes de abril. Presidió en este Concilio don Gonzalo, arzobispo de Toledo. Entre otras constituciones mandaron que los clérigos no tuviesen concubinas públicamente, pena de ser por ello castigados. Tales eran las costumbres de aquel siglo, que les parecia hacian harto en castigar los pecados públicos. Esto contiene el tercer cánon. El sexto manda que al sacerdote que revelare los pecados sabidos en confesion se le dé cárcel perpetua, y para su sustento solamente pan y agua. El octavo cánon manda que se paguen á la Iglesia los diezmos de todas aquellas cosas que la tierra produce, aunque no sea cultivada. Prohíbese en el nono que las hostias con que se ha de decir misa no se hagan sino por mano de los sacerdotes ó en su presencia. Demás desto, se determinaron otras muchas cosas provechosas para aumento del culto divino. El mes de mayo siguiente murió Mahomad Miro, rey de Granada; sucedióle su hijo mayor Mahomad Alhamar. Dió este trueco mucho contento á los nuestros por dos respetos, el uno que hubiese faltado el padre, que era valeroso y de grande industria; el otro por suceder su hijo, que era ciego. Verdad es que Farraquen, señor de Málaga, que era su cuñado, hombre de valor y lealtad para con el nuevo Rey, se encargó del gobierno público, así de las cosas de la guerra como de la paz. En Sicilia por el mismo tiempo á cabo de tantas alteraciones y guerras en fin se asentó la paz. Fué así, que junto á la isla de Ponza en una batalla naval fueron vencidos los sicilianos y preso Conrado Doria, ginovés, general que era de la armada. Los sicilianos por esta rota comenzaron á temer, y los franceses cobraron esperanza de mejorar su partido, tanto, que sin tardar se pusieron sobre Mecina, que es el baluarte y fuerza principal de toda la isla. Llegó á peligro de perderse, defendióse empero por la constancia y valor de los ciudadanos y la buena diligencia del rey don Fadrique, que sabia muy bien cuánto le importaba aquella ciudad. La reina doña Violante acompañó á Roberto, su marido, en aquella jornada, que á la sazon estaba en Catania. A su instancia y por sus ruegos los dos príncipes se juntaron para verse y tratar de sus cosas en las marinas de Siracusa, en la torre llamada de Maniaco. Procuraron asentar las paces; solo pudieron acordar treguas por algunos dias con esperanza que se dieron que en breve se concluiria lo que todos deseaban. Hízose así, sin embargo que sobrevinieron á mala sazon dos cosas, que pudieran entibiar y aun desbaratar todas estas prácticas, es á saber, la muerte de doña Violante, que falleció en Termini, ciudad que se tenia por los franceses, no léjos de Palermo; el otro inconveniente fué la venida de Cárlos de Valoes, que con intento de recobrar el imperio de los griegos abajó á Italia, y por hallar en Toscana las cosas muy alteradas pasó en Sicilia. Contra este peligro proveyó el rey don Fadrique que alzasen todos los bastimentos y los recogiesen en las plazas mas fuertes, y los que no pudiesen recoger los echasen á mal; todo esto con intento de excusar de venir á batalla con los enemigos. Con esto y con que se resfrió aquella furia con que los franceses vinieron, los redujo á términos de mover ellos mismos tratos de paz, que tambien él mucho deseaba. Finalmente, entre Jaca y Calatabelota, plaza en que don Fadrique se hallaba, por ser lugar muy fuerte, los tres príncipes se juntaron. Hobo muchos dares y tomares sobre asentar el concierto; por conclusion, las paces se asentaron con las capitulaciones siguientes: Filipo, príncipe de Taranto, sea puesto en libertad, asimismo todos los cautivos de la una y de la otra parte; el rey don Fadrique deje todo lo que tiene en la tierra firme de Italia, y al contrario, los franceses las ciudades y fuerzas de que en Sicilia están apoderados; doña Leonor, herma-

na de Roberto, case con don Fadrique, con retencion de Sicilia en nombre de dote hasta tanto que por permision y con ayuda del Papa conquiste á Cerdeña ó otro cualquiera reino; si esto no sucediere, sus herederos dejen á Sicilia luego que los reyes de Nápoles contaren docientos y cincuenta mil escudos; á los forajidos y desterrados de Sicilia y de Italia sea perdonada su poca lealtad por la una y por la otra parte. Hiciéronse estos conciertos el postrer dia del mes de agosto, con que todos dejaron las armas. Juan Villaneo, que se halló en esta guerra, y Dante Aligerio, poeta de aquellos tiempos, en extremo elegante y grave, tachan á Cárlos de Valoes, y le cargan de que en Toscana lo alborotó todo con discordias y guerras civiles, y en Sicilia concertó una paz infame; finalmente, que con tanto estruendo y aparato en efecto no hizo nada. Fué este año muy estéril, en especial en España, por la grande sequedad y á causa que las tierras se quedaron por arar por haberse consumido, como se decia comunmente y lo afirman graves autores, en aquellas alteraciones la cuarta parte por lo menos de los labradores y gente del campo.

CAPITULO VI.

De la muerte del pontífice Bonifacio.

Por este tiempo el hijo mayor de don Jaime, rey de Mallorca, que tenia el mismo nombre de su padre, renunciado el derecho que tenia á la herencia de aquellos estados, se metió fraile francisco, con que sucedió por muerte de aquel Rey, su hijo menor don Sancho; y como estaba obligado, hizo homenaje por aquellos estados y juró de ser leal al rey de Aragon. En Castilla no estaban las cosas muy sosegadas; en particular se padecia grande falta de dineros. Tuviéronse Cortes en Búrgos y en Zamora, en que se reformaron los gastos públicos, y las ciudades sirvieron con gran suma de dineros. Demás desto, el papa Bonifacio concedió á la Reina madre una bula, en que le perdonaba las tercias de las iglesias que cobraron los reyes don Alonso, don Sancho y el mismo don Fernando sin licencia de la Sede Apostólica hasta entonces, y de nuevo se las daba y hacia gracia dellas por término de tres años. Los ánimos de los grandes andaban muy desabridos con la Reina madre; quejábanse que las cosas se gobernaban por su antojo sin razon ni órden. Los infantes don Enrique y don Juan, tios del Rey, y con ellos don Juan, hijo del infante don Manuel, don Juan de Lara y don Diego de Haro, con otros caballeros principales, buscaban traza y órden para poner con artificio y maña mal á la Reina con su hijo y desavenillos. Para dar principio á esto apremiaron al abad de Santander, que era chanciller mayor, diese cuentas del patrimonio real, cuya administracion tuvo á su cargo, maña que se enderezaba contra la Reina, por cuya instancia le encomendaron aquellos cargos y honras. Poco aprovecharon por este camino, porque conocida su inocencia y integridad, cayeron por tierra todas estas tramas. Filipo, rey de Francia, al principio del año 1303 envió sus embajadores para pedir aquellos pueblos de Navarra sobre que tenian diferencias; fueron despedidos sin alcanzar cosa alguna. El rey de Aragon envió á ofrecer condiciones de paz, que tambien desecharon. Prometia que volveria toda la tierra de Murcia, de que estaba apoderado, á tal que le entregasen á Alicante. Esto no le pareció á propósito á la Reina, antes á don Juan de Lara, que comenzaba á privar con el Rey, hizo quitar el cargo que tenia y poner en su lugar al infante don Enrique para que fuese mayordomo mayor de la casa real. No le duró mucho el mando, que poco despues le dejó, si de grado ó contra su voluntad no se sabe. Lo cierto es que destas cosas y principios procedieron entre el Rey y su madre algunas sospechas y division entre los grandes. En particular don Juan de Lara y el infante don Juan, olvidadas las diferencias y disgustos pasados, hechos á una, tenian grande mano y privanza acerca del Rey. Los ruines y gente de malas mañas con chismes y decir mal de otros, que suele ser camino muy ordinario, eran antepuestos á los buenos y modestos. El infante don Enrique y don Juan, hijo del infante don Manuel, y don Diego de Haro llevaban mal que la Reina madre fuese maltratada, á quien ellos se tenian por muy obligados por muchos respetos, principalmente se quejaban que las cosas se trastornasen al albedrío y antojo de dos hombres semejantes. Pasaron en este sentimiento tan adelante, que comunicado el negocio entre sí, enviaron á llamar á don Alonso de la Cerda para concertarse con él. Fué con esta embajada Gonzalo Ruiz á Almazan para mover estas prácticas y procurar que los aragoneses hiciesen entrada en Castilla, sin tener cuenta con la fe y lealtad que debian, á trueco de llevar adelante sus pasiones y bandos. Esto pasaba en Castilla al mismo tiempo que con increible osadía y impiedad fué amancillada la sacrosanta majestad de la Iglesia romana con poner mano en el papa Bonifacio. El caso, por ser tan exorbitante, será bien contar por menudo. Estaban los franceses por una parte, y por otra los de casa Colona, caballeros de Roma, en un mismo tiempo desabridos con el papa Bonifacio por agravios que pretendian les hiciera. Las causas del disgusto al principio eran diferentes; mas á la postre se aliaron para satisfacerse del comun enemigo. Parecia que el Papa hizo burla de Cárlos de Valoes, por no acordarse de las promesas que le tenia hechas. El rey de Francia se entregaba en los bienes de las iglesias y en sus rentas. Apamea es una ciudad que cae en la Gallia Narbonense; antes era de la diócesi de Tolosa, y el papa Bonifacio la hizo catedral. El Rey tenia preso al obispo desta ciudad, porque claramente reprehendia aquel sacrilegio; lo uno y lo otro llevaba el Pontífice muy mal; enviáronse embajadores de una parte y de otra sobre el caso. Lo que resultó fué quedar mas desabridas las voluntades. Paró el debate en que se pronunció contra el Rey sentencia de descomunion, que es el mas grave castigo que á los rebeldes se suele dar. Demás desto, los obispos de Francia fueron llamados á Roma para proceder contra el Rey. Grande es la autoridad de los sumos pontífices, pero las fuerzas de los reyes son mas grandes; así fué que por órden del rey Filipo de Francia, para hacer rostro al Pontífice, se juntaron muchos obispos y tuvieron concilio en Paris. En él se decretó que el papa Bonifacio era intruso y que la renunciacion de Celestino no fué válida. Hobo denuestos sobre el caso de la una y de la otra parte. Hoy dia hay cartas que se escribieron llenas de vituperios y ultrajes; si verdaderas, si fingidas, no se puede averiguar; mejor es que sean tenidas por falsas. Los de casa

Colona fueron perseguidos y forzados á andar huidos de Roma, desterrados y despojados de sus haciendas por espacio de diez años, como el Petrarca lo atestigua, y encarece lo mucho que padecieron. Estos señores desde tiempo antiguo fueron capitanes del bando de los gibelinos, contrarios de los pontífices romanos, de quien se hicieron mucho tiempo temer por su nobleza, riquezas y parentelas. A Pedro y Jacobo, que eran cardenales y de aquel linaje y familia, por edicto público los privó del capelo. Estéfano Colona, cabeza de aquella familia, fué forzado á irse á Francia. Lo mismo hizo Sarra Colona, que era enemigo capital de Bonifacio; nuevos daños y desastres que en esta huida se le recrecieron le acrecentaron la saña, porque un capitan de cosarios le prendió y puso al remo. El Rey dió cargo á Guillelmo Nogareto, natural de Tolosa, hombre atrevido, de apelar de la sentencia de Bonifacio para la santa Sede Apostólica romana, privada entonces de legítimo pastor. Estos dos comunicaron entre sí cómo podrian desbaratar los intentos del Pontífice; si fué con consentimiento del Rey ó por su mandado, aun entonces no se pudo averiguar; en fin, ellos vinieron á Toscana y se estuvieron en un pueblo llamado Stagia, mientras que fuesen avisados por espías encubiertas y tuviesen oportunidad para acometer la maldad que tenian ordenada. El Papa se hallaba en Anagni. Cecano y Supino, personas principales, hijos de Mafio, caballero de la misma ciudad de Anagni, fueron corrompidos á poder de dinero para que ayudasen á poner en efecto esta maldad. Ya que todo lo tenian bien trazado, metieron dentro de Anagni trecientos caballos ligeros y un buen escuadron de soldados. Sarra Colona era el principal capitan. Al alba del dia se levantó un estruendo y vocería de soldados, que con clamores y voces apellidaban el nombre del rey Filipo. Los criados del Papa todos huyeron. Bonifacio, conocido el peligro, revestido con sus ornamentos pontificales, se sentó en su sacra cátedra. En aquel hábito que estaba llegó Sarra Colona y le prendió. Escarneciendo dél Nogareto y haciéndole mil amenazas, le respondió Bonifacio con grande constancia: «No hago yo caso de amenazas de Paterino.» Este fué abuelo de Nogareto, y convencido de la herejía y impiedad de los albigenses, murió quemado. Con aquella voz del Pontífice cayó la ferocidad de Nogareto. Pusieron guardas al Pontífice y saquéronle su palacio. Dos cardenales solamente estuvieron perseverantes con el Pontífice, el cardenal de España Pedro Hispani y el cardenal de Ostia; todos los demás se pusieron en huida. Desde allí á tres dias los ciudadanos de Anagni, por compasion que tuvieron de su pastor y por miedo que no fuesen imputados de ser traidores contra el sumo Pontífice, su ciudadano, con las armas echaron de la ciudad á los conjurados. El Pontífice se tornó luego á Roma, y del pesar y enojo que recibió le dió una enfermedad, de que con grandes bascas, á manera de hombre furioso, falleció á los 12 dias de octubre y á los treinta y cinco de su prision. Dichoso pontífice, si cuan fácilmente acostumbraba á burlarse de las amenazas, tan fácilmente pudiera evitar las asechanzas de sus enemigos. Con su desastre se dió aviso que los imperios y mandos de los eclesiásticos mas se conservan con el buen crédito que dellos tienen y con buena fama, que deben ellos procurar con buenas obras y con la reverencia de la religion, que con las fuerzas y el poder. Villaneo dice en su historia que Bonifacio era muy docto y varon muy excelente por la grande experiencia que tenia de las cosas del mundo; pero que era muy cruel, ambicioso, y que le amancilló grandemente la abominable avaricia por enriquecer los suyos, que es un grandísimo daño y torpeza afrentosa. Hizo veinte y dos obispos y dos condes de su linaje. Por el sexto libro de los *Decretales* que sacó á luz mereció gran loa cerca de los hombres sabios y eruditos. Fué en su lugar elegido por sumo pontífice en el próximo conclave Nicolao, natural de la Marca Trevisana, general que fué antes de la órden de los Predicadores. En su pontificado se llamó Benedicto XI, en memoria de Bonifacio, que tuvo este nombre antes de ser papa y era criatura suya, ca le hizo antes cardenal. Fué este Papa para con los franceses demasiadamente blando, porque les alzó el entredicho que tenian puesto y revocó todos los decretos que su predecesor fulminó contra ellos. Verdad es que Sarra Colona y Nogareto fueron citados para estar á juicio, y porque no acudieron al tiempo señalado, los condenaron por reos del crímen *laesae majestatis* y fulminaron contra ellos sentencia de descomunion. A Pedro y Jacobo Colona, bien que los admitió en su gracia, no les permitió usasen del capelo y insignias de cardenales, conforme á lo que por su antecesor quedó decretado.

CAPITULO VII.

De la paz que entre los reyes de España se hizo en el Campillo.

Los españoles cansados de trabajos y alteraciones tan largas gozaban de algun sosiego; mas les faltaban las fuerzas que la voluntad ni ocasion para alborotarse. Las diferencias que aquellos príncipes tenian entre sí eran grandes y necesario apaciguallas. Los reyes de Castilla y de Aragon altercaban sobre el reino de Murcia. Don Alonso de la Cerda se intitulaba rey de Castilla, sombra vana y apellido sin mando. El nuevo rey de Granada, conforme á la enemiga que con los fieles tenia, hizo entrada por las tierras que poseia el rey de Aragon; demás desto, tomó á Bedmar, que es una villa no léjos de Baeza. Estas eran las discordias públicas y comunes; otra particular, de no menos importancia, andaba entre la casa de Haro y el infante don Juan, tio del Rey. Pretendia el Infante el señorío de Vizcaya como dote de su mujer; cuidaba salir con su intento á causa del deudo y cabida que con el Rey tenia. Los de la casa de Haro por lo mismo andaban muy desabridos, y parece que se inclinaban á tomar las armas. El rey don Fernando, como á quien la edad hacia mas recatado, por el mucho peligro que desta discordia podia resultar, deseaba con todo cuidado componer estas diferencias. La autoridad del rey de Aragon á esta sazon era muy grande, y parece que tenia puestas en sus manos las esperanzas y fuerzas de toda España. Enviáronle pues por embajador á don Juan, tio del Rey, para que con él y por su medio se tratase de tomar algun buen medio y dar algun corte en todos estos debates. En Calatayud por el mes de marzo, año del Señor de 1304, despues de muchos dares y tomares, por conclusion acordaron que de consentimiento de las partes se señalasen jueces para tomar asiento en

todas estas diferencias, y que para que esto se efectuase, mientras se trataba, hobiese treguas. Señalaron tiempo y lugar para que los reyes se viesen. En el entre tanto el rey don Fernando, con el cuidado en que le ponian las cosas del Andalucía, partió de Búrgos, do á la sazon estaba, y por el mes de abril llegó á Badajoz con intento de visitar al Rey, su suegro, con quien eso mismo tenia algunas diferencias, y pretendia cobrar ciertos lugares que en su menor edad le empeñaron. Lo que resultó destas vistas, fué lo que suele, desabrimientos y faltar poco para quedar del todo enemigos. Solamente se pudo alcanzar del Portugués ayudase á su yerno con algunos dineros que le prestó, con que se partió la vuelta del Andalucía. No se llegó á rompimiento con los moros, antes á pedimento del mismo rey de Granada el rey don Fernando envió embajadores á aquella ciudad, y él se detuvo en Córdoba. Por medio desta embajada se tomó asiento con el rey Moro; concertóse y prometió de nuevo de pagar el mismo tributo que se pagaba en tiempo de su padre, con que deshicieron los campos. El infante don Enrique cargado de años falleció por este tiempo en Roa; su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de Valladolid. Tuvo este Príncipe ingenio vario y desasosegado, extraordinaria inconstancia en sus costumbres, y hasta lo postrero de su edad grande apetito de gloria y mando, codicia desenfrenada y la postrera camisa de que se despojan aun los hombres sabios. Muy grande contento fué el que recibió todo el reino con la muerte deste caballero, ca todos se recelaban no desbaratase todas las prácticas que se comenzaban de paz. No dejó hijos, que nunca se casó; así las villas de su estado se repartieron entre otros caballeros, y la mayor parte cupo á Juan Nuñez de Lara por la mucha privanza que con el Rey á la sazon alcanzaba. En prosecucion de lo concertado en Calatayud de consentimiento de las partes fué nombrado por juez árbitro para componer aquellas diferencias Dionisio, rey de Portugal, y por sus acompañados el infante don Juan de la parte de Castilla, y por la de Aragon don Jimeno de Luna, obispo de Zaragoza. Los reyes de Portugal y Aragon tuvieron primero habla en Torrellas, que es una villa á la raya de Aragon y á las haldas de Moncayo, puesta en un sitio muy deleitoso. Allí los jueces, oido lo que por las partes se alegaba, pronunciaron sentencia, y fué que el rio de Segura partiese término entre los reinos de Aragon y Castilla, cosa de grande comodidad y ventaja para el Aragonés, porque se le añadió lo de Alicante con otros pueblos de aquella comarca, y de su bella gracia le otorgaron lo que él con tanto ahinco antes deseaba. Pronuncióse la sentencia á los 8 del mes de agosto, y luego el dia siguiente los tres reyes se juntaron en el Campillo, que está allí cerca, y por la memoria del concierto que en aquel lugar se hiciera veinte y tres años antes desto entre don Alonso, rey de Castilla, y don Pedro, rey de Aragon, parecia de buen agüero. Confirmóse allí lo asentado; desde allí los reyes fueron á Agreda, y pasaron á Tarazona. Grandes regocijos y recebimientos les hicieron; muy señalada fué esta junta, porque fuera de los tres reyes se hallaron asimismo presentes tres reinas, las dos de Castilla, suegra y nuera, y doña Isabel, reina de Portugal, persona muy santa, demás de la infanta doña Isabel, hermana del rey don Fernando, la que estuvo primero desposada con el rey de Aragon. El acompañamiento y corte era conforme á la calidad de príncipes tan grandes, en particular el rey de Portugal se señaló mas que todos, conforme á la condicion de aquella nacion, por ser deseoso de honra, y á causa de la larga paz rico de dineros; se dice que trujo en su compañía de Portugal mil hombres de á caballo, y que en todo el camino no quiso alojar en los lugares, sino en tiendas y pabellones que hacia armar en el campo. En lo que tocaba á la pretension de los Cerdas, los reyes de Aragon y Portugal, nombrados por jueces árbitros, llegado el negocio á sentencia, mandaron que don Alonso en adelante no se llamase rey; que restituyese todas las plazas y castillos de que estaba apoderado. Señaláronle á Alba, Bejar, Valdecorneja, Gibraleon, Sarria, con otros lugares y tierras para que pudiese sustentar su vida y estado, recompensa muy ligera de tantos reinos. Pocas veces los hombres guardan razon, principalmente con los caidos; todos les faltan y se olvidan. El rey de Francia no acudia, solo el rey de Aragon sustentaba el peso de la guerra contra Castilla; deseaba por tanto concertar aquellos debates de cualquier manera que fuese. Esta sentencia dió tanta pesadumbre á don Alonso de la Cerda, que aun no se quiso hallar presente para oilla, antes se partió echando mil maldiciones á los reyes. Restaba de acordar la diferencia del infante don Juan y Diego Lopez de Haro. El Rey tenia prometido al Infante que, efectuadas las paces, él mismo le pondria en posesion del señorío de Vizcaya. Concluida pues y despedida la junta de los reyes, don Diego de Haro fué citado para que en cierto dia que le señalaron pareciese en Medina del Campo, para donde tenian convocadas las Cortes del reino. Señaláronse jueces árbitros que determinasen la causa. Don Diego Lopez de Haro, sea por fiar poco de su justicia y entender tenia usurpado aquel estado, ó por sospechar que el Rey no le era nada favorable, sin pedir licencia para partirse se salió de las Cortes, las cuales acabadas que fueron, como entendiesen que don Diego de Haro no haria por bien cosa ninguna, y el infante don Juan, que siempre andaba al lado del Rey, diese priesa á que el negocio se concluyese, en Valladolid, vistas sus probanzas, se sentenció en su favor, solamente se difirió la ejecucion para otro tiempo, en que se pretendia que con alguna manera de concierto entre las partes se atajase la tempestad de la guerra que podia desto resultar. En el año del Señor de 1305 estaban las cosas desta manera en Castilla, unas diferencias soldadas, otras para quebrar; y á 17 dias del mes de enero Rugier Lauria, general del mar, murió en Cataluña, capitan sin segundo y sin par en aquel tiempo, determinado en sus consejos, diestro por sus manos, querido y amado de los reyes, en especial del rey don Pedro, que con su ayuda y por su valor sujetó á Sicilia. El solo dió fin á grandes hazañas con próspero suceso; los reyes nunca hicieron cosa memorable sin él; su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz con su túmulo y letra junto al enterramiento del rey don Pedro en señal del grande amor que le tuvo. A los 6 dias del mes de abril murió doña Juana, reina de Navarra, en Paris; su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco con real pompa y célebre aparato; está de

presente metido este monasterio dentro del colegio de Navarra. Sucedió luego á su madre difunta en el reino Luis, que tuvo por sobrenombre Hutino; tomó la corona real en Pamplona; despues fué tambien él rey de Francia por muerte de su padre. Dejó la reina doña Juana allende deste otros hijos, á Filipo, que tuvo por sobrenombre el Largo, á Cárlos, que tuvo por sobrenombre el Hermoso, que adelante vinieron á ser todos reyes de Francia y Navarra. Dejó otrosí dos hijas; la una murió siendo niña, la otra, por nombre madama Isabel, casó con Eduardo, rey de Ingalaterra, la mas hermosa doncella que se halló en su tiempo.

CAPITULO VIII.

Clemente V, pontífice máximo.

El pontificado de Benedicto no duró mas de ocho meses y seis dias. Siguióse una vacante larga de diez meses y veinte y ocho dias. Grandes disensiones anduvieron en este conclave, muy encontrados los votos de los cardenales, así italianos como franceses, que eran en gran número, porque á devocion de los reyes de Nápoles los papas criaron los años pasados muchos cardenales de la nacion francesa. En fin, se concertaron desta suerte: que los italianos nombrasen tres cardenales franceses para el pontificado, y que destos eligiese el bando contrario uno que fuese papa. Salieron tres arzobispos nombrados, que estaban muy obligados á la memoria de Bonifacio como criaturas suyas. Destos tres en ausencia fué elegido Raimundo Gotto, arzobispo de Bordeaux, primero comunicado el negocio con Filipo, rey de Francia. Procuró el rey de Francia que se viniese antes de aceptar á ver con él en la villa de Angelina, que cae en la provincia de Jantoigne, donde dicen hizo que debajo de juramento le prometiese de poner en ejecucion las cosas siguientes: que condenaria y anatematizaria la memoria de Bonifacio VIII; que restituiria en su grado y dignidad cardenalicia á Pedro y á Jacobo de casa Colona, que por Bonifacio fueron privados del capelo; que le concederia los diezmos de las iglesias por cinco años, y conforme á esto otras cosas feas y abominables á la dignidad pontifical; pero tanto puede el deseo de mandar. Con esto á los 5 dias del mes de junio fué declarado por pontífice, y tomó nombre de Clemente V. Mandó luego llamar todos los cardenales que viniesen á Francia, y en Leon tomó las insignias pontificales á 11 de noviembre. Acudió increible concurso de gente. Aguó la fiesta y destempló el alegría un caso de mal agüero, como muchos lo interpretaron. El mismo dia que se celebraba esta solemnidad, mientras el nuevo Pontífice hacia el paseo con grande acompañamiento y pompa, le derribó del caballo una gran pared que cayó por ser muy vieja y carcomida y por el peso de la muchedumbre de gente que sobre ella cargó á ver la fiesta. Cayósele la tiara que llevaba en la cabeza, y se perdió della un carbunco de gran valor. El rey de Francia, que iba á su lado, se vió en gran peligro; Juan, duque de Bretaña, pereció allí; los reyes de Ingalaterra y Aragon escaparon con mucho trabajo. Fué grande el número de los que murieron, parte por tomalles la pared debajo, parte por el aprieto de la mucha gente. Con estos principios se conformó lo demás; todo andaba puesto en venta, así lo honesto como lo que no lo era. Crió doce cardenales á contemplacion y por respeto del rey Filipo de Francia. Todavía como le hiciese instancia sobre condenar la memoria del papa Bonifacio, segun que lo tenia prometido, dió por respuesta que negocio tan grave no se podia resolver sino era con junta de un concilio general. Por este camino se desbarató la pretension de aquel Rey, y esta dicen fué la principal causa para juntar el concilio de Viena, que se celebró como poco adelante se dirá. Trasladó la silla pontifical desde Roma á Francia, que fué principio de grandes males; ca todo el orbe cristiano se alteró con aquella novedad, y en particular toda Italia, de que resultaron todas las demás desgracias y un gran torbellino de tempestades. Lo que se proveyó para el gobierno de Italia y del patrimonio que allí la Iglesia tiene fué enviar tres cardenales por legados para con poderes bastantes gobernar aquel estado, así en tiempo de guerra como de paz. En Castilla por el mismo tiempo se despertaron nuevas alteraciones. No hay cosa mas deleznable que la cabida y privanza con los reyes. Don Juan Nuñez de Lara comenzó á ir de caida por estar el rey don Fernando cansado dél. Quitóle el oficio de mayordomo de la casa real, y puso en su lugar á don Lope, hijo de don Diego Lopez de Haro. El color que se dió fué que don Juan de Lara era general de la frontera contra los moros y no podia servir ambos cargos, como quier que á la verdad el Rey pretendiese sobre todo con aquella honra ganar la casa de Haro y apartalla de la amistad que tenia trabada muy grande á la sazon con los de Lara. Entendiéronse fácilmente estas mañas, como suele acontecer, que en las cosas de palacio no hay nada secreto; por donde estos dos caballeros se unieron y ligaron con mayor cuidado y determinacion que tenian de desbaratar aquellos intentos. Parecia que el negocio amenazaba rompimiento; acudieron Alonso Perez de Guzman y la Reina madre, y con su prudencia hicieron tanto, que estos caballeros se apaciguaron, ca volvieron á cada cual dellos las honras y cargos que solian tener. Demás desto, se tomó asiento entre el infante don Juan y la casa de Haro con estas condiciones: que don Diego de Haro por sus dias gozase el señorío de Vizcaya, y despues de su muerte tornase al infante don Juan; que Orduña y Balmaseda quedasen por don Lope, hijo de don Diego de Haro, por juro de heredad, y de nuevo se le hizo merced de Miranda de Ebro y Villalva de Losa en recompensa de lo que de Vizcaya les quitaban. El deseo que el Rey tenia de apaciguar las diferencias destos grandes, con que todo el reino andaba alborotado, era tan grande, que ninguna cosa se le hacia de mal á trueco de concordallos. El alegría que todos recibieron por esta causa fué grande; solo don Juan de Lara recibió pesadumbre, así por parecelle le habian agraviado en tomar asiento con su suegro don Diego de Haro sin dalle á él parte, como por tener costumbre de aprovecharse de los trabajos ajenos y sacar ganancia de las alteraciones que sucedian entre los grandes. Esto fué en tanto grado, que por parecelle forzoso correr él fortuna despues de tomado aquel asiento, y que no le quedaba esperanza de escapar si no se valia de alguna nueva trama, renunciada la fe y lealtad que al Rey tenia jurada, se retiró á Tordehumos, plaza muy fuerte, así por su sitio como por sus

murallas y reparos, donde con sus fuerzas y las de sus aliados pensaba defenderse del Rey, que sabia tenia muy ofendido. Acudieron en breve los del Rey, pusieron cerco sobre aquel lugar; pero como quier que no faltasen muchos de secreto aficionados á don Juan de Lara, la guerra se proseguia con mucho descuido, y el cerco duró mucho tiempo. Llegaron á tratar de concierto, y porque el Rey se hacia sordo á esto, los soldados se desbandaron y se fueron, unos á una parte, otros á otra. Entre los demás que favorecian á don Juan de Lara era el infante don Juan. Pasó el negocio tan adelante, que al Rey fué forzoso perdonalle; solamente por cierta muestra de castigo le quitó las villas de Moya y Cañete, que, como arriba queda dicho, se las diera el rey don Sancho. Poco duró este sosiego, porque como don Juan de Lara y el infante don Juan entendiesen y tuviesen aviso que el Rey pretendia vengarse dellos, si fué verdad ó mentira no se sabe, pero, en fin, por pensar los queria matar, se concertaron entre sí y resolutamente se rebelaron. El infante don Juan brevemente se aplacó con las satisfacciones que le dió el Rey; sosegar á don Juan de Lara era muy dificultoso, que de cada dia se mostraba mas obstinado. A esta razon don Alonso de la Cerda, como quier que se hallase desamparado de todos y juzgase que era mejor sujetarse á la necesidad que andar toda la vida descarriado y pobre, despojado del reino que pretendia y perdido el estado que le señalaron, envió á Martin Ruiz para que en su nombre tomase posesion de los pueblos que los jueces árbitros le adjudicaron. Así, perdida la esperanza de cobrar el reino, en lo de adelante comunmente le llamaron don Alonso el Desheredado.

CAPITULO IX.

Que la guerra de Granada se renovó.

El vulgo de ordinario, y mas entre los moros, de su natural es inconstante, alborotado, amigo de cosas nuevas, enemigo de la paz y sosiego. Así en este tiempo comenzaron los moros de Granada á alborotarse en gran daño suyo y riesgo de perderse, como quiera que por todas partes estuviesen rodeados de enemigos y aquel reino de Granada reducido á gran estrechura y puesto en balanzas. La ocasion de alborotarse fué que el Rey era inútil para el gobierno, y como ciego pasaba en descuido su vida; su cuñado, el señor de Málaga, era el que lo mandaba todo, y en efecto, era el que en nombre de otro reinaba. Parecíales cosa pesada tener dos reyes en lugar de uno, porque, fuera de los demás inconvenientes, se doblaba el gasto de la casa real á causa que el de Málaga no tenia menos corte, acompañamiento y casa que si fuera verdadero rey, puesto que el nombre le dejaba á su cuñado. Decian seria mucho mejor nombrar otro rey que fuese hombre que los gobernase, á quien todos tuviesen respeto, obedeciesen á sus mandamientos y con su autoridad se defendiesen y vengasen de sus enemigos. Al vulgo, que andaba alterado, atizaban los principales; mayormente Aborrabes, un caballero que venia de los reyes de Marruecos, con su gente y la de sus aficionados se apoderó de la ciudad de Almería y se intuló rey della. La mayor parte del pueblo se inclinaba á favorecer á Mahomad Azar, hermano que era menor del Rey ciego, que daba muestras de valor y se vian en él señales de otras virtudes. Fué Aborrabes echado por el bando contrario de Almería; él, con deseo de apoderarse de Ceuta, ciudad que los granadinos tenian en la frontera de Africa, intentó ayudarse de los cristianos. Por todo esto se ofrecia buena ocasion para hacer la guerra á los moros y echallos de todo punto de España. Comunicaron entre sí este negocio por cartas los reyes de Aragon y Castilla; acordaron de juntarse en el monasterio de Huerta, que está á la raya de los dos reinos. Hízose la junta al principio del año de 1309. Allí y en Monreal, do los reyes pasaron, lo primero que se trató fué de apaciguar á don Alonso de la Cerda, templada en alguna manera la sentencia que los jueces árbitros dieron; recelábanse que mientras los dos reyes estaban ocupados en la guerra de los moros, no alborotase á Castilla con ayuda de sus parciales y aficionados. Tomada esta resolucion, acordaron emprender la guerra de Granada, y para apretar mas á los moros acometellos por dos partes, y en un mismo tiempo poner cerco sobre Algecira y sobre Almería. Demás desto, concertaron que la infanta doña Leonor, hermana del rey don Fernando, casase con don Jaime, hijo mayor del rey de Aragon. Por dote le señalaron la sexta parte de todo lo que en aquella guerra se ganase, y en particular la misma ciudad de Almería. Concluida la junta y despedidos los reyes, todo comenzó á resonar con el estruendo de las armas, provision de dinero, juntas de soldados y gente de á caballo, de bastimento y bagaje necesario. Tenian los dos príncipes soldados muy diestros, muy unidos entre sí, no inficionados con las discordias civiles; en especial los aragoneses ponian miedo á los moros por la fama que corria de haber sujetado sus enemigos y alcanzado tantas victorias. El rey don Fernando, á ruego de su madre, fué á Toledo para hallarse presente á trasladar los huesos del rey don Sancho, su padre, en un sepulcro muy honroso que la Reina tenia apercebido con todo lo demás necesario y conveniente á las exequias y honras de su marido. Tenia el rey don Fernando condicion apacible, una honestidad natural, como acostumbraba decir Gutierre de Toledo, que se crió con él desde su niñez, gran modestia en su rostro, su cuerpo bien proporcionado y apuesto, de grande ánimo, muy clemente. Aconteció que el mismo dia de Navidad un caballero muy principal, á quien él tenia señalado para el gobierno de Castilla, se vino á despedir dél para ir á su cargo. El Rey, dejados los dados con que acaso se entretenia, le advirtió que en Galicia hallaria muchos caballeros nobles que andaban alborotados; que aunque mereciesen pena de muerte, le encargaba se guardase de ejecutar el castigo, solamente se los enviase, que se queria servir dellos en la guerra de los moros. Engrandeció el caballero el acuerdo tan clemente del Rey, que, aunque pareció á muchos blando en demasía y temerario, la experiencia mostró ser muy acertado. No hubo en toda la guerra contra los moros quien se señalase mas que aquellos hidalgos. Estimulábalos grandemente el deseo de borrar la deshonra pasada, y la voluntad de servir al Rey la clemencia de que con ellos usara; sus valerosas hazañas no se podian encubrir; en todas partes y ocasiones peleaban contra los moros con odio implacable, y entre sí tenian competencia de aventajarse en valor y ánimo. Finalmente, desde Toledo partieron al Anda-

lucía. El campo de los castellanos llegó sobre Algecira á 27 dias del mes de julio. A mediado el siguiente mes de agosto puso su cerco sobre Almería el rey de Aragon. Con los aragoneses vinieron don Fernando, hijo de don Sancho, rey de Mallorca, mancebo de los fuertes y valerosos que en su tiempo se hallaban; don Guillen de Rocaberti, arzobispo de Tarragona; don Ramon, obispo de Valencia y chanciller del Rey; don Artal de Luna, gobernador de Aragon, con otros prelados y caballeros. Al rey don Fernando seguian los caballeros de la casa y familia de Haro; don Juan de Lara, poco antes vuelto en amistad del Rey; don Juan, tio del Rey, y el arzobispo de Sevilla y otros muchos caballeros principales. Gisberto, vizconde de Castelnovo, fué con parte de la armada de los aragoneses sobre Ceuta, que está en la frontera y riberas de Africa, y la tomó. Los despojos hobieron los aragoneses; la ciudad se dejó á Aborrabes, como lo tenian con él capitulado. Los de Granada, habido sobre ello su acuerdo, porque si venian á repartir su gente no serian bastantes para sustentar ambas guerras, determinaron de defender la ciudad de Almería, fuese por la confianza que hacian de la fortaleza de Algecira, demás que tenia harta gente de defensa y las provisiones necesarias, ó por rabia de que los aragoneses les hobiesen ganado á Ceuta y se hobiesen entremetido en aquella guerra sin pretender contra ellos algun derecho ni haber recebido agravio. El mismo dia de la festividad de San Bartolomé los moros con toda su gente se presentaron á vista de aquella ciudad. Los aragoneses, visto que les representaban la batalla, de buena gana fueron á acometellos. A los principios no se conoció ventaja en ninguno de los campos, porque los moros peleaban con grandísimo esfuerzo; pero en fin, fueron vencidos y puestos en huida con gran daño y matanza. Los bosques que allí cerca estaban dieron á muchos la vida, que se metieron por aquellas espesuras y escaparon. No hay alegría cumplida en las cosas humanas. Mientras que los nuestros con demasiada codicia y poco recato iban en seguimiento de los bárbaros y ejecutaban el alcance, los de Almería salen de la ciudad y acometen el real de los aragoneses, que tenia poca defensa y por capitan á don Fernando de Mallorca. Ganaron el baluarte y trincheas y saquearon y robaron algunas tiendas. Acudieron los nuestros, y aunque con mucha dificultad, en fin lanzaron los moros y los forzaron á retirarse dentro de la ciudad. Esto hizo que el contento de la victoria ganada no se les aguase tanto si perdieran los reales; demás que aquel peligro fué aviso para que en adelante tuviesen mayor recato. Todo era menester, porque segunda vez á los 15 de octubre grande morisma, que llegaban á mas de cuarenta mil, acometieron las estancias de los aragoneses, pero sucedióles lo mismo que en el rebate pasado. No con menos esfuerzo apretaban los de Castilla por mar y por tierra el cerco de Algecira; mas las fuertes murallas y los muchos soldados que dentro tenian impedian á los cristianos para que sus asaltos no hiciesen efecto. Como se detuviesen muchos meses, acordaron de acometer á Gibraltar, villa puesta sobre el monte Calpe, con esperanza de apoderarse della, porque no tenia tanta defensa. Fueron para este efecto el arzobispo de Sevilla y don Juan Nuñez de Lara con parte del ejército. Alonso Perez de Guzman, caballero el mas señalado que se conocia en aquellos tiempos y iba en compañía de los demás, en un rebate que tuvieron con los moros en el monte Gausin quedó muerto, daño que fué muy notable, dolor y sentimiento de todo el reino. Verdad es que la villa de Gibraltar se entregó al mismo rey don Fernando, que acudió para este efecto, como lo concertaron para que los cercados se rindiesen con mas reputacion y fuese del Rey la honra de ganar aquella plaza. Dióse libertad á los moros para pasar en Africa y llevar consigo sus bienes. Entre los demás un moro muy viejo ya, que queria partirse, habló, segun dicen, al Rey desta manera: «¿Qué desdicha es esta mia, por mi mal hado ó por mis pecados causada, que toda mi vida ande desterrado y á cada paso me sea forzoso mudar de lugar y hacer alarde de mi desventura por todas las ciudades? Don Fernando, tu bisabuelo, me echó de Sevilla, fuime á Jerez de la Frontera. Esta ciudad conquistó tu abuelo don Alonso, y á mí fué necesario recogerme á Tarifa. Ganó esta plaza tu padre el rey don Sancho, á mí por la misma razon fué forzoso pasar á Gibraltar. Cuidaba con tanto poner fin á mis trabajos, y esperaba la muerte como puerto seguro de todas estas desgracias. Engañóme el pensamiento; al presente de nuevo soy forzado á buscar otra tierra. Yo me resuelvo pasar en Africa por ver si con tan largo destierro puedo amparar lo postrero de mi triste vejez y pasar en sosiego esto poco de vida que me puede quedar.» Los soldados que estaban sobre Algecira, dado que era gente feroz y denodada, cansados con los trabajos y malparados con los frios del invierno, á cada paso desamparaban las banderas, no solo la gente baja, sino tambien la principal y los señores, que demás de lo dicho andaban desabridos porque el Rey daba oido á gente baja y de intenciones dañadas. El infante don Juan y don Juan Manuel fueron de poco provecho en esta guerra, antes ocasion de mucho daño, porque partidos ellos, con su ejemplo muchos se salieron del campo y desampararon los reales. Don Diego Lopez de Haro murió en la demanda de enfermedad. Su cuerpo llevaron á Búrgos y enterraron en el monasterio de San Francisco. El señorío de Vizcaya, segun que lo tenian capitulado, recayó en doña María, mujer del infante don Juan; cosa nueva que en aquel estado sucediese mujer, en que hasta entonces se continuó la sucesion por línea de varon. La muerte deste caballero y las continas lluvias que sobrevinieron, por ser el tiempo mas áspero de todo el año, forzaron á que el cerco de Algecira se alzase. Capitularon empero que los moros restituyen, como lo hicieron, las villas de Quesada y Bedmar, que tomaron el tiempo pasado á los nuestros, y para los gastos de la guerra pagasen cuarenta mil escudos. La villa de Quesada poco adelante dió el Rey á la iglesia de Toledo, cuya solia ser. Este fué el fruto que de tanto ruido, tantas pérdidas y trabajos se sacó. Los aragoneses, si bien tenian en sus reales grande abundancia de todas las cosas necesarias, asimismo por la poca esperanza de salir con la empresa, como les restituyesen los aragoneses que allí tenian cautivos, se partieron de sobre Almería, que fué á los 26 dias del mes de febrero, año de 1310, sin suceder otra cosa digna de memoria, salvo que en el mayor calor desta guerra el ciego rey Moro fué despojado del reino por su hermano Azar, y en Almuñecar puesto en prisiones con

buena guarda; grande desgracia y caida, el que era rey ser privado de la libertad, mal que se pudiera llevar en paciencia sino pasara adelante. Poco despues en Granada, do le hizo volver, sin respeto de lo que se diria ni compasion del que era su hermano, por asegurarse le mandó cruelmente matar; así pervierte todas las leyes de naturaleza el deseo desenfrenado de reinar. Don Juan Nuñez de Lara al fin de la guerra pasada fué por embajador á Francia, y cumplido con su cargo, tornó al rey de Castilla, que era venido á Sevilla, despedido que hobo su ejército. Llevaba órden de impetrar, como lo hizo, los diezmos de las rentas eclesiásticas para ayuda á los gastos de la guerra contra moros; demás desto de avisar al pontífice Clemente que no debia en manera alguna proceder contra la memoria del papa Bonifacio, por los grandes inconvenientes que de hacer lo contrario resultarian, contra lo que pretendia el rey de Francia, y que el Pontífice no estaba fuera de hacello, segun avisaban personas de autoridad. En Vizcaya, en aquella parte que llaman Guipúzcoa, por mandado del Rey y á costa de los de aquella provincia se fundó la villa de Azpeitia, como se entiende por la provision real que en esta razon se despachó en Sevilla al principio deste año, desde donde el rey don Fernando se partió para Búrgos para celebrar las bodas de la infanta doña Isabel, su hermana, aquella que repudió el rey de Aragon, y de nuevo la tenian concertada con Juan, duque de Bretaña. El cargo de mayordomo de la casa real se dió á don Juan Manuel, sin que el infante don Pedro, hermano del Rey, que tenia aquel oficio, mostrase sentimiento alguno. Demás desto, el mismo don Juan era frontero de Murcia contra los moros, dado que en su lugar servia este cargo Pero Lopez de Ayala. Todo esto se enderezaba á obligar mas á aquel caballero, que era muy poderoso, y fué tan dichoso en sus cosas, que dos hijas suyas, doña Costanza, habida en su primera mujer, fué reina de Portugal, y doña Juana lo fué de Castilla, la cual hobo en doña Blanca, hija de Fernando de la Cerda y de doña Juana de Lara. En este viaje pasó el Rey por Toledo en sazon que por muerte de don Gonzalo, que finó este mismo año, vacaba aquella iglesia. Sucedióle don Gutierre II, natural y arcediano de Toledo. Su padre, Gomez Perez de Lampar, alguacil mayor de Toledo. Su madre, Horabuena Gutierrez. Su hermano, Fernan Gomez de Toledo, camarero mayor y muy privado del Rey, que por su respeto acudió á su hermano con su favor, y obró tanto, que los canónigos apresuraron la eleccion y dieron sus votos á don Gutierre, mayormente que se recelaban no se entremetiese el Papa y les diese prelado de su mano. Partió el Rey de Toledo para Búrgos á las bodas, que se festejaron como se puede pensar. Del infante don Juan, tio del Rey, no se tenia bastante seguridad por ser de su condicion mudable y por cosas que dél se decian, y claramente se dejaba entender que de tal manera haria el deber, que no duraria mas el respeto de lo que le fuese necesario. Por esta causa en Búrgos, ca acudió á las fiestas de aquellas bodas de la Infanta, aunque con seguridad que le dieron, trataban por órden del Rey de dalle la muerte. Don Juan Nuñez de Lara, como dello tuviese noticia, procuró estorballo, afeando en gran manera aquel intento; y sin embargo, el infante don Juan, luego que supo lo que pasaba, se salió secretamente de la corte. Muchos caballeros, movidos de caso tan feo, sin tener cuenta con el Rey y con su autoridad ni con la solemnidad de las bodas, le hicieron compañía. Pero todas estas alteraciones, que amenazaban mayores males, apaciguó la Reina madre con su prudencia, sin cesar hasta reconciliar el infante don Juan con el Rey, su hijo. En Palencia sobrevino al Rey una tan grave enfermedad, que no pensaron escapara. La buena diligencia de los médicos, la fuerza de la edad y la mudanza del aire le sanaron, porque luego que pudo se fué á Valladolid. En Barcelona murió doña Blanca, reina de Aragon, á 14 dias del mes de octubre, señora dotada de grande honestidad y de todo género de virtudes. Dejó noble generacion, es á saber, los infantes don Jaime, don Alonso, don Juan, don Pedro, don Ramon Berenguel. Las hijas fueron doña María, doña Costanza, doña Isabel, doña Blanca, doña Violante. Doña Blanca pasó su vida en el monasterio de Jijena, en que fué abadesa; las demás casaron con grandes príncipes, y por sus casamientos muchos linajes nobilísimos emparentaron con la casa real de Aragon. El cuerpo de la Reina sepultaron en Santa Cruz, que es un monasterio muy noble en Cataluña. Las exequias se hicieron con toda la solemnidad que era justo y se puede pensar.

CAPITULO X.

Cómo extinguieron los caballeros templarios.

Los obispos de toda la cristiandad se juntaban por este tiempo llamados por edictos de Clemente, pontífice, para asistir al concilio de Viena, ciudad bien conocida en el Delfinado de Francia. A las demás causas públicas que concurrian para juntar este Concilio se allegaba una, la mas nueva y sobre todas urgentísima, que era tratar de los caballeros templarios, cuyo nombre se comenzara á amancillar con grandes fealdades y torpezas, y era á todos aborrecible. Querian que todos los prelados diesen su voto y determinasen lo que en ello se debia de hacer, pues la causa á todos tocaba. El principio desta tempestad comenzó en Francia. Achacábanles delitos nunca oidos, no tan solamente á algunos en particular, sino en comun á todos ellos y á toda su religion. Las cabezas eran infinitas, las mas graves estas: que lo primero que hacian cuando entraban en aquella religion era renegar de Cristo y de la Vírgen, su madre, y de todos los santos y santas del cielo; negaban que por Cristo habian de ser salvos y que fuese Dios; decian que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte; ensuciaban la señal de la cruz y la imágen de Cristo con saliva, con orina y con los piés, en especial, porque fuese mayor el vituperio y afrenta, en aquel sagrado tiempo de la Semana Santa, cuando el pueblo cristiano con tanta veneracion celebra la memoria de la pasion y muerte de Cristo; que en la santísima Eucaristía no está el cuerpo de Cristo, el cual y los demás sacramentos de la santa madre Iglesia los negaban y repudiaban; los sacerdotes de aquella religion no proferian las místicas palabras de la consagracion cuando parecia que decian misa, porque decian que eran cosas ficticias é invenciones de los hombres, y que no eran de provecho alguno; que el maestre general de su religion, y todos

los demás comendadores que presidian en cualquiera casa ó convento suyo, aunque no fuesen sacerdotes, tenian potestad de perdonar todos los pecados; solia venir un gato á sus juntas; á este acostumbraban arrodillarse y hacelle gran veneracion como cosa venida del cielo y llena de divinidad; ultra desto tenian un ídolo, unas veces de tres cabezas, otras de una sola, algunas tambien con una calavera y cubierto de una piel de un hombre muerto; deste reconocian las riquezas, la salud y todos los demás bienes, y le daban gracias por ellos. Tocaban unos cordones á este ídolo, y como cosa sagrada los traian revueltos al cuerpo por devocion y buen agüero. Desenfrenados en la torpeza del pecado nefando, hacian y padecian indiferentemente. Besábanse los unos á los otros las partes mas sucias y pudendas de sus cuerpos, seguian sus apetitos sin diferencia, y esto con color de honestidad como cosa concedida por derecho y conforme á razon. Juraban de procurar con todas sus fuerzas la amplificacion de su órden, así en número de religiosos como en riquezas, sin tener respeto á cosa honesta y deshonesta. Referir otras cosas dellos da pesadumbre y causa horror. ¿Qué dirá aquí el que esto leyere? ¿Por ventura no parecen estos cargos impuestos y semejables á consejas que cuentan las viejas? Villanco sin duda y san Antonino y otros los defienden desta calumnia; la fama y la comun opinion de todos los condena. Necesario es que confesemos que las riquezas con que se engrandecieron sobremanera fueron causa de su perdicion, sea por haberse con tanta sobra de deleites amortiguado en ellos aquella nobleza de virtudes y valor con que dieron cabo á tan esclarecidas hazañas así en el mar como en la tierra, sea que el pueblo ardiese de envidia por ver su pujanza, y los príncipes por esta via quisiesen gozar de aquellas riquezas. Apenas se podria creer que tan presto hubiesen estos caballeros degenerado en comun en todo género de maldad, si no tuviéramos el testimonio de las bulas plomadas del papa Clemente, que el dia de hoy están en los archivos de la iglesia mayor de Toledo, que afirma no era vana la fama que corria; antes que en presencia del mismo Papa fueron examinados sesenta y dos caballeros de aquella órden, que confesado que hubieron las maldades susodichas, pidieron humilmente perdon. Los primeros denunciadores fueron dos caballeros de aquella órden, es á saber, el prior de Monfalcon, que es en tierra de Tolosa, y Nofo, forajido de Florencia, testigos, al parecer de muchos, no tan abonados como negocio tan grave pedia. Arrimáronseles otros, y entre ellos un camarero del mismo Papa que de edad de once años tomó aquel hábito, y como testigo de vista deponia de las culpas susodichas. Las cabezas destas acusaciones se enviaron al rey de Francia á Potiers, do estaba con el pontífice Clemente, por cuyo órden á un mismo tiempo, como si tocaran al arma, todos los templarios que se hallaban en Francia fueron presos á los 13 dias de octubre, tres años antes deste en que va la historia. Pusiéronlos á cuestion de tormento; muchos ó todos por no perder la vida, ó porque así era verdad, confesaron de plano; muchos fueron condenados y los quemaron vivos. Entre otros, el gran maestre de la órden Jacobo Mola, borgoñon de nacion, ya que le llevaban á la hoguera, puesto que le daban esperanza de la vida y que le darian por libre si públicamente pedia perdon, habló desta manéra, como lo afirman autores de mucho crédito: «Como quiera que al fin de la vida no sea tiempo de mentir sin provecho, yo niego y juro por todo lo que puedo jurar que es falso todo lo que antes de ahora se ha acriminado contra los templarios y lo que de presente se ha referido en la sentencia dada contra mí, porque aquella órden es santa, justa y católica; yo soy el que merezco la muerte por haber levantado falso testimonio á mi órden, que antes ha servido mucho y sido muy provechosa á la religion cristiana, y imputádoles estos delitos y maldades contra toda verdad á persuasion del sumo Pontífice y del Rey de Francia; lo que ojalá yo no hubiera hecho. Solo me resta rogar, como ruego á Dios, si mis maldades dan lugar, me perdone; y juntamente suplico que el castigo y tormento sea mas grave, si por ventura por este medio se aplacase la ira divina contra mí y pudiese mover con mi paciencia á los hombres á misericordia. La vida ni la quiero ni la he menester, principalmente amancillada con tan grande maldad como me convidan á que cometa de nuevo.» De otros muchos se cuenta que dijeron lo mismo, y que uno dellos fué un hermano del delfin de Viena, persona nobilísima, cuyo nombre no se sabe, dado que consta del hecho. El año próximo siguiente expidió el Papa sus letras apostólicas á postrero de julio, en que comete á los arzobispos de Toledo y Santiago y les manda procedan contra los templarios en Castilla. Dióles por acompañado á Aimerico, inquisidor y fraile dominico, por ventura aquel que compuso el *Directorio de los Inquisidores* que tenemos, y junto con él otros prelados. En Aragon se dió la misma órden á los obispos don Ramon, de Valencia, y don Jimeno, de Zaragoza; lo mismo se hizo en las demás provincias de España y de toda la cristiandad. Dióse á todos órden que, formado el proceso y tomada la informacion, no se procediese á sentencia sino fuese en los concilios provinciales. Gran turbacion y tristeza fué esta para los templarios y todos sus aliados; nuevas esperanzas para otros, que les resultaban de su desgracia y trabajo. En Aragon acudieron á las armas para defenderse en sus castillos; los mas se hicieron fuertes en Monzon por ser la plaza á propósito. Acudió mucha gente de parte del Rey, y por conclusion los templarios fueron vencidos y presos. En Castilla Rodrigo Ibañez, comendador mayor ó maestre de aquella órden, y los demás templarios fueron citados por don Gonzalo, arzobispo de Toledo, para estar á juicio. El Rey los mandó á todos prender, y todos sus bienes pusieron en tercería en poder de los obispos hasta tanto que se averiguase su causa. Juntóse concilio en Salamanca, en que se hallaron Rodrigo, arzobispo de Santiago; Juan, obispo de Lisboa; Vasco, obispo de la Guardia; Gonzalo, de Zamora; Pedro, de Avila; Alonso, de Ciudad-Rodrigo; Domingo, de Plasencia; Rodrigo, de Mondoñedo; Alonso, de Astorga, y Juan, de Tuy, y otro Juan, obispo de Lugo. Formóse el proceso contra los presos, tomáronles sus confesiones, y conforme á lo que hallaron, de parecer de todos los prelados fueron dados por libres, sin embargo que la final determinacion se remitió al sumo Pontífice, cuyo decreto y sentencia prevaleció

contra el voto de todos aquellos padres, y toda aquella órden fue extinguida. En virtud deste decreto el rey don Fernando se apoderó de todo lo que los templarios poseian en Castilla, así bienes como pueblos. En Galicia tenian á Ponferrada y el Faro; en tierra de Leon Balduerna, Tavara, Almansa, Alcañices; en Extremadura á la raya de Portugal Valencia, Alconeta, Jerez de Badajoz, Frejenal, Nertobriga, Capilla y Caracuel; en el Andalucía Palma; en Castilla la Vieja Villalpando; en la comarca de Murcia Caravaca y Alconchel; en el reino de Toledo Montalvan; demás destos, á San Pedro de la Zarza y á Burguillos, sin otros pueblos, posesiones y casas por todo el reino, que no se pueden por menudo contar. Refieren que los templarios tenian en España doce conventos, de los cuales en una bula del papa Alejandro III se nombran cinco, que son estos: el de Montalvan, el de San Juan de Valladolid, el de San Benito de Torija, el de San Salvador de Toro y el de San Juan de Otero en la diócesi de Osma. En los archivos de la iglesia mayor de Toledo está la citacion que el arzobispo don Gonzalo hizo á los templarios conforme á la comision que tenia del papa Clemente, su data en Tordesillas á los 15 de abril del mismo año que murió, de 1310. En esta citacion se cuentan veinte y cuatro bailías de los templarios, todas en Castilla, que eran como encomiendas, es á saber, la bailía de Faro, la de Amotiro, la de Goya, la de San Félix, la de Canabal, la de Neya, la de Villapalma, la de Mayorga, la de Santa María de Villasirga, la de Vilardig, la de Safines, la de Alcanadre, la de Caravaca, la de Capella, la de Villalpando, la de San Pedro, la de Zamora, la de Medina de Luitosas, la de Salamanca, la de Alconcitar, la de Ejares, la de Cidad, la de Ventoso, las casas de Sevilla, las de Córdoba, la bailía de Calvarzaes, la de Benavente, la de Juneo, la de Montalvan, con las casas de Cebolla y de Villalva que le pertenecen. Hasta aquí la citacion. Otras casas, heredades y lugares que tenian debíanse reducir y ser miembros de las bailías susodichas. En la ciudad de Maguncia en Alemaña, como se tratase deste negocio en un concilio de prelados conforme al órden del Papa, cuentan que uno llamado Hugon con otros veinte caballeros de aquella órden entró denodamente en la sala en que se hacia la junta, y á altas voces protestó que si alguna cosa allí se decretase contra su religion, que desde entonces apelaba para el sumo Pontífice, sucesor de Clemente. Los prelados, atemorizados con aquella ferocidad, dijeron que no tuviesen pena, que todo se haria bien y se miraria por su justicia. Dieron noticia de lo que pasaba al Papa, que cometió al mismo arzobispo de Maguncia de nuevo tomase informacion y procediese á sentencia. Hiciéronse las diligencias necesarias, y considerado el proceso y cerrado, los dieron por libres de todo lo que les achacaban. Finalmente, el Concilio vienense se abrió el año de 1311 á 16 dias del mes de octubre. Muchas cosas se ventilaron. Por lo que tocaba al papa Bonifacio, se acordó no era lícito condenalle ni imputalle el crímen de herejía, como pretendian. Tratóse con muchas veras de renovar la guerra de la Tierra-Santa, pero fué de poco efecto. Acerca de los templarios se decretó que su nombre y órden de todo punto se extinguiese; decreto que á muchos pareció muy recio, ni se puede creer que aquellos delitos se hobiesen extendido por todas las provincias, y que todos en general y cada cual en particular estuviesen tocados de aquella contagion. Verdad es que el naufragio y desastre destos caballeros dió á todos aviso para huir semejantes delitos, mayormente á los eclesiásticos, cuyas fuerzas mas consisten en una entera y loable opinion de virtud y bondad que en otra cosa alguna. Los bienes y haciendas de los templarios adjudicaron á los caballeros de la órden de San Juan, que en aquella sazon ganaron á los turcos la isla de Rodas; conquista con que se adelantaron en gracia y reputacion, y aun esperaban que se podria por medio dellos renovar la guerra de la Tierra-Santa. Sola España no admitió esta adjudicacion por las grandes guerras que tenian contre los moros por este tiempo, y cada dia se esperaban mas. Halláronse en este Concilio Filipo, rey de Francia, y tres hijos suyos, Cárlos de Valoes, su hermano, y gran número de embajadores de los otros reyes y príncipes. Asistieron trecientos obispos, otros dicen ciento y catorce, dos patriarcas, el de Alejandría y el de Antioquía, y el romano Pontífice, que sobrepujaba á todos los demás en autoridad y preeminencia. La divisa de los templarios era una cruz roja con dos traviesas como la de Caravaca en manto blanco; al contrario, los caballeros de San Juan traian y traen cruz blanca de la forma que vemos en manto negro.

CAPITULO XI.

De la muerte de don Fernando el Cuarto, rey de Castilla.

Todo el orbe cristiano estaba alterado con el desastre y caida de los templarios. Los culpados fueron castigados, los que no tenian culpa quedaron libres, y por decreto de los prelados de Viena se les señalaron pensiones en cada un año de las rentas de los mismos conventos, con que pudiesen pasar su vida; solamente les quitaron el hábito y insignia de aquella órden. En Castilla todo lleno de fiestas y regocijos con el nacimiento del infante don Alonso, que la reina doña Costanza parió á 3 dias del mes de agosto, el cual poco despues sucedió en el reino de su padre. Fué tanto mayor la alegría, que hasta entonces tenian poca esperanza de sucesion, porque la Reina no se habia hecho preñada y daba muestras de estéril. Tenian concertado casamiento por medio de embajadores entre don Pedro, hermano del rey don Fernando, y doña María, hija del rey de Aragon; para efectualle vinieron los reyes el de Castilla y el de Aragon á verse en Calatayud. Hallóse al tanto allí la reina doña Costanza, ya convalecida del parto, y gran número de caballeros, así castellanos como aragoneses, ilustres por sus hazañas y por su nobleza. Celebráronse las bodas la misma Pascua de Navidad, grandes fiestas, justas y torneos, con que el pueblo se alegró asaz. Doña Leonor, hermana del rey don Fernando, que antes de ahora estaba tratado de casalla con don Jaime, hijo del rey de Aragon, se desposó asimismo con él, y fué entregada en poder de su suegro. Trataron de renovar la guerra contra los moros á la primavera. Tenian cierta diferencia los reyes de Portugal y Castilla, y aun llegaban á términos de venir sobre ello á las puñadas. El rey don Fernando pretendia cobrar las villas de Mora y de Serpa, que caen en los confines de Portugal junto al

cabo de San Vicente, que siendo él niño, entregaron al rey de Portugal contra toda justicia y razon. Para concertar esta diferencia nombraron por juez árbitro al rey de Aragon, que tenia grande industria y buena mano para cosas semejantes. Hecho esto, se despidieron unos de otros, y don Juan, hermano del rey de Aragon, fué sobre el caso por embajador á Portugal. El rey don Fernando se vino á Valladolid, adonde llamó á Cortes á todos los de su reino para tratar de las provisiones que pretendia hacer para la guerra contra los moros. Pidió ser favorecido de dineros; los procuradores de las ciudades se los concedieron de muy pronta voluntad, porque de buena gana sufrian el menoscabo de dinero y la graveza de los tributos los pueblos y toda la gente comun por el gran deseo que tenian de desarraigar aquella nacion de España; no echaban al cierto de ver que muchas veces con honestas ocasiones se quebrantan y pierden los derechos de la libertad; que lo que se concede en los tiempos trabajosos, pasado el peligro, se queda perpetuo y se cobra, aun cuando el peligro es pasado. El infante don Pedro, hermano del Rey, nombrado por general contra los moros, llegada la primavera del año de 1312, aprestado su ejército, fué sobre Alcaudete, que, como dijimos arriba, se perdió y le tomaron los moros. El Rey fué en pos dél hasta Mártos. Allí sucedió una cosa muy notable. Por su mandado dos hermanos Carvajales, Pedro y Juan, fueron presos. Achacábanles la muerte de un caballero de la casa de los Benavides, que mataron en Palencia al salir del palacio real. No se podia averiguar quién fuese el matador; por indicios muchos fueron maltratados. En particular estos caballeros, oido su descargo, fueron condenados de haber cometido aquel crímen contra la majestad, sin ser convencidos en juicio ni confesar ellos el delito; cosa muy peligrosa en semejantes casos. Mandáronlos despeñar de un peñasco que allí hay, sin que ninguno fuese parte para aplacar al Rey, por ser intratable cuando se enojaba y no saber refrenarse en la saña. Los cortesanos, por saber muy bien esta su condicion, se aprovechaban della á propósito de malsinar y derribar á los que se les antojaba. Al tiempo que los llevaban á justiciar, á voces se quejaban que morian injustamente y á gran tuerto; ponian á Dios por testigo, al cielo y á todo el mundo; decian que pues las orejas del Rey estaban sordas á sus quejas y descargos, que ellos apelaban para delante el divino tribunal, y citaban al Rey para que en él pareciese dentro de treinta dias. Estas palabras, que al principio fueron tenidas por vanas, por un notable suceso, que por ventura fué acaso, hicieron despues reparar y pensar diferentemente. El Rey, muy descuidado de lo hecho, se partió para Alcaudete, donde su ejército alojaba; allí le sobrevino una enfermedad tan grande, que fué forzado dar la vuelta á Jaen, bien que los moros movian prática de entregar la villa. Aumentábase el mal de cada dia y agravábase la dolencia de suerte, que el Rey no podia por sí negociar. Todavía alegre por la nueva que le vino que la villa era tomada, revolvia en su pensamiento nuevas conquistas, cuando un juéves, que se contaron 7 dias del mes de setiembre, como despues de comer se retirase á dormir, á cabo de rato le hallaron muerto. Falleció en la flor de su edad, que era de veinte y cuatro años y nueve meses, en sazon que sus negocios se encaminaban prósperamente. Tuvo el reino por espacio de diez y siete años, cuatro meses y diez y nueve dias, y fué el cuarto de su nombre. Entendióse que su poco órden en el comer y beber le acarrearon la muerte; otros decian que era castigo de Dios, porque desde el dia que fué citado hasta la hora de su muerte, cosa maravillosa y extraordinaria, se contaban precisamente treinta dias. Por esto entre los reyes de Castilla fué llamado don Fernando el Emplazado. Su cuerpo depositaron en Córdoba, porque á causa de los calores, que todavía duraban, no pudo ser llevado á Sevilla ni á Toledo, do tenian los enterramientos reales. Acrecentóse la fama y opinion susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes príncipes, que por semejante razon fallecieron en los dos años próximos siguientes; estos fueron Filipo, rey de Francia, y el papa Clemente, ambos citados por los templarios para delante el divino tribunal al tiempo que con fuego y todo género de tormentos los mandaban castigar y perseguian toda aquella religion. Tal era la fama que corria, si verdadera si falsa no se sabe; mas es de creer que fuese falsa; en lo que sucedió al rey don Fernando nadie pone duda. No se sabe lo que determinó el rey de Aragon sobre la diferencia entre los reyes de Castilla y Portugal; bien se entendia empero favorecia mas al Portugués, y le parecia que el rey don Fernando no tenia razon, lo cual con su muerte y la turbacion de los tiempos que se siguió luego en Castilla prevaleció; y aquellos pueblos sobre que era la diferencia se quedaron todavía y están en posesion y debajo del señorío de Portugal.

CAPITULO XII.

De los principios del reinado de don Alonso el Onceno, rey de Castilla.

Por la muerte del rey don Fernando se siguieron en Castilla grandes torbellinos de tempestades y discordias civiles, como era forzoso, por ser el Rey niño, que no tenia mas de un año y veinte y seis dias; lo mismo que estar el reino sin reparo y sin gobernalle. Este es el inconveniente que resulta de heredarse los reinos; mas que se recompensa con otros muchos bienes y provechos que dello nacen, como lo persuaden personas muy doctas y sabias, si con razones aparentes ó con verdad, aquí no lo disputamos. Luego que falleció el Rey, alzaron á don Alonso, su hijo, por rey de Castilla á instancia y por diligencia del infante don Pedro, su tio, que estaba en Jaen, donde acudió luego que Alcaudete se entregó. Alzáronse allí los estandartes reales por el nuevo Rey, como es de costumbre, y el Infante por lo que hizo movido por la obligacion y fidelidad que debia, adelante fué mas amado de todos, y las voluntades del pueblo le quedaron mas aficionadas. El niño Rey estaba á la sazon en Avila; nombraron por su aya para crialle y dotrinalle á Vataza, una señora nobilísima, nieta de Teodoro Lascaro, emperador que fué de Grecia, que vino de Portugal en compañía de la reina doña Costanza y por su aya. Volvió adelante á Portugal; allí murió; yace en la iglesia mayor de Coimbra con su letrero que así lo reza. La reina doña María, abuela del niño, residia en Valladolid retirada del gobierno, sea por voluntad, sea por habérsele quitado. La reina doña Costanza, que acompañó á su marido cuan-

do fué á la guerra, se hallaba en Mártos cargada de tristeza, luto y lágrimas, como la que perdió su marido en la flor de su mocedad, y no sabia lo que sucederia para adelante. El infante don Juan era ido á Valencia, don Juan de Lara á Portugal; el uno y el otro en desgracia del rey don Fernando por desgustos que sucedieron poco antes de su muerte. Era forzoso proveer quien ayudase á la tierna edad del Rey y de presente gobernase las cosas; persona que fuese señalada en valor y nobleza. Muchos se entremetian sin ser llamados. Era negocio peligroso anteponer uno á los demás. La desordenada codicia de mandar salia de madre por no señalarse alguno á quien los demás tuviesen respeto; muchos no tenian vergüenza ni temor ni cuenta con las cosas divinas ni con las humanas, á trueco de salir con su pretension. Don Alonso, señor de Molina, hermano de la reina doña María, el infante don Felipe, tio del Rey, y don Juan Manuel echaban sus redes para apoderarse del gobierno, bien que secretamente y con modestia. Los infantes tio y sobrino, es á saber, don Juan y don Pedro, mas á la rasa. Don Pedro iba mas adelante, así por ser el deudo mas cercano del Rey como por la aficion que todos le tenian. Don Juan por su edad era mas á propósito, si no fuera de condicion inquieta y mudable, tanto, que á muchos parecia nació solamente para revolver el reino. No se via amor ni lealtad; el deseo de acrecentar cada cual su estado les tenia ocupadas las voluntades. Las reinas, por ser mujeres, no eran bastantes para cosas tan graves, bien que todos entendian su autoridad y favor seria de gran momento á cualquiera parte que se arrimasen, dado que no se concertaban entre sí, como nuera y suegra. Las cosas del Andalucía quedaron á cargo del infante don Pedro, hizo paces con el rey Moro, que á entrambas partes estuvieron bien, en especial que el Infante no podia atender á la guerra por estar ocupado en sus pretensiones. Por otra parte, Farraquen, señor de Málaga, procuraba vengar la cruel muerte del rey Alhamar, no tanto confiado en sus fuerzas cuanto en la mala satisfaccion que los moros tenian con su Rey, así por otras causas como por la muerte que diera á su hermano. Asentada pues esta confederacion, el infante don Pedro y la reina doña Costanza comunicaron entre sí en qué forma se gobernaria el reino y sobre la crianza del Rey. Acordaron de ir luego á Avila con esperanza que los ciudadanos no les negarian su demanda, y si hiciesen resistencia, valerse contra ellos de las armas. Por otra parte, don Juan, tio del rey don Fernando, y don Juan de Lara hicieron entre sí liga. La semejanza de las costumbres y el peligro que ambos corrian los hacian conformes en las voluntades. Procuraban pues con todo cuidado y diligencia de traer á su bando á la reina doña María con esperanzas que le darian á criar su nieto. Don Juan de Lara fué el primero que llegó á Avila, pero no pudo haber á las manos al Rey, porque el obispo don Sancho le metió dentro de la iglesia mayor, y allí se hizo fuerte con él y le defendió. Vinieron luego don Pedro y la reina doña Costanza; sucedióles lo mismo que á don Juan de Lara. Tratóse de medios; acordaron que el Rey no se entregase á ninguna de las partes, si primero en Cortes no se acordase á quién se debia de entregar. Sobre que esto así se cumpliria, todos los ciudadanos de Avila se hermanaron. Dió este consejo don Juan de Lara con esperanza de excluir al infante don Pedro. Hiciéronse Cortes del reino en Palencia á la entrada de la primavera. Torpes sobornos, grandes cautelas y trazas. Los que mejor sentian nombraban á don Pedro y á la reina doña María, su madre, que mucho inclinaba en favor de su hijo para el gobierno del reino. Otros anteponian á don Juan y á la reina doña Costanza, que por mañas del bando contrario estaba ya encontrada con el infante don Pedro. De aquí nació ocasion de nuevos alborotos. Los grandes y las ciudades andaban muy desconformes, y cada cual seguia diverso parecer, y por un gobierno tenian dos; triste y miserable estado. Don Pedro, confiado en su poder, y en la benevolencia y favor que el vulgo le mostraba y en la ayuda que de fuera le podria venir, hizo avenencia con don Juan Manuel desta manera: que si salia con la empresa le dejaria el gobierno de los reinos de Toledo y de Murcia; así se ponia en almoneda el mando, y la majestad del reino era tenida por cosa de burla. Fuése á ver con el rey de Aragon, su suegro, á Calatayud al principio del año de 1343. Cuéntale por extenso los engaños de los contrarios, sus cautelas y mañas y el peligro si esta disension pasaba adelante, que forzosamente pararia en guerra perjudicial; que debia moverse por su justa demanda y favorecer á su yerno, mayormente en cosa tan puesta en razon. Así, de consentimiento de los dos despacharon á Miguel Arbe por embajador al rey de Portugal, por ver si con su autoridad se refrenasen las pretensiones de los revoltosos y pudiesen hacer que el gobierno del reino quedase en poder del infante don Pedro, y que á la reina doña Costanza se le encargase el cuidado de criar su hijo, que desta forma les parecia se satisfacia á las partes. Los ciudadanos de Avila, que eran tanta parte en este negocio, no se llegaban con calor á ninguna de las partes; á ambas henchian de esperanzas unas veces, otras amenazaban con miedos. Finalmente, vinieron á seguir el partido de don Pedro y de la reina doña María, su madre. Esto agradó á los mas principales de la ciudad y al pueblo, con tal condicion que no sacasen al Rey de la ciudad. En este tiempo Azar, rey de Granada, fué forzado á retirarse dentro del Alhambra por miedo de los ciudadanos que se rebelaron contra él. Ismael, hijo de Farraquen, fué el autor desta rebelion y el capitan. El infante don Pedro, que se hallaba en Sevilla, movido de la injuria que se hacia al rey de Granada, su aliado, y del peligro que corria, pospuesto todo lo al, determinó de ir allá. Llegó tarde, ya que las cosas estaban perdidas, porque Azar vino á concierto con su enemigo, en que hizo dejacion del reino y del nombre de rey, con retencion de Guadix para su habitacion, ciudad puesta en los deleitosos campos y bosques de los túrdulos, pueblos antiguos de España. Verdad es que el Infante, ya que no le pudo favorecer en tiempo, procuró vengalle, porque tomó á los moros un castillo muy fuerte en la comarca de Granada, llamado Rute; hizo otrosí grandes correrías por toda aquella campaña. Habia reinado Azar cuatro años y siete meses cuando fué despojado de aquel estado, mas dichoso y mas modesto en el tiempo que reinó su hermano que en el que él mismo tuvo el mando. Sucedióle su competidor Ismael, hijo de su hermana y de Farraquen. Con la toma de Rute el crédito del infante don Pedro se aumentó mucho, y ganó grande-

mente las voluntades de todos por acabar en tres dias con lo que los reyes pasados no pudieron salir, que era ganar aquella fuerza, que muchas veces acometieron á tomar. No pasó adelante en la guerra de los moros por las revueltas que dentro del reino andaban, á que era forzoso acudir, sin cuidar mucho de las cosas de fuera. Los grandes del reino y los procuradores de las ciudades se juntaron en el monasterio de Sahagun por ver si podrian concordar aquellos debates. Durante la congregacion y junta la reina doña Costanza por el mes de noviembre pasó desta vida. Fué gran parte para su muerte la pesadumbre que tenia de ver á su hijo fuera de su poder y la necesidad y pobreza que padecia, tan grande, que para pagar sus deudas y el gasto de su casa aun el oro y joyas que tenia para su persona no bastaban, como ella misma lo declaró en el testamento que otorgó á la hora de su muerte. La falta de la reina doña Costanza obró que se pudieron encaminar mejor los negocios á causa que el infante don Juan, desamparado que se vió deste arrimo, acudió á la reina doña María y á su hijo el infante don Pedro. Concertáronse en esta forma: que la crianza del Rey estuviese á cargo de la Reina, su abuela; los Infantes gobernasen el reino, cada cual en aquella parte y aquellas ciudades que le siguieron en las Cortes que poco antes se tuvieran en la ciudad de Palencia; manera de gobierno bien extraordinaria y sujeta á grandes inconvenientes; pero era forzoso conformarse con el tiempo y llegar hasta lo que las cosas daban lugar. Al Rey llevaron á Toro, ciudad muy apacible y de cielo muy saludable. Lo que principalmente pretendieron fué sacalle de poder de los de Avila y vengarse de las afrentas que á todos antes hicieron. Corria á esta sazon el año de 1314 cuando en el reino de Toledo se despertaron nuevos alborotos y bandos, y aun donde quiera se cometian mil maldades, robos, fuerzas y muertes; grande era la avenida de miserias, sin que hobiese fuerzas bastantes para atajar tantos daños. Acordaron buscar otra mejor manera de gobierno; juntaron Cortes en Búrgos, en que se determinó que el gobierno supremo del reino estuviese en poder del Consejo Real, al cual se suele apelar de todos los tribunales con las mil y quinientas que ha de pagar el que apela en caso que sea condenado. Ordenaron otrosí que el Consejo siguiese siempre la Corte do quiera que el Rey y la Reina estuviesen. Que los dos Infantes determinasen los negocios de menor cuantía, sin dalles facultad para enajenar las rentas reales, ni poder nombrar otro en su lugar, caso que alguno de los tres Infantes y Reina falleciese. A la misma sazon fallecieron de su enfermedad tres grandes personajes, es á saber, don Pedro, hermano de la Reina, que murió poco antes deste tiempo, y don Tello, su hijo, que venia á gran priesa para hallarse en las Cortes. En las mismas Cortes falleció sin hijos don Juan Nuñez de Lara, mayordomo que á la sazon era de la casa real. El cargo por su muerte se proveyó á don Alonso, hijo del infante don Juan. Tenia don Juan Nuñez de Lara una hermana, por nombre doña Juana, que casó con don Fernando de la Cerda; deste matrimonio nacieron dos hijos, que fueron doña Blanca y don Juan de Lara, que tomó este apellido porque finalmente heredó el estado de la casa de Lara. Esto en Castilla. El rey de Aragon por el mes de noviembre envió á Alemaña á doña Isabel, su hija, que tenia concertada con Federico, duque de Austria, para que se efectuase el casamiento, al cual á la sazon los tres electores, el de Colonia, el de Sajonia y el Palatino nombraran por rey de romanos; los otros tres electores señalaron á Ludovico, bávaro; á estos se llegó Winceslao, rey de Bohemia. Por donde este partido pareció tener mejor derecho, por lo menos tuvo mas dicha; en una batalla que se dió de poder á poder, venció y prendió á su competidor. Mas este Ludovico se hizo adelante muy aborrecible por perseguir á los pontífices romanos, y en prosecucion desto elegir un nuevo y falso papa, de que resultaron grandes males.

CAPITULO XIII.

Del principio que tuvieron los turcos.

Tenia por este tiempo el imperio de Grecia Andrónico, hijo de Miguel Paleólogo, hombre impío y mal cristiano, ca renunció la santa fe católica romana que los griegos de comun consentimiento recibieran los años pasados. Pasó en esto tan adelante, que publicó á su padre por descomulgado, y no permitió que á su cuerpo diesen sepultura y le hiciesen las honras acostumbradas. Tal fué el principio que dió á su imperio, desdichado y desgraciado. El odio que con los romanos tenian era tan grande, que no eran tenidos por legítimos los matrimonios que se hacian entre griegos y latinos, si la una de las partes no renunciaba la creencia de sus antepasados. Muchos por ser católicos, que era tenido por el mas grave delito, hacia condenar por herejes. Fué castigo del cielo que en este mismo tiempo los turcos comenzaron á tener nombre; gente hasta entonces no conocida, adelante muy encumbrada por nuestras pérdidas y daños, que dellos se han recibido muy grandes y ordinarios, mas por el descuido de los príncipes, que pudieran al principio atajar el fuego, que por su valor y industria. En aquella parte de Scitia por do corre el rio Volga tuvo antiguamente esta gente su asiento. De allí un gran número se derramó en las partes de Europa el año del Señor de 760. Tuvieron una batalla con los húngaros, gente entonces muy poderosa, en la cual, como quedasen muy maltratados, se retiraron á Asia convidados de la fertilidad de la tierra y del poco valor de los naturales, ca los deleites y regalo los tenian muy estragados. En aquella tierra los turcos se hicieron fuertes en las montañas, con cuya aspereza mas que con las armas se mantuvieron largo tiempo. Su nombre no era muy conocido ni tuvieron caudillo muy señalado. Sustentábanse de robos y correrías; en las guerras asentaban al sueldo de la parte que les hacia mejor partido, cuando los príncipes comarcanos los convidaban para ayudarse dellos, en especial acudian al soldan de Egipto. Fuera muy fácil deshacellos, si alguno tuviera celo del bien comun; pero lo pasado mas se puede llorar que emendar. En la guerra de la Tierra-Santa que emprendió Jofre de Bullon, príncipe señalado en valor y religion, comenzaron los turcos á ganar alguna fama por las rotas que dieron y recibieron muchas veces que con los fieles vinieron á las manos. Estaban divididos debajo de muchos señores y caudillos hasta tanto que en tiempo del emperador Andrónico un cierto Otoman, hijo de Zico, hombre, bien que de baja suerte, de grandes fuerzas y ánimo, con dar la

muerte á muchos de aquellos señores y maltratar á otros, se hizo señor de todos los turcos, que andaban desparcidos á manera de alarbes. Este fué el primer fundador del imperio de los turcos, tan extendido en nuestro tiempo, y de quien la familia de los Otomanos tomó este apellido. Deste por continua sucesion traen su descendencia aquellos emperadores, en que los hijos muchas veces han heredado el estado de los padres, por lo menos los hermanos se han sucedido uno á otro, como se ve por el árbol de su genealogía, que pareció poner en este lugar. Otoman tuvo un hijo que le sucedió en el imperio, por nombre Orcanes, al cual sucedió su hijo Amurates; á este Bayacete, su hijo, muy nombrado por la jornada que tuvo con el Taborlan y por su grande desgracia, que fué vencido y preso en aquella batalla. Bayacete tuvo un hijo, por nombre Calapino, que le sucedió, y á Calapino dos hijos suyos, uno en pos de otro, que se llamaron el primero Moisés, el segundo Mahomad; hijo deste Mahomad fué Amurates, aquel que, cansado de las cosas del mundo, renunció el imperio y se retiró á hacer vida sosegada en lo mejor de su edad y cuando su imperio llegaba á la cumbre, cosa que le dió mas nombradía que todas las otras hazañas que acabó, bien que fueron muy grandes; bienaventurado si por la verdadera y católica religion menospreciara las riquezas y grandeza de aquel estado. En lugar de Amurates fué puesto su hijo Mahomad, el que, pasados mas de cien años adelante deste en que vamos, se apoderó por fuerza de armas de la gran ciudad de Constantinopla. A Mahomad sucedió Bayacete; luego Selim; tras este Soliman; despues otro Selim; últimamente Amurates, y otro Selim, y al presente Mahomad, abuelo, padre y hijo que por su órden heredaron aquel imperio. Desta manera y por estos grados y de tan flacos principios se ha extendido el imperio de los turcos, acrecentado y engrandecido por descuido y poquedad de los nuestros, mayormente por las discordias que entre sí han tenido, sin saberse conformar ni juntar las fuerzas contra el comun enemigo de la cristiandad.

CAPITULO XIV.

Que los catalanes acometieron el imperio de Grecia.

Luego que los turcos se hobieron enseñoreado de gran parte de la Asia Menor, comenzaron á poner sus pensamientos en lo de Europa y en la Romania, que antiguamente se llamó Tracia. Enfrenólos por algun tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar, aledaño destas dos provincias; que por lo demás los griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo, que fácilmente pudieran salir con su pretension; los regalos y deportes de todas suertes tenian abatido el valor de aquella gente. En la paz eran revoltosos, blasonaban largo; pero para la guerra eran muy flacos, propias condiciones de gente cobarde. Considerado pues el gran peligro que las cosas corrian, el emperador Andrónico determinó de ampararse á sí y á su imperio y valerse de ayudas y socorros de fuera. Los catalanes, despues que se asentó en Sicilia la paz entre los príncipes, segun arriba queda contado, por no sufrir el reposo como gente acostumbrada á andar siempre en la guerra, dieron en ser cosarios por el mar, y en esto se ejercitaban. Fué llamado de Grecia Rugier de Brindez, el principal capitan de los catalanes, debajo de grandes promesas que aquel Emperador le hizo. Era este varon muy insigne en el arte militar, y que tenia adquirida gran fama por sus grandes proezas. Traia su origen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y continuo del emperador Federico; tuvo en Brindez muchas posesiones, y en servicio de Coradino fué muerto en la batalla de Manfredonia. Su hijo fué primero caballero de la órden de los templarios, despues sirvió á don Fadrique, rey de Sicilia, en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentía en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fué conocido aun acerca de los extranjeros. Con licencia pues de su Rey fué al llamado de los griegos á Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban diez y ocho galeras, mil y quinientos caballos y hasta cuatro mil infantes; pequeño ejército para tan grande empresa; pero todos eran de extremado valor, soldados viejos de grande experiencia y los que mantuvieron todo el peso de la guerra de Sicilia y ganaron tantas victorias. Llegada que fué esta armada á Constantinopla, dieron á Rugier por mujer una hija del emperador de Zaura y de una hermana de Andrónico y el primer lugar y autoridad despues del Emperador; añadiéronle á esto título y nombre de Gran Capitan, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos, pasaron con su armada lo mas cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron pasaron á cuchillo tres mil hombres de á caballo de los turcos y diez mil infantes. Tras esto en la Frigia, y en le Meonia, donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los turcos junto á Filadelfia, ciudad señalada por el rio Pactolo que con hermosas y deleitables riberas la riega; sucedióles tan prósperamente como en la batalla pasada; no fué menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente, junto á Dania, ciudad de la provincia de Cilicia, no léjos de la nombrada Efeso, en el estrecho del monte Tauro, que llaman Puerta de Hierro, trabaron una batalla con los turcos con el mismo esfuerzo y ventura. Estas victorias de presente muy señaladas para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros, de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fué grande, tanto, que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nacion de turcos y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que á mala coyuntura falleció el suegro de Rugier, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tio suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio. Esto puso en necesidad á Rugier de dar la vuelta, mayormente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breve sosegó aquella tempestad muy á su gusto; para esto y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguel Entenza, caballero catalan, el cual, sabido lo que en levante pasaba, acudió con trecientos hombres de á caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luego títulos de Gran Capitan y á Rugier nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra que en aquel imperio se podia dar despues del mismo Emperador; tan grande,

que no la dieran á nadie por espacio de cuatrocientos años. Hasta aquí todo procedia muy prósperamente, si la fortuna ó desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario. Fué así, que los griegos tomaron ocasion de aborrecellos, así bien por envidia destas preeminencias que les dieron como porque los soldados, que invernaban en Calípoli, comenzaron á alborotarse con color que no les pagaban. Derramábanse por la comarca, cometian robos, violencias y adulterios, todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignacion que desto concibió el Emperador fué grande; para vengarse procuraron que Rugier viniese á Adrianópoli con muestras de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fué, descuidado de semejante traicion, le mataron sin respeto de sus muchas hazañas; así es, mas fuerza tiene una injuria para mover á venganza que muchos servicios para sosegar el desgusto, porque la obligacion nos es carga pesada, la venganza descarga de cuidados, además que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompensar con alguna notable deslealtad. Muerto que fué Rugier, grande multitud de griegos se puso sobre la ciudad de Calípoli; los catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de á caballo y veinte mil infantes. Los demás huyeron; ganáronles los reales; cosa maravillosa y que apenas se pudiera creer, si Ramon Montaner, que se halló en estos hechos, no lo afirmara en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguel Entenza en vengar la muerte de Rugier, que llegó con su armada á vista de Constantinopla; taló aquellas marinas, hizo robos de ganados, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego á las alquerías y cortijos de aquella ciudad. A Calojuan, hijo del emperador Andrónico, que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los catalanes con tanto muy bien encaminados sus negocios. En esto una armada de ginoveses debajo la conducta de Eduardo Doria llegó á aquellas partes, que fué causa que el partido de los griegos se mejorase y empeorase el de los catalanes. Con muestra de amistad y confederacion los ginoveses se apoderaron de la armada catalana y prendieron á su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado á los turcos en su favor, cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos. Quedaba Roberto de Rocafort, que estaba en guarda de Calípoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los catalanes hacian grandes correrías, ganaban muchas victorias, así de los griegos como de los ginoveses. Ensoberbecido Rocafort con estos sucesos, no queria reconocer á ninguno por superior; cometia todo género de maldades sin que nadie le fuese á la mano. Entenza, despues que á cabo de mucho tiempo fué puesto en libertad, acudió á Cataluña, donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó aprestó una armada, en que otra vez pasó en Grecia. Llegado que fué, Rocafort no le quiso reconocer por superior, de que resultaron entre ellos discordias y armarse el uno al otro celadas. Sabido el peligro que las cosas corrian por la discordia destos dos capitanes, el rey de Sicilia don Fadrique, por cuyo órden pasaron primeramente á levante, envió á don Fernando, hijo menor del rey de Mallorca, para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia; solo les persuadió que, pues la comarca de Calípoli la tenian destruida, juntadas sus fuerzas, marchasen la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Tracia á los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos rios que junto á ella pasan, es á saber, Neso y Estrimon. En este camino los dos capitanes vinieron á las manos; Berenguel Entenza fué muerto en la pelea con otros muchos. Al infante don Fernando fué forzoso dar la vuelta á Sicilia. En el camino fué preso junto á la isla de Negroponte por ciertas galeras francesas que por allí andaban. Con esta armada puso confederacion Rocafort, como el que tenia entendido no podria alcanzar perdon de los aragoneses ni de los sicilianos; mas era tanta su soberbia, que puesta esta amistad, menospreciaba á los franceses y hacia dellos poco caso. Por esta causa prendieron á él y á un hermano suyo, y vueltos á Italia, los entregaron en poder de Roberto, rey de Nápoles, su capital enemigo, y él los mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron; castigo muy merecido por sus maldades. Don Fernando de Mallorca andaba mas libre, porque su prision no era tan estrecha, y poco despues á instancia de los reyes de Aragon y Sicilia fué puesto en libertad. Llegó á Mecina, donde casó con doña Isabel, nieta de Luis, el postrer príncipe de la Morea, francés de nacion, y que poco antes falleció sin dejar hijo varon. Partidos que fueron de levante los franceses, los catalanes, que todavía quedaban algunos, por do quiera que iban, todo lo asolaban. Sucedió que Gualtero de Brena, duque de Atenas, del linaje de los franceses, tenia guerra con algunos señores comarcanos. Este convidó á los catalanes para que le ayudasen. Poco les duró la amistad; con color que no les pagaba, se amotinaron y en cierta refriega, muerto el Duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron á saco. Verdad es que el nombre de duque de aquella ciudad reservaron para don Fadrique, rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabian muy bien el riesgo que corrian si no les venia socorro de otra parte. Aceptó pues el rey don Fadrique aquella oferta y envió gobernadores para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él despues en su testamento á don Guillen, su hijo menor; á este sucedió don Juan, su hermano; á don Juan don Fadrique, su hijo, por cuya muerte, que falleció sin dejar sucesion, recayó este principado en el rey de Sicilia don Fadrique, bisnieto del primer don Fadrique, por cuyo mandado fueron los catalanes á Grecia la primera vez. De aquí los reyes de Aragon se intitulan, como reyes que son de Sicilia, duques de Atenas y Neopatria hasta nuestra edad; estados de título solo y sin renta. Fué esta guerra muy señalada por el esfuerzo de los soldados, por las batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente, por los muchos años que duró, que llegaron á doce no menos. Cosa maravillosa que se pudiese mantener tan poca gente tan léjos de su tierra, rodeada de tantos enemigos y dividida entre sí con parcialidades

y bandos perpetuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció escribiese al rey de Aragon muy apretadamente forzase á los catalanes por sus edictos á salir de Grecia. Hizo instancia sobre esto á ruego de Cárlos de Valoes, que poseia en la Morea algunas ciudades en dote con su mujer, demás de las lágrimas y quejas ordinarias que le venian de los naturales de aquella tierra, que se quejaban y plañian ser maltratados con todo género de molestias ellos y sus haciendas, hijos y mujeres por un pequeño número de ladrones, gente mala y desmandada.

CAPITULO XV.

Del pontífice Juan XXII.

Los dos años siguientes fueron señalados por los nuevos reyes que en Francia hubo y por la vacante de Roma, que duró dos años y casi cuatro meses. Fué así, que el rey Luis Hutin de una grave dolencia que le sobrevino falleció en el bosque de Vincena, que es cuatro millas de la ciudad de Paris, á los 5 dias del mes de junio, año del Señor de 1315. De su primera mujer Margarita, hija del duque de Borgoña, tuvo una hija, que se llamó Juana. La dicha Margarita fué convencida de adulterio; así dentro de la prision donde la tenian la mandó ahogar. A todos les pareció esta justa causa de dolor y tristeza; y es cosa de admiracion que en un mismo tiempo fueron acusadas de adulterio tres nueras del rey Filipo el Hermoso; demasiada licencia, deshonestidad y soltura notable para unas señoras tan principales. Las dos dellas, es á saber, las mujeres de Luis y de Cárlos fueron convencidas en juicio. A los adúlteros cortaron sus partes vergonzosas, y desollados vivos, los arrastraron por las calles y plazas públicas, finalmente los ahorcaron. Casó la segunda vez con Clemencia, hija del rey de Hungría, que quedó preñada al tiempo que su marido falleció, y parió un hijo, que se llamó Juan, con esperanza heredaria el reino de su padre; pero muerto el niño dentro de veinte dias, Filipo, su tio, que tenia por sobrenombre el Largo, y hasta entonces era gobernador del reino, de consentimiento de todos los estados se coronó y tomó las insignias reales. A la infanta doña Juana excluyeron de la herencia y reino de su hermano por la ley Sálica, ora fuese verdarera, ora de nuevo fingida ó ampliada en favor y gracia del mas poderoso. Las palabras de la ley son estas: En la tierra Sálica, quiere decir de los francos, no sucedan las mujeres. Del reino de Navarra no podia ser despojada, por considerar que su abuela del mismo nombre le hobo pocos años antes por razon de herencia. Mayor alteracion resultó sobre el pontificado romano. Los cardenales italianos procuraban con todas sus fuerzas que se eligiese un pontífice de su nacion y que la silla pontifical se tornase á Roma. Sobrepujaban en número los franceses, y salieron finalmente con su pretension. En Carpentraz, ciudad de la Francia Narbonense y del condado de Aviñon, do Clemente, pontífice, falleció, mientras estaban en conclave sobre la eleccion del nuevo pontífice, se alborotó gran número de la gente de la tierra, y comenzaron á quebrantar las casas de los italianos y á roballas, apoderárense de la ciudad y pusieron en huida á los cardenales de ambas naciones. Las cosas amenazaban scisma. De allí á mucho tiempo se tornaron á juntar en Leon de Francia. En aquella ciudad Jacobo Osa, de nacion francés, cardenal y obispo portuense, fué elegido por sumo pontífice á los 7 dias del mes de agosto el año 16 de aquel siglo y centuria. Tomó por nombre en su pontificado Juan XXII. Hizo á Tolosa y á Zaragoza sillas metropolitanas con deseo de hacerse grato á los franceses y aragoneses. A Zaragoza le dió por sufragáneas las iglesias de Pamplona, Calahorra, Huesca, Tarazona, que todas y la misma Zaragoza eran sufragáneas de Tarragona. A Cahors, ciudad de Francia, hizo silla obispal; esta honra quiso hacer á su patria. Canonizó á santo Tómas de Aquino, teólogo prestantísimo de la órden de los Predicadores, y á san Luis, obispo de Tolosa. Este fué hijo de Cárlos, el mas Mozo, rey de Nápoles, cuñado del rey de Aragon. Estas cosas ilustraron mas que otra alguna el largo pontificado deste Papa, demás de las anatas que impuso primeramente sobre los beneficios eclesiásticos. En Castilla no tenian las cosas sosiego, y sin embargo, acudian á hacer la guerra contra los moros. Azar, no pudiendo sufrir la gran caida que habia dado y la vida particular en que vivia, aunque harto mas dichosa de la que antes tenia, usurpaba el título de rey contra el concierto antes hecho. Este, como mas flaco de fuerzas, y que no tenia poder bastante para contrastar con su enemigo, pretendia valerse de los cristianos. A los nuestros no estaba mal acudir á aquel Rey, que era su confederado, demás de la ocasion que se ofrecia de sujetar por medio de aquellas revueltas toda aquella nacion. Acordaron pues de hacer guerra á los moros; el cuidado se encomendó al infante don Pedro, así por tener edad á propósito como por estar de su parte muchos de entre los moros á causa de la confederacion que poco antes con ellos asentó. Demás que el infante don Juan, su tio, se hallaba embarazado y triste por la muerte de don Alonso, su hijo mayor, que le sobrevino al principio desta guerra en un pueblo llamado Morales cerca de la ciudad de Toro. Su cuerpo sepultaron en la ciudad de Leon en la iglesia de Santa María de Regla. Por el mismo tiempo don Fernando de Mallorca, como en la Morea pretendiese recobrar el estado y dote de su mujer, y para esto ayudarse de los catalanes, pasó desta vida en lo mas recio de la guerra. Su cuerpo traido á España le enterraron en Perpiñan en el monasterio de Santo Domingo. Este fin tuvo aquel caballero, persona de las mas señaladas que en aquel tiempo se hallaban. Dejó de su mujer un hijo muy pequeño, llamado don Jaime como su abuelo. El infante don Pedro, llegado al Andalucía, no cesaba de apercebirse de todo lo necesario para la guerra. Estaba la ciudad de Guadix muy falta de bastimentos; que los moros habian talado todos aquellos campos. Deseaban los cristianos proveelles de lo necesario, pero los bastimentos y recua que tenian juntado era necesario que pasase por tierras de los enemigos, y por esta causa que llevase mucha escolta. Acudieron los maestres de Santiago y Calatrava, juntóse gran golpe de gente y el mismo Infante por caudillo principal. Saliéronles al encuentro hasta un pueblo llamado Alaten la gente de á caballo de Granada en gran número y muy gallarda, y por su caudillo Ozmin, soldado muy señalado. Acometieron los de la una y de la otra parte con grande ánimo; tra-

bóse la batalla, que fué muy reñida y al principio dudosa. Mas al fin el campo quedó por los fieles con muerte de mil y quinientos jinetes moros que perecieron en la refriega y en la huida, entre ellos cuarenta de los mas nobles de Granada, por donde aquella rota fué para los moros de gran tristeza y dolor. Ganada esta victoria, todo lo demás se allanó. Guadix quedó bastecida; y dos fuerzas, es á saber, Cambil y Algabardos, se ganaron de los moros por fuerza de armas. Este buen suceso, que debiera ser parte para ganar las voluntades y favor de todos, fué ocasion en muchos de envidia y de buscar maneras para desbaratar los intentos del Infante; su tio don Juan de secreto atizaba á los demás. Buscaban algun color para salir con lo que pretendian. Parecióles el mas á propósito pedir á los gobernadores diesen fiadores y pusiesen en tercería algunos pueblos de sus estados para seguridad que gobernarian bien el reino y las rentas reales. Juntáronse sobre esta razon Cortes, primero en Búrgos, y despues en Carrion. Salieron con todo lo que pretendian, prueba con que se descubrió mas el valor y virtud del infante don Pedro. Tratóse demás desto de recoger algun dinero por la gran falta que dél tenian. Los naturales no podian oir que se tratase de nuevas derramas, por ser muchos los pechos que el pueblo pagaba; pero todo se consumia en la guerra contra los moros y en sosegar las revueltas que en el reino andaban. Pareció buena traza acudir al Pontífice nuevo, y por sus embajadores suplicalle concediese las décimas de las rentas eclesiásticas para proseguir la guerra contra los moros. Demás desto, otorgase indulgencia y la cruzada á todos los que á sus expensas para aquella guerra tomasen las armas. Lo uno y lo otro concedió el Pontífice benignamente. Los pueblos al tanto acudieron con alguna suma de dineros. Con esto nuestro ejército se aumentó, y por tres veces hicieron entradas en tierra de moros, con que trabajaron aquella comarca y trajeron presas de gente y de ganado, en que pasaban tan adelante, que llegaban á vista de la misma ciudad de Granada. Los moros esquivaban de venir á batalla, la cual mucho deseaban los nuestros. Trataron los moros de cercar á Gibraltar, pero previnieron sus intentos, ca la bastecieron muy bien de gente y vituallas; por esto los bárbaros desistieron de aquella demanda, y al contrario, la villa y castillo de Belmes se ganó de los moros. Corria en esta sazon el año del Señor de 1316, en que por muerte de Rocaberti, arzobispo de Tarragona, por votos de aquel cabildo, como entonces se acostumbraba, salió elegido el infante don Juan, hijo tercero del rey de Aragon. Acudieron al Padre Santo para que confirmase la eleccion; nunca lo quiso hacer; no refieren las causas que para ello tuvo; puédese sospechar que por alguna simonía, ó lo mas cierto por no tener el Infante edad bastante. No se usaba entonces tan de ordinario dispensar en las leyes eclesiásticas á contemplacion de los príncipes. Los pontífices tenian cierta entereza y grandeza de corazon para contrastar á las codicias desordenadas de los mas poderosos reyes y emperadores. En fin, hobieron de desistir de aquella pretension y pasar á don Jimeno de Luna, que era arzobispo de Zaragoza, á la iglesia de Tarragona. Don Pedro de Luna fué proveido en el arzobispado de Zaragoza, y al infante don Juan dieron el abadía de Montaragon, que vacó por la promocion del nuevo arzobispo don Pedro.

CAPITULO XVI.

Los infantes don Pedro y don Juan murieron en la guerra de Granada.

El año siguiente de 1317 con diversas embajadas que el rey de Aragon envió sobre el caso alcanzó últimamente del sumo Pontífice que de los bienes que los templarios solian tener en el reino de Valencia se fundase una nueva caballería debajo la regla del Cistel y sujeta á la órden de Calatrava, aunque con su maestre particular. Señaláronle por hábito y por divisa una cruz roja simple y llana en manto blanco. El principal asiento y convento se fundó en Montesa, de donde tomó el apellido. La renta no era mucha; en las hazañas contra los moros, que corrian aquellas marinas de Valencia, no se señalaron menos que las otras órdenes. Desde á poco eso mismo en Portugal por concesion del mismo Pontífice se fundó otra milicia, que llaman de Cristo, la mas señalada de aquel reino. La insignia que traen es una cruz roja con unos torzales blancos por en medio. Aplicaron á esta milicia los bienes y tierras que en aquel reino tenian los templarios. Su principal asiento y convento al principio fué en Castro Marin; adelante se pasaron á Tomar. Todo esto iba bien encaminado, si el sosiego de que los portugueses gozaban de mucho tiempo atrás no se comenzara á enturbiar con alborotos que dentro del reino resultaron. El infante don Alonso estaba desgustado con el rey Dionisio, su padre; lo que le desasosegaba era la ambicion y deseo de reinar, enfermedad mala de curar; dado que se publicaban otras quejas, es á saber, que don Alonso Sanchez, hijo bastardo del Rey, tenia mas cabida con su padre de lo que la razon pedia; que era mayordomo de la casa real; que se hallaba en las consultas de los negocios mas importantes; finalmente, que todo colgaba de su parecer y voluntad; lo mas áspero de todo que á su persuasion trataban de desheredar al mismo don Alonso. Estas quejas y colores, fuesen verdaderos ó falsos, luego que se divulgaron dieron ocasion á muchos de apartarse del Rey, los que hacian mas caso de sus particulares esperanzas que del respeto y lealtad que debian á su señor. Los grandes y ricos hombres divididos. Don Alonso se apoderó de las ciudades de Coimbra y de Porto; todos los forajidos, ladrones, homicianos y facinorosos hallaban en él acogida y amparo. La paciencia del Rey fué muy señalada, que pasaba por todo por ver si por buena via se podria apartar su hijo del camino que llevaba. Entendia muy bien que si venian á las manos, de cualquiera manera que sucediese, alcanzaria tanta parte del daño y de la desgracia á los unos como á los otros. Esto cuanto á Portugal. En Aragon falleció en este tiempo la reina doña María. Esta señora era hermana del rey de Chipre, y el año próximo pasado la trujeron de aquella isla para que casase con el rey de Aragon. Las bodas se celebraron en Girona, y las honras de su enterramiento en Tortosa, do en el año del Señor de 1318 al fin del mes de marzo murió. Enterróse en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. El año próximo 1319 fué muy señalado por dos cosas notables que en él acaecieron: la una el desastrado fin de los dos infantes don Juan y don Pedro,

gobernadores de Castilla; la otra fué la renunciacion de don Jaime, heredero de Aragon. El infante don Juan sentia en el alma que su competidor don Pedro fuese creciendo cada dia mas en poder y autoridad; sus esclarecidas hazañas se la daban y virtudes sin par. No podia llevar en paciencia que todos los negocios, así de paz como de guerra, le acudiesen. Lo que mas le punzaba era que don Pedro solo administraba las décimas que se concedieron por el Papa de las rentas eclesiásticas sin dalle parte. Don Pedro, cuanto las cosas por él hechas eran de mas valor y estima, tanto menos le parecia que era justo sufrir agravios é injurias de nadie. Si iba adelante esta competencia, se echaba de ver que vendrian sin duda á rompimiento y á las manos. A fama y color de la guerra con los moros tenia levantada don Juan mucha gente en toda tierra de Campos y Castilla la Vieja. La Reina con su industria y saber puso fin á estas pasiones; en Valladolid, donde á la sazon se tenian Cortes del reino, los concordaron desta manera: que ambos acometiesen la morisma por dos partes, dividido el ejército y el dinero al tanto para las pagas. Lo que prudentemente se ordenó desbarató otro mas alto poder. En estas Cortes don fray Berenguel, poco antes instituido en arzobispo de Santiago por el pontífice Juan, por comision suya y en su nombre propuso el negocio de don Alonso de la Cerda, y amenazó que procederia con censuras y todo rigor si no obedecian á demanda tan justa. Hacia lástima ver un caballero como aquel, nacido con esperanza de reinar, derrocado de su grandeza, pobre, ahuyentado, vagabundo. Es perversa la naturaleza de los hombres, que muchas veces y con grande ahinco torna á desear lo que antes desechaba y menospreciaba, con igual desatino en lo uno y en lo otro y temeridad. Así le acaeció á don Alonso de la Cerda, que ahora tornaba á pedir la posesion de aquellos lugares que los años pasados le fueron adjudicados y él los menospreció. Los grandes daban sus excusas; decian estar juramentados, y que conforme al pleito homenaje que hicieron, no podian en ninguna manera consentir en cosa que fuese en daño y diminucion del patrimonio real, entre tanto que el Rey no tuviese edad competente. Lo que se pudo alcanzar fué que á don Fernando, hermano de don Alonso, le diesen cargo de mayordomo de la casa real, frívola recompensa de tantos daños. Con tanto, la Reina se fué á Ciudad-Rodrigo para verse con el infante don Alonso de Portugal, su yerno, y hacer las amistades entre él y su padre. Todo el trabajo que en esto se tomó fué perdido. Los infantes don Pedro y don Juan se partieron para el Andalucía cada uno por su parte. Ismael, rey de Granada, determinó de apercebirse contra esta tempestad de la ayuda de los africanos; para esto dió al rey de Marruecos á Algecira y Ronda con todos los lugares de su contorno, cosa que era á propósito para los intentos de ambas las partes, dado que el de Granada compraba caro la amistad de la gente africana. Don Pedro ganó por fuerza de armas la villa de Tiscar, que está en un sitio muy áspero y fuerte de su naturaleza, y que tenia gran copia de gente. El castillo rindió Mahomad Andon, cuya era la villa. Parecia que con esta victoria se mejoraba mucho nuestro partido, que la guerra y todo lo demás sucederia muy bien; mas el infante don Juan con desordenada ambicion de los lo desbarató todo y acarreó la ruina y perdicion para sí y todos los demás y gran pérdida para toda España. Estaba en Vaena muy codicioso de mostrar su gallardía; determinó de pasar adelante con su gente hasta ponerse á la vista de Granada. Desatinado acuerdo por el tiempo tan trabajoso del año y los grandes calores que hacia. Verdad es que en Alcaudete se juntaron los dos infantes con toda su gente, en que se contaban nueve mil de á caballo y gran número de infantes. Entran por las tierras de los moros, destruyen y talan cuanto topaban. Don Juan regia la avanguardia, deseoso grandemente de señalarse; don Pedro la retaguardia, y en su compañía los maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara y los arzobispos de Toledo y Sevilla, la flor de Castilla en nobleza y en hazañas. Tomaron la villa de Alora; pero por la priesa que llevaban quedó el castillo por ganar. Un sábado, víspera de San Juan Bautista, llegaron á vista de Granada; estuviéronse en sus estancias aquel dia y el siguiente sin hacer cosa de momento. El dia tercero, vistas las dificultades en todo, comenzaron á retirarse, don Pedro en la avanguardia, y don Juan en el postrer escuadron con el bagaje. Avisados los moros desta retirada, salieron de la ciudad hasta cinco mil jinetes y gran multitud de gente de á pié mal ordenada; su caudillo era Ozmin. No llevaban esperanza de victoria ni intento de pelear, sino solamente como quien tenia noticia de la tierra, pretendian ir picando nuestra retaguardia. Hallábanse los nuestros alejados del rio al tiempo que el sol mas ardia, sin ir apercebidos de agua, cosa que á los moros presentaba ocasion de acometer alguna faccion señalada. Embistieron pues con ellos, trabóse la pelea por todas partes, no se oia sino vocería y alaridos de los que morian, de los que mataban, unos que exhortaban, otros que se alegraban, otros que gemian, ruido de armas y de caballos. Don Pedro, oidas aquellas voces, revolvió con su escuadron para dar socorro á los que peleaban. Los soldados desparcidos y cansados apenas podian sustentar las armas, no habia quien rigiese ni quien se dejase gobernar. Empuñada pues la espada y desnuda, como quier que el infante don Pedro animase su gente, con el trabajo y pesadumbre que sentia y la demasiada calor que le aquejaba, mal pecado, cayó repentinamente desmayado, y sin podelle acudir rindió el alma. Lo mismo sucedió al infante don Juan, salvo que privado de sentido llegó hasta la noche. Publicada esta triste nueva por el ejército, los soldados lo mejor que pudieron se cerraron entre sí y se remolinaron. Los moros por entender que pretendian volver á la pelea, robado el bagaje, se retiraron. Esto y la escuridad de la noche que sobrevino fué ocasion que muchos de los fieles se pusieron en salvo. Los cuerpos de los Infantes llevaron á Búrgos y allí los sepultaron. Don Juan dejó un hijo de su mismo nombre, al cual por la falta natural que tenia llamaron vulgarmente don Juan el Tuerto; las costumbres no hicieron á la presencia ventaja. Doña María, mujer del infante don Pedro, en Córboba, do quedó muy cargada, parió una hija, por nombre doña Blanca, de cuya tutela y del gobierno del estado, que por muerte de su padre heredara, se encargó Garci Laso de la Vega, merino mayor de Castilla, y que tuvo grande familiaridad y privanza con el difunto. Tras esto desgracia tan grande se siguieron nuevas disensiones, causadas de las competencias que nacieron entre las

grandes de Castilla sobre el gobierno del reino, que cada cual pretendia y todos deseaban salir con él, ora fuese por buenas vias, ora por malas. A la misma sazon Aragon se alteró por un caso muy extraordinario. Fué así, que don Jaime, hijo mayor de aquel Rey, estaba determinado de renunciar su mayorazgo y herencia. Las causas que le movieron para tomar esta resolucion no se saben. Sus costumbres mal compuestas y la severidad de su padre pudieron dar ocasion á cosa tan nueva. Recibió el Rey gran pena desta determinacion; rogóle y mandóle como á hijo no hiciese cosa con que amancillase su fama y fuese ocasion á su patria y á su padre de perpetua tristeza. Hablóle cierto dia en esta sustancia: «Mi vejez, dice, no puede ya dar á mis vasallos cosa mas provechosa que un buen sucesor, ni tu mocedad les puede ayudar mejor que con selles buen príncipe. Con este intento procuré fueses enseñado desde tu primera edad en costumbres reales; no parecia faltarte natural para ser digno del cetro, aunque no fueras hijo del Rey como lo eres. Teníate aparejada para mujer una nobilísima doncella, que ha sido de mí tratada como quien es, con casa y estado muy principal. Si á esto se puede añadir algo, yo soy presto de lo hacer; pero veo que mi esperanza me ha burlado, y á tí ha estragado el sobrado regalo para que en esa edad rehuses tomar sobre tus hombros el gobierno que yo sustento en lo postrero de la mia. ¿Por ventura es justo anteponer tu particular reposo al pro comun, á la obediencia que debes á tu padre y al juramento con que nos obligamos que doña Leonor, tu esposa, de quien tú debieras tener compasion, ha de ser tu mujer y reina de Aragon? Por ventura te cansa esperar la muerte deste triste viejo, que ya segun órden natural no le pueden quedar muchos dias? Puesto que alegues otras causas, la codicia de reinar es la que te punza y reduce á estos términos. Nadie puede poner ley á la voluntad de Dios, de quien dependen los años y la vida; lo que es de mi parte, yo desde luego de muy buena gana te renuncio el reino. Solo te ruego te apartes de ese propósito, que no puede dejar de ser enojoso á mí y á nuestra comun patria. Así te lo pido por Dios y por todos los santos que están en el cielo te lo amonesto y te lo aconsejo; y advierte que con esa acelerada priesa no te despeñes de suerte, que cuando quieras no tengas reparo ni te quede remedio de volver atrás.» A todas estas razones el determinado mancebo respondió en pocas palabras que él estaba resuelto de seguir aquel su parecer y trocar la vida de rey, sujeta á tantas miserias, con el reposo de la particular y bienaventurada. Con esto en la ciudad de Tarragona en las Cortes que allí se juntaron hizo renunciacion en pública forma del derecho que tenia á la sucesion á los 23 dias del mes de diciembre. Halláronse presentes á este auto muchos grandes y prelados, entre los demás el infante don Juan de Aragon, electo de Toledo por muerte del arzobispo don Gutierre II, que finó á los 4 de setiembre. Su mucha virtud y la diligencia de don Juan Manuel, su cuñado, le ayudaron á subir á aquella dignidad. Hecha la renunciacion, don Jaime luego tomó el hábito de Calatrava, despues se pasó á la órden de Montesa. Doña Leonor, su esposa, fué enviada doncella á Castilla. Sobre este hecho hobo diversas opiniones, unos le alababan, otros le reprehendian; sus costumbres y torpeza y la vida suelta que despues hizo dieron muestra que, no por deseo de darse á la virtud y piedad renunciaba el reino, sino por su liviandad y ligereza. Por la cesion de don Jaime entró en aquel derecho de la sucesion don Alonso, su hermano, hijo segundo del Rey, que á la sazon en doña Teresa, su mujer, tenia un hijo sietemesino, niño de pocos dias, llamado don Pedro. El dote desta señora fué el condado de Urgel, que le dejó en su testamento don Armengol, su tio, hermano de su abuela. Desta forma en un mismo tiempo los reinos de Portugal y Aragon fueron trabajados con desabrimientos domésticos de padres á hijos, y dado que los propósitos de los dos hijos de aquellos reyes eran diferentes, pero la tristeza y daño de los padres corrieron á las parejas y fueron iguales.

CAPITULO XVII.

De la muerte de la reina doña María.

El daño que los nuestros recibieron en Granada fué ocasion que los moros soberbios y pujantes y deseosos de seguir la victoria ganaron á Huescar en el adelantamiento de Cazorla, y á Ores y á Galera, pueblos que eran de los caballeros de Santiago. Por otra parte, se apoderaron por fuerza de Mártos, villa fuerte y buena, en cuyos moradores ejecutaron todo género de crueldad sin respeto alguno ni hacer diferencia de mujeres, niños ni viejos, salvo que muchos escaparon en el peñasco que allí cerca está y en la fortaleza. En Castilla andaban grandes alborotos, nuevas esperanzas de muchos; todos los que en nobleza y estado se adelantaban pretendian apoderarse del gobierno del reino. La reina doña María, por lo que se capituló los años pasados, pretendia tocalle todo el gobierno, y con deseo de apaciguar estas alteraciones despachó sus cartas á todas las ciudades, en que les amonestaba no se dejasen engañar de nadie en menoscabo de su honra y de la lealtad á que eran obligados. Sin embargo, por ser mujer era de muchos tenida en poco; parecíales no tenia fuerzas bastantes para peso tan grande. Muchos de los grandes en un mismo tiempo pretendian apoderarse de todo; los principales, entre otros, eran el infante don Filipe, tio del Rey, don Juan Manuel y el otro don Juan el Tuerto, señor de Vizcaya; todos muy poderosos y que poseian grandes riquezas y nobilísimos por la real prosapia de que descendian. A estos se entregó el cuidado y mando del reino, no de comun consentimiento de los pueblos, antes andaban divisos en bandos y pareceres; todas las cosas se hacian inconsideradamente y como á tiento. Juntáronse las ciudades y villas, no todas en uno, sino segun las comarcas y provincias; grandes miedos se representaban y peligros. Resultó destas juntas que á don Filipe señaló el Andalucía para que los gobernase; el reino de Toledo y la Extremadura á don Juan Manuel; la mayor parte de Castilla la Vieja seguian á don Juan, señor de Vizcaya. Dentro de las ciudades se vian mil contiendas por los bandos que cada uno seguia. Mudábanse á cada paso los gobiernos; los mismos se aficionaban, ora á una parte, ora á otra, conforme como á cada cual le agradaba. El vulgo con la esperanza del interés se vendia al que mas le daba, vario como suele é inconstante en sus propósitos. De aquí se seguia libertad para

cometer todo género de maldades, muertes, robos y latrocinios; miserable avenida de calamidades. Los mas poderosos atropellaban á los pequeños. Los que regian la república y la gente principal usurpaban para sí las rentas y patrimonio real; infame latrocinio y torpísimo robo. Finalmente, ningun género de desventura se puede pensar que no padeciese aquella provincia. Don Fernando de la Cerda tenia pocas fuerzas y era tenido de todos por sospechoso, y por las antiguas competencias del reino no hacian cuenta dél; determinó de allegarse á don Juan, señor de Vizcaya. A los 1320 años iban las cosas por esta órden en Castilla. Este año se consagró en la ciudad de Lérida don Juan, hijo del rey de Aragon, en arzobispo de Toledo, con grande alegría de ambos reinos, grandes esperanzas y grande aplauso por pronosticar que aquel pontificado seria próspero, justo y dichoso. La reina doña María todavía no dejaba de recelarse que la venida de un príncipe como aquel podria enconar mas los ánimos de su gente que sanallos. Estas sospechas cesaron con las cartas que el Papa envió á la reina doña María, y se le quitó del todo aquel miedo, porque la prometia que todo estaria sosegado y muy en su favor. Con los prelados de Aragon tuvo el nuevo Arzobispo grandes diferencias sobre la preeminencia de la iglesia de Toledo. Llevaba su cruz delante, que es prerogativa de aquella dignidad. Esto pretendia él selle concedido como á primado de las Españas, así por derecho y costumbre antigua como por nueva confirmacion y privilegio de los sumos pontífices. Los prelados de Tarragona y de Zaragoza que se hallaron á su consagracion lo contradecian. Alegaban que estaba este negocio en litispendencia, y aun no por sentencia determinado. Andando en estos debates, como quiera que el arzobispo de Toledo no mudase de propósito, determinado de conservar la dignidad de su iglesia y confiado en el favor de su padre, el obispo de Zaragoza, donde entonces hacia el rey de Aragon Cortes de su reino y estos prelados acudieron, pronunció contra el de Toledo sentencia de excomunion; mandó cerrar todas las iglesias y puso entredicho público; increible osadía, confianza singular. El color que se tomó fué una constitucion que hicieron los prelados de aquella corona los años pasados, en que, so pena de descomunion, se mandaba ningun prelado en provincia ajena llevase cruz delante; este era el color y la capa para aquella determinacion. Grande fué el enojo que desto recibió el rey de Aragon por ver á su hijo maltratado dentro de su reino y delante de sus ojos. Envió sobre ello cartas al sumo Pontífice llenas de acedia y de mil amenazas; segun la saña hiciera algun sentimiento si los suyos no le metieran por camino con decir que en aquello se trataba de la dignidad de sus iglesias y reino, y que no era justo, por favorecer un particular negocio de su hijo, defraudase y atropellase los públicos. Con esto parece que se amansó el furor que en su ánimo tenia concebido. La respuesta que dió el sumo Pontífice fué ambigua, con que tuvo suspensas entrambas las partes; porque de tal manera reprehendia el atrevimiento que el de Zaragoza tuvo y mandó reponer lo hecho, que ordenó otrosí fuese absuelto el arzobispo de Toledo de la descomunion, por si acaso fué justa. Partido el nuevo Prelado de Aragon y llegado á Toledo, de tal manera se hobo con don Juan Manuel, su cuñado, casado con su hermana mayor doña Costanza, que el recelo que tenian no le favoreciese demasiadamente de todo punto se quitó. De primera llegada no quiso que en su arzobispado cobrase las rentas reales, cuya administracion él pretendia pertenecelle, de donde resultó entre ellos un odio inmortal. A la misma sazon los navarros, que todavía estaban sujetos á Francia, fueron muy maltratados en Vizcaya. Falleció Filipe el Largo, rey de Francia, á 2 de junio, año de 1321 sin dejar sucesion; heredó el reino su hermano Cárlos, por sobrenombre el Hermoso, que fué igual á sus hermanos en valor; en la liberalidad, fortaleza y apostura sin par. En tiempo deste Rey los vizcaínos de rebato se apoderaron del castillo de Gorricia, que cae en aquella parte que llaman Guipúzcoa. Pretendian que aquel castillo era suyo y que los navarros le poseian á sinrazon. Acudieron de Navarra sesenta mil hombres, si los números ó la fama no están errados, llegaron á los 19 de setiembre á Beotivara. Los vizcaínos hasta ochocientos en número, como quier que se apoderasen de las estrechuras y hoces de aquellos montes, dende con galgas y cubas llenas de piedras que dejaban rodar sobre los navarros los maltrataron de manera, que los desbarataron y hicieron huir con muerte de mas gente que se pudiera pensar de número tan pequeño, demás que cautivaron á muchos. Caudillo de los vizcaínos era Gil Oñiz, de los navarros Ponce Morentaina, francés de nacion y gobernador de Navarra por el rey de Francia. Dan muestra que esta victoria fué de las mas señaladas de aquel tiempo las coplas que hasta hoy dia se cantan y los romances en las dos lenguas castellana y vizcaína compuestos en esta razon. El Papa envió por su legado á Castilla al cardenal Guillelmo, bayonense, obispo sabino, por ver si con su diligencia y con la autoridad pontificia se pudiera poner fin á tantos males. Procuró el Legado se juntasen Cortes en la ciudad de Palencia en el mismo tiempo que la reina doña María, amparo que fué de todo en tiempo de tres reyes y honra de Castilla, cargada de años, falta de salud, llena de congojas por los trabajos tan grandes como se padecian, de una enfermedad que le sobrevino en Valladolid pasó desta vida, 1.° de junio, año de 1322. Muestras de su piedad y religion son el monasterio de las Huelgas, que á su costa fundó en aquella ciudad y ennobleció, de ella misma se mandó enterrar, y otros dos monasterios que fundó, uno en Búrgos, y otro en Toro, sin otros que hizo en diversas partes del reino. Las Cortes de Palencia no parece fueron de efecto. Juntáronse por mandado del legado Guillelmo los obispos de toda Castilla en Valladolid para tener un concilio, que fué muy señalado. En él, á 2 dias del mes de agosto, se promulgaron muchas constituciones saludables; entre otras, descomulga á todos aquellos que en tiempo de Cuaresma ó de las Cuatro Témporas comieren carne y á los que en tales dias la vendieren públicamente; que mientras se celebran los divinos oficios, los que no fueren cristianos no se puedan hallar presentes; pero si los tales se bautizaren, puedan ser ordenados y tener beneficios para remedio de su pobreza; repruébase la purgacion vulgar de que se usaba de ordinario en España. Demás desto, hasta hoy dia se conservan las constituciones que por el mismo tiempo estableció el arzobispo de Toledo don Juan, en que, entre otras cosas, se manda que si

los judíos y moros no se salieron de las iglesias al tiempo que se celebran los divinos oficios, no se pase adelante; que el dinero que se recogiere de la Cruzada se le entregue al Prelado para efecto de emplealle en la redempcion de cautivos y remedio de los pobres; que los sacerdotes digan misa por lo menos cuatro veces al año, y que no la digan sin primero rezar los maitines; que los bienes adquiridos por via de la Iglesia no se puedan dar ni mandar á los hijos, dado que sean habidos de legítimo matrimonio. ¿Quién dice que los sacerdotes y obispos son señores destos bienes y que los pueden dispensar á su voluntad y albedrío? El mismo año el rey de Granada Ismael fué muerto en el Alhambra por los suyos, que se hermanaron contra él; cabeza de los matadores fué el señor de Algecira y Ozmin participante, por estar el uno y el otro muy indignados desde el tiempo que tomaron á Mártos, á causa que al señor de Algecira quitó una cautiva muy hermosa, y á Ozmin mataron un sobrino que él mucho queria en aquel combate. Apenas se sabia la muerte deste Rey cuando Mahomad, su hijo, de edad de doce años, fué puesto en una silla y en hombros llevado por todas las calles de la ciudad y saludado por rey. El gobernador de la ciudad con esta presteza dió muestra de su amor y fidelidad, y hizo que los contrarios quedaron atónitos, como acontece cuando toman al pueblo de sobresalto; que si no hobiera ganado por la mano, los conjurados pensaban poner rey á su voluntad; mas con esta presteza fueron forzados á salirse de la ciudad, y por miedo de ser castigados se desterraron y esparcieron, unos á una parte, y otros á otra.

CAPITULO XVIII.

Que el rey don Alonso el Onceno de Castilla se encargó del gobierno de su reino.

Por la muerte de la reina doña María se doblaron los trabajos, todo era alborotos, muertes y robos. La esperanza de remedio tenian todos puesta en el Rey, si llegase á edad de poder gobernar. En aquella su edad daba ya tales muestras, que parecia seria príncipe muy señalado; los hombres fácilmente favorecen á sus deseos y de buena gana creen lo que querrian. Como llegase pues á edad de quince años, acordó en Valladolid encargarse del gobierno; aunque la edad era flaca para tan grande carga, las cosas no daban lugar á mayor tardanza. Era prudente mas que conforme á su edad; los vasallos, por la natural aficion que tienen á sus reyes, deseaban grandemente que este negocio se apresurase. En particular Garci Laso de la Vega y Alvar Nuñez Osorio, caballeros de mucha prudencia, por la larga experiencia que tenian y por su grande ingenio y maña, procuraban adelantarse en la gracia y favor del Rey con intento de alcanzar perdon de los desafueros que en la larga vacante se habian cometido, de acrecentar sus estados y tambien de ayudar al comun. Recibiólos en su casa, y comenzó á dalles tanta cabida, que en gran parte se gobernaba por su consejo. Con los dos se juntó otro tercero, es á saber, un Juzef, judío, natural de Ecija; despues destos dos caballeros tenia el primer lugar en privanza por ser hombre muy rico y como cabeza de los alcabaleros y arrendadores. Sabia muy bien los caminos de allegar dinero, cosa muy á propósito en aquella apretura, y aun que siempre suele ser ocasion de hacer á hombres semejantes muy agradables á los príncipes. Despachó el Rey sus cartas para los gobernadores del reino, que acudieron con mucha presteza á Valladolid, cada cual con intento de adelantarse y ser el primero en ganalle la voluntad con servicios acomodados al tiempo, bien que los corazones no estaban muy llanos, como se echó luego de ver; porque, quedando solo el infante don Filipe con el Rey, don Juan Manuel y don Juan el Tuerto sin pedir licencia se salieron de la corte. Mostrábanse muy desabridos con color que traian al Rey engañado con malos consejos. Para prevenirse juntaron sus fuerzas contra todo lo que les podia suceder. Hicieron solemne juramento y pleitesía entre sí en esta razon en Cigales; y para que esta confederacion fuese mas firme, se trató de casar á don Juan, señor de Vizcaya, á la sazon viudo por muerte de su primera mujer, con doña Costanza, hija de su compañero don Juan Manuel. La manera con que entre los grandes de Castilla se hacia esta pleitesía antiguamente era esta. Leidas las capitulaciones de la confederacion, uno de los caballeros que se hallaban al concierto, en nombre de los concertados decia estas palabras: «Juro por Dios omnipotente y por su gloriosísima Madre que todo lo que se ha declarado por su órden en el instrumento y escritura pública que se ha leido lo cumplirémos cada uno de nos sin intervenir en ello fraude ni engaño. Que no irémos el uno sin el otro contra nuestros enemigos, ni contravendrémos en alguna guisa á lo que aquí se ha establecido. El que primero á sabiendas lo quebrantare, en aquel mismo dia vos, Dios todopoderoso, le quitad en este mundo la vida, y en el otro atormentad su ánima con crueles y eternas penas; haced que le falten las fuerzas y las palabras, y en la batalla el caballo, las armas, las espuelas y sus vasallos cuando mas lo hobiere menester.» Dicho esto, los que estaban presentes respondian Amen. Otras veces se dividia una hostia consagrada en dos partes, y á cada uno dellos se daba la mitad, y luego se añadian los juramentos y maldiciones. Esta era la mas célebre solemnidad y rito para hacer amistades y alianzas entre los grandes y caballeros, que se guardó por largos años. Tenia puestos en gran cuidado á todos los cortesanos y criados del Rey la avenencia destos dos príncipes; temian que della podrian recrecerse nuevas guerras, quisieran desbaratalla. Buscaban para ello alguna ocasion; parecióles la mejor que el Rey pidiese á don Juan Manuel su hija doña Costanza por mujer. Suelen los príncipes procurar antes el provecho que tener cuenta con su palabra ni con el deber, y allí vuelven la proa de su pensamiento donde mas esperanza se muestra de interés, sin tener cuenta con lo que dellos publicará la fama. Don Juan Manuel con esto se fué secretamente á Peñafiel, villa de su estado, y se entregó todo al Rey, y su hija, puesto que no era de edad para casarse, la puso en su poder. El otro don Juan, muy triste por salille vana su esperanza y verse cogido con sus mismas mañas, determinó de procurar el casamiento de doña Blanca, hija del infante don Pedro, que murió en la guerra de Granada, convidado por la gran dote que tenia, porque era señora de Almazan y Alcocer y las demás villas á la redonda que caen á la raya de Aragon, muy á propósito para las

novedades que él maquinaba. Para estorbar estas pretensiones persuadieron al Rey que despojase á doña Blanca del estado de su padre y de todas sus riquezas. Todas las grandes hazañas tienen mezcla de agravios; pero dícese que las injurias que se hacen á los particulares se recompensan con el público provecho. El principal autor desto fué Garci Laso para mostrarse muy aficionado del Rey con dalle un consejo tan atroz, olvidado de los beneficios y mercedes que del infante don Pedro recibió. Rara es la fe y amistad con los muertos. Don Juan Manuel, vuelto en gracia del Rey, trazaba cómo vengarse del arzobispo de Toledo y armalle alguna celada. Fué así, que el Rey pidió cuenta al arzobispo de Toledo de las rentas y tributos reales; él agraviose mucho desto por entender se encaminaba todo por engaño de su émulo. Dió su satisfaccion al Rey de todo lo por él hecho y las causas que á ello le movieron. Hecho esto, y vuelto á don Juan Manuel, que acaso se halló presente, le maltrató con palabras muy injuriosas; dijéronse el uno al otro grandes baldones y vituperios, segun que la cólera y enojo les atizaba. Apaciguóse por entonces aquella cuestion; y don Juan Manuel, por la preeminencia y autoridad que acerca del Rey tenia, para vengar su afrenta persuadió al Rey que hiciese muchas cosas á disgusto del Arzobispo, en particular que le quitase el cargo de chanciller mayor, que despues de la persona real era el supremo magistrado y honra, y dende tiempo antiguo se daba siempre á los arzobispos de Toledo. No pudo sufrir esta afrenta su ánimo, poco acostumbrado á recebir injurias; y así, mal enojado se partió de la corte y se salió de Castilla, y por medio del Rey, su padre, alcanzó que le mudasen á la iglesia de Tarragona con nombre de patriarca de Alejandría, dignidad de solo apellido. Don Jimeno de Luna era arzobispo de Tarragona; permutaron las iglesias, que fué trueco muy desigual. Con tanto, don Jimeno comenzó á ser arzobispo de Toledo como cuatro años adelante del en que vamos. Garci Laso tuvo cargo de chanciller. Dende allí comenzó á caer aquel oficio y preeminencia y escurecerse con los bajos ministros á quien se daba. En nuestro tiempo ha venido á disminuirse aquella autoridad y casi á no servir mas que de nombre. Duró mucho tiempo aun despues desto, que ó los arzobispos mismos hacian aquel oficio, ó por lo menos nombraban otro en su lugar que le ejercitase, hasto tanto que en tiempo del rey don Pedro por su mucha severidad se desbarató todo esto, y á los dichos arzobispos en adelante solo quedó el título de chanciller mayor de Castilla. El arzobispo don Juan, entre otras cosas buenas que estableció en Toledo, fué una que el número de trece pobres que todos los dias se sustentaban en las casas arzobispales los llegó á treinta, como hoy se guarda. Esto pasaba en Castilla este año y algunos adelante. El rey de Aragon, conforme á lo que el papa Bonifacio le concedió, pretendia apoderarse de la isla de Cerdeña, que poseia el comun de Pisa sin derecho bastante, en menoscabo de la Iglesia romana, debajo de cuyo amparo de largo tiempo atrás estuvo aquella isla. Envió para este efecto una gruesa armada debajo la conducta de don Alonso, su hijo, que en espacio de dos años la sujetó, y en diversas batallas y encuentros venció siempre á los pisanos. Verdad es que gran parte de los aragoneses pereció de enfermedades, causadas de los aires malsanos de aquella tierra. De que resultó al infante don Pedro esperanza, si su hermano don Alonso falleciese, excluidos sus hijos, de suceder en aquel reino. Ayudaba para esto el fresco ejemplo de Castilla, el favor de muchos grandes que á porfía se le ofrecian, que fué causa de apresurar las paces con los pisanos. Asentáronse por el mes de junio, año de 1324, con estas capitulaciones: que los cautivos de una y de otra parte fuesen puestos en libertad; volviese el trato y comercio acostumbrado en aquellas naciones; por los pisanos quedase el castillo de Caller con los pueblos y territorio á él sujeto; todo lo demás de la isla fuese de los aragoneses. Hecho este concierto y tomada la posesion de la isla, el infante don Alonso, vuelto á España, negoció con su padre que declarase por herederos á sus hijos, caso que él faltase y falleciese, para quitar debates, y los antepusiese al infante don Pedro, su hermano. Hízose así, y en Zaragoza, donde se juntaron Cortes del reino, los Infantes fueron jurados por herederos de su abuelo, puesto que su padre muriese antes dél; así varian y se alteran las constituciones y opiniones de los hombres. El año siguiente de 1325, júnes, á 7 de enero, falleció en Santaren Dionisio, rey de Portugal, príncipe muy señalado, así por el mucho tiempo que reinó, es á saber, cuarenta y cinco años, nueve meses y cinco dias, como por la grandeza de su ánimo y por la felicidad que siempre tuvo; solo las discordias de su casa y debates que hubo entre padre y hijo en su postrimería aguaron este contento. Su cuerpo enterraron en el monasterio de San Bernardo, legua y media de Lisboa, que él mismo fundó á su costa, en que se muestra su piedad y religion; la liberalidad y magnificencia se entienden por muchos pueblos que edificó, y otros que cercó, reparó y fortificó. Su mujer doña Isabel, reina de vida y costumbres muy santas, vivió once años adelante; sus virtudes fueron tan señaladas y tan grande el celo del culto divino, el cuidado de remediar los pobres en tiempo de hambre, amparar las viudas y gente flaca, su inocencia y mansedumbre, que despues de muerta la canonizaron, y su cuerpo, que está en Coimbra en la iglesia de Santa Clara, fundacion suya, y de la otra parte del rio Mondego, es reverenciado en toda aquella provincia con gran devocion. Fué tanta la humildad desta señora, que en su viudez andaba vestida del hábito de Santa Clara, y servia á las monjas de aquel monasterio en el refitorio, en que algunas veces le hacia compañía su nuera la reina doña Beatriz. Tenia por su devocion junto al dicho monasterio las casas de su morada; falleció á 4 de julio del año 1332. Los papas Leon X y Paulo IV concedieron, el primero que se rezase della en el obispado de Coimbra, Paulo que se le hiciese fiesta con altar, oficio y imágen en todo el reino de Portugal. Al rey Dionisio sucedió don Alonso, su hijo mayor; tuvo sobrenombre de Fuerte por su condicion y inclinacion á las armas. De seis hijos que tuvo en su mujer, don Alonso, don Dionisio y don Juan murieron niños sin dejar en vida ni en muerte cosa digna de memoria; doña María, don Pedro y doña Leonor alcanzaron de dias á sus padres. Este año en Cerdaña falleció don Sancho, rey de Mallorca, y por morir sin hijos nombró por su heredero á don Jaime, hijo de don Fernando, su hermano. El rey de Aragon pretendia ser suyo aquel

reino por el testamento de don Jaime, su abuelo, que fué el primero que le instituyó y dejó á su hijo menor. No faltaban razones por ambas partes. El niño don Jaime se aventajaba en la posesion y en la compasion que le tenian por su tierna edad y por la memoria de su padre; el rey de Aragon era mas poderoso. Interpúsose don Filipe, tio del niño, persona eclesiástica, á quien el rey don Sancho nombró en su testamento por gobernador del reino y tutor del nuevo Rey hasta tanto que llegase á edad bastante, por cuya diligencia se concertaron desta manera: que doña Costanza, nieta del rey de Aragon, casase con don Jaime, rey de Mallorca, y por dote llevase el derecho que pretendian sus abuelo y padre para que su marido quedase con el reino sin que nadie le fuese á la mano.

CAPITULO XIX.

De la muerte del rey de Aragon.

Aun no sosegaba Castilla; la soltura pasada, los grandes odios y enemistades traian todavía alborotada la gente principal, á la manera que despues de una brava tempestad no luego se sosiegan las olas del mar ni luego se sigue bonanza; que fué ocasion al rey don Alonso para que, sin embargo de su condicion, que era mansa, castigase algunos revoltosos, de donde fué llamado don Alonso el Vengador. El primero entre los castigados fué don Juan, señor de Vizcaya, que procuraba por malas mañas casar con doña Blanca, la cual y su madre se retiraran á Aragon. Encendia en él este deseo el grande estado de aquella señora; si no salia con su pretension, revolvia en su pensamiento de traer de Francia á don Alonso de la Cerda y renovar las competencias pasadas; todo se enderezaba á dar pesadumbre al Rey, que sabia cualquiera destas cosas le serian pesadas. Era forzoso atajar estos intentos; usar de fuerza, cosa peligrosa; de engaño y maña, mal sonante. ¿Qué se podia hacer? Venció el provecho á la honestidad; así, con color de la guerra que apercebia el Rey contra los moros, llamó á don Juan para que se viese con él en la ciudad de Toro, con intencion que le dieron de casalle con la infanta doña Leonor, hermana del mismo Rey; partido mas honrado que lo que él pretendia. Para allanar el camino despidieron de la corte á Garci Laso, de quien don Juan se quejaba le era enemigo capital; que fué todo vencer una arte con otra. A la hora pues vino al llamado del Rey; fué bien recebido y convidado para comer en palacio el mismo dia de Todos Santos, año del Señor de 1327. La fiesta y el convite mas daban muestra de regocijo y seguridad que de temor ni sospecha; así, desarmado y desapercebido, como estaba en el banquete, fué muerto por mandado del Rey. Los delitos por él cometidos parecian merecer cualquier castigo; pero quebrantar el derecho del hospedaje y debajo de seguridad matar persona tan principal á todos pareció cosa fea, puesto que no faltaba quien con razones aparentes pretendiese colorear aquel hecho. Una sola hija que quedó de don Juan, y estaba á criar en poder de su ama, fué llevada á Bayona, ciudad á la raya de Francia, y entonces sujeta á los ingleses. La madre del muerto, doña María, que estaba recogida de tiempo atrás en un monasterio de monjas de Perales, con el aviso del caso y con estas tristes nuevas bien se puede pensar cuán grande congoja recibió. Dícese que á instancia de Garci Laso vendió al Rey todo el señorío de Vizcaya, si de miedo ó de su voluntad, no se sabe. Basta entender que era peligroso contrastar á la voluntad del Rey en aquel trance, pero de mala sonada y contra derecho, por ser viva su nieta; que adelante, aplacado el enojo del Rey, casó con don Juan de Lara, como se referirá en su lugar, y vino á ser señora de Vizcaya. Los pueblos y castillos que don Juan heredó de su padre, y eran mas de ochenta, parte se ganaron por fuerza, parte se rindieron de su voluntad, y quedaron incorporados en la corona real. Don Juan Manuel era frontero contra los moros; y dado que amedrentado con aquel caso y que echaba de ver lo poco que se podia fiar del Rey, pues á son de bodas quitó la vida á un príncipe y deudo suyo tan cercano, todavía con gran cuidado y diligencia acudia á la guerra contra los moros, que poco antes de sobresalto ganaron el castillo de Rute, y pretendian con su caudillo Ozmin, que ya parece estaba en gracia de aquel Rey, hacer entrada por las fronteras del Andalucía. Vino con ellos á las manos junto al rio Guadalhorza, donde los venció y mató gran número dellos. Don Juan Manuel, habida esta victoria, se fué á las tierras de su estado, dejada la guerra y mal indignado contra el Rey, de quien se publicaba tenia propósito de repudiar á doña Costanza, su hija, y emparentar en Portugal, todo encaminado á su perdicion. No era su miedo vano, ca se trató de aquel nuevo casamiento; y en efecto, doña María, hija del rey de Portugal, entró en lugar de doña Costanza. Autor deste consejo y mudanza fué Alvar Nuñez Osorio. El pesar que desto sintió don Juan Manuel fué cual se puede pensar; lo mismo el rey de Aragon, tio de doña Costanza. Reinaba á la sazon don Alonso el Cuarto en Aragon por muerte de su padre el rey don Jaime el Segundo, que falleció en Barcelona un dia despues de la muerte de don Juan el Tuerto, do se hizo su enterramiento en la iglesia de Santa Cruz con real pompa y aparato. Doña Teresa, su nuera, murió cinco dias antes del suegro en Zaragoza, y se sepultó en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. El luto y llanto de toda la provincia fué doblado á causa que en un mismo tiempo quedó huérfana de dos príncipes que mucho amaba. Sucedió pues al rey don Jaime su hijo don Alonso; tuvo en doña Teresa, su mujer, estos hijos: don Pedro, don Jaime y doña Costanza; porque otros cuatro hijos que tuvieron murieron en su niñez. Lo que hay mucho que loar en el rey don Jaime fué que los principados de Aragon, Cataluña y Valencia ordenó anduviesen siempre unidos sin dividirse. Fué tan enemigo de pleitos, que en aquella era eran asaz, que desterró perpetuamente de su reino como á prevaricador á Jimeno Rada, un abogado señalado de aquellos tiempos, por cuyas mañas muchos fueron despojados de sus haciendas. Cárlos, rey de Francia y Navarra, por sobrenombre el Hermoso, falleció de enfermedad en el bosque de Vincena primer dia de febrero, año de 1328; al cual el papa Juan XXII otorgó los diezmos de las rentas eclesiásticas en toda la Francia, con tal condicion que hiciese la guerra al emperador Luis, bávaro, tan grande enemigo de la Iglesia, que el año antes deste hizo papa en Roma en competencia del verdadero Pontífice y en su perjuicio á Pedro

Corbara con nombre de Nicolao V. Demás desto, le le mandó acudir á él con parte de aquel interés, segun que lo publicaba la fama. Esta misma concesion se hizo antes á instancia del rey Filipo el Largo, pero con esta modificacion y palabras expresas: «Si los obispos del reino juzgasen ser conveniente»; condicion muy honesta, de que ojalá usasen los demás pontífices contra las importunidades de los príncipes. La mujer del rey Cárlos, por quedar preñada, á cabo de tres meses despues de la muerte de su marido parió una hija, que se llamó Blanca. No podia conforme á las leyes y costumbres de Francia suceder en aquella corona. Así un hijo de Cárlos de Valoes, que falleció dos años antes del Rey, por nombre Filipe, primo hermano de los tres reyes pasados por una parte, y Eduardo, rey de Ingalaterra, como hijo de madama Isabel, hermana de los mismos tres reyes, comenzaron á pretender aquel reino. Los estados del reino, conforme á la ley Sálica, se conformaron en dar la corona á Filipe de Valoes, de que resultaron enemistades y guerras muy largas y graves entre aquellas dos naciones, y los reyes de Ingalaterra tomaron apellido de reyes de Francia, y pusieron las flores de lis en sus escudos. A los navarros sucedió mejor, que quedaron libres del yugo de Francia, porque Juana, hija del rey Luis Hutin, casó con el conde de Evreux, que se llamaba Filipo, y en Pamplona fueron declarados por reyes de Navarra de conformidad de todos los estados por el derecho que aquella señora tenia de parte de su madre; en que por ser cosa tan justificada fácilmente vino el nuevo rey de Francia, demás que el dicho Conde era su deudo muy cercano por ser, como era, bisnieto de san Luis, rey de Francia. En esta sazon los navarros, por tener los reyes flacos, se alborotaron, y como gente sin dueño, se encarnizaron en los judíos que moraban en aquel reino; en particular en Estella cargó tanto la tempestad, que degollaron diez mil dellos, si ya el número ó las memorias no van errados.

CAPITULO XX.

Nuevos casamientos de reyes.

A la misma sazon en Castilla se hacian apercebimientos muy grandes para la guerra contra los moros, nuevas levas de gente que se alistaba en el reino, socorros que pretendian de los reyes comarcanos. La tierna edad del rey Moro y las discordias que los suyos entre sí tenian presentaban ocasion para hacer algun buen efecto; mayormente que se pasó á los nuestros un hijo de Ozmin, llamado Abraham el Borracho por el mucho vino que bebia. Seguíale un buen escuadron de soldados; acordó el rey don Alonso de ir á Sevilla con toda presteza, dende corria las fronteras de los enemigos y les hacia notables daños. Tomóles á Olvera, Pruna y Ayamontes. En esto se gastó el verano, y pasado el otoño, los soldados, cargados de despojos y alegres, dieron la vuelta para invernar en Sevilla. Don Alonso Jofre, almirante que era del mar, acudió al tanto para dar al Rey aviso de una victoria señalada que alcanzó en una batalla naval que trabó con los moros, en que de veinte y dos galeras que traian les tomó tres, y cuatro echaron á fondo. Eran estas galeras, parte del reino de Granada, y parte africanas; mataron y cautivaron mas de mil y docientos moros, por las cuales causas todos estaban muy gozosos, y aquella nobilísima ciudad resonaba con fiestas y regocijos. Enviáronse embajadores para tratar del casamiento del Rey. Don Juan Manuel, vista la resolucion de dejar á su hija, renunciada por sus reyes de armas la fe y lealtad que tenia jurada, se confederó con los reyes de Aragon y de Granada; junto con esto desde Chinchilla y Almansa, por ser plazas muy fuertes, hacia entradas por las tierras de Castilla; robaba y talaba por do quiera que pasaba con gran daño en especial de los labradores, á la misma sazon que el Rey en Sevilla dió título de conde de Trastamara, Lémos y Sarria á Alvar Nuñez Osorio, que era su mayor privado, cosa muy nueva; que hasta entonces en Castilla no se diera de mucho tiempo atrás á ninguno título de conde. La ceremonia que se hizo fué muy tosca, como entre gente en aquella sazon falta de todo género de policía y primor. Echaron tres sopas en una taza de vino y pusiéronselas delante, convidáronse por tres veces el Rey y el Conde sobre cuál de ellos tomaria primero; finalmente, el Rey tomó la una, y el Conde la otra. Concediósele que en los reales tuviese caldera y cocina aparte para su mesnada, y en la guerra propria y particular bandera con sus divisas y armas. Hiciéronse las escrituras y privilegios; y leidos, todos los presentes aclamaron con gran aplauso: viva el Conde. Tal fué la costumbre y ceremonia con que se criaban los condes en aquella era. En la ciudad de Córdoba usó el Rey de una severidad extraordinaria, y fué que hizo cortar la cabeza á Juan Ponce porque no obedeció á su mandato, en que le ordenaba restituyese el castillo de Cabra, que tomara á los caballeros de Calatrava al tiempo que las cosas del reino andaban alborotadas, demás que le achacaban y cargaban de hombre sedicioso y pernicioso para la república. El mismo castigo se dió á otros muchos ciudadanos de Córdoba, sea por ser de la misma parcialidad, ó porque fueron convencidos de otros delitos muy graves. En Soria en el monasterio de San Francisco fué muerto á puñaladas Garci Laso sin respeto del lugar sagrado y que estaba oyendo misa. El sentimiento del Rey fué grande; poco antes deste desastre le enviara desde Sevilla para atajar los intentos y pretensiones de don Juan Manuel. El aborrecimiento que los caballeros le tenian muy grande, por entender trataba de destruir con sus malas mañas y descomponer toda la nobleza, fué causa desta desgracia. Escalona, una villa pequeña en el reino y tierra de Toledo, andaba alborotada y pretendia juntarse con los rebeldes y amotinados. De Castilla la Vieja asimismo avisaban que la gente se alborotaba; en particular Toro, Zamora y Valladolid estaban alzados contra el Rey. El principal movedor destos alborotos era don Hernan Rodriguez de Balboa, prior de San Juan, confiado en sus riquezas y en los muchos aliados y deudos que tenia en aquella provincia de los mas nobles y ricos. El color que tomaron era quejarse que el nuevo conde Alvaro Osorio y un judío, llamado Juzef, gobernaban todo el reino y le trastornaban á su voluntad; que tenian rendido al Rey como si les fuera esclavo y como si le hubieran dado bebedizos. Acudió el Rey á Escalona; pero con las nuevas de Castilla alzó el cerco por acudir al mayor peligro y necesidad. Llegó á Valladolid; no le quisieron dar entrada hasta tanto que

despidiese de palacio y de su corte al dicho Osorio. Hízose así, que es forzoso sujetarse á la necesidad. Sin embargo, fué tan grande el sentimiento deste caballero, como persona acostumbrada á todo favor y privanza, que, quitada la máscara, se rebeló contra el Rey, y trató de juntar sus fuerzas con don Juan Manuel, causa de su total perdicion. Ramiro Flores de Guzman con muestra que huia del Rey se hizo su amigo; y como un dia estuviese desapercebido y descuidado, le dió de puñaladas. Por su muerte el Rey á la hora se entregó en sus castillos y tesoros, que tenia allegados muy grandes en el tiempo que tuvo el reino á su mandar y lo robaba todo sin reparo. Pusiéronle acusacion, hiciéronle cargos muchos y muy graves; no salió persona ninguna á la causa y defensa, y así, fué convencido en juicio y dado por rebelde y traidor; pronunció la sentencia el mismo Rey en la villa de Tordehumos. Tal fué la fin destos dos caballeros, que en aquel tiempo tuvieron tanta grandeza y pujanza. A Juzef defendió su bajeza y el menosprecio en que es comunmente tenida aquella nacion; lo que pudiera acarrear á otro su perdicion, eso le valió. Celebráronse las bodas del Rey en Ciudad-Rodrigo. Tratóse entre los dos reyes de Castilla y Portugal de aplacar al rey don Alonso de Aragon y apartalle de la amistad de don Juan Manuel. Pareció buen medio ofrecelle la infanta doña Leonor, hermana del rey de Castilla, para que casase con ella, ca se hallaba viudo y libre del primer matrimonio por muerte de su primera mujer doña Teresa. Aceptado este partido y hechas las escrituras y conciertos, llevaron la doncella á Aragon. Salió don Juan, el patriarca, arzobispo de Tarragona, hasta Alfaro á recebilla y acompañalla. Efectuáronse las bodas en la ciudad de Tarazona, hallóse presente con el de Aragon el rey de Castilla; las alegrías y regocijos fueron grandes. Sucedió esto al principio del año de 1329. Para que la amistad entre los reyes fuese mas firme y meter prendas de todas partes trataron de casar á doña Blanca, hija del infante don Pedro, el que, como queda dicho, murió en la guerra de Granada, con el hijo mayor del rey de Portugal, llamado don Pedro. Hechas las capitulaciones, la doncella fué entregada en poder de la reina de Castilla para que la enviase á Portugal. Junto con esto los dichos tres reyes asentaron liga entre sí contra los moros para, juntadas sus fuerzas, desarraigar de todo punto las reliquias de aquella gente malvada. Asentóse demás desto para mayor sosiego y paz de todos que los rebeldes del un reino no tuviesen acogida en el otro. Quedó por este camino don Juan Manuel despojado del amparo del rey de Aragon; trató de valerse como pudiese, y para este efecto casó segunda vez con doña Blanca, hija de don Fernando de la Cerda. Asimismo don Juan de Lara casó con doña María, hija de don Juan, llamado el Tuerto, con esperanza que le dieron de juntar todos tres sus fuerzas para recobrar el señorío de Vizcaya, que de derecho pertenecia á aquella doncella, y el Rey por fuerza y contra razon se le tenia usurpado. Don Juan Manuel y don Juan de Lara llanamente estaban declarados contra el Rey, otros de secreto y con sagacidad le eran contrarios, como eran don Pedro de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, hijo de Hernan Sanchez y nieto del rey Dionisio de Portugal. El principal y cabeza de los demás era don Juan de Haro, señor de los Cameros. Estos todos llevaban tras sí gran parte del reino. Los nuevos reyes de Navarra este mismo año vinieron á Pamplona. Allí les fué dada la posesion de aquel reino, pero debajo destas condiciones: que por espacio de doce años no se batiese nuevo género de moneda, á causa que en aquel tiempo era muy ordinario falsear la moneda y bajalla de ley, costumbre perjudicial y mala, contra la cual hay un decreto del pontífice Juan, que se promulgó en aquel tiempo y anda en las *Extravagantes*. La segunda condicion que en los oficios de la casa real no se admitiesen forasteros, lo mismo cuanto á las tenencias de los castillos. Que no pudiesen vender ni trocar el reino ni enajenar el patrimonio real. Que el primer hijo varon que tuviesen, luego que llegase á edad de veinte y un años cumplidos, fuese rey de Navarra y tuviese el mando y gobierno; y que á Filipo, su padre, acudiesen con cien mil coronas para los gastos. Si falleciesen sin hijos, que los tres estados del reino nombrasen rey á su voluntad. Desta suerte los navarros para recebir leyes las dieron al que los habia de gobernar. Juraron los reyes estas condiciones, y con tanto fueron coronados y ungidos en la iglesia mayor de aquella ciudad á los 5 dias del mes de marzo. Todos los presentes de cualquier suerte, estado y edad, en señal de alegría y regocijo, á voces pedian para sus reyes larga vida y toda buenandanza. Las calles tenian cubiertas de flores y verdura, las paredes vestidas de ricos paños. No quedó género de contento que allí no se mostrase. Parecíales salir de unas escuras tinieblas á una luz muy resplandeciente y clara, y que toda aquella provincia con la venida de sus propios reyes, como despues de un largo destierro y á cabo de cincuenta y cinco años que faltaban, era restituida en su antigua grandeza, sosiego y prosperidad. Fueron estos reyes muy dichosos en sucesion. Los hijos Cárlos, Filipe y Luis alcanzaron adelante grandes estados; las hijas Juana, María, Blanca y Inés casaron asimismo muy principalmente. Los flamencos á esta misma sazon andaban alterados, ca puesto primeramente en prision Luis, su conde y señor, despues que se libró, le cercaron en Gante. Huyó tambien del cerco, y acudió al amparo del rey de Francia. Envió él sus embajadores á Flándes sobre el caso, pero no hicieron efecto alguno; llegó el negocio á las armas y á las manos. Acudieron á esta guerra muchos príncipes, y entre los demás Filipe, rey de Navarra. Juntáronse los dos campos no léjos de la villa de Casel. Hobo algunas escaramuzas, y por el mes de agosto, un dia en lo mas recio del calor, á tiempo que las guardas y centinelas estaban descuidadas, los flamencos dieron de rebato sobre los reales de Francia, ganaron los baluartes y trincheas sin que les pudiesen ir á la mano, acometieron la tienda del Rey, y antes que se pudiesen armar ni subir á caballo, muchos de los franceses fueron pasados á cuchillo. El Rey mismo se vió en grande aprieto hasta tanto que acudió gente de la otra parte de los reales. Con esto los flamencos y por el peso de las armas y calor, que hacia muy grande, desmayaron; y muertos muchos dellos, los lanzaron de los reales y huyeron. Despues desta victoria todo quedó llano, y el Conde fué restituido en su estado. El de Navarra, concluida la guerra, dió vuelta á su reino, que halló lleno de latrocinios y maldades, á causa de la libertad que

que por la larga ausencia de los reyes la gente habia tomado. Tratóse del remedio; por consejo y parecer de personas principales y de letras se ordenaron y establecieron nuevas leyes con que el pueblo fuese regido y mantenido en justicia y en paz. Estas leyes son las que vulgarmente se llaman del *Fuero Nuevo*. Dado que hobieron asiento en las cosas de aquel reino, los nuevos reyes se volvieron á Francia con voz de favorecer al rey Francés, su deudo y amigo, contra los ingleses, que tornaban con las armas á la demanda del reino. La verdad era que el amor de la patria los aquejaba; las riquezas otrosí de Francia, trajes, vestidos y abundancia les hacia menospreciar la pobreza de Navarra. Dejaron para gobierno del reino á Enrique Soliberto, de nacion francés, gran dolor de los naturales por duralles tan poco su alegría y considerar cuán tarde caian en la cuenta y cómo les engañaba su esperanza. ¡Cuán breves son y engañosos los contentos deste mundo! ¡La buenandanza cuán presto se pasa!

CAPITULO XXI.

Que la guerra contra los moros se renovó.

Aquejaban á Castilla por una parte las discordias civiles, por otra el cuidado de la guerra contra los moros. Lo que sobre todo apretaba era la falta de dineros para hacer las provisiones y pagar á los soldados. Juntáronse Cortes del reino en Madrid. En estas Cortes se establecieron algunas notables leyes: una, que en la casa real ninguno tuviese mas que un oficio; otra, que sin llamar Cortes no se impusiesen nuevos pechos; tercera, que no se diesen beneficios á los extranjeros. Los pueblos otrosí ofrecieron el dinero necesario para la guerra tanto con mayor voluntad, que los moros por el mismo tiempo se apoderaran de la villa de Priego, que está á la raya de los dos reinos, y era de la órden de Calatrava. No fué necesario derramar sangre, porqué el mismo alcaide que la tenia en guarda la entregó. Buscaban algun medio para sosegar á don Juan Manuel y sus consortes, y demás desto para granjear al rey de Aragon y hacer que acudiese con sus fuerzas en ayuda desta guerra. Lo uno y lo otro se efectuó, y en particular para reducir á don Juan le restituyeron á doña Costanza, su hija, que hasta entonces la detuvieron en la ciudad de Toro, con que la cuita y la afrenta se doblaba; repudialla y tenella como presa. Por otra parte apretaron á Juzef, el judío de Ecija, de quien se ha hablado, para que diese cuenta de las rentas reales que tenia á su cargo, todo á propósito de hallar ocasion para derriballo, que no podia faltar. Fué así, que no hizo su descargo bastantemente; con esta color le privaron del cargo de tesorero general. Demás desto, para adelante ordenaron que á ninguno que no fuese cristiano se encargase aquel oficio. Asimismo que el tesorero no se llamase almojaribe, apellido que por ser arábigo era odioso, sino que adelante se nombrase tesorero general; ordenanza que dió satisfaccion á todo el reino. El rey de Portugal envió quinientos caballos de socorro; el de Aragon y don Juan Manuel prometieron de hacer entrada en tierra de moros por otra parte. Era don Juan Manuel frontero por la parte de Murcia, y por su teniente Pero Lopez de Ayala. El rey de Castilla, juntado que tuvo su ejército, rompió por la parte del Andalucía en tierra de Granada; puso cerco sobre Teba de Hardales, villa muy fuerte, que fué el año de 1330. Ozmin con seis mil jinetes que su Rey le dió estaba alojado en Turron, tres leguas de Teba, desde donde hacia gran daño á nuestra gente, mayormente cuando salian á hacer forraje ó dar agua á los caballos, que por lo demás no se atrevia venir á batalla. En este medio los cristianos ganaron la villa de Pruna; Ozmin cautelosamente envió tres mil caballos al rio que allí cerca pasa para dar vista á los enemigos, y por otra parte, cuando la batalla estuviese mas trabada apoderarse él de nuestros reales. Fué el Rey avisado deste intento. Envió adelante un grueso escuadron de gente contra los moros, y él con los demás á punto se quedó en el real, que fué engañar una astucia con otra; además que los moros fueron puestos en huida, y los nuestros en su seguimiento con el mismo ímpetu que llevaban entraron por los reales contrarios, que no tenian defensa, saquearon y robaron todas las tiendas y bagaje. Con esto los de Teba, perdida la esperanza de defenderse, por el mes de agosto rindieron la villa, salvas solamente las vidas. Cañete otrosí y Priego sin dilacion hicieron lo mismo sin otros muchos castillos y fortalezas. Fué tanto mayor la honra que ganó el rey don Alonso, que ni el rey de Aragon ni don Juan Manuel ayudaron, como prometieron, por su parte. El uno aun no andaba bien llano, el otro se excusaba con los ginoveses, que le alborotaban la isla de Cerdeña, á que le era forzoso acudir; demás desto el socorro de Portugal se era tornado á su tierra. Todo esto fué ocasion de nuevo desabrimiento, en especial contra don Juan Manuel y sus aliados, y de tomar asiento con los moros, como se hizo á la primavera, debajo que cada un año pagasen de tributo doce mil ducados. Esto asentado, se dió lugar al comercio y trato de una parte á otra y saca á los moros de trigo y otras provisiones de Castilla. Todo lo cual se efectuó con tanto mayor voluntad, que el Rey en Sevilla, do se concertaron las paces, se comenzaba á entregar á doña Leonor de Guzman de tal suerte, que la tenia y trataba como si fuera su legítima mujer. Esta señora en linaje, apostura y riquezas se pudiera tener por dichosa; su padre fué Pero Nuñez de Guzman, su marido Juan de Velasco, que poco antes falleciera; con la conversacion del Rey mas fama ganó que loa. Deste trato tuvo mucha generacion, y en particular un hijo, que despues de su muerte y despues de grandes trances últimamente vino á ser rey. El capitan Ozmin falleció en la ciudad de Granada; dejó dos hijos, Abraham y Abucebet. El rey Moro, privado de tal amparo y consejo y con deseo de intentar nuevas esperanzas, pasó en Berbería para traer dende nuevas gentes y dar principio á una nueva guerra, brava y sangrienta, cual fué la que adelante se encendió en España, segun que en el libro siguiente se declara.